



CENTRO DE INVESTIGACIONES Y  
ESTUDIOS SUPERIORES EN  
ANTROPOLOGÍA SOCIAL

---

---

**LAS MUJERES SOSTIENEN LA  
EXISTENCIA:**

**LA REPRODUCCIÓN DE LA VIDA EN  
JUCHITÁN DE ZARAGOZA DESPUÉS DEL  
TERREMOTO DEL SIETE DE  
SEPTIEMBRE DE 2017**

**T E S I S**

QUE PARA OPTAR AL GRADO DE  
**MAESTRA EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL**  
P R E S E N T A  
**VERÓNICA ITANDEHUI JUÁREZ ACEVEDO**

DIRECTORAS DE TESIS:  
ALEJANDRA AQUINO MORESCHI  
MARÍA MARGARITA DALTON PALOMO

© Verónica Itandehui Juárez Acevedo 2019  
Todos los derechos reservados



CENTRO DE INVESTIGACIONES Y  
ESTUDIOS SUPERIORES EN  
ANTROPOLOGÍA SOCIAL  
UNIDAD PACÍFICO SUR



## PÁGINA DE FIRMAS

El presente Comité y Jurado evaluador ha decidido aprobar, como parte de los requisitos para optar al grado de Maestra en Antropología Social, la tesis: **“Las mujeres sostienen la existencia: la reproducción de la vida en Juchitán de Zaragoza después del terremoto del siete de septiembre de 2017”**, presentada por: **Verónica Itandehui Juárez Acevedo**.

---

Dra. Alejandra Aquino Moreschi  
CIESAS Pacífico Sur

---

Dra. María Margarita Dalton Palomo  
CIESAS Pacífico Sur

---

Dra. Raquel Gutiérrez Aguilar  
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

---

Dra. Lina Rosa Berrío Palomo  
CIESAS Pacífico Sur

Noviembre de 2019

A Yola y Chicho,  
siempre.

# AGRADECIMIENTOS

Agradezco a todas las mujeres con las que he compartido la vida, a las que estuvieron y las que están, porque es por ellas que hoy estoy aquí, hablando de nosotras. Principalmente, a las mujeres juchitecas que me cobijaron durante mi estancia en campo, y de manera particular a Guie´biaani´, Heidi, Na Asunción, Yumi, Na Lucila, Na Elsa, Na Irma, Mirna, Xunaxi, Na Lugarda, Mari Tere, Na Bettina, Na Amelia, Na Martha, Berenice, Akemi y Lupita. Gracias por abrirme la puerta de sus hogares y de su ser, por mostrarme su mundo, sus saberes y sentires. Gracias por las risas, los bailes, las palabras y los silencios compartidos, sobre todo, por recordarme que sentir lo que se hace es importante. A ustedes van infinitas sonrisas, cariño y respeto.

A Alejandra Aquino y a Margarita Dalton, mis directoras de tesis, agradezco la confianza puesta en mí desde antes de la estancia en campo. Ale: gracias por acompañarme, guiarme y motivarme desde el principio de esta experiencia, especialmente, por la dedicación, el compromiso y el rigor que mostraste con mi trabajo, gracias por estar ahí siempre y saber que lo haría. Margarita: gracias por la disposición, la curiosidad y los ánimos, por las sugerencias constantes y por el continuo “¿has pensado en el futuro?”, gracias por tus cálidas palabras y por insistir en que tener objetivos claros ayuda mucho en el proceso.

A Raquel Gutiérrez y Lina Berrio, lectoras agudas y rigurosas de mi trabajo, gracias por la dedicación, los aportes, las preguntas y las críticas que hicieron en los diferentes momentos de la investigación. A Charlyne Curiel y Santiago Bastos agradezco la lectura y los comentarios puntuales que hicieron a mi tesis, mismos que me ayudaron a darle forma a la versión final del escrito.

Quiero agradecer, especialmente, a las personas que me han nutrido y enraizado durante este proceso. A Edna, infinitas gracias por ser mi lugar seguro, por estar en todo el proceso sosteniendo lo que aquí nunca será visible, por el amor incondicional y los “si eso te hace feliz...”. A Jona, por hablarme y regañarme como sólo tú sabes hacerlo, por reconfortarme y recordarme lo que a veces se me olvida. A Amador, por estar desde el principio y por confiar en mí incluso cuando ni yo misma podía hacerlo.

Con el corazón, agradezco a Lupita, por haber sido, y aún ser, una luz en mi camino, por creer en los sueños, pues “¿de qué, si no de utopías, está hecha la vida?”. A Chris, gracias

por las enseñanzas, los aportes y la crítica, por la energía y el tiempo puesto en cada debate, en cada café y en cada sendero. Gracias por la pregunta “¿eso es lo que quieres?” en los momentos más cansados, y, sobre todo, por toda la ternura, los cuidados y el cariño azul.

También, gracias a Pato, Dani y Mané, por todo el lodo, zacate y teja trabajado, por los diálogos, el pescado frito y el totopo compartido, y por recordarme a diario que el hacer es igual o más importante que el saber. Al las y los CAPSI, Dani, Sara, Am, Ara y Jassy, por lo colectivo ya hecho y por hacer. A las mujeres de la Madriguera y de la Escuelita, Sandy, Luz, Lau, Ev, Are y Vic, por compartir alegrías, preguntas, indignación y esperanzas, y por anclarme a la tierra con más fuerza cada jueves o cada fin de semana.

Y, esencialmente, a papá y mamá, a Fe y La, por los abrazos al volver a casa, por la confianza, las risas y el amor que siempre me acompañaron, por las puestas al día y por enseñarme a ser libre. Gracias por la ayuda y los “tú puedes”. Chicho y Yola, gracias por crear el refugio entre las montañas en el que la mayoría de estas páginas fueron escritas, el lugar al que siempre podemos ir para cuidarnos, alrededor de frío, café y pan.

Finalmente, agradezco al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) por la beca otorgada para realizar la maestría.

# RESUMEN

TÍTULO DE LA TESIS:

**LAS MUJERES SOSTIENEN LA EXISTENCIA: LA REPRODUCCIÓN DE LA VIDA EN JUCHITÁN DE ZARAGOZA DESPUÉS DEL TERREMOTO DEL SIETE DE SEPTIEMBRE DE 2017**

FECHA DEL GRADO:

**25 DE NOVIEMBRE DE 2019**

NOMBRE:

**VERÓNICA ITANDEHUI JUÁREZ ACEVEDO**

GRADO PREVIO AL QUE OPTARÁ:

**LIC. EN PSICOLOGÍA**

INSTITUCIÓN PREVIA EN DONDE SE OBTUVO EL GRADO:

**UNIVERSIDAD LA SALLE OAXACA**

La noche del siete de septiembre de 2017 un terremoto de 8.2 grados sacudió el país y dejó devastada la Ciudad de Juchitán de Zaragoza. En consecuencia, la mayoría de las familias perdieron sus casas y sus medios de producción, además, los principales espacios comunitarios quedaron destruidos. Ante el desastre las limitadas acciones emprendidas por el Estado fueron insuficientes e incluso contraproducentes, pues siguieron una lógica clientelista que provocó la división de la comunidad y, al mismo tiempo, promovió la militarización de Juchitán, un territorio geopolíticamente estratégico que se encuentra amenazado por múltiples proyectos extractivos. Más bien, las y los habitantes juchitecos, particularmente las mujeres, fueron quienes hicieron frente a la emergencia con acciones como rescatar personas debajo de los escombros, crear albergues y cocinas comunitarias, protegerse entre sí de la inseguridad, y limpiar las principales calles de la comunidad.

El objetivo de este trabajo es analizar cómo las mujeres juchitecas se organizan y despliegan estrategias colectivas para reproducir la vida y reconstruir los daños que dejó el terremoto, en un contexto en el que el impacto causado por el sismo se imbrica con aquel que

es producido por la violencia cotidiana y de género que se vive en la región, pues las mujeres viven con el riesgo de ser golpeadas, desaparecidas o asesinadas en cualquier momento.

Así, la tesis muestra que, luego del terremoto, lo que posibilitó la reproducción y la reconstrucción de la vida familiar y comunitaria fueron las múltiples acciones, cuidados y relaciones que las mujeres desplegaron. Abordo desde la categoría de “trabajo” todas las actividades que ellas realizan, porque: 1) implican tiempo y dedicación; 2) requieren esfuerzo físico y energía emocional; 3) producen valor; y, 4) generan cansancio y desgaste corporal, mental y afectivo.

Al nombrar “trabajo al trabajo” es posible ir más allá de los criterios tradicionales que lo vinculan con un salario, y cuestionar y replantear las consideraciones políticas, económicas y sociales que subyacen en dicha concepción, por ello, con fines analíticos, realicé la siguiente clasificación: 1) el trabajo doméstico, 2) el trabajo de cuidados, 3) el trabajo de contención emocional; 4) el trabajo para generar ingresos, 5) el trabajo para el goce y 6) el trabajo para mantenerse con vida y protegerse de la violencia.

La investigación se sustenta, principalmente, en el trabajo etnográfico realizado en el periodo de agosto a diciembre de 2018, sin embargo, desde septiembre de 2017 realicé visitas periódicas a Juchitán debido a que asistí como voluntaria de una brigada de acompañamiento psicosocial después del sismo. Durante el trabajo de campo, las principales técnicas utilizadas fueron la observación participante y las entrevistas a profundidad, por lo que las historias, los saberes, los sentires y la vida de las mujeres sostienen el corazón de la tesis a lo largo de cinco capítulos.

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	1
Genealogía de un proyecto de investigación.....	2
Planteamiento del problema .....	4
Horizonte teórico .....	7
Metodología .....	11
Resumen de capítulos .....	18
CAPÍTULO 1. RELATOS Y ESTRATEGIAS COLECTIVAS PARA REPRODUCIR LA VIDA LAS SEMANAS POSTERIORES AL TERREMOTO .....	20
1. “Te sientes nada al lado de tanta fuerza”. El momento del terremoto .....	21
2. “Volvimos a ser más humanos”. La necesidad inmediata era salvar vidas.....	26
2.1 Las personas heridas y enfermas .....	27
2.2 El rescate de las personas atrapadas .....	29
2.3 Las muertes de esa noche.....	31
3. La prioridad era conseguir comida .....	33
3.1 La llegada de los víveres .....	35
4. La pérdida de las viviendas .....	36
5. “En la noche la gente tenía miedo”. El asunto de la seguridad.....	40
6. “El humanismo los hizo llegar hasta donde estábamos”. La llegada de las brigadas para despejar espacios y quitar escombros.....	42
Conclusiones .....	44
CAPÍTULO 2. “LAS MUJERES SOMOS INVISIBLES HASTA QUE HAY HAMBRE”. LA VIDA SE SOSTIENE DESDE LAS COCINAS .....	46
1. Las cocinas comunitarias como respuesta a la emergencia .....	47
2. Las diferentes modalidades de las cocinas .....	52
2.1 Cocinas sostenidas con apoyo intermitente de la sociedad civil.....	52
2.2 Cocinas sostenidas con apoyo continuo de la sociedad civil u ONG .....	54

2.3 Cocinas sostenidas con apoyo gubernamental.....	55
3. Organización del trabajo al interior de las cocinas comunitarias .....	56
3.1 Coordinación de tareas .....	58
3.2 Gestión de víveres .....	59
3.3 Planeación de la comida .....	60
3.4 Elaboración de comida .....	62
3.5 Repartición de alimentos .....	63
3.6 Limpieza del material y de la cocina .....	64
3.7 El trabajo que los hombres realizaban .....	65
4. El ambiente alrededor de la comida.....	66
5. La toma de decisiones.....	68
6. ¿Por qué desaparecieron las cocinas? Dificultades y conflictos posteriores .....	70
6.1 Los límites de depender de la ayuda externa.....	71
6.2 Falta de mecanismos regulatorios de los víveres y los recursos materiales .....	73
6.3 La fuerza de trabajo y la disposición de tiempo de las mujeres .....	74
Conclusiones .....	76
<b>CAPÍTULO 3. LOS TRABAJOS QUE LAS MUJERES REALIZAN PARA REPRODUCIR LA VIDA DESPUÉS DEL TERREMOTO .....</b>	<b>77</b>
1. El trabajo doméstico en momentos de desastre .....	78
1.1 El trabajo de aseo .....	80
1.2 Administrar el dinero y organizar el trabajo.....	81
1.3 El trabajo de las niñas .....	83
1.4 ¿Cuál era el papel de los hombres en el trabajo doméstico? .....	85
2. El trabajo de cuidados .....	86
2.1 El cuidado de las y los niños.....	87
2.2 El cuidado de las y los ancianos .....	88
2.3 El cuidado de personas enfermas .....	89

2.4 Mujeres cuidando mujeres.....	91
3. El trabajo de contención emocional .....	91
3.1 Con las y los niños.....	92
3.2 Con personas adultas y entre ellas .....	94
4. El trabajo para generar ingresos: el comercio en Juchitán .....	95
4.1 Una herencia femenina vital: saber vender.....	96
4.2 Reactivación del mercado.....	98
4.3 El mercado como espacio femenino.....	101
4.4 “Se hace para vender”. Principales trabajos de producción .....	103
4.5 La migración cuando ya no hay otra salida .....	107
5. El retorno al “trabajo para el goce” .....	109
5.1 Redistribución de recursos .....	111
5.2 El goce y la vida afectiva .....	112
5.3 En tiempos de fiesta.....	114
Conclusiones .....	115
CAPÍTULO 4. LAS MUJERES REPRODUCEN LA VIDA MIENTRAS LUCHAN POR LA SUYA .....	116
1. Del peligro y la muerte en Juchitán.....	117
2. De las violencias contra las mujeres.....	121
2.1 En el espacio público .....	121
2.2 Dentro de la casa .....	124
3. Estrategias de cuidado para defender la propia vida .....	129
3.1 Cuidados en red en el espacio público .....	130
3.2 Cuidados en el espacio “privado” .....	132
4. “Que de algo sirva mi experiencia”. La vitalidad de compartir y nombrar la violencia ..	135
Conclusiones .....	136

CAPÍTULO 5. “SABES QUE ES EL ENEMIGO, PERO DE PRONTO ÉL TE DA DE COMER”: ACCIONES ESTATALES Y CONDICIONES ACTUALES .....	138
1. La entrada del ejército como respuesta inmediata.....	139
2. La deficiente distribución de los víveres y su desvío.....	143
3. El papel de las autoridades en las redes clientelares .....	146
4. La evaluación de los daños materiales: el censo.....	150
5. Los recursos monetarios otorgados a través de las tarjetas.....	153
6. Condiciones actuales en Juchitán .....	156
7. Levantar escombros no es reconstrucción: obstáculos para reparar las casas .....	160
Conclusiones .....	163
REFLEXIONES FINALES.....	165
Nuevas líneas de investigación.....	171
ANEXO: MAPA DE JUCHITÁN Y SUS SECCIONES .....	173
REFERENCIAS .....	174

# ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1. Población.....	5
Tabla 2. Entrevistas realizadas .....	14
Tabla 3. Perfiles de las personas entrevistadas.....	16

# ÍNDICE DE FOTOGRAFÍAS

Fotografía 1. “Tiempo de quiebre”. Fachada del palacio municipal de Juchitán después del terremoto de 2017 .....	1
Fotografía 2. “(Des)esperanzas”. Impacto del terremoto en las casas de las y los juchitecos ....	20
Fotografía 3. “Batallón de mujeres”. Grupo de juchitecas desgranando maíz para preparar tamales y atole de elote.....	46
Fotografía 4. “Trabajos hilados”. Mujer juchiteca bordando huipil para vender.....	77
Fotografía 5. “Sobrevivir”. Interior de una casa derrumbada después del terremoto .....	116
Fotografía 6. “Escombros de una vida”. Fachada de una casa a casi dos años después del terremoto .....	138
Fotografía 7. “Territorio encarnado”. Bordado en bastidor de Yumi .....	165

# INTRODUCCIÓN



Fotografía 1.<sup>1</sup> “Tiempo de quiebre”. Fachada del palacio municipal de Juchitán después del terremoto de 2017.

Desde hace algunas décadas, Juchitán ha despertado el interés, la curiosidad y la admiración de personas que se dedican al arte o a la investigación antropológica. Están, por ejemplo, las pinturas de Diego Rivera, Frida Kahlo y Miguel Covarrubias; los documentales de Anna Boyé (2013) o Carmen Butta (2014); así como el famoso trabajo fotográfico y literario de Graciela Iturbide y Elena Poniatowska (1989). En estas obras las mujeres son retratadas portando el traje, la joyería y el tocado característico de las fiestas, su belleza es exaltada y las describen como seductoras, poderosas e imponentes. A través de estos retratos se les ha estereotipado y se ha construido un imaginario folclórico sobre la presencia del “matriarcado”<sup>2</sup> en Juchitán.

---

<sup>1</sup> Todas las fotografías son de mi autoría y fueron tomadas durante mis visitas en 2017 y el trabajo de campo en 2018. El trabajo de edición fue realizado por Chris, a quien agradezco la luz y el cuidado que les dio.

<sup>2</sup> Según la Real Academia Española, la palabra matriarcado se refiere a la “organización social (...) en que el mando corresponde a las mujeres” (2019).

También existen investigaciones que refuerzan esta idea, pues, debido al papel que las mujeres tienen en el mercado y la economía, las colocan en un lugar central en la sociedad al mismo tiempo que hacen énfasis en el poder que tienen. Beverly Chiñas, por ejemplo, señala que la sociedad zapoteca es “matrifocal”, es decir, una sociedad en la que la figura de la madre y el papel que tiene es central para el entero funcionamiento de la cultura (1973: 85). Por su parte, Veronika Bennholdt-Thomsen sostiene que “es preciso y legítimo, en el caso de Juchitán, hablar de un matriarcado” porque la ideología y la cultura se centra en el papel de la mujer y de la madre (1997: 26-27).

Sin embargo, algunos estudios como el de Margarita Dalton han puesto en cuestión la idea de que existe un matriarcado. Dalton sostiene que, aunque el papel de las mujeres zapotecas en la vida social es primordial, a ellas mismas “no les parece que ese concepto (el matriarcado) las representa. Lo niegan y dicen que eso no es cierto” (2010: 302). El uso del concepto es ajeno a la experiencia concreta de las juchitecas y, además, tiene fuertes implicaciones políticas debido a que está rodeado de “una historia antigua, pesada y patriarcal” (Dalton, 2010: 109). Hablar del matriarcado no es el objetivo de esta tesis, pero es importante destacar esa concepción para cuestionarla e intentar mirar a las mujeres de Juchitán desde otra perspectiva.

Como las feministas afroamericanas han sostenido, “lo personal es político”. En ese sentido, esta investigación es un esfuerzo por analizar las múltiples acciones y trabajos que las mujeres han desplegado, desde sus espacios y relaciones más íntimas y cotidianas, para seguir reproduciendo la vida luego del terremoto del siete de septiembre de 2017. Me interesa mostrar las experiencias y luchas que libran las juchitecas en el día a día, tanto en lo individual como en lo colectivo, para sobrevivir y sostener la vida ante el desastre. Así, mi trabajo se basa en cinco ejes analíticos centrales que en su conjunto me permiten dar cuenta de la complejidad de la situación: la reproducción de la vida; los entramados comunitarios; el trabajo; el clientelismo político y la violencia.

### **Genealogía de un proyecto de investigación**

Llegar a Juchitán y realizar ahí esta investigación fue algo inesperado, la vida y sus sacudidas hicieron que me movilizara hacia allá, en un principio por la emergencia y después por deseo propio. El 31 de agosto de 2017 inicié la Maestría en Antropología Social con el propósito de investigar las repercusiones que los enfrentamientos del 19 de junio de 2016 en

Asunción Nochixtlán, entre “la máquina de guerra” (Mbembe, 2011) del Estado y la población civil, habían tenido en el tejido social.

Sin embargo, casi a media noche del jueves siete de septiembre, una semana después de haber comenzado los seminarios, un terremoto agitó la tierra e impactó fuertemente el estado de Oaxaca. En ese momento yo me encontraba en la ciudad y ahí los daños no fueron significativos. Pero las circunstancias fueron distintas en otras regiones del estado, como el Istmo de Tehuantepec, donde Juchitán de Zaragoza fue el municipio más afectado.

Un par de días después del terremoto, un grupo de amigas y amigos cercanos comenzamos a organizar una brigada voluntaria de acompañamiento psicosocial<sup>3</sup> y, con el apoyo económico del Comité de Derechos Humanos Gobixha A.C. (CÓDIGO D.H.) y de acopios y ayudas enviadas por la sociedad civil, a finales de septiembre llegamos al Istmo de Tehuantepec para realizar talleres y otras actividades grupales y terapéuticas. Hasta ese momento, para mí el Istmo era casi desconocido.

El primer lugar en el que dimos talleres fue en Ciudad Ixtepec. Nos reuníamos con las personas, de cualquier sexo y edad, para acompañarlas y conversar sobre sus dolores, pérdidas y miedos, pero también sobre la alegría de estar vivas. En ese lugar fue donde observé las primeras paredes cuarteadas y cómo las calles se habían vuelto hogares. Al día siguiente, nos dirigimos a Juchitán. Manuel, quien nos acompañaba y guiaba en el recorrido de la zona, nos advirtió “esto que ven aquí es triste, pero más adelante verán algo desolador”. Yo no imaginé lo que quería decir, pero lo comprendí con claridad minutos después.

Para llegar a Juchitán primero tuvimos que cruzar Asunción Ixtaltepec y, en ambos lugares, el escenario que apareció ante mí fue imponente y devastador. Las casas estaban completamente derrumbadas, en algunas parecía que la segunda planta había caído con furia sobre la parte inferior, quedando como un “sándwich”, las calles estaban llenas de escombros y había personas con heridas en diferentes partes del cuerpo. Todo estaba destruido y dañado. Además, al caminar había que cubrirse los ojos porque el viento que soplabla transportaba partículas de tierra y diferentes materiales.

---

<sup>3</sup> Algunas de las personas que formamos parte de esta brigada, la mayoría psicólogas y psicólogos, también pertenecemos al Colectivo de Acompañamiento Psicosocial (CAPSI), cuyo objetivo es acompañar a grupos de personas que han vivido experiencias violentas, injustas o inesperadas, de tal manera que las heridas y los dolores generados puedan sanar, al mismo tiempo que se fortalece el tejido social y la memoria colectiva.

Pese a lo fuerte de las imágenes, lo que más llamó mi atención fue que, en medio de todo esto, las mujeres de diferentes edades preparaban la comida en fogones improvisados, limpiaban el espacio en que vivían junto con su familia, cuidaban a las y los niños y les explicaban qué había pasado y por qué ya no tenían casa. A pesar de las particulares condiciones físicas y de que la mayoría de las y los habitantes se encontraban tristes, ellas seguían trabajando. Estar ahí, escuchar y observar esas situaciones me hacía recordar el trabajo que, tanto en la Sierra Norte como en la Ciudad de Oaxaca, las mujeres de mi familia realizan, o realizaban, cada día, incluso cuando los demás descansan. Mientras el caos rodeaba a Juchitán, las mujeres ponían orden y sostenían la vida a través de su cuerpo, su energía y su tiempo. Así fue como nació este proyecto de investigación.

Decidir el cambio no fue sencillo. Mi experiencia con el tema anterior, el conocimiento del lugar y de las personas con las que trabajaría me daban cierta seguridad. Enfocarme en la reproducción de la vida en un lugar desconocido era iniciar algo completamente nuevo e implicaba profundas reflexiones y cuestionamientos que estaban conectados con mi historia de vida y los procesos que acompañaba. Sin embargo, también sería el camino que me permitiría continuar asistiendo como voluntaria en la brigada y, al mismo tiempo, dedicarme a investigar lo que me hacía sentido desde tiempo atrás. Entonces elegí centrarme en lo que estaba ante mis ojos en ese momento, con el compromiso interno de escribir honrando las vidas de aquellas mujeres que con amor y paciencia me han acompañado durante todo este proceso.

### **Planteamiento del problema**

El Istmo de Tehuantepec es un espacio “geopolíticamente estratégico” para el país (Sánchez, 2016: 41) debido a tres razones principales: 1) es la zona más angosta entre los océanos Atlántico y Pacífico; 2) es “un corredor de tránsito entre Centroamérica y Norteamérica” (Bessi y Navarro, 2017: 9); y 3) es “la región con mayor potencial eoloenergético” de México (Juárez-Hernández y León, 2014: 139). Es por ello que, desde hace décadas, se ha convertido en un punto de referencia mundial, tanto económico como de luchas por la defensa del territorio.

La Heroica Ciudad de Juchitán de Zaragoza es el cuarto municipio más poblado de Oaxaca (ver Tabla 1) y se encuentra en la región del Istmo.<sup>4</sup> Debido al papel que tiene como uno de los centros económicos más importantes de la región y a la riqueza natural que posee

---

<sup>4</sup> Ver Anexo.

su territorio, múltiples actores internacionales y nacionales con proyectos extractivos han intervenido en la zona, lo que ha influido en que la violencia incrementa de manera alarmante cada día. De hecho, según el Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública (SESNSP, 2019), Juchitán se ubica entre los 10 municipios más violentos del país. Y fue ahí donde el desastre más reciente en México tuvo mayor impacto.

<b>Habitantes en la cabecera municipal</b>	
Hombres	36,187
Mujeres	38,638
Total	74,825

Tabla 1. Población. Fuente: INEGI (2010).

La noche del siete de septiembre de 2017 un terremoto<sup>5</sup> de 8.2 grados en la escala Richter azotó el país.<sup>6</sup> El impacto que tuvo, junto con las réplicas que le sucedieron, dejó devastada la Heroica Ciudad de Juchitán de Zaragoza. La mayoría de las familias del lugar perdieron su patrimonio familiar: su casa, sus medios de producción y diferentes pertenencias con valor sentimental. Además, diferentes espacios comunitarios -como el palacio municipal, el hospital, los templos y el mercado- quedaron destruidos. En otras palabras, las familias perdieron los principales espacios en los que reproducían la vida cotidiana y comunitaria. Lo anterior generó un gran impacto emocional en la comunidad, el miedo y la tristeza se hicieron presentes, además, la pérdida de significantes para la vida y la incertidumbre ante lo que sucedía creó una gran preocupación por cómo sobrevivirán en dichas condiciones.

A pesar de todo, la comunidad tuvo la capacidad de responder rápidamente desarrollando diferentes estrategias para satisfacer las necesidades básicas y los requerimientos inmediatos. Por ejemplo, inmediatamente después del terremoto crearon albergues, comedores y cocinas comunitarias para las personas que quedaron sin casa. También, se organizaron para recuperar algunos bienes que quedaron bajo los escombros, y para hacer tequios y limpiar las principales calles de la ciudad. Además, a nivel vecinal establecieron viviendas temporales en la calle, utilizando lonas o tiendas de campaña para cubrirse, e improvisaron espacios para dormir utilizando catres, bases de madera o sillas.

---

<sup>5</sup> El epicentro fue en Chiapas.

<sup>6</sup> Este terremoto es el más potente que ha acontecido en México en casi un siglo (Razo, 2017).

En ese contexto, la pregunta que guía mi investigación es **¿cómo las mujeres juchitecas reproducen la vida, familiar y comunitaria, después del terremoto de septiembre de 2017 en un contexto de violencia creciente?** Mi interés es analizar cómo ellas se organizan y despliegan estrategias para posibilitar la vida y reconstruir los daños que dejó el terremoto, tanto en el ámbito familiar como en el comunitario, en un contexto donde la violencia y el desastre se tejen y crean particularidades para la existencia.

Siguiendo a Federici (2013b: 21), entiendo que la reproducción de la vida se refiere al conjunto de acciones, cuidados y relaciones que se establecen para posibilitar la vida y garantizar el bienestar individual y comunitario. La alimentación, la higiene, el cuidado físico y emocional, la educación, la comunicación y la socialización son, entre muchas otras, actividades necesarias para que las personas puedan vivir. Históricamente, las mujeres han sido las principales responsables del trabajo reproductivo, sin embargo, éste ha sido invisibilizado y naturalizado hasta el punto de ya no considerarse “trabajo”. Por ello, como un esfuerzo por plasmar su vitalidad, en esta investigación yo enfocaré y nombraré como “trabajo” todas las actividades que las mujeres realizan en su cotidianidad para reconstruir la vida, tanto material como emocionalmente.

A lo largo de la tesis desarrollo dos argumentos principales. El primero es que, para reproducir la vida después del terremoto, las acciones individuales o familiares no fueron suficientes, mucho menos las escasas medidas emprendidas por el Estado y sus instituciones. Lo que ha posibilitado la reproducción de la vida familiar y comunitaria han sido las diferentes estrategias colectivas, inmediatas y a largo plazo, desplegadas principalmente por las mujeres y basadas en los diferentes trabajos que realizan y que, con fines analíticos, yo he clasificado de la siguiente manera: 1) el trabajo doméstico, 2) el trabajo de cuidados, 3) el trabajo de contención emocional; 4) el trabajo para generar ingresos, 5) el trabajo para el goce y 6) el trabajo para mantenerse con vida y protegerse de la violencia.

Cabe señalar que, hasta antes del trabajo de campo no había considerado, ni siquiera imaginado, que defender la vida y la integridad física fuera también un trabajo tan indispensable y central en la vida de las mujeres, por lo que mi segundo argumento deriva de esta observación. En Juchitán la violencia contra las mujeres está presente en las calles y en las casas, y se manifiesta como amenazas, golpes, violaciones y asesinatos, sólo por mencionar algunas de sus expresiones. Por ello, las mujeres juchitecas no sólo han tenido que ocuparse de reproducir la vida, sino de defender la suya, es decir, luchar por escapar de la violencia y

sobrevivir, tanto dentro como fuera de la casa. Cuidar su vida se ha vuelto un trabajo extra para ellas.

Siguiendo los planteamientos mencionados, y para dar respuesta a la pregunta central, los objetivos de esta investigación son:

1. Analizar las respuestas colectivas que las personas desplegaron, de manera inmediata y durante las semanas posteriores al terremoto, para salvar y reproducir la vida familiar y comunitaria.
2. Analizar el papel de las mujeres en la organización y el trabajo en las cocinas comunitarias, y cómo estos espacios fueron centrales para reproducir la vida ante el desastre.
3. Analizar la organización, las acciones y los trabajos, materiales e inmateriales, que las mujeres han realizado para reproducir la vida y generar el bienestar físico y emocional de las personas después del terremoto.
4. Analizar el contexto violento que viven las mujeres en Juchitán, así como las estrategias de cuidado que desarrollan y comparten para escapar de la violencia y mantenerse con vida.
5. Analizar las acciones emprendidas por el Estado ante la emergencia y algunas de sus consecuencias.

### **Horizonte teórico<sup>7</sup>**

Durante todo el siglo XX existió el interés constante sobre el estudio de los desastres, sin embargo, las mujeres eran las grandes ausentes en estas investigaciones. Fue a partir de 1979, con la Convención sobre la Eliminación de todas las formas de Discriminación contra la Mujer (CEDAW), que las ciencias sociales incorporaron la perspectiva de género y comenzaron a interesarse por el papel de las mujeres y las afectaciones que viven en estos contextos.

---

<sup>7</sup> Hago uso del concepto parafraseando a Raquel Gutiérrez cuando sostiene la importancia de “bosquejar una estrategia teórica que permita (...) la comprensión práctica del acontecimiento social de quiebre” (Gutiérrez, 2008: 15-16).

Los estudios realizados han generado aportes significativos, tales como: señalar que las mujeres habían permanecido invisibles en las investigaciones sobre desastres (De Sousa, 1995: 135); mostrar las condiciones de desigualdad que permean la experiencia de hombres y mujeres dichas situaciones (Fothergill, 1996: 35; Castro, 2005: 2; Valdés, 2010: 3; Molina, 2013: 24); enfatizar la importancia de tomar en cuenta a las mujeres para lograr análisis profundos (De Sousa, 1995: 135; López, 1999: 2); y, documentar cómo las mujeres extienden su rol de cuidadoras y son fundamentales en los procesos de reconstrucción después del desastre (Enarson y Morrow, 2000: 5-8; Bradshaw y Arenas, 2004: 22; Martínez, 2012: 116).

Sin embargo, pese a estos aportes, se ha recurrido mayoritariamente a categorías como “equidad de género” (Castro, 2005; Martínez, 2012; Cuevas, Javier, Miramón y Serratos, 2012), “vulnerabilidad” (Enarson y Morrow, 2000; Bradshaw y Arenas, 2004; Castro y Reyes, 2006; Valdés, 2010; Cásares, 2013; Cotarelo, 2015), “participación” (De Sousa, 1995; Melo, 1995; Fothergill, 1996) y, recientemente, “resiliencia” (Molina, 2013). De esta forma, ha dominado un enfoque de las mujeres como víctimas, sujetos vulnerables con necesidad de protección o personas sufrientes.

Así, a pesar del alcance y la importancia que ha constituido la incorporación del enfoque de género para el análisis de los desastres, me parece que los lentes analíticos que se han usado limitan la mirada hacia las mujeres debido a que las categorías utilizadas las reducen al papel de “participantes vulnerables” que complementan las acciones que los hombres o las instituciones despliegan, pero no las ven como sujetos de acción que generan estrategias y dinámicas propias para reconstruir la vida en estas condiciones.

En esta investigación busco analizar el papel que juegan las mujeres en la reproducción de la vida en un contexto de desastre. Esto significa enfatizar la organización, los trabajos y las relaciones que ellas crean, recrean y mantienen, tanto al interior como al exterior de la unidad de reproducción, con el fin de posibilitar la vida familiar y comunitaria al mismo tiempo que defienden su propia existencia.

En este sentido, me inscribo, me apoyo y busco dialogar con los trabajos y las teorizaciones que, como parte del Seminario de Entramados Comunitarios en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, han desarrollado investigadoras como Raquel Gutiérrez, Mina Navarro y Lucía Linsalata. Ellas, a partir de un compartir fértil con Silvia Federici, han puesto en el centro del análisis el trabajo de las mujeres para la reproducción de la vida

comunitaria. Así, parto de un enfoque feminista para sentar las bases teóricas y políticas de mi investigación, ya que a partir de éste se ha reflexionado de manera profunda sobre temas como el trabajo doméstico, el trabajo de cuidados y la violencia.

El principal andamio analítico que utilizo es la “reproducción de la vida”, y se refiere a todas aquellas actividades, relaciones y disposiciones mentales por medio de las cuales la energía física y emocional y la capacidad laboral se restauran cotidianamente (Federici, 2013b: 21). Es uno de los pilares centrales de la existencia y se basa en el trabajo, material e inmaterial, que las mujeres realizan a cada momento del día, desde el amanecer hasta el anochecer. Por ello, antes de cualquier tipo de producción se encuentra la reproducción, es decir, para que el trabajo “productivo” sea posible, se necesita primero la revitalización de la persona que realizará ese trabajo (Federici, 2013b).

Para reproducir la vida las mujeres hacen uso de los bienes, los recursos y las condiciones físicas específicas que tienen a su alrededor, pero también se apoyan en las relaciones sociales existentes. Ellas, con su trabajo, sostienen materialmente la vida familiar-comunal (Tzul, 2016: 58). Así, la reproducción de la vida no se queda en el trabajo cotidiano en el hogar, permea todos y cada uno de los espacios y los ámbitos de la vida, por lo tanto, genera, fortalece y recrea los vínculos comunitarios.

Ya que la reproducción se realiza “estableciendo una multiplicidad de relaciones de interdependencia entre los miembros de las comunidades humanas y entre comunidades del mundo humano y no humano”, como sostienen Gutiérrez, Navarro y Linsalata (2016: 6), parto de la concepción de lo común y lo comunitario como “una relación social” que se construye, se reconstruye y se nutre constantemente (Gutiérrez, 2017: 10).

*Lo común se produce*, se hace entre muchos, a través de la generación y constante reproducción de una multiplicidad de tramas asociativas y relaciones sociales de colaboración que habilitan continua y constantemente la producción y el disfrute de una gran cantidad de bienes –materiales e inmateriales– de uso común. Aquellos bienes que solemos llamar “comunes” (...) no podrían ser lo que son sin las relaciones sociales que los producen. Mejor dicho, no pueden ser comprendidos plenamente al margen de las personas, de las prácticas organizativas, de los procesos de significación colectiva, de los vínculos afectivos, de las relaciones de interdependencia y reciprocidad

que les dan cotidianamente forma, que producen tales bienes en calidad de comunes (Gutiérrez, Navarro y Linsalata, 2016: 8).

Ahora bien, al hablar de entramados comunitarios hago énfasis en las relaciones y vínculos sociales interdependientes que producen lo común como un fin compartido, es decir, a partir de una colectividad que emerge y se acompaña para reproducir la vida, material y simbólica, siguiendo la lógica del valor de uso, generando riqueza concreta y priorizando el sustento (Gutiérrez, 2017; Navarro, 2015). Así, en la construcción de entramados comunitarios deviene “un tipo de subjetividad que, en tanto el sujeto se reconoce como parte de un nosotros, está dispuesto a cooperar y a sentir como propio lo que se produce en común”, como sostiene Navarro (2015:109).

Siguiendo esa lógica, me apoyo en el enfoque de la “comunalidad” para profundizar en las dinámicas, relaciones y formas de trabajo colectivo, cooperativo y compartido que resurgieron ante la necesidad de cuidar y defender la vida luego del terremoto. Entiendo la comunalidad como “la comprensión integral, total, natural y común de hacer la vida; es un razonamiento lógico natural que se funda en la interdependencia de sus elementos, temporales y espaciales”, como sostiene Jaime Martínez (2015: 100). Asimismo, me baso en el concepto de “luchas por lo común” (Navarro, 2015) para comprender las acciones que, asentadas en esfuerzos colectivos, se desplegaron ante la emergencia para garantizar y defender la reproducción de la vida común (Navarro, 2015, Gutiérrez, 2017).

También hago uso de la categoría de “trabajo doméstico” para dar cuenta de cómo las mujeres reproducen la vida desde su sentido más básico. Éste implica las múltiples actividades destinadas, principal pero no únicamente, a satisfacer las necesidades y a mantener el hogar y la familia, por lo tanto, produce bienestar para la unidad de reproducción (Carrasquer, Torns, Tejero y Romero, 1998: 96). Abarca, por ejemplo, labores como asear la casa, preparar la comida, lavar los trastes y vestir a las y los niños. De esta manera, el trabajo doméstico genera las condiciones vitales y reproduce la fuerza de trabajo de las personas, por lo que es una de las labores más productivas de la sociedad (Dalla, 1972; Federici, 2013b). Las mujeres siempre han sido las principales encargadas de realizarlo (Carrasquer, Torns, Tejero y Romero, 1998; Lagarde, 2005; Torns, 2008; Federici, 2013b) y, debido a que no puede ser ejecutado por máquinas o tecnología, “la mujer está siempre en servicio (...), su jornada de trabajo es interminable” (Dalla, 1972: 6).

Por otro lado, uno de los conceptos que no era parte de mi interés inicial, pero se impuso en la investigación, es el de “clientelismo político” y lo utilizo basándome en la propuesta de Javier Auyero (2001) para dar cuenta de la relación entre el Estado y la comunidad, pues me permite comprender las prácticas y las lógicas que las respuestas gubernamentales siguieron ante el desastre. El clientelismo se refiere a aquellas acciones e intercambios de favores que se realizan a cambio de apoyo político, y que se basan en un conjunto de lazos y relaciones entre políticos, mediadores y clientes (Auyero, 2001).

Finalmente, al analizar las circunstancias y la situación actual que viven las mujeres en Juchitán, los argumentos de Dawn Paley y Rita Segato sobre la guerra y la violencia que se desarrollan hoy en día son centrales en esta investigación. Segato sostiene que “las nuevas formas de guerra, caracterizadas por la informalidad, se despliegan hoy en un espacio intersticial que podemos caracterizar como para-estatal porque se encuentra controlado por corporaciones armadas con participación de efectivos estatales y para estatales” (2014: 15).

En Juchitán, la guerra existe hoy y, al parecer, su presencia continuará a largo plazo. Múltiples actores se mueven en ese espacio, entre ellos las empresas transnacionales, los militares y el narcotráfico. Al respecto, Paley argumenta que “la guerra antidrogas es un remedio a largo plazo para los achaques del capitalismo, que combina legislación y terror en una experimentada mezcla neoliberal para infiltrarse en sociedades y territorios antes no disponibles para el capitalismo” (2016: 12). En este contexto, la violencia contra las mujeres también es constante y se deriva de la actuación de elementos externos, pero también del machismo y la misoginia latente en cada uno de los espacios de la comunidad, incluidas las casas.

### **Metodología**

Esta investigación es de corte cualitativo y parte de un enfoque etnográfico que, tal y como señala Elsie Rockwell, busca “documentar lo no-documentado de la realidad social” (2009: 21) y se basa en la experiencia directa y la interacción constante entre la o el investigador y las personas, con el fin de acercarse a “los lenguajes y conocimientos locales” (2009: 184). Con ese objetivo, realicé el trabajo de campo de agosto a diciembre de 2018, sin embargo, como mencioné anteriormente, mis visitas a Juchitán comenzaron desde septiembre de 2017.

Aquí es importante apuntar que, tal y como lo han hecho otras investigaciones con enfoque feminista, recurro a la teoría del punto de vista y a los conocimientos situados

(Haraway, 1995; Harding, 1998) como recursos epistemológicos, pues busco narrar desde el punto de vista de las mujeres. Esto no significa que no reconozca el papel que juegan los hombres en dicha situación, ya que ellos también despliegan estrategias para reproducir la vida, sin embargo, como señala Federici, no se trata de contar la “historia de las mujeres” separada de los hombres, sino de contarla desde la mirada de las mujeres al ocuparse del trabajo reproductivo (2013: 21a).

Ahora bien, durante el trabajo de campo las principales técnicas utilizadas fueron la observación participante y las entrevistas a profundidad. Rosana Guber argumenta que la observación participante facilita el análisis crítico de los conceptos teóricos y permite anclarlos en la realidad concreta (2001: 62). Así, esta técnica me permitió comprender a fondo el sentido que la reproducción de la vida tiene para las mujeres juchitecas y cómo la llevan a cabo diariamente.

Conviví con ellas casi las 24 horas del día y compartimos pláticas interminables, comida, celebraciones y múltiples trabajos. También participé y documenté diferentes actividades como el 8° Encuentro Nacional de Damnificados, el primer aniversario del terremoto, el 2° censo para evaluar los daños del terremoto y varias acciones en defensa del territorio. Y, al mismo tiempo, colaboré como voluntaria en un proyecto de reconstrucción de cocinas, por lo que participé constantemente en trabajos de cimentación, construcción con materiales locales como lodo y zacate, colocación de techos y elaboración de fogones.

La labor como voluntaria fue central ya que cuando las personas me veían ayudando a reconstruir parte de sus hogares también se interesaban en mi investigación, yo les compartía lo que hacía, les platicaba sobre mi tema y ellas me abrían las puertas con cariño, me recibían con sonrisas y las conversaciones sobre una infinidad de temas nunca faltaron. Todo esto me permitió crear lazos de confianza, afecto y respeto, así como tener una mirada más profunda sobre sus labores, dinámicas cotidianas y relaciones familiares y comunitarias, es decir, sobre todo aquello que hacía posible la reproducción de la vida en Juchitán y que por ser tan familiar muchas veces pasa inadvertido.

En un esfuerzo por realizar otras actividades grupales y no sólo dedicarme a “obtener información”, junto con algunas personas de la comunidad planeé dos propuestas que pudieron materializarse. Por un lado, realizar un taller con niñas y niños de 2° de primaria, enfocado a las emociones y sentimientos que existían alrededor de su experiencia en la

“reconstrucción” de la comunidad. Y, por otro lado, acompañar el inicio de un conversatorio de mujeres que posteriormente tomó la forma de un “círculo de autoconsciencia”, una de las herencias feministas, que se ha mantenido a largo plazo.

Para fortalecer mis observaciones y la información obtenida a través de los diálogos cotidianos y espontáneos, hice uso de la entrevista a profundidad que, según Restrepo, permite “comprender a detalle las percepciones de las entrevistadas o profundizar en el conocimiento de situaciones pasadas o presentes desde su perspectiva” (s/f.: 2). Realicé un total de 20 entrevistas semi-estructuradas que registré a través de grabaciones o notas, con el fin de guardar con fidelidad sus palabras. Esta técnica me permitió ahondar en las experiencias, las percepciones y la subjetividad de cada persona. Es decir, a través del diálogo reflexivo pude percibir y entender sus vivencias, preocupaciones y anhelos, así como los sentidos y significados que las mujeres les dan a su trabajo y las particularidades que éste tiene en condiciones de desastre. En la Tabla 2 detallo las características de cada una de las entrevistas realizadas.

No	Nombre <sup>8</sup>	Sexo	Edad	Fecha	Duración	Registro
1	Na Lucila	M	44	24-09-18	01:23:20	Grabada
2	Heidi	M	29	30-09-18	02:48:02	Grabada
3	Na Irma	M	51	02-10-18	00:49:48	Grabada
4	Na Asunción	M	43	02-10-18	01:12:34	Grabada
				08-04-19	00:29:00	
5	Berenice	M	21	04-10-18	01:07:01	Grabada
6	Na Lugarda	M	79	05-10-18	01:30:11	Grabada
7	Yumi*	M	21	10-10-18	01:56:03	Grabada
8	Manu*	H	30	12-10-18	01:15:00 aprox.	Escrita
9	Na Elsa	M	56	18-10-18	01:14:12	Grabada
10	Akemi y Lupita	M	10 y 8	18-10-18	00:55:27	Grabada
11	Guie´biaani´*	M	24	29-10-18	01:21:46	Grabada
12	Na Mirna	M	35	05-11-18	01:02:38	Grabada
13	Xunaxi	M	30	06-11-18	01:17:00	Grabada
14	Na Amelia	M	82	07-11-18	00:46:36	Grabada
15	Carmen*	M	26	08-11-18	00:45:00 aprox.	Escrita
16	Mario	H	27	09-11-18	00:46:31	Grabada

<sup>8</sup> Los nombres que tienen el signo \* son pseudónimos elegidos por las y los entrevistados debido a que decidieron que su nombre real no fuera plasmado.

17	Na Mari Tere	M	42	14-11-18	01:20:00	Grabada
18	Na Martha	M	36	17-11-18	00:35:17	Grabada
19	Óscar	H	29	23-11-18	01:04:04	Grabada
20	Na Bettina	M	55	29-11-18	01:20:14	Grabada

Tabla 2. Entrevistas realizadas.

Para poder comprender a profundidad las palabras y los sentires de cada una de las personas entrevistadas, así como el papel que tuvieron en la reproducción de la vida familiar y comunitaria después del terremoto, es necesario situarlas contextualmente tomando en cuenta características como el sexo y la edad, ya reflejadas en la tabla anterior. Sin embargo, también es primordial identificar la etapa del ciclo vital en que se encuentran, el lugar que ocupan en la unidad de reproducción y los daños que el movimiento telúrico generó en sus casas, sólo por mencionar algunas características. Por ello, en la Tabla 3 muestro los perfiles de las personas entrevistadas.

<b>Nombre</b>	<b>Estado civil</b>	<b>Etapa del ciclo vital y características</b>	<b>Daños materiales causados por el sismo</b>	<b>Tipo de participación</b>
Na Lucila	Separada	Madre de seis hijas e hijos en total. Cuida y mantiene a los dos más pequeños, de 15 y 13 años.	Casa con cuarteaduras en las paredes pero sin derrumbes. Comixcal <sup>9</sup> destruido.	Participante activa en cocina comunitaria que se instaló en su patio.
Heidi	Separada	Madre, cuidadora y sostén económico de una niña de 10 años.	Casa derrumbada. Comixcal destruido.	Interlocutora clave de lo sucedido después del terremoto.
Na Irma	Casada	Madre de cuatro hijas mayores de edad. Sostiene económicamente a su hija menor.	Casa con daños mínimos. El puesto que tenía en el mercado quedó destruido.	Participante activa del levantamiento del mercado.
Na Asunción	Casada	Madre de una hija y un hijo, de 25 y 24 años, que ya no dependen de ella.	Casa con daños mínimos.	Interlocutora clave. Responsable de una cocina comunitaria.
Na Lugarda	Viuda	Abuela cuidadora de dos de sus nietos. Sin dependientes económicos.	Casa derrumbada.	Interlocutora clave y participante activa en una cocina comunitaria.
Berenice	Casada	Madre y cuidadora de un niño de 10 meses.	Casa con cuarteaduras en las paredes pero sin derrumbes.	Asistente a las cocinas comunitarias.

<sup>9</sup> Se le llama “comixcal” al horno tradicional, hecho de barro, que usan las mujeres para cocer las tortillas, los totopos y diferentes alimentos.

Yumi	Casada	Madre, cuidadora y sostén económico de dos niñas, de 5 y 3 años.	Casa con daños mínimos. Comixcal destruido.	Interlocutora clave sobre el trabajo doméstico.
Manu	Soltero	Hombre sin hijos ni dependientes económicos.	Casa con cuarteaduras en las paredes pero sin derrumbes.	Participante activo en la gestión y distribución de víveres.
Na Elsa	Casada	Cuidadora y sostén económico de su madre, su padre y su nieto, de 82, 84 y 8 años, respectivamente.	Casa con cuarteaduras en las paredes pero sin derrumbes.	Interlocutora clave sobre el aumento del trabajo de cuidados y participante activa en una cocina comunitaria.
Akemi	Soltera	Estudiante de 4° de primaria. Trabaja ayudando a su mamá en sus labores.	Casa derrumbada.	Narradora central del punto de vista infantil.
Lupita	Soltera	Estudiante de 2° de primaria. Trabaja ayudando a su mamá en sus labores y cuida de su hermano menor.	Casa derrumbada.	Narradora central del punto de vista infantil y participante en albergue.
Guie' biaiini'	Separada	Madre, cuidadora y sostén económico de dos niños de 6 y 4 años.	Casa con daños mínimos.	Interlocutora clave y participante activa en trabajos de rescate y de reconstrucción.
Na Mirna	Separada	Madre y cuidadora de sus dos hijos, de 17 y 15 años.	Casa con daños mínimos. Comixcal destruido.	Ayudante en un campamento.
Xunaxi	Casada	Madre, cuidadora y sostén económico de su hijo e hija, de 10 y 5 años.	Casa con cuarteaduras en las paredes pero sin derrumbes.	Participante en un campamento.
Na Amelia	Casada	Cuidadora y sostén económico de su esposo.	Casa derrumbada. Comixcal destruido.	Ante la pérdida de su hogar vivió en una casa de lona durante seis meses, aprox.
Carmen	Separada	Madre, cuidadora y sostén económico de dos hijos, de 4 y 2 años.	Casa con cuarteaduras en las paredes pero sin derrumbes.	Se cambió de casa debido al terremoto. Interlocutora clave sobre el tema de violencia.
Mario	Soltero	Hombre sin hijos ni dependientes económicos.	Casa con daños mínimos.	Realizó un sondeo espacial inmediato. Observador activo del censo y la asignación de folios.

Na Mari Tere	Separada	Madre y cuidadora de dos hijos, de 14 y 12 años, que dependen parcialmente de ella.	Casa con daños mínimos.	Participante activa en la organización de un campamento, y en la gestión, recepción y distribución de víveres.
Na Martha	Casada	Madre, cuidadora y sostén económico parcial de cuatro hijos, de 9, 8, 7 y 6 años.	Casa derrumbada. Comixcal destruido.	Ante el derrumbe de su hogar, todavía vive en una casa de lona.
Óscar	Separado	Padre y sostén económico parcial de una hija de 8 años.	Casa con cuarteaduras en las paredes pero sin derrumbes.	Organizador de la brigada “Descalzo”. Participante activo en la gestión, recepción y distribución de víveres.
Na Bettina	Casada	Madre de dos hijas mayores de edad, sin dependientes económicos.	Casa con daños mínimos.	Participante activa en la gestión, recepción y distribución de víveres.

Tabla 3. Perfiles de las personas entrevistadas.

Como se puede observar, el perfil de las mujeres entrevistadas es muy variado en cuanto a la edad, el estado civil, el lugar que ocupan dentro de la unidad de reproducción y el impacto que el terremoto generó en las casas y en los bienes materiales que poseían. Esto no es casual, opté por la diversidad debido a que no me interesa mostrar una imagen única o exclusiva de las mujeres juchitecas, sino reflejar los matices y constatar que todas aseguran la reproducción de la vida familiar y comunitaria.

A pesar de que mi análisis se basa en las 20 entrevistas y muchas conversaciones más, las voces de Guie´biaani´, Heidi, Na Elsa, Na Asunción y Yumi son centrales y cruzan a lo largo del texto, no porque sean más importantes que las otras, sino porque me permiten comprender las particularidades y las perspectivas diferenciadas de la experiencia que brota ante el terremoto y se encarna en cuerpos concretos. Además, es con ellas y con sus familias que desarrollé una gran cercanía y afecto, pues me acompañaron y cobijaron durante la mayor parte de mi estancia en Juchitán.

Guie´biaani´ (24 años) es madre de dos niños pequeños y realiza trabajos comunitarios de reconstrucción y en defensa del territorio. Ella ha sido mi compañera vital y su presencia fue primordial durante el proceso de investigación, pues me prestó sus ojos y oídos para comprender ampliamente el contexto después del terremoto. Su visión y conocimientos sobre

la comunidad, la situación ante el desastre, la violencia creciente y el papel del gobierno, me permitió reenfocar continuamente mi perspectiva y profundizar en el análisis.

Por otro lado, Heidi (29 años) es madre de una niña de 10 años y fue observadora principal de los procesos organizativos que surgieron luego del desastre. Ella, al igual que varias entrevistadas, es una mujer repleta de saberes que lleva a cabo múltiples trabajos para generar ingresos. Debido a que perdió su hogar con el movimiento telúrico, sus palabras también reflejan la lucha que se libra cuando no se tiene un techo que brinde seguridad y cubra de las inclemencias del clima.

Las narraciones de Na Elsa (56 años) también atraviesan esta tesis. Ella es una mujer llena de fortaleza y describe a profundidad cómo se realizaba el trabajo doméstico en el campamento y la cocina comunitaria en la que participó. Me explicó con plena claridad las implicaciones que el aumento del trabajo de cuidados, a consecuencia del terremoto, tuvo en su vida, pues significó una carga física, mental y afectiva más.

Na Asunción (43 años), por su parte, es una mujer que ya no tiene dependientes económicos, pero sí afectivos y de cuidados, por lo que su esposo, su hija e hijo saben que es central en la familia. Ella es un pilar en esta investigación debido a que fue responsable de la cocina comunitaria en la que me baso, y significó un apoyo importante para sus vecinas y vecinos debido a que su casa tuvo daños mínimos y sirvió de refugio en los días posteriores al terremoto. Na Asunción me ayudó a comprender las dinámicas colectivas que surgieron, así como la actuación gubernamental y sus irregularidades.

Finalmente, Yumi (21 años) es una mujer casada, madre de dos hijas y el principal sostén económico familiar. Es ella quien me mostró a profundidad lo que implica el trabajo doméstico y cuidar de las personas a diario, así como el cansancio físico y el desgaste mental que genera. Ella y Carmen (26 años) me explicaron a detalle las dinámicas de pareja existentes dentro de la unidad de reproducción, me compartieron sus experiencias de vida y me hicieron advertir que luchar por mantenerse vivas y sobrevivir a la violencia es un trabajo más que las mujeres realizan.

Pese a que estas voces son las que más visibilidad tienen, la comprensión aguda y profunda de la situación nació de la convivencia constante y los intercambios con las otras mujeres entrevistadas, cada una de ellas me ayudó a descubrir y aprehender los significados de su sentir, pensar y hacer cotidiano. Además, no sólo fue central el trabajo de las entrevistas,

sino también el trabajo etnográfico, cuyos momentos de encuentro vividos no se pueden resumir y plasmar en una tabla.

### **Resumen de capítulos**

Para dar cuenta de cómo las mujeres reproducen la vida en Juchitán, donde se entretajan el contexto de desastre y la violencia, esta tesis está conformada por cinco capítulos, cada uno de los cuales es un esfuerzo por plasmar con la mayor fidelidad posible las experiencias, la riqueza epistemológica y práctica, las emociones, los sentimientos y los trabajos que ellas llevan a cabo cotidianamente.

El capítulo 1 reconstruye la experiencia vivida durante el terremoto y analiza las acciones y las estrategias colectivas que las personas desplegaron para cuidar, sostener y reproducir la vida de manera inmediata y en los días posteriores. De esta manera, muestra cuáles fueron las principales necesidades y dificultades que surgieron, así como los caminos que las y los habitantes siguieron para darles solución de manera conjunta y generar el bienestar familiar y comunitario.

El capítulo 2 se enfoca al análisis del trabajo que las mujeres realizaron en uno de los espacios colectivos centrales que generaron: las cocinas comunitarias. Aborda las características, dinámicas y tensiones existentes en estos espacios, y argumenta cómo, luego del terremoto, la alimentación fue una de las necesidades centrales y las juchitecas se encargaron de satisfacerla. La organizaron y el trabajo conjunto que ellas llevaron a cabo en ese espacio hicieron posible reproducir la vida en su sentido fundamental.

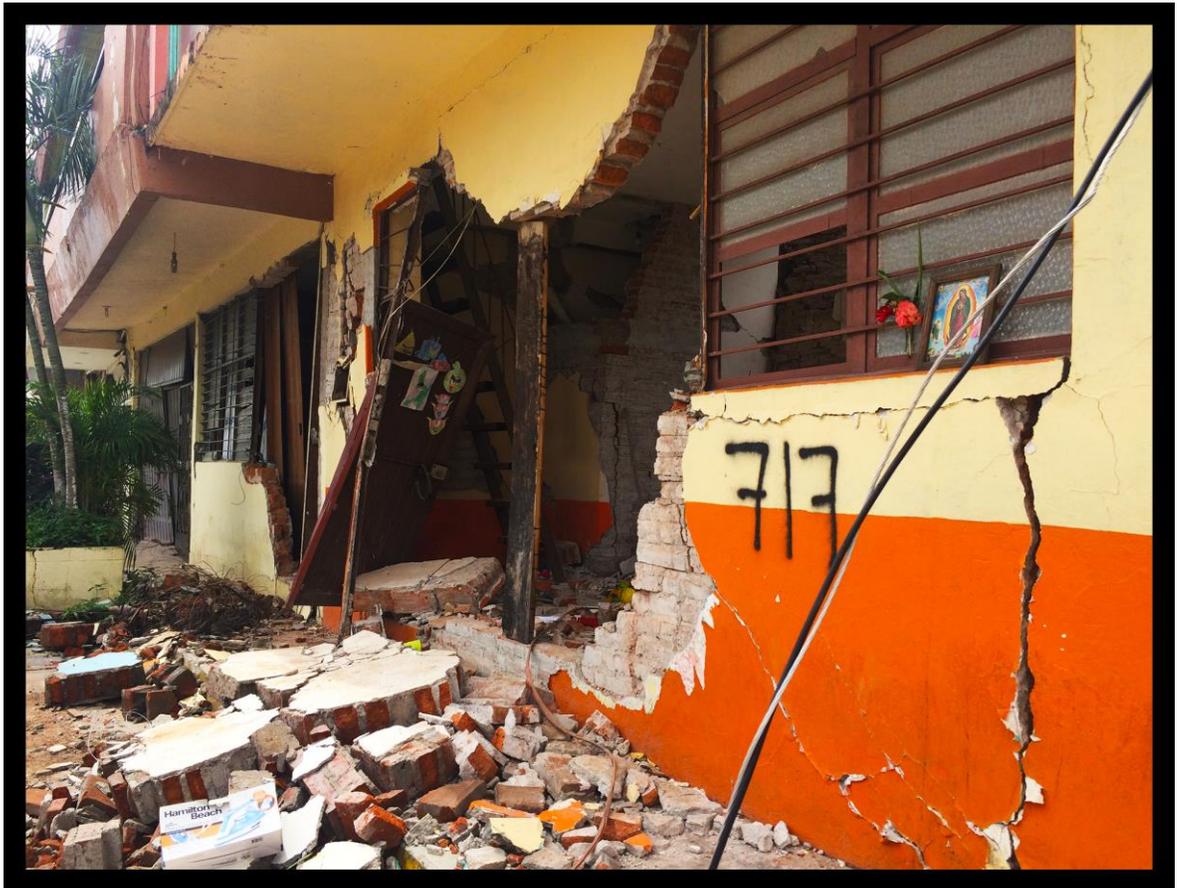
El capítulo 3, por su parte, se centra en analizar los diferentes trabajos que las mujeres han desplegado para reproducir la vida, los cuales clasifiqué de la siguiente manera: 1) el trabajo doméstico, 2) el trabajo de cuidados, 3) el trabajo de contención emocional, 4) el trabajo para generar ingresos y 5) el trabajo para el goce. Aquí desarrollo cada uno de estos trabajos y muestro el tiempo, el esfuerzo y la energía que invierten las mujeres para posibilitar el bienestar físico y afectivo de las personas.

El capítulo 4 contiene uno de los principales hallazgos durante mi trabajo de campo: defender la vida y mantenerse a salvo de la violencia es un trabajo central que realizan las mujeres cotidianamente. El capítulo retrata las múltiples violencias a las que las mujeres se enfrentan a diario, tanto en las calles como dentro de las casas. En ese sentido, analiza cómo

ellas se encargan de reproducir la vida al mismo tiempo que defienden la suya, y muestra las estrategias de cuidado colectivo e individual que despliegan para mantenerse vivas.

Finalmente, el capítulo 5 está enfocado, por un lado, al análisis de la respuesta del gobierno ante el desastre, enfocándome principalmente en la gestión y en las acciones que éste realizó a corto y mediano plazo. Y, por otro lado, plasma las condiciones y dificultades actuales que se viven en Juchitán a dos años del terremoto.

# CAPÍTULO 1. RELATOS Y ESTRATEGIAS COLECTIVAS PARA REPRODUCIR LA VIDA LAS SEMANAS POSTERIORES AL TERREMOTO



Fotografía 2. “(Des)esperanzas”. Impacto del terremoto en las casas de las y los juchitecos.

“Todo se paró. Y al final, quienes quedamos aquí en la tierra, quedamos para ver cómo le sacamos, cómo le hacemos para vivir, porque no sabemos qué vaya a pasar” (Heidi, Entrevista, 30 de septiembre de 2018).

El tiempo tiene una doble naturaleza, propone Raquel Gutiérrez: “el tiempo de lo cotidiano y el tiempo de la ruptura, esto es, el quiebre de lo cotidiano” (2008: 47). El día siete de septiembre de 2017, a las 11:49 p.m., inició el terremoto más intenso de los últimos 100 años en México, de 8.2 grados en la escala Richter, y afectó gravemente al municipio de

Juchitán de Zaragoza. Así se abrió el “tiempo de ruptura” que trajo consigo la transformación de la vida en este lugar.

Este capítulo tiene por objetivo describir y analizar las respuestas inmediatas que las personas desplegaron para poder reproducir la vida familiar y comunitaria en las semanas posteriores al desastre. Con el terremoto, la mayoría de las casas y espacios comunitarios quedaron destruidos, y surgieron necesidades urgentes como el rescate de las personas atrapadas bajo los escombros, la alimentación y la vivienda. En esos momentos, las acciones individuales o familiares no eran suficientes para responder ante la emergencia ni para seguir reproduciendo la vida, por lo que las y los habitantes se agruparon y optaron por actuar en colectivo.

De esta manera, florecieron múltiples “luchas por lo común” que, siguiendo a Mina Navarro (2015: 109) y a Raquel Gutiérrez (2017: 2), pueden entenderse como aquellos esfuerzos colectivos fundados en una relación social y una subjetividad de cooperación, que buscan producir, defender y mantener las condiciones materiales e inmateriales que garantizan la reproducción de la vida colectiva. Estas luchas, basadas en los “entramados comunitarios” que se revitalizaron en Juchitán, fueron el principal soporte y nutriente de la vida concreta en tiempos de ruptura.

### **1. “Te sientes nada al lado de tanta fuerza”. El momento del terremoto**

Mientras sus hijos juegan en el patio, Guie´biaani<sup>10</sup> los observa desde la cocina. Ella es una mujer alta, de piel morena y grueso cabello negro, largo y rizado. Tiene 24 años y habita en Cheguigo, el barrio que abarca la Cuarta y la Octava Sección de Juchitán.<sup>11</sup> Guie´biaani´ estuvo casada un par de años, pero se separó de su pareja porque la violentaba. Ahora vive solamente con sus dos hijos, Yi´ y Bi´<sup>12</sup>, de 4 y 6 años respectivamente, y su principal trabajo, pero no el único, es el doméstico y de crianza, por lo que dedica gran parte de su tiempo al cuidado de los niños. Además, para obtener ingresos, Guie´biaani´ realiza distintos trabajos como vender comida o joyería.

La casa de Guie´biaani´ es colorida. Paredes rosas, azules y blancas se muestran con cuadros colgando y grandes ventanas permiten que la luz entre e ilumine las habitaciones y lo

---

<sup>10</sup> Guie´biaani´ proviene del zapoteco y quiere decir “flor de luz”. Es el pseudónimo que utilizaré para referirme a esta mujer que, por motivos personales, decidió que su nombre verdadero no se revelara.

<sup>11</sup> Para localizar geográficamente las secciones en que cada mujer entrevistada habita, ver Anexo.

<sup>12</sup> Los nombres reales de los niños no se revelarán aquí. Yi´ y Bi´ son los pseudónimos con los que me referiré a ellos y son palabras que provienen del zapoteco y significan “fuego” y “viento”, respectivamente.

que hay dentro. En la sala, compuesta por tres sillones de color negro y una mesita de madera que sostiene el reproductor de música, muchos juguetes y colores tirados son la señal de que esa casa es habitada, también, por niños. Al levantar la mirada y mirar el techo y las paredes, pueden observarse algunas grietas que cruzan en diagonal. El impacto material del terremoto está ahí, y en ese mismo espacio Guie´biaani narra lo que pasó la noche del desastre:

Yo estaba en el cuarto pintando (...). Cuando empezó, el movimiento era muy leve, mi mamá jaló a Yi´ y salió corriendo y gritando, porque se espanta mucho con cualquier temblorcito. Y yo dije “ahorita va a pasar, tranquila”, pero cuando vi que el meneíto seguía me paré rápido y agarré a Bi´, que estaba durmiendo en la hamaca. Cruzamos la puerta y fue cuando empezó el jalonzote, nos íbamos a caer pero mi mamá y un tío nos pudieron jalar. A esa hora, el movimiento y el sonido que surgía de la tierra era muy fuerte. Ahí es donde no te sientes nada al lado de tanta fuerza. Volteaba al callejón y veía cómo la barda se hacía como papel, en un momento pensé que se iba a abrir la tierra y abracé a mis hijos. Era increíble. Cuando empezó a disminuir el movimiento abrimos los ojos para ver qué había pasado, solo había una polvareda tremenda, el olor a gas, el agua cayéndose de las cisternas... salimos a la calle y todos los vecinos en shock, gritando, llorando, bien feo (Guie´biaani´, Entrevista, 29 de octubre de 2018).

Hasta antes de la media noche del siete de septiembre de 2017 la vida había transcurrido normalmente en Juchitán. Durante el día, las y los habitantes desarrollaron sus rutinas comunes y en la noche la mayoría habían terminado sus actividades y estaban en sus casas, acompañadas de familiares o amistades cercanas. Algunas personas terminaban de cenar, otras dormían o se disponían a acostarse, como Na Lugarda.

Na Lugarda es una mujer alta y robusta, de tez morena y con algunas arrugas en la cara que la hacen ver firme y contrastan con su mirada dulce. Tiene 79 años y vive en la Quinta Sección, la más antigua de la comunidad, junto con su hija, de 46 años, y una nieta y un nieto, de 16 y 9 años, respectivamente. Hasta antes del terremoto, Na Lugarda tenía una gran casa verde de dos pisos, considerada un referente histórico ya que fue propiedad del General Heliodoro Charis Castro, su padre, un personaje de gran importancia en Juchitán.<sup>13</sup> La casa

---

<sup>13</sup> El General Heliodoro Charis Castro es un personaje de gran importancia en Juchitán debido a que tuvo un papel central en la Revolución Mexicana y posteriormente fue Diputado Federal y Senador de la República. Además, realizó diferentes acciones por su comunidad: promovió la construcción de escuelas como la primera Secundaria de Artes y Oficios, que actualmente es la Casa de la Cultura, y el Centro Escolar Federal “Juchitán”;

tenía amplias habitaciones alrededor de un patio central rodeado de gruesas columnas que formaban arcos y, la noche en que inició el desastre, ella se encontraba ahí con sus dos nietos.

Ahí estábamos cuando empezó a temblar (...). Yo estaba en la hamaca y mi nieta en la cama, y ella vino hacia mí pero en el trayecto le cayó un pedazo de mezcla, un ladrillo, se rompió la cabeza. “Estoy sangrando” dijo. Y yo en la desesperación me acorde que en mi buró tenía un paquete de algodón. No supe ni cómo caminé y le rasgué al algodón, “así póntelo mamá”, le dije, “no te muevas de mí” (...). Afuera se escuchaban ruidos feos y le dije “no te salgas, no sé qué está pasando ahí afuera, no te salgas” (...). Y el niño llorando y yo consolándolo, dije “ya va a pasar” pero en realidad pensaba “¿cuál ya va a pasar? esto ya no va a pasar”. Y no sé cómo levanté los ojos, no sé ni cómo vi que una de las vigas del techo ya se estaba saliendo, y pensé “esta casa se va a venir encima de nosotros...pues ya ni modos, es el fin, ni hablar”. Ya nada más me puse junto a la pared con ellos, así hasta que paró (Na Lugarda, Entrevista, 5 de octubre de 2018).

A todas las personas el movimiento telúrico las tomó por sorpresa y cambió sus vidas de un momento a otro. Vivir un terremoto era inimaginable. “¡Pánico! Sentí la muerte, fue muy triste. Pensé que nos íbamos a morir (...). Nunca nos imaginamos que nos podía pasar algo así, que nos iba a tocar un terremoto, solo los veíamos en la televisión” señala Na Irma (Entrevista, 2 de octubre de 2018). Mientras la tierra se sacudía, las y los habitantes no tenían claro qué hacer o cómo reaccionar. Algunas personas lograron salir de sus casas a tiempo y estar a salvo, como en el caso de Guie´biaani´, y otras, como Na Lugarda, se quedaron adentro porque les parecía la mejor opción. Sin embargo, muchas personas tuvieron experiencias distintas y se quedaron encerradas, como en el caso de Heidi.

Heidi tiene grandes ojos negros y suele recoger su largo cabello en una trenza que se enrolla en la parte superior de la cabeza. Cuando ella se ríe suelta carcajadas que se escuchan hasta muy lejos, habla fuerte y es directa con las palabras. Tiene 29 años, es soltera y es madre de Akemi, una niña de 10 años. Antes del terremoto vivía en la Novena Sección junto con sus papás, su hermano, su cuñada y dos sobrinas, sin embargo, su casa se destruyó con el sismo. Esa noche ella estaba en su habitación junto con Akemi y había cerrado con llave.

---

motivó la construcción del Hospital General y de la Carretera Panamericana; y fundó la Colonia Agrícola Militar General Álvaro Obregón (Na Lugarda, Entrevista, 5 de octubre de 2018).

Yo no podía abrir, como se fue la luz no encontraba la llave (...). Cuando logramos salir seguía temblando, ya estaba más fuerte (...). Nos fuimos debajo de un árbol que tenemos y lo abrazamos. Entonces empezó a sonar cómo se caían las casas. Y la casa de mi mamá se hacía de un lado para el otro, de un lado para el otro... nosotros nos movíamos también (Heidi, Entrevista, 30 de septiembre de 2018).

Con el movimiento telúrico las cosas se movían y se hacía más complicado abrir y salir. Todo esto causaba desesperación en las personas. Incluso quienes, debido al calor que hacía se encontraban durmiendo en los patios, estaban consternadas y percibieron el terremoto como una experiencia extraordinaria. Manu<sup>14</sup>, un hombre de 30 años que es profesor de primaria y vive en la Segunda Sección de Juchitán, apunta: “dicen que fueron 153 segundos, pero esos casi tres minutos parecieron una hora, una eternidad que no terminaba” (Manu, D.C. 13 de septiembre de 2018).

Varias de las entrevistadas, como Berenice, una mujer de 21 años que vive con su hijo de 1 año, su esposo y sus suegros, describen que el terremoto sonaba “como un zumbido, como si hubieran alborotado un panal”. La mezcla de sonidos causados por los derrumbes y los gritos provocaba miedo e incertidumbre, las personas sólo esperaban que la tierra dejara de moverse. Luego, “inmediatamente cuando termina el terremoto se va la luz, hay gritos, hay llanto, hay humo. Algo increíble”, señala Óscar (Entrevista, 23 de noviembre de 2018), un hombre de 29 años que residía en la Séptima Sección, la zona con más características rurales y “tradicionales”.

El impacto del terremoto fue notorio inmediatamente. En cuanto terminó el movimiento, las personas salían a las calles, miraban a su alrededor y percibían su nuevo contexto. La vida, a partir de ese instante, era otra. Cabe recordar aquí que los movimientos de la naturaleza “marcan nuestros ritmos, sus humores marcan nuestras festividades, sus calores y sus fríos determinan nuestras necesidades, nos da la respuesta para la reproducción de nuestra especie”, como sostiene Jaime Martínez (2015: 108). A partir del siete de septiembre de 2017, el terremoto marcó los ritmos y las pautas de la vida.

Mario, un hombre de 27 años que es profesor de preescolar y vive con su madre y su hermano en la colonia IVO, un fraccionamiento que se encuentra en la periferia y que forma parte de las zonas menos afectadas, narra el panorama que observó mientras él y su familia se

---

<sup>14</sup> Manu es el pseudónimo de este hombre que, por motivos personales, decidió que no apareciera su nombre real.

dirigían a la casa de su abuela, ubicada en el centro de Juchitán, para saber cómo estaban sus familiares y qué había sucedido en ese espacio:

Cuando acabó de temblar, mi mamá, mi hermano y yo (...) así como estábamos, en ropa interior, con short, con playera, descalzos, como sea, así salimos a la casa de mis tías. Agarramos el carro y yo manejé. Conforme avanzamos y entre más nos acercábamos al centro veíamos más casas derrumbadas. Gente llena de tierra saliendo de los escombros, niños llorando, gente gritando, abuelitas, abuelitos... gente pidiendo ayuda, gente sangrando. Y todo destruido, las casas tiradas, polvo y escombros en los patios y en las calles. No se podía pasar con los carros y tenías que dar muchas vueltas para encontrar calles libres. Yo iba manejando mi coche y a medio camino me puse en shock, le dije a mi hermano “¿sabes qué? no puedo manejar por todo lo que estoy viendo, no puedo, no puedo”. Y cambiamos, él manejó y yo me fui atrás. En ese momento sentí como si dejara de escuchar, como en una película muda...recuerdo muy bien las imágenes de todo lo que veía, pero no escuchaba nada. Fue muy doloroso (...). Para ir de la casa de mis abuelitos a mi casa son 5 o 6 minutos, pero a mí se me hizo eterno porque había casas que estaban destruidas y caían a la calle y bloqueaban el paso, teníamos que buscar por dónde entrar, cómo pasar. Cuando llegamos la casa de mis abuelos estaba destruida, pero, afortunadamente, por el calor que hacía no se quedaron adentro, se quedaron en las hamacas afuera y lograron estar bien (Mario, D.C. 27 de octubre de 2018; Entrevista, 9 de noviembre de 2018).

Las personas vivieron circunstancias extremas, el ambiente era peligroso y muchas emergencias surgieron en esos momentos. Según Martín Beristain, las reacciones inmediatas ante un desastre son de “Conmoción-Inhibición-Estupor” (2000: 9). Esto fue visible en el caso de Juchitán y se reforzó debido a que, quienes habitaban ahí, no habían experimentado un terremoto previamente, no contaban con las medidas preventivas ni con protocolos de seguridad necesarios para actuar ante este suceso, no estaban preparadas para todo lo acontecido.

En ese sentido, cabe recordar que las características físicas y materiales de la comunidad, así como las experiencias previas vividas por la población influyen de forma decisiva en cómo se viven los desastres (Baez, 2017: 3; Martín Beristain, 2000: 7). Al respecto, Mario describe lo siguiente:

Nosotros aquí estamos acostumbrados a las inundaciones, cada año lo que es mayo, junio, julio, es tiempo de lluvias, huracanes, tormentas Y a veces si se han inundado nuestras casas, calles y colonias. Y sabíamos cómo lidiar con eso, vamos a un refugio o la gente se va a su casa de dos pisos, pero nunca habíamos experimentado un sismo de esa magnitud. Fue muy fuerte y tuvimos que improvisar (Mario, Entrevista, 9 de noviembre de 2018).

Las personas improvisaron ante el terremoto. Sin embargo, ya que, como sostiene Gutiérrez (2013: 21), “las formas asociativas casi nunca consisten en novedades plenas sino que, por lo general, se suelen recuperar, conservando y transformando, las tradiciones locales en las cuales, quienes luchan han sido formados y de donde casi siempre brotan sus capacidades”, en Juchitán las estrategias colectivas que desplegaron las y los habitantes no nacieron de la nada, pues evocaron y adaptaron formas de organización, de cuidados y de acción que formaban parte del bagaje experiencial de la vida comunitaria.

Así, entre escombros y lluvia la comunidad creó grupos de cuatro o cinco personas con tareas específicas: quitar escombros para rescatar personas, sondear si alguien necesitaba ayuda inmediata, identificar derrumbes posibles, implementar medidas de seguridad y buscar medicamentos urgentes. Tomando en cuenta otras experiencias ante el desastre, como el caso del terremoto en México en 1985, se pueden observar similitudes en que “la conciencia de la necesidad de movilización y organización se fue incubando desde los primeros días en que los vecinos se hicieron cargo de las tareas de rescate, (...) instalación de campamentos y albergues (...), y remoción de escombros” (Massolo, 1986: 196).

De esta manera, en Juchitán, las respuestas inmediatas también siguieron una lógica colectiva centrada en preservar la vida de la población. Inesperadamente, brotaron luchas por sobrevivir en las que se podía percibir la presencia de la “dignidad, autonomía y capacidad de cooperación” de las que habla Gutiérrez (2008: 14) en “los ritmos del Pachakuti”. Éstas luchas y estrategias de supervivencia que florecieron ya existían, pero, ante el peligro tomaron fuerza y se hicieron visibles. Lo importante, después de todo, era que las personas estuvieran a salvo y que los riesgos disminuyeran.

## **2. “Volvimos a ser más humanos”. La necesidad inmediata era salvar vidas**

En cuanto el movimiento telúrico cesó, quienes se habían quedado dentro de sus casas comenzaron a salir y quienes estaban en los patios caminaron a las calles. Como en esos

momentos no había luz, la oscuridad envolvía los pasos entre los escombros y el sonido de las paredes que continuaban cayendo rompía el silencio que se instalaba. Gritos de desesperación surgían de todos lados: las personas que se encontraban debajo de los escombros o encerradas dentro de las casas cuarteadas pedían ayuda; y, en las calles, quienes buscaban o intentaban rescatar a familiares o a personas conocidas, también gritaban.

Al mismo tiempo, los aparatos de sonido, ubicados en diferentes direcciones, comenzaron a dar avisos e informar qué casas se habían caído, qué personas habían muerto y quiénes no aparecían. Según Guie'biaani', fue en ese momento, cuando la mayoría de las personas pudieron ver y escuchar con atención a su alrededor, que se dieron cuenta de la magnitud que el terremoto había tenido. En esas condiciones inició “la etapa de respuesta a la emergencia” (Castro y Reyes, 2006: 103) y la prioridad era preservar la vida. Por ello, las acciones colectivas se dirigieron a: 1) rescatar a las personas bajo los escombros; 2) atender a las personas heridas; y 3) rescatar los cuerpos de quienes fallecieron.

### **2.1 Las personas heridas y enfermas**

Muchas de las personas que lograron salir de los escombros, o que fueron rescatadas, tenían golpes y lesiones graves. El material de los techos y las paredes se desplomaron sobre su cuerpo y les causaron daños inmediatos. Hubo quienes se lastimaron la cabeza o los brazos al tratar de cubrirse o, al intentar salir rápidamente, se cayeron y se lesionaron las piernas hasta el punto de no poder caminar. En consecuencia, surgió otra necesidad: la atención médica a heridas y heridos.

Andando en la calle era normal ver a personas sangrando de la cabeza, llenas de tierra y con la ropa rota y sucia. A la gente no le importaba verse así sino estar viva. Quienes teníamos material de curación a la mano lo sacamos y se lo dimos a quien veíamos mal. Luego la gente comenzó a reunir medicina para el dolor, para desinflamar, y las gasas, el alcohol, lo que tuvieran. Lamentablemente no era fácil conseguir mucho material porque la mayoría se quedó debajo de la casa (Berenice, Entrevista, 4 de octubre de 2018).

Las personas que tenían heridas leves se limpiaban con agua y seguían ayudando. Quienes se lastimaron las piernas y no podían caminar, se mantenían sentadas en medio de las calles o en lugares despejados, donde no tuvieran que moverse. Al mismo tiempo, personas cuya profesión era medicina, enfermería o eran estudiantes de alguna disciplina afín,

comenzaron a brindar atención en las calles, sin embargo, debido a la cantidad de personas heridas, sólo prestaban atención a las lesiones más graves, pues no les era posible responder a todas las urgencias. “Lo bueno es que la gente entendía”, dice Heidi, “no podían comparar unos rasguños o sangre en el brazo con gente que tenía la cabeza rota o media pierna aplastada” (D.C. 16 de noviembre de 2018).

Mientras se brindaba atención médica en las calles, los aparatos de sonido comunicaban la necesidad de voluntarias y voluntarios en el hospital. En ese espacio la realidad era alarmante también. El edificio estaba dañado y poco menos de la mitad se había derrumbado. Las personas lesionadas iban en aumento y necesitaban apoyo. Sin embargo, el servicio de salud no había previsto las medidas necesarias en caso de una emergencia, no contaban con los materiales, los insumos, el personal ni las condiciones adecuadas para cubrir la demanda y actuar ante el desastre. De hecho, 15 personas que llegaron con bajos signos vitales en búsqueda de atención médica no sobrevivieron (Pérez, 2017).

En el hospital todo era un caos. Como no había luz las personas alumbraban con la lámpara de su celular. Los pacientes estaban en el patio, las operaciones se hacían ahí. Había mujeres que estaban dando a luz en ese momento, y como hacía mucho aire todo estaba sucio, no había condiciones apropiadas. Una señora tenía media cara rota, le tenían que coser la piel y se la cosieron ahí, con todo sucio. Los heridos se sentaban en el piso, ahí tenían que esperar porque no había suficientes doctores ni enfermeras. Los niños no paraban de llorar, gritaban del dolor o del miedo. Y no había material para seguir atendiendo, llegó un rato en que ya no se pudo hacer nada porque no tenían ni el equipo ni el medicamento. No estaban preparados, todo eso fue negligencia (Guie´biaani’, Entrevista, 29 de octubre de 2018).

En esas condiciones la atención fue inadecuada. Además, momentos después las condiciones climáticas no fueron favorables, cuando inició la lluvia todo se complicó aún más. El hospital no fue suficiente para atender a las y los heridos, entre las mismas personas se brindaban los primeros auxilios.<sup>15</sup> Lo importante, pese a todo, era asegurarse de que los daños y las lesiones no fueran mortales.

---

<sup>15</sup> Con el paso de los días, llegaron brigadas médicas como el Contingente Internacional de Médicos Especializados en el Enfrentamiento a Desastres y Graves Epidemias Henry Reeve, con el fin de asistir a las y los heridos.

## 2.2 El rescate de las personas atrapadas

Parte de la casa de la vecina se derrumbó, el portón y la barda se habían caído y nadie salía. Junto con mi tío comenzamos a quitar los escombros que habían quedado en la puerta para asomarnos y ver cómo estaban. Ellos gritaban pidiendo auxilio y nosotros les gritábamos que no se movieran, que mantuvieran la calma en lo que lográbamos despejar el espacio para que pudieran salir. Mi tío entró primero y logró sacarlos uno por uno, con cuidado. La señora estaba en shock y temblaba, como que su mente no asimilaba... mucha gente estaba así. Después el señor decía que gracias a que se arrinconaron lograron quedar en el triángulo de la vida y no les pasó nada grave, sólo unos raspones (Guie´biaani´, Entrevista, 29 de octubre de 2018).

Cecilia Castro y Luisa Reyes (2006: 109) sostienen que, en los desastres, “la mayoría de las personas que son rescatadas vivas (...) reciben la ayuda de personas cercanas al evento (...) que tuvieron una capacidad de autoayuda (...). Mujeres y hombres actúan, estén preparados o no, antes de que se establezca un control gubernamental”. Esto sucedió en Juchitán. En cuanto terminó el terremoto, comenzaron las visitas a las casas contiguas preguntando si las y los integrantes de la familia estaban bien, si faltaba alguien o si precisaban ayuda. Rescatar a las personas que quedaron atrapadas dentro de las casas fue otra necesidad inmediata.

“Experimentar la necesidad de sobrevivencia de manera conjunta” es posible en algunas comunidades, argumenta Martínez, y esto fue observable en Juchitán. La ayuda para el rescate surgió rápidamente motivada por la solidaridad, que ante el peligro brotó “como un elemento natural de relación humana” y permitió que “floreciera “el nosotros”, porque en verdad se dependía de los demás, se podía vivir gracias a los otros” (Martínez, 2010: 33).

Las y los habitantes se organizaron y reunieron herramientas como palas, picos, carretillas, mecates y material que ayudara a sostener los techos de las casas, y se movilizaron para garantizar el bienestar físico de quienes estaban cerca, principalmente de vecinas, vecinos y familiares. Minutos después muchas personas fueron auxiliadas, como Na Lugarda que, junto con su nieta y su nieto, se quedó dentro de su casa y no podía salir.

Yo no sé ni de donde salieron dos policías en la ventana “¿necesita ayuda?” me dijeron. “Sí”, dije yo. “Pérece, deme la llave de su zaguán” me dijeron (...). Siempre las dejo en el buró, pero no las encontré. Alumbré con la luz de mi bastón y, cuando las vi, la muchachita (su nieta) las levantó y se las dio al policía. Pero el policía no pudo abrir

porque estaba lleno de escombros de la casa que se había caído, se cayó para afuera, no para dentro. Acá (adentro) quedó la viga sostenida en medio, se logró atorar y no se cayó sobre nosotros. Cuando logramos salir del escombros vimos que todos andaban dando auxilio. Entonces dijeron “fulanita no ha salido, menganita no ha salido”. En una casa de aquí junto murieron dos personas, se les cayó toda la casa encima, los aplastó la viga. Y ya todos empezaron a maniobrar, como a las 4 de la mañana los sacaron (...). Afuera todos nos sentamos a media calle, nos reunimos y ahí estuvimos hasta que amaneció (Na Lugarda, Entrevista, 5 de octubre de 2018).

En los momentos inmediatos, el rescate estaba a cargo de las personas de la misma comunidad, de quienes trabajaban en protección civil y de policías municipales. Dadas las condiciones materiales y el cuidado que se requería, el trabajo en equipo era fundamental. Entonces el cuidado de la vida se colectivizó, pues las acciones individuales no alcanzaban a sostener y cubrir las necesidades vitales. Como señala Guie´biaani’, “todos salvaban a todos (...). Hubo quienes tuvieron que dar machetazos a las puertas que eran de tabla, las quebraron para que la gente saliera, y las puertas de metal las cortaron con cuidado” (Entrevista, 18 de octubre de 2018). La precaución al maniobrar era primordial debido a que un movimiento impreciso podía generar que la vivienda colapsara y se derrumbara.

Todo tenía que ser exacto, algo que se hiciera mal podía significar la muerte de las personas que estaban dentro. Por donde viven mis hermanos se cayó todo y un niño quedó atrapado, la gente se organizó y quitaron todo para poder sacarlo, pero les costó mucho trabajo. Una señora también quedó atrapada y los vecinos se organizaron para sacarla, con palos y cuerdas sostenían la loza que estaba a punto de caerse. Gracias a Dios sacaron a la señora con vida, aunque se lastimó una pierna. Los vecinos no esperaron, se arriesgaron (Na Irma, Entrevista, 2 de octubre de 2018).

Cuidarse entre sí era prioritario. Las personas pensaban en la sobrevivencia de las y los demás. Las acciones colectivas se centraban en el rescate y la búsqueda de personas que aún no aparecían y en facilitar la comunicación dando recados sobre el bienestar de familiares, amistades o conocidos, pues la señal del teléfono era intermitente, el internet no funcionaba de manera adecuada y muchos celulares se perdieron o se destruyeron durante el terremoto.

### 2.3 Las muertes de esa noche

Muchas personas murieron la noche del siete de septiembre. De acuerdo con las autoridades, el terremoto dejó un total de 102 muertes en México (Ureste, 2017) y en Oaxaca fallecieron 78 personas, de las cuales 37 eran de Juchitán (Ferri, 2017; Milenio, 2017; Oficina del Coordinador Residente de las Naciones Unidas, 2017). Sin embargo, las cifras del “conteo oficial” se quedaron cortas con la realidad que se vivió porque, como explica Manu, “sólo contaron a los muertos que se veían, a quienes murieron en las calles o casi afuera de su casa. Pero quienes se quedaron bajo los escombros y sacaron sus cuerpos después de que habían hecho el conteo ya no” (D.C. 13 de septiembre de 2018).

De hecho, Heidi, Guie´biaani´, Manu y Mario, coinciden en que el conteo realizado por las y los habitantes de la misma comunidad concluyó que fueron entre 90 y 110 personas fallecidas, pero no existe un número exacto. Los derrumbes de las viviendas fueron el motivo principal de las muertes, porque los techos o las paredes de las casas se desplomaron sobre los cuerpos y fue imposible soportar su peso.

Por la hora en que sucedió el terremoto, la mayoría de quienes fallecieron estaban en sus casas y, al principio, creyeron que el movimiento telúrico pasaría con rapidez, como muchas otras veces. Consideraron que salir de su casa no era necesario y decidieron quedarse adentro y esperar, pero eso fue fatal. “Se confiaron, se quedaron en esas casas de tejavana y se quedaron ahí abajo” dice Heidi (Entrevista, 30 de septiembre de 2018). Los cuerpos de esas personas fueron rescatados más tarde, cuando las y los vecinos o familiares se daban cuenta que nadie salía de las casas y al llamar nadie respondía, o cuando alguien que sobrevivió se encontraba bajo los escombros y gritaba para pedir ayuda.

En la esquina del puente me tocó ver a la señora que quedó atrapada con la mitad del cuerpo afuera y la mitad adentro (...). En la Sexta [Sección] el esposo y las dos hijas de una muchacha murieron (...), decía que ellos estaban acostados en la hamaca y de repente despiertan y todo se les viene encima, sus hijas murieron al instante, una hija de cuatro años y la otra de meses, él todavía estuvo agonizando, alcanzó a decirles palabras, se despidió. Ella tuvo que salir a pedir ayuda. Fue horrible (Guie´biaani, Entrevista, 29 de octubre de 2018).

Otras personas, en cambio, fallecieron fuera de sus casas, en las calles y callejones de Juchitán. Debido a que, con las réplicas instantáneas, las construcciones dañadas que aún se encontraban de pie se derrumbaban en diferentes direcciones, era incierto saber cómo y en qué

momento caerían. Los espacios seguros eran los patios amplios, los lugares despejados y sin construcciones, pero no todas las personas pudieron llegar a ellos.

Fue triste. Se escuchaba que todo estaba cayendo. Una muchacha de allá adelantito se murió junto con su hijo, pero su casa no cayó encima de ellos. Como no tenían patio salieron de su casa y querían irse a otro lado, y cuando venían en un callejón la barda de otra casa les cayó encima. Los dos murieron, la mamá y el hijo (Na Amelia, Entrevista, 7 de noviembre de 2018).

Esa noche las réplicas del terremoto continuaron,<sup>16</sup> la lluvia no cesaba y Juchitán seguía sin luz. En esas condiciones era imposible conciliar el sueño, descansar o despreocuparse. Los trabajos de rescate se prolongaron y la siguiente mañana “todo era miedo, pánico, muertes por aquí, muertes por allá. Por todos lados había gente tirada, la gente que se le cayó la casa encima” menciona Na Irma (Entrevista, 2 de octubre de 2018).

Las personas murieron no sólo en las casas, en las calles o en sus lugares de trabajo, también en espacios comunitarios. En el palacio municipal, por ejemplo, dos policías se encontraban de guardia la noche del terremoto y, según relatan Heidi y Guie´biaani’, no pudieron salvarse porque la construcción se desplomó rápidamente.

Cuando llegué al centro, los militares ya estaban sacando los escombros del palacio y del mercado (...). Estaban un montón de volteos, había militares ayudando porque en el palacio se quedaron dos policías debajo de los escombros, eran los guardias que estaban de turno esa noche y no lograron salir, murieron (Heidi, Entrevista, 30 de septiembre de 2018).

Las y los habitantes continuaron rescatando cuerpo durante un par de días más. Según el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), por parte del gobierno “la organización de actividades de búsqueda y rescate (...) concluyeron oficialmente el 5 de octubre de 2017” (2018: 7). Los días posteriores al terremoto se vivieron con miedo e

---

<sup>16</sup> De hecho, los temblores han continuado en Juchitán y, según el Catálogo de Sismos del Servicio Sismológico Nacional, del 7 de septiembre al 20 de julio de 2019 se han registrado casi 38,000 sismos, con magnitudes que oscilan entre los 2 a los 8 grados Richter (2019).

incertidumbre ante lo que sucedería.<sup>17</sup> Las personas siguieron actuando en colectivo y el sentido de solidaridad fue percibido por varias personas, como señala Mario:

Juchitán se levantó. Entre vecinos veías como se echaban la mano para levantar escombros, recuperar, sacar tus muebles, sacar lo poco que te quedaba. Había demasiada solidaridad entre la gente, y eso ya se había perdido (...). Volvimos a ser más humanos, más solidarios, si tenías alguna diferencia con algún vecino en ese momento se te olvidaba e ibas a ayudar (Mario, Entrevista, 9 de noviembre de 2018).

En esos “tiempos de ruptura de lo cotidiano”, como los nombra Raquel Gutiérrez (2008: 47), las prácticas colectivas y la ayuda mutua fueron centrales para poder salvar vidas, rescatar cuerpos y cuidarse entre sí. De esta forma, el terremoto “sacudió todo”, no sólo movió la tierra y las casas, sino también la forma en que las personas se relacionaban.

### **3. La prioridad era conseguir comida**

A la mañana siguiente, en cuanto los rayos del sol se asomaron iluminaron las construcciones derrumbadas, los techos en el suelo y los morillos y las varillas deformadas. Las personas percibían cómo la mayoría de las casas, esos espacios “privados” por excelencia, se desmoronaron o quedaron parcialmente destruidos. Los límites físicos se desdibujaron mientras dejaban ver las dinámicas cotidianas y comunes que existen alrededor de la búsqueda de bienestar en la unidad de reproducción. En ese momento, la prioridad era conseguir comida para satisfacer el hambre, pues, al ser el terremoto un evento inesperado, poca gente había previsto guardar suficiente despensa y tener alimentos no perecederos.

Imagínate, sin luz, sin agua, sin nada. La comida escaseó y las tiendas estaban vacías. Recuerdo que a las 12 fue el temblor y a las ocho de la mañana mi mamá me dijo “no tenemos nada, no tenemos despensa, nada para comer”. Solamente teníamos tortilla almacenada porque yo entregaba cada tercer día y todavía tenía. “Voy a ir a la tienda, voy a traer un casillero de huevo o lo que consiga, con lo que consiga hacemos algo” le dije. ¿Apoco había? No, ni agua, ni sopa, ni nada, nada. Las tiendas cerraron porque ya se les había acabado todo, ya no había dónde comprar (...). El agua vino hasta el tercer día. Los aguadores empezaron a escasear, no se daban abasto. Ese día yo veía que todo el mundo sufría porque no tenían agua. Nadie se lo esperaban, todo el mundo se

---

<sup>17</sup> Según De la Barra y Silva, inmediatamente después del desastre las personas pueden experimentar emociones y sensaciones como tristeza, miedo, angustia, irritabilidad y frustración; además, debido a las pérdidas materiales y humanas, también pueden vivir procesos de duelo (2010: 7).

confío, la vida normal es al día, al día (...). Entonces, la vimos dura (Heidi, Entrevista, 30 de septiembre de 2018).

Debido a la escasez, las personas que lograron comprar alimentos en cantidades suficientes los guardaban y los administraban con cuidado “por si se ocupaba después, porque sabían que todo se acabaría”, como dice Na Manuela (D.C. 27 de agosto de 2018). Por la misma razón, quienes se dedicaban a producir queso, huevos criollos o carne, dejaron de comerciar. En esos días vender la comida no era opción, las personas preferían consumir lo que producían.

Conseguir qué comer o qué tomar no era fácil, pero las personas tenían que buscar opciones. Aunque las estructuras físicas con las que contaban no eran las mejores, las y los habitantes improvisaron cocinas y fogones, rescataron de entre los escombros, parrillas, trastes, mesas y sillas, y utilizaban las licuadoras o los refrigeradores que aún servían. Así, la reproducción de la vida se basaba, en gran medida, en las relaciones sociales existentes que permitían colectivizar medios y recursos con el fin de buscar el bien común, es decir, las acciones inmediatas se cimentaron en las tramas comunitarias de Juchitán. Al respecto, Raquel Gutiérrez explica:

Las tramas comunitarias nunca son algo dado o meramente heredado, sino que son creaciones colectivas plásticas y diversas, son ensayos reiterados de producción de vínculos estables y capaces de dotarse de y conservar, ajustando y equilibrando, formas de autorregulación que sostengan su existencia en el tiempo (2017: 16).

En el desastre las tramas comunitarias en Juchitán tomaron fuerza y comenzaron a formarse pequeños grupos siguiendo una lógica espacial y vecinal. Aquí tomaré en cuenta la propuesta de Martínez, cuando señala que “la realización de cualquier labor demanda organización de personas. Al extenderse la actividad humana resulta lógica la suma de familias y una organización en el trabajo” (2010: 158). Era visible que las personas que compartían espacios, que vivían cerca o que tenían algún vínculo vecinal o familiar, se organizaban para generar las condiciones necesarias, tanto materiales como de insumos, y poder preparar alimentos.

Las circunstancias eran cada vez más difíciles, las horas transcurrían una tras otra con la urgencia presente. Sin embargo, gracias a los medios de comunicación y a las redes sociales,

pasados un par de días, el terremoto y sus consecuencias en Juchitán ya era noticia estatal y nacional, por lo que comenzaron a llegar diferentes ayudas externas.

### **3.1 La llegada de los víveres**

Pocas familias tenían suficiente comida para varios días, por lo que la necesidad de alimentación fue satisfecha con mayor facilidad al llegar los víveres. Éstos llegaban por vía terrestre o aérea y eran enviados por personas de la sociedad civil o por personas originarias de Juchitán que radicaban en otras regiones o Estados. Incluso, las y los habitantes se organizaron con grupos de otros lugares geográficos con el fin de reunir abastos y hacerlos llegar a la comunidad. Por otro lado, según la UNICEF, “las diferentes instancias de gobierno,<sup>18</sup> coordinaron a través del Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF) la distribución de comida (...) a las poblaciones necesitadas” (2018: 7).

Tanto las y los habitantes como las personas externas reconocían el hecho de que satisfacer el hambre era una de las necesidades primarias. Tal y como menciona Óscar, “estaba la cuestión de la energía, o sea, de la alimentación, ver cómo solucionar ese problema inmediato. En el momento de la emergencia la alimentación era primordial porque no había cómo obtener alimento” (Entrevista, 23 de noviembre de 2018).

Botellas de agua, botes de sal y bolsas de arroz, de lentejas o de pasta, llegaban junto con alimentos enlatados, algunas verduras y cereales. Los víveres eran repartidos entre las personas de Juchitán, quienes, en realidad, no estaban acostumbradas a comer esos alimentos. Sin embargo, dadas las circunstancias y las necesidades de ese momento, “no había de otra”, las personas tuvieron que adaptarse.

Días después empezaron a llegar los primeros víveres, las primeras personas. Y la veíamos muy difícil (...), pero conforme pasó el tiempo nos fuimos adaptando al medio que se estaba viviendo en ese momento. Nos repartían despensas que venían de todas partes y la gente estaba agradecida porque le dieron frijoles, arroz (...). No estábamos acostumbrados a comer de lata, la gente aquí no come así. Aquí en el Istmo todo es fresco, todo es carne, todo es pescado. Y en cambio ¿qué comíamos? sopas, arroz... nos repartían sardinas, nos repartían atún, y en nuestra vida habíamos comido atún enlatado nosotros, pero lo comimos. Ese día todos lo comieron porque no había

---

<sup>18</sup> Desde un enfoque de género, Castro y Reyes (2006) muestran las obligaciones que tiene el gobierno Estatal y Federal ante los desastres, y enfatizan los protocolos de seguridad, de acción y de atención que éstos deben seguir.

de otra, no había ni cómo poner un frijol (Heidi, Entrevista, 30 de septiembre de 2018; Na Lugarda, Entrevista, 5 de octubre de 2018).

Y aunque en un principio los recursos y los alimentos eran insuficientes para el número de personas damnificadas que había, pasado el tiempo llegaron en mayor cantidad, lo cual fue vital para la satisfacción de las necesidades básicas, es decir, para la sobrevivencia.

#### **4. La pérdida de las viviendas**

Según la Coordinación Nacional de Protección Civil (2018), con el sismo del 7 de septiembre el municipio que más afectaciones tuvo en las viviendas fue Juchitán, con un total de 14,918 casas dañadas. Las personas quedaron a la intemperie, de un momento a otro sus hogares estaban destruidos y, con ellos, gran parte de su vida se había desmoronado. Eso fue un golpe fatal. “Cuando vi la casa tirada sentí tristeza, desesperación, impotencia, porque ¿a dónde ir a reclamar o qué iba a hacer uno en esos instantes? Nada, sólo cuidarnos” menciona Na Lugarda (Entrevista, 5 de octubre de 2018). Para comprender a fondo, el argumento de Reguillo es pertinente:

La vida cotidiana es una sucesión de certezas, de elementos que por repetidos son incuestionables. Ella gira y se organiza alrededor de “la casa”, lugar de encuentro, de llegada y de salida de los miembros que componen la unidad doméstica o la familia (...). La casa se convierte en el referente de las prácticas de sus moradores (...), es lugar desde el que se interpreta el mundo exterior (Reguillo, 2005: 264, 268).

La casa es la historia de las personas. Años de trabajo, sueños e ilusiones estaban simbolizados en ese espacio y en ese instante sólo quedaban los escombros. Al respecto, Heidi relata: “la casa de mi mamá quedó destruida (...). Y cuando la vinieron a evaluar dijeron que ya no tenía solución, que se tenía que tirar. Mi mamá no quería ¡pues imagínate, su vida en dos pisos!” (Entrevista, 30 de septiembre de 2018). El significado que las construcciones tenían se hizo latente en cuanto éstas se destruyeron, junto con muchos de los referentes materiales y afectivos que acogían. Mario, por ejemplo, señala: “la casa de mi abuela quedó destruida (...) y mi infancia y adolescencia fue ahí, ahí viví y da nostalgia ver cuántos recuerdos se fueron en esa casa” (Entrevista, 9 de noviembre de 2018).

Las construcciones no sólo eran un conjunto de elementos físicos, es decir, de adobe, morillos, ladrillos o concreto, sino también simbólicos, pues contenían fragmentos de vida,

emociones y sentidos que formaban parte de lo que las personas son. Y ya que el espacio es un elemento primordial de la interacción humana, “se carga de afectividad y significado (...). Los individuos actúan y piensan ubicados siempre en un espacio y tiempo” (Tamayo, 2006: 27). Las viviendas eran territorios y el hecho de que se derrumbaran implicó cambios en la forma de vivir, en la manera de hacer las cosas, de pensar y de trabajar. En varias ocasiones, mientras Heidi estaba sentada frente a su bastidor bordando, hacía referencia al significado e implicaciones de perder una casa:

Las casas de tejavana que la gente adoraba porque eran de la abuela o del bisabuelo, aquellas que la gente no quería remodelar, son casas que no querían arreglar porque eran antigüedades o recuerdos. Ahora todas se cayeron y no se cayeron sólo las casas, también los recuerdos y las historias. Muchas personas murieron de tristeza, sobre todo las personas mayores. Cuando se les cayó su casa también se cayó parte de la vida, se les cayó aquello por lo que habían trabajado mucho tiempo (Heidi, D.C. 11 de octubre y 14 de noviembre de 2018).

Tamayo sostiene que “el espacio debe formar parte de la comprensión de la acción humana y de su realidad espacio-temporal” (Tamayo, 2006: 26), y esto nos permite comprender el hecho de que, aunque las personas se encontraban devastadas por todos los daños ocurridos, tanto materiales como afectivos, tenían que buscar soluciones para las dificultades que surgían en esos momentos: la vida se los requería.

#### **4.1 Soluciones ante la necesidad de tener un techo**

Como si fuera poco, minutos después de que la tierra se sacudiera con tal intensidad, las condiciones climáticas cambiaron y comenzaron las lluvias, situación completamente desfavorable para las y los habitantes que en esos momentos se encontraban a la intemperie y, dadas las circunstancias, no tenían cómo cubrirse. Quienes pudieron se resguardaron bajo techos de láminas, algunas personas colocaron lonas que tenían a la mano y, otras más, se quedaron bajo el agua mientras esperaban que amaneciera.

Luego vino el agua, una lluvia que pasaba debajo de nosotros, estábamos sentados pero alzados los pies para que no nos tocara, no dormíamos (...). La noche del terremoto la tormenta no paró (...). Al otro día también. En la tarde llovió muy feo, llovió horrible, cayó una tormenta eléctrica y se fue la luz. Temblaba, llovía, los truenos, el aire, todo mundo pensaba que ya era el fin del mundo. Y después de la tormenta no llegó la

calma, al contrario, estuvo peor lo que nos pasó después. Comenzó un aire horrible, se llevó todas las lonas y andábamos buscando la forma de instalarnos y mucha gente estaba a la intemperie, quienes no tenían casa se refugiaban con el vecino, ya que pasaba el aire, reinstalaban su campamento (Na Asunción, Entrevista, 2 de octubre de 2018).

Ese fue el escenario durante la noche del siete de septiembre y los días siguientes. Por lo tanto, otra de las necesidades urgentes de satisfacer era tener un techo para protegerse. En ese instante, la idea de Martínez, cuando apunta que “la naturaleza también caracteriza los procesos de trabajo necesarios para la reproducción de los seres humanos” (2010: 158), se hizo palpable. De manera inmediata las personas se enfocaron en conseguir lonas o plásticos que les ayudaran a cubrirse de la lluvia, del viento o del sol, como relata Na Elsa:

Como estuvo lloviendo, en el terreno pusimos dos lonas que eran de unos vecinos pero las donaron para todos. Se descombró el terreno y las amarraron de los árboles y de los castillos que todavía servían. Pero estábamos parados porque no había donde acostarse, cuando no llovía nos sentábamos en las sillas. Casi no dormíamos, por eso de día teníamos sueño (...). Así estuvimos como una semana (Na Elsa, Entrevista, 18 de octubre de 2018).

Al principio, las personas se resguardaban en espacios vecinales amplios, como patios y callejones, que adecuaron con el material que tenían a la mano y que pudieron rescatar. También utilizaban los corredores o las casas que no resultaron dañadas, como la vivienda de Na Asunción, que sirvió de refugio para quienes no tenían dónde quedarse durante las noches. “Cuando llovía muy fuerte o hacía frío feo todas iban adentro, pero con todas las puertas abiertas porque si temblaba todos salíamos a la calle. Entrábamos solamente para acostarnos, no para dormir” expresa Na Asunción (Entrevista, 2 de octubre de 2018).

Luego, con el paso del tiempo, llegaron ayudas y material necesario para cubrirse de la lluvia y del viento, y las y los vecinos, o familiares cercanos, comenzaron a construir campamentos en las calles y colocaron mecates de diferentes colores para bloquear el paso de los automóviles.

Cuando llegaron las lonas y las carpas fuimos a pedir algunas, era difícil que les dieran a todos porque no alcanzaban. Pero a nosotros (a ella y tres familias vecinas) sí nos tocó. Ya los hombres se pusieron a trabajar y las levantaron, las agarraron de los postes que

estaban bien. Y ahí nos dormíamos, en sillas o en lo que se pudiera, y los niños... pues como pudiéramos acomodarlos, en colchonetas o en lo que sea. Ahí nos quedamos a dormir mucho tiempo, nadie tenía casa y no teníamos otros lugares (Na Lugarda, Entrevista, 5 de octubre de 2018).

Por otro lado, levantar campamentos no fue el único camino. Los albergues también fueron una opción viable ante la necesidad de cubrirse durante la noche. Éstos fueron implementados por parte de la misma comunidad, del gobierno o de voluntarias y voluntarios, y estaban ubicados en diferentes puntos de Juchitán, como escuelas, canchas de fútbol o en construcciones que no resultaron dañadas

Hay mucha gente que se iba a los albergues (...). Estaban en sus casas de día y en la noche, como no tenía donde quedarse, donde acostarse, se fueron a los albergues (...). Ahí les dieron una carpa, una casita china (...). Lo bueno es que los levantaron luego luego, dos o tres días después ya había varios y la gente iba ahí para asegurarse (Heidi, Entrevista, 30 de septiembre de 2018).

Según el reporte de la Oficina del Coordinador Residente de las Naciones Unidas (2017), después del terremoto el gobierno Nacional estableció 28 refugios temporales, que albergaron a 5,480 personas. Sin embargo, existe una discrepancia en los datos, pues, tal y como refieren algunas de las personas entrevistadas y notas de prensa, los albergues creados por el Estado fueron casi inexistentes (Bessi y Navarro, 2017: 2; Manu, Entrevista, 12 de octubre de 2018; Na Mari Tere, Entrevista, 14 de noviembre de 2018). Por lo tanto, existieron más albergues independientes, organizados a partir de la respuesta comunitaria.

Estos espacios estaban formados por grandes lonas sostenidas con estructuras metálicas y sujetadas al suelo con gruesos mecates para evitar que el viento las levantara. Debajo, estaban colocadas algunas sillas junto con catres o colchonetas que las mismas personas llevaban. Lupita, una niña de ocho años, relata lo que vivió:

Yo estuve en un albergue en la colonia Las Palmas (...). Ahí nos dormíamos porque nuestra casa no servía. Estaba un poco lleno. Adentro había un doctor atendiendo por si se enfermaba la gente (...). También había un niño que fue solito porque su mamá se murió el día del terremoto. Él vivía ahí, pero nosotros nada más íbamos a dormir (...).

A veces daban comida ahí, pero no me gustaba, sabía rara (Lupita, Entrevista, 18 de octubre de 2018).

El cupo de los albergues variaba según el espacio físico y las condiciones materiales con que contaran, pero la mayoría recibían entre 15 y 40 personas. Estos espacios fueron una solución para protegerse de las inclemencias del clima, sin embargo, según la UNICEF, tenían “escasez de baños portátiles y de medidas de seguridad y privacidad adecuadas, lo que generó múltiples incomodidades particularmente a las niñas y las mujeres” (2018: 5). Por estas razones, la mayoría de las personas los utilizaban sólo para ir a dormir y durante el día preferían estar en espacios familiares conocidos, realizando labores de limpieza de escombros o acompañándose con las y los vecinos mientras cuidaban lo que quedaba dentro de sus casas.

En suma, de manera urgente e inmediata, el problema de no tener viviendas fue solucionado con los campamentos, ocupando las casas que se encontraban en buenas condiciones o asistiendo a los albergues. Las personas vivieron en las calles durante semanas o meses y, poco a poco, despejaron sus espacios y los adaptaron para regresar a vivir en ellos. Sin embargo, habilitar las viviendas no ha sido un trabajo sencillo, lo han realizado lentamente y han tenido que pasar meses, incluso casi dos años, para lograrlo, por lo menos parcialmente.<sup>19</sup>

##### **5. “En la noche la gente tenía miedo”. El asunto de la seguridad**

Los primeros días después del desastre transcurrían buscando comida y víveres, adecuando los espacios para poder vivir y limpiando las calles de los escombros. Mientras tanto, las noches daban pie a otras dinámicas: “en las noches nadie dormía. En las noches se turnaban todos o de plano estábamos despiertos. En el día veías a gente durmiendo, pero en la noche todos estaban despiertos porque la gente tenía miedo” (Heidi, Entrevista, 30 de septiembre de 2018). El miedo durante las noches no sólo era causado por las réplicas que continuaban, cuando la oscuridad llegaba también aumentaba el peligro: aumentó la violencia, incrementaron los asaltos y comenzaron los robos de las cosas que aún se encontraban en buen estado.

En cuanto pasó el temblor, muchas personas comenzaron a saquear las tiendas. No había pasado ni una hora y empezaron a robar. Los ladrones entraron a tiendas, pero también a las casas cuando vieron que se quedaron vacías porque la gente salió a ayudar (Heidi, D.C. 11 de octubre de 2018).

---

<sup>19</sup> En el capítulo 5 muestro las dificultades existentes para lograr la “reconstrucción” en Juchitán.

Las circunstancias de desastre no impedían que la delincuencia estuviera presente. Por ello, muchas personas compartían la sensación de miedo e inseguridad y estaban pendientes ante el peligro. Xunaxi, una mujer de 30 años que vive con su esposo, su hija y su hijo, de 10 y 5 años respectivamente, relata lo que percibió las noches siguientes al siete de septiembre.

La violencia no calma ni acaba, al contrario, yo siento que va a ser más. Como esa vez que tenía dos días del terremoto y ya anunciaban de noche que tuviera uno cuidado, que andaban robando. “No se duerman...ya anda un carro negro, un carro blanco con personas adentro, por favor no se duerman porque algo traman o algo van a hacer”, anunciaba una bocina, anunciaba la otra. ¡Ay no! la desesperación, así nos desvelábamos (Xunaxi, Entrevista, 6 de noviembre de 2018).

En esas condiciones, la seguridad era un asunto relevante. Las personas no podían dormir con tranquilidad ni confiar en que nada sucedería, se encontraban en un estado de alerta constante que era motivado por amenazas externas, no sólo a consecuencia del terremoto. Entonces surgieron formas de organización que privilegiaban el cuidado colectivo, las personas se organizaban para mantenerse a salvo y formaron grupos de cuatro o cinco hombres cuya función era cuidar a las y los vecinos durante las noches.

Mi esposo era del equipo de guardia y toda la noche nos cuidaba, y ya en la mañana trataba de descansar un poco, así todos los días. Sonaban disparos (...) y andaban robando (...). Por eso se hicieron grupos que cuidaran en las entradas de los callejones, para que vieran, porque puro de noche robaban. Y se escuchaba “ahí va uno, va de aquel lado”, los anunciaban en los aparatos de sonido para que escuchara toda la gente, y más tenso todo (Xunaxi, Entrevista, 6 de noviembre de 2018).

Los turnos para realizar las guardias dependían del número de hombres que se encontraran en el vecindario, pero trataban de rolar las noches para que pudieran descansar un poco. Estas estrategias de cuidado colectivo mantuvieron a salvo a las familias y funcionaron ante determinadas situaciones:

Los hombres cuidaban, ese era su trabajo. Hacían grupos de guardia y los que quisieron aprovecharse se llevaron un chasco, los agarraron. También unos que llegaban con camioneta blanca y decían que venían de Comisión (de CFE), pero les preguntaban y no eran de ahí, nada más andaban viendo para aprovecharse, pero los corrieron. Todos

estaban al tanto, en todos lados, todo el pueblo estuvo alerta, todo el pueblo (Na Lugarda, Entrevista, 5 de octubre de 2018).

La seguridad estuvo a cargo de personas de la misma comunidad, la organización fue interna y espontánea. Así, “pensar desde un modelo de vida respetuoso, de trabajo, de reciprocidad”, como apunta Martínez (2015: 104), tuvo sentido para poder defender, sostener y preservar la vida. Las y los habitantes privilegiaban cuidarse entre sí y cuidar las pertenencias que poseían aún. Las guardias duraron aproximadamente dos semanas, pero con la llegada de la ayuda externa, de la entrega de víveres y otros recursos materiales, el cuidado colectivo disminuyó poco a poco.

## **6. “El humanismo los hizo llegar hasta donde estábamos”. La llegada de las brigadas para despejar espacios y quitar escombros**

Durante la mañana y la tarde del ocho de septiembre de 2017, el día posterior al terremoto, personas de Juchitán, que vivían ahí o que residían en otros lugares, al enterarse de lo sucedido decidieron coordinarse para apoyar en lo que fuera posible. También, llegaron personas, voluntarias o enviadas por parte de Protección Civil, de todas las edades y provenientes de diferentes espacios geográficos. En ese tiempo, Óscar, oriundo de Juchitán, trabajaba realizando diferentes actividades en una constructora y fue una de las personas que participó en la organización de una brigada.

En la mañana los constructores con los que trabajaba decidimos organizarnos y abrir las calles de Juchitán, éramos como 50 personas, compañeros, trabajadores, albañiles, electricistas (...). Decidimos organizarnos e ir a cortar cables de luz que estaban ocasionando cortos, íbamos a abrir las calles para que pudiera haber circulación (...). Como no estábamos preparados para eso, lo hacíamos todo a mano, con lo que tuviéramos. Eso fue el primer día, inmediatamente, en el momento de la emergencia, por lo menos en el centro (...). Luego, organizamos una brigada que se llamaba “descalzo”. Nos pusimos en comunicación y recibimos gente de todos lados, del norte, del sur, gente solidaria que (...) quería ayudar. El humanismo los hizo llegar hasta donde estábamos (Óscar, Entrevista, 23 de noviembre de 2018).

El comentario de Óscar refleja cómo lo comunitario es una relación social que se basa en la cooperación y la responsabilidad, como sostienen Silvia Federici (2013b: 255) y Raquel Gutiérrez (2017: 10). Ante las emergencias que surgieron después del terremoto, los vínculos

entre las personas, de la misma comunidad o ajenas a ella, se revitalizaron para posibilitar el bienestar y la mejora de las condiciones físicas y materiales.

Según los reportes del Gobierno Estatal, en Juchitán se encontraban más de 800 mil personas damnificadas (Oficina del Coordinador Residente de las Naciones Unidas, 2017), por lo que era necesaria ayuda inmediata. Varios trabajos eran urgentes y las brigadas ayudaban a realizarlos, pero, sin duda alguna, terminar de derrumbar las construcciones para evitar accidentes posteriores, y limpiar las calles y las avenidas más transitadas, eran tareas fundamentales.

Al principio, para despejar las calles y quitar los escombros las personas utilizaban los medios y las herramientas inmediatas con las que contaban. Hombres y mujeres con palas y picos en las manos, y algunos con cascos de plástico en la cabeza, trabajaban en equipo para quitar ladrillos, pedazos de cemento y adobe, levantar las vigas y acarrear la tierra. Sin embargo, había bloques de concreto más grandes que era difícil levantar sólo con la fuerza corporal. Era necesaria la maquinaria pesada.

No se lograban levantar los restos del palacio y las losas de las casas solamente con las manos, y no había muchas máquinas. Pero todos ayudaron con lo que tenían. Por ejemplo, mi esposo tiene un primo que es ingeniero en construcción y tiene sus aparatitos, llegó y le dijo al del palacio “¿sabes qué? tengo estos aparatos” y los aportó para que fueran a levantar escombros (Na Irma, Entrevista, 2 de octubre de 2018).

Así, la maquinaria especializada facilitaba el proceso de limpieza y levantamiento de escombros. Los restos del palacio municipal, del mercado, de las iglesias y de las escuelas fueron levantados primero. Sin embargo, los espacios familiares no se despejaron con rapidez debido a que sacar los restos de las casas era responsabilidad de cada unidad de reproducción, es decir, de quienes vivían ahí.

Nadie se quería meter y el Ayuntamiento dijo que hasta que desocupáramos la calle iban a sacar el escombros, pero ¿cómo le hacíamos si vivíamos en la calle? Por eso se quedó mucho tiempo aquí (...). Para poder sacar el escombros cada quien conseguía las máquinas como podía, se tuvieron que ocupar muchas máquinas (Na Lugarda, Entrevista, 5 de octubre de 2018).

Pasaron semanas, inclusive meses, para que las personas, con ayuda de las brigadas, pudieran sacar los restos de lo que un día habían sido sus hogares. En ese contexto, era común ver hombres manejando retroexcavadoras y volteos para dejar libre el paso de las calles, pero este trabajo se dificultaba debido a la presencia de los campamentos y las cocinas comunitarias que estaban instaladas en medio de la vía pública. Poco a poco, algunos sitios quedaron despejados, pero también hubo espacios en los que la limpieza fue imposible debido a la insuficiencia de maquinaria o a la carencia de recursos para pagarla. Por eso el proceso transcurrió con lentitud.

Además, una vez que los trabajos de limpieza estaban realizándose, ni las personas de la comunidad, o de las brigadas, ni las autoridades sabían qué hacer con tantos escombros. La cantidad de ladrillos, adobe, tierra o concreto que sacaban era inimaginable y en la comunidad no había un sitio destinado a almacenar tantos restos de material. Para dar solución a este problema se ocuparon terrenos baldíos y los lugares más amplios que existían.

Los escombros los metieron en los ríos o en los lagos. Como hay mucha laguna, las ocuparon (...). Si hubieras pasado ahí verías que todo estaba lleno de escombros, la gente empezaba a dejarlo ahí. En la entrada para la Novena [Sección] con puro escombros está tapado todo el río. Y siguen derrumbando casas (Heidi, Entrevista, 30 de septiembre de 2018).

Montañas de escombros podían observarse junto a los ríos o los canales de Juchitán, en las canchas de fútbol o en terrenos alejados del centro. Esos lugares se llenaron a más no poder, sin embargo, aun así el espacio no fue suficiente. Al no tener dónde colocar los restos que quedaban, las personas comenzaron a hacer pequeñas montañas en las esquinas de las cuadras y a lo largo de las calles. Se esperaba que con el paso del tiempo las autoridades municipales encontraran una solución, pero no fue así. A pesar de que las brigadas ayudaron en gran medida a despejar los espacios, las calles quedaron inundadas con ladrillos, piedras y vigas. A dos años del terremoto, al caminar en Juchitán es posible observar este escenario todavía.

### **Conclusiones**

En este capítulo mostré las experiencias de las mujeres alrededor del terremoto y analicé las estrategias colectivas que las y los habitantes de Juchitán desplegaron para defender, cuidar y posibilitar la vida en el contexto del desastre. Las principales necesidades surgidas eran: 1) recatar a las personas y los cuerpos; 2) conseguir comida y satisfacer el hambre; 3)

establecer un techo para cubrirse; 4) crear condiciones de seguridad y cuidado mutuo; y, 5) limpiar y levantar los escombros de las casas y de los espacios comunitarios.

En los momentos en los que la vida se mostró “vulnerable y precaria” (Pérez, 2014: 80), diversas luchas por la búsqueda de bien común brotaron para satisfacer las necesidades y para crear y mejorar las condiciones vitales. De esta manera, la interdependencia se hizo visible con nitidez y profundidad, pues la existencia de las personas no se sostenía en el vacío, es decir, las circunstancias, elementos y vínculos necesarios para la vida se producían con base en las relaciones y las prácticas sociales cotidianas. Así, los saberes, las experiencias, los afectos y las acciones de cada quien eran primordiales para las y los demás.

En ese sentido, fue posible observar que aún en un contexto violento, donde el tejido social está segmentado y desgastado, en tiempos extraordinarios en los que la vida se ve amenazada, los entramados comunitarios cobran fuerza y se hacen cuerpo colectivo. Así, las personas tienen la capacidad de organizarse, trabajar en conjunto y privilegiar el cuidado mutuo. Sobrevivir era la prioridad y nadie podía lograrlo en soledad.

## CAPÍTULO 2. “LAS MUJERES SOMOS INVISIBLES HASTA QUE HAY HAMBRE”. LA VIDA SE SOSTIENE DESDE LAS COCINAS



Fotografía 3. “Batallón de mujeres”. Grupo de juchitecas desgranando maíz para preparar tamales y atol de elote.

“Las mujeres somos invisibles para los demás hasta que tienen hambre, ahí sí se acuerdan de nosotras. Después del terremoto, en la cocina sí pudimos hacernos notar” (Guie´biaani´, D.C. 8 de octubre de 2018).

Alimentar es uno de los trabajos “más intensivos que existen sobre la faz de la tierra, y lo es hasta tal punto que (...) es irreductible a la mecanización” sostiene Federici, (2013b: 255). Históricamente, las cocinas han sido espacios destinados a las mujeres, desde niñas se les entrena para obtener conocimientos y desarrollar las habilidades necesarias para preparar la comida. Ellas dedican gran parte de su tiempo y energía para cocinar y nutrir a quienes las

rodean, sin embargo, esta labor suele ser minimizada e invisibilizada, incluso, llega a creerse que se trata de actividades que las mujeres realizan por “naturaleza”.

En Juchitán, con el movimiento telúrico, la mayoría de las cocinas de las unidades de reproducción quedaron destruidas: las paredes y los techos se cuartearon o se derrumbaron, y los comixcales en los que se hacían las tortillas quedaron destrozados. En consecuencia, las capacidades familiares para alimentar a sus integrantes se vieron afectadas. Además, en los días posteriores a estas circunstancias se le sumó la escasez de alimentos y las condiciones climáticas adversas que se presentaron.

Este capítulo tiene por objetivo analizar cómo las mujeres juchitecas se organizaron y trabajaron en colectivo desde la cocina para satisfacer el hambre y generar el bienestar de las personas, es decir, para reproducir la vida en su sentido más básico. Después del terremoto, una de las necesidades urgentes a cubrir fue la alimentación y, como parte de las estrategias colectivas para satisfacer el hambre, surgieron las cocinas comunitarias. Estos espacios, por medio del trabajo de las mujeres, fueron lugares privilegiados para sostener y reproducir la vida familiar y comunitaria, ya que generaban productos o recursos materiales concretos que eran utilizados para el beneficio común. Así, el trabajo de alimentación que ellas realizaron, y que generalmente implica una serie de actividades domésticas, se hizo público y fue vital, pues si las personas no comían difícilmente podían realizar otras labores.

### **1. Las cocinas comunitarias como respuesta a la emergencia**

Al caminar en Juchitán días después del terremoto era común ver carteles con la leyenda “Cocina Comunitaria. Juchitán vive”. Escritos sobre tela, lona o cartón, los letreros estaban ubicados en las entradas de las cocinas y reflejaban el trabajo colectivo que las personas desplegaron ante la emergencia. Como señalé en el capítulo 1, éstas surgieron siguiendo una lógica vecinal y se establecieron a lo largo y ancho del territorio juchiteco. Se fundaron a mitad de las calles, en angostos callejones o en terrenos disponibles, y también en los patios o en los corredores de las casas. Ocuparon cualquier espacio que estuviera despejado y sin construcciones dañadas cercanas, pues se privilegiaba garantizar la seguridad de las personas que ahí se encontraban.

Las cocinas comunitarias que brotaron en Juchitán comparten algunas características con las “ollas comunes” o con las “cocinas populares” existentes en algunos países del Sur de

América:<sup>20</sup> 1) buscan satisfacer las necesidades alimenticias; 2) surgieron por iniciativa colectiva; 3) se organizan según la proximidad espacial; y 4) ponen en común los recursos monetarios y materiales, y los esfuerzos y el trabajo de quienes las constituyen (Hardy, 1986: 25; Gago, 2001: 43; Hiner, 2011). Y, principalmente, todos estos espacios se basan en la idea de que “el hambre es persistente y hay que enfrentar su solución” (Hardy: 1986: 22).

No existe un número exacto de cuántas cocinas comunitarias se establecieron en Juchitán después del terremoto, pero la mayoría de las mujeres entrevistadas coinciden en que fueron más de 100, distribuidas en toda la comunidad. “Solamente del maestro Toledo fueron como 50 cocinas, a esas 50 súmale las que se organizaron entre vecinos, las que se sostuvieron con los víveres que llegaban pero no dependían de nadie, fueron muchísimas” dice Na Asunción (Entrevista, 8 de abril de 2019). Al respecto, Berenice señala: “hubo varios comedores comunitarios, casi cada cuadra, o por lo menos en cada calle había una. Las cocinas eran las que más se veían” (Entrevista, 4 de octubre de 2018).

En este capítulo tomaré como principal referencia la cocina comunitaria de la que Na Asunción fue la responsable. Ella tiene 43 años, está casada y es madre de una hija y de un hijo, de 25 y 24 años, respectivamente. Es alta, de tez morena clara y mirada alegre e imponente; sus palabras son acogedoras pero enérgicas y directas. Tiene el cabello castaño y, generalmente, se lo recoge con una pinza dorada y al lado se coloca una flor. Suele vestir coloridos huipiles que ella misma borda, pues ese también es su trabajo.

El siete de septiembre Na Asunción no se encontraba en Juchitán porque había ido a la Costa esa noche y regresó al otro día. Al llegar percibió el impacto que el terremoto había dejado, tanto material como afectivamente, pues sus vecinas y vecinos se encontraban destrozados por haber perdido su hogar. Entonces, decidió entrar a su casa, que había sufrido daños mínimos, llenar ollas con agua, ponerlas a hervir y preparar café para repartirlo.

Mi hija, mi esposo y yo repartimos café el ocho [de septiembre], y el nueve empezamos con café y galletas porque no había pan (...). Ya como a la tercera noche, le dije a mi vecina “¿y si nos organizamos y compramos unas cosas?”, porque no había llegado

---

<sup>20</sup> En Chile, por ejemplo, luego del golpe de Estado de Pinochet, “las mujeres comenzaron con los comedores populares cocinando de forma colectiva en sus barrios para alimentar a sus familias y a los miembros de la comunidad que no tenían recursos suficientes. La experiencia de los comedores populares fue tan poderosa para romper la cortina de miedo que había descendido sobre el país tras el golpe de Estado, que el gobierno los prohibió y envió a la policía a destruir las ollas comunes y acusó a las mujeres de comunistas” (Fisher, 1993. En Caffentzis y Federici, 2015: 59).

nada de ayuda (...). Así empezó todo, por las mismas familias (...), nosotros la iniciamos (Na Asunción, Entrevista, 2 de octubre de 2018).

En un principio, algunas cocinas comunitarias, como la de Na Asunción, surgieron basadas en los recursos materiales inmediatos con las que las personas afectadas contaban. Sacaban debajo de los escombros las sillas y las mesas que no estaban dañadas y aún eran útiles. También rescataban algunos electrodomésticos que eran necesarios, como licuadoras, parrillas o refrigeradores, así como cacerolas, sartenes, ollas y demás trastes que estaban en buenas condiciones.

Por otro lado, algunas cocinas también iniciaron con el apoyo material de grupos formados por personas de la misma comunidad o ajenas a ella. Éste es el caso de la brigada “Descalzo”, a la que pertenecía Óscar: “en un principio dijimos –bueno, si hay una necesidad en concreto que es la alimentación, pues hagamos algo más colectivo, una cocina comunitaria, rólese, organícense–” (Entrevista, 23 de noviembre de 2018). A partir de ese momento, se crearon diez grupos vecinales que establecieron cocinas en diferentes Secciones.

De esta manera, a través de las cocinas, comenzó a generarse en Juchitán lo que Federici denomina “un modelo práctico para la reproducción de la vida bajo un modelo no comercial” (2013b: 233), pues en esos momentos lo que se buscaba era satisfacer el hambre y sobrevivir.

Al principio yo no podía entrar a mi casa ¿cómo iba yo entrar con todo el escombro, con todo tirado? Adentro estaba la estufa, pero no la podíamos sacar. Como en el patio tenía un anafre, “vamos a hacer la comida ahí” les dije (a sus vecinas). Entonces nos organizamos, principalmente las mujeres, dijimos “¿porque no nos organizamos las seis familias y entre todos cooperamos para comer?”. Dábamos una cooperación, a mí me toca dar un kilo de carne, por ejemplo, y a ti te toca dar un kilo de tortillas, así entre todos. Luego la señora Dalía y la señora Viki dijeron “nosotros vamos a hacer y ustedes aportan” y así le hicimos, cada quien aportaba algo cada día para que comiéramos, para que desayunáramos, y ya en la noche el café con el pan. Así comíamos todos (Na Lugarda, Entrevista, 5 de octubre de 2018).

El relato de Na Lugarda es un reflejo de cómo, desde las cocinas comunitarias, se activó la “economía de retales” a la que hace referencia Amaia Pérez y que define como “la activación de redes que estaban latentes o no existían, en las que se comparten recursos y se

ponen trabajos en común. Se comparte el tiempo, en intercambios no monetizados que resuelven desesidades<sup>21</sup> concretas” (2014: 146). Ante el terremoto, las redes organizativas se ampliaron y se reforzaron, y los recursos y bienes privados, así como el trabajo de las mujeres, se hicieron comunes.

Con prontitud y rapidez, las vecinas, vecinos y familiares reunían lonas para cubrirse y cubrir los materiales, las extendían en los amplios espacios y las sujetaban de los postes de luz o de árboles, o clavaban troncos en la tierra para crear la estructura que las sostuviera. En aquellos lugares donde no había pilares para atar la lona, le colocaban en el centro un puntal cubierto con trozos de tela, para evitar que la rompiera, y lo elevaban creando una especie de carpa. Luego, colocaban mecates, amarrando un extremo a las orillas de las lonas y el otro a tabiques o grandes piedras, con el fin de impedir que el aire las levantara. Así creaban las cocinas. En ese sentido, cabe destacar lo que explica Na Mari Tere:

Para nosotros fue fácil idear el techo, levantar las lonas. Sabíamos cómo hacerlo, mujeres y hombres sabíamos qué era necesario. Es que aquí hacemos las fiestas en la calle o en los patios, nuestras celebraciones son ahí, no en salones. Entonces, siempre colocamos lonas o rentamos stands, pero vemos cómo le hacen para pararlos. Sabemos cómo se amarran y todo...lo que no teníamos era material, pero dábamos lo que teníamos y así lo armamos (Na Mari Tere, D.C. 19 de septiembre de 2018).

Las personas respondieron con eficacia debido a las experiencias y conocimientos previos que poseían y que facilitaron el proceso de construcción de las estructuras de las cocinas. Y, debajo de éstas, las y los habitantes improvisaban fogones. Utilizaban piedras o escombros que colocaban en el suelo y servían como base para poner la leña, o conseguían estructuras de hierro o metal que simulaban parrillas.

Los fogones fueron la primera opción para cocinar porque la mayoría de las personas no contaban con tanques de gas ni estufas en buenas condiciones. Sin embargo, con el paso del tiempo, las y los vecinos se dieron cuenta que utilizar leña era difícil porque comenzaba a escasear y costear su precio se complicaba.

---

<sup>21</sup> Amaia Pérez, basada en el diálogo con Miguel Ángel Martínez del Arco, refiere que algunas mujeres de Centroamérica han propuesto resignificar el concepto de “necesidades” sin separarla de los “deseos”, porque ellas no sólo satisfacen las necesidades de terceras personas, sino que también “desean” y luchan por transformaciones. Así surge la idea de las “desesidades” (Pérez, 2014: 26).

Al principio usábamos leña, y eso corría por nuestra cuenta. Como nos dimos cuenta que era mucho gasto, mi hermano me regaló una estufita de gas de una sola parrilla. Y cooperamos entre todas las familias para comprar un tanque, nos salía más barato (...). A veces utilizábamos carbón y leña pero era más caro (Na Asunción, Entrevista, 8 de abril de 2019).

Las personas encontraban soluciones ante los requerimientos que las cocinas exigían, así como alternativas para ahorrar recursos monetarios y trabajo. Posteriormente, con la llegada del apoyo externo, la gestión y el mantenimiento de las cocinas fue más fácil, incluso mejoraban las condiciones físicas y estructurales de los espacios y, con el paso de los días, algunas se “equiparon” mejor.

Primero estábamos en la calle, luego nos prestaron un stand. Los de radios comunitarias indígenas nos lo dieron, era una estructura hecha a base de PVC y la cubría una lona. Nos la dieron cuando ya teníamos bastante tiempo con la cocina. Cambiamos las lonas por el stand, y debajo pusimos las mesas, a un lado estaba la estufa. Nada estaba en el suelo por el agua (Na Asunción, Entrevista, 8 de abril de 2019).

Las cocinas comunitarias permitían optimizar los recursos en múltiples formas: 1) las y los habitantes de Juchitán se dieron cuenta de que “los víveres se aprovechaban mejor en grupo que individual” (Na Mari Tere, Entrevista, 14 de noviembre de 2018); 2) cuando el trabajo se colectivizaba las necesidades se cubrían con mayor eficacia y rapidez; y 3) las unidades de reproducción se beneficiaban al evitar gastos. Al respecto del punto uno y dos, Na Elsa explica:

Tres kilos de tomate rendían más entre más preparábamos (...), alcanzaban para darle de comer sopa a unas 25 personas, y esos mismos tres kilos, si los usaba una sola familia no les iba a rendir igual porque lo preparaban diferente. Además, lo mismo tardábamos en hacer para la familia que para más gente, cambiaban las cantidades pero el trabajo era el mismo, o hasta menos, porque nos ayudábamos entre nosotras (Na Elsa, D.C. 12 de septiembre de 2018).

Y con relación al punto tres, Berenice sostiene que “el gasto más grande es la comida”, y añade, “por eso ir a la cocina comunitaria nos ayudaba a todos, si hubiéramos tenido que

preparar nuestra propia comida la mayoría de gente iba a sufrir, muchos no iban a poder, no tenían cómo” (Entrevista, 4 de octubre de 2018). Por su parte, Na Asunción considera que:

Las cocinas comunitarias fueron importantes porque no había dónde cocinar, no había trabajo, no había dinero, no había como subsistir. La gente que lo perdió todo no tenía cómo salir adelante, una comida en la cocina les ayudaba bastante en la economía. Quiérase o no, las familias de 5 integrantes, mínimo se gastaba \$150 en una comida y en la cocina no se gastaban nada, porque hasta tortilla nos daban (...). Fue un alivio muy grande para ellos y también un ahorro, si tenían un dinero ya lo ocupaban en otras cosas (Na Asunción, Entrevista, 8 de abril de 2019).

Quienes comían en las cocinas comunitarias tenían la oportunidad de reservar parte del dinero que poseían, y destinarlo a algo más que comida en esos tiempos de crisis.<sup>22</sup> Al respecto, Esperanza Tuñón sostiene que, a lo largo de la historia, “en la lucha por impedir que la crisis económica (...) degrade constantemente las condiciones de la familia, así como por buscar aumentar sus márgenes de bienestar, las mujeres (...) han diseñado diversas instancias colectivas entre las que destacan aquellas que apuntan a rubros del abasto y consumo” (1991: 89). Las cocinas comunitarias promovían el bienestar de las personas y posibilitaron que los recursos, tanto materiales como monetarios, rindieran más.

## **2. Las diferentes modalidades de las cocinas**

Emergieron tres diferentes tipos de cocinas comunitarias: 1) aquellas que surgieron y se mantuvieron por esfuerzos de las personas de la misma comunidad y con apoyo intermitente de la sociedad civil; 2) las que se basaron en la ayuda continua de personas de la sociedad civil o de Organizaciones No Gubernamentales (ONG); y, 3) en una minúscula proporción, aquellas apoyadas por el gobierno Estatal. En cualquiera de los tres casos, las mujeres fueron las principales responsables del trabajo que se realizaba en esos espacios.

### **2.1 Cocinas sostenidas con apoyo intermitente de la sociedad civil**

Estas cocinas surgieron por iniciativa comunitaria, desde una lógica vecinal y familiar, y se mantuvieron con recursos intermitentes que la sociedad civil enviaba. Como señala Na Elsa: “todos los vecinos nos organizamos, como éramos varios juntábamos las despensas que nos

---

<sup>22</sup> Con crisis me refiero al proceso y la temporalidad “cuando los procesos que regeneran la vida quiebran o se ponen en riesgo” (Pérez, 2014: 62).

regalaban y hacíamos atún, arroz, frijol (...) y agua para todos” (Entrevista, 18 de octubre de 2018).

Se trataba de espacios relativamente autónomos, que se sostenían del trabajo y de esfuerzos colectivos de vecinos, vecinas y familiares que vivían cerca, y alimentaban sólo a dichas personas. Sin embargo, como los víveres que llegaban no eran constantes, la cantidad de alimentos recibidos podía variar considerablemente de un día a otro. “No siempre daban despensa, o a veces se acababa y ya no nos tocaba. Entonces había menos comida en la cocina” explican las niñas Akemi y Lupita (Entrevista, 18 de octubre de 2018).

Al no depender del apoyo continuo de la sociedad civil, de ONG o de apoyo gubernamental, quienes participaban de estas cocinas no tenían que justificar ante ninguna “autoridad” el uso que se le daba a los víveres y a los diferentes recursos que llegaban y, por lo tanto, no era necesario ningún(a) “representante”. No obstante, esto no quiere decir que no existieran “líderes” en las cocinas, pues para establecerlas las personas ocuparon los patios o los corredores de la casa de algún vecino o vecina, es decir, se ubicaban en espacios familiares y esto influía en la dinámica al preparar y repartir la comida.

“Por más que te llevaras bien con quien vivía ahí, no podías entrar a su corredor así nada más y mover, tenías que esperar a que hubiera dos o tres gentes más y preparar entre todos” narra Na Elsa (D.C. 18 de octubre de 2018). De esta manera, las y los dueños de los patios y los corredores tenían cierta autoridad, aunque lo negaran. Las personas ajenas a esos lugares no podían acceder con total libertad y preparar comida en cualquier momento. Además, ya que los víveres se guardaban en el interior de los mismos espacios, su distribución a veces era poco clara y llegaron a surgir algunas anomalías:

Mucha gente se quedó con todo, no lo daban a las personas y lo guardaban para ellos, o lo daban a los familiares nada más (...). Una vez llegó la caja de tomate, de cebolla, de chile, de todo le llegó a la señora (donde estaba instalada la cocina comunitaria) pero no lo sacó, no lo repartió (Heidi, Entrevista, 30 de septiembre de 2018).

Esta situación, aunada a la irregularidad en la cantidad de víveres recibidos y a la falta de claridad respecto a la distribución del trabajo, ya que no era equitativo ni había turnos

establecidos, originó el surgimiento de conflictos<sup>23</sup> entre las mismas vecinas y vecinos, y, poco a poco, la organización se fracturó.

## **2.2 Cocinas sostenidas con apoyo continuo de la sociedad civil u ONG**

Estas cocinas nacieron con la organización inmediata de las personas afectadas, pero a diferencia del modelo anterior, después recibieron el apoyo continuo de personas de la sociedad civil o de ONG, lo que facilitó su mantenimiento. Dada la regularidad del apoyo, tanto en cantidad como en temporalidad, era necesario que existiera una responsable que se encargara de administrar, gestionar y justificar el uso de los recursos.

[Los responsables del proyecto] pidieron que un ama de casa se hiciera cargo, que juntara un grupo de aproximadamente 10 personas, mujeres, que hicieran un recuento del número de personas que vivían en todo el callejón para que se le brindaran los suministros y los alimentos, para que pudieran cocinar y alimentarse (Berenice, Entrevista, 4 de octubre de 2018).

La mayoría de las mujeres responsables de las cocinas compartían ciertas características: eran mujeres mayores; no tenían hijos o hijas pequeñas ni personas a su cuidado; para generar ingresos, realizaban trabajos cuyo tiempo podían distribuir a lo largo del día sin que afectara sus labores en dichos espacios. Na Asunción se encontraba en esta situación. La cocina de la que ella formaba parte, no como responsable sino como integrante, estaba instalada en una de las calles de la Séptima Sección. Al cuarto día después del terremoto, llegó el apoyo a esta cocina:

Surgió de nosotros (...), y después llegaron unos muchachos de parte del maestro Francisco Toledo (...). Nos dijeron “si quieren les vamos a instalar una cocina. Cada semana les vamos a dar insumos, verduras y despensas, pero ustedes se van a encargar de preparar el desayuno, comida y cena”. Fue el compromiso que hicimos con ellos y ellos con nosotros: ellos nos iban a subsistir y nosotros íbamos a preparar, no solamente para nosotros, sino para todos los que alcanzara la comida. Y dijimos que sí. Los muchachos nos trajeron verduras de todo tipo, tomates, chiles, cebolla, repollo, papas, calabazas, ejotes, de todo tipo, nos daban carne una vez a la semana, nos daban leche, arroz, café, pan. Cuando llegaban con las cosas nosotras nos encargábamos de lavar todo, de preparar y de servir (Na Asunción, Entrevista, 2 de octubre de 2018).

---

<sup>23</sup> Abordo este tema en el apartado 5 de ésta capítulo.

Como puede observarse, estas cocinas no sólo beneficiaban a las y los vecinos que formaban parte de ellas, sino a todas las personas que solicitaran alimentos. Al ubicarse en el espacio público, quienes asistían podían estar bajo las lonas todo el tiempo que desearan. Además, aquí las mujeres se turnaban los múltiples trabajos requeridos para preparar la comida, es decir, debido a que existía una “responsable” que estaba al frente, la distribución del trabajo y los víveres era más clara y organizada.

Además, en estas cocinas existían medidas externas de regulación. Era necesario tomar fotos de las diferentes actividades realizadas, así como de los alimentos preparados y la entrega de éstos, con el fin de justificar en qué se utilizaban los recursos y, así, continuar recibiendo. El hecho de tener que justificar y rendir cuentas a terceros no quiere decir que la organización comunitaria no fuera la clave para el sostenimiento de las cocinas. El trabajo de las mujeres, principalmente, era lo que sostenía la preparación de comida y, por lo tanto, la toma de decisiones respecto a cómo distribuían los víveres para optimizar su uso estaba a cargo de ellas.

Para estas cocinas, el continuo apoyo brindado por la sociedad civil o las ONG era el pilar material central y, al mismo tiempo, ahí residía la principal dificultad para mantenerlas. Al generar cierta dependencia a esa ayuda externa, el día en que dejaron de recibirla no fue posible sostener las cocinas con recursos propios y desaparecieron.

### **2.3 Cocinas sostenidas con apoyo gubernamental**

La mayoría de las personas entrevistadas hacen referencia a la nula capacidad de respuesta gubernamental ante el desastre, lo que incluye las acciones realizadas para satisfacer la necesidad de alimentarse. Algunas personas como Na Lucila, Guie´biaani´ y Manu, mencionan que “abrieron solamente un par de cocinas del gobierno, llegaron nada más dos o tres cocinas de parte del DIF<sup>24</sup>” (Na Lucila, Entrevista, 24 de septiembre de 2018; Guie´biaani´, D.C. 6 de octubre de 2018; Manu, Entrevista, 12 de octubre de 2018), y se instalaron en dos de las principales calles de Juchitán. Al partir del apoyo gubernamental, las y los trabajadores que estaban en ellas eran los responsables.

Se suponía que los víveres provenían del gobierno y debían ser suficientes y estar destinados a alimentar a cualquier persona de la comunidad, sin embargo, una serie de irregularidades surgieron alrededor de estas cocinas. En algunos casos llegaban personas ajenas a Juchitán, convocaban a un grupo de personas, colocaban una lona y, mientras hacían

---

<sup>24</sup> Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia.

explícito que las cocinas eran gestionadas por el gobierno, entregaban víveres, como frutas y verduras, pero no en grandes cantidades. Sin embargo, éstas sólo duraban un par de días y luego “desaparecían”.

[En la televisión] hablan puro del gobierno, todo lo que llega, despensa, agua, decían que lo traía de parte del gobierno. Llegaban, ponían y tomaban la foto. Gloria Sánchez decían, pero no, no es cierto, ella no fue. Fue la gente, pero ellos se quedaban lo que mandaban y lo entregaban a su nombre. Y de un día para otro ya no supimos cómo se levantaron, cómo se fueron, sin explicación (Na Lucila, Entrevista, 24 de septiembre de 2018).

Los víveres eran utilizados con fines instrumentales por parte del gobierno<sup>25</sup>, “como una forma de justificar que las autoridades estaban haciendo algo” apunta Manu (Entrevista, 12 de octubre de 2018). Al respecto, Na Asunción narra una de las experiencias que tuvo:

Una vez llegaron unas muchachas y empezaron a tomar fotos (...). Entonces le pregunté a una de ellas ¿por qué nos están tomando fotos? y me dijo que ellos nos estaban abasteciendo de cosas. ¿De parte de quién? Le pregunté. “Del DIF” me dijo. Le contesté “aquí no hemos recibido nada del DIF, no tiene por qué andar tomándonos fotos. Esta cocina es del maestro Toledo”. “Pero ustedes están anotados dentro del programa” me dijo. Se aprovecharon de las circunstancias (Na Asunción, Entrevista, 8 de abril de 2019).

A diferencia de las otras dos modalidades de cocinas previamente mencionadas, las cocinas basadas en el apoyo gubernamental fueron prácticamente inexistentes. Tal y como sostiene Manu, “por parte de la presidenta y del gobierno no hubo cocinas comunitarias. No. La mayoría surgió por otros apoyos y por las mismas personas afectadas” (Entrevista, 12 de octubre de 2018).

### **3. Organización del trabajo al interior de las cocinas comunitarias**

Como no teníamos que comer, se instaló una cocina comunitaria y las mujeres estaban ahí, haciendo desayuno, comida y cena para todos (...). Estaban las mujeres apoyando, como siempre, en la cocina. Muchas de las cosas que he visto es que las mujeres tenemos muy poca participación al momento de tomar decisiones, en las asambleas,

---

<sup>25</sup> En el capítulo 5 analizo las tensiones y conflictos que la ayuda externa, como la que brindó el gobierno, generó en la organización colectiva.

pero en este caso las mujeres eran las que andaban de aquí para allá viendo qué faltaba y haciendo. Las mujeres en la cocina, siempre movidas, cocinando, haciendo, checando, cuidando, repartiendo, viendo si falta algo (Guie'biaani', Entrevista, 29 de octubre de 2018).

“La tarea de obtener alimentos, almacenarlos, cocinarlos y ofrecerlos diariamente a los miembros del hogar es una de las que consume mayor cantidad de trabajo no remunerado” argumenta María de los Ángeles Durán (2012: 216). Pese a ello, este trabajo no suele nombrarse como tal y su vitalidad pasa desapercibida, incluso se asume que es parte de la “responsabilidad” de las mujeres.

Pero, en momentos de crisis fue posible ver, con nitidez y precisión, cómo ellas “siempre han estado en la lucha en la cocina”, como dice Na Bettina, “porque sin comida no se puede, sin un cafecito en la noche cómo vas a ir a hacer guardia, sin eso no se puede” (Entrevista, 29 de noviembre de 2018). En ese sentido, es fundamental comprender todo el trabajo que se realizó al interior de las cocinas comunitarias, y es preciso tener presente a Mary J. Weismantel cuando sostiene que:

La organización del trabajo en la cocina es fundamentalmente un asunto femenino: aquí, más que en ningún otro reino, las relaciones entre mujeres no se hallan mediatizadas por los hombres. Sin embargo, una vez que la comida está lista para ser servida, la cocina se convierte en el lugar para una importante y central interacción entre sexos (1994: 92).

Las cocinas comunitarias dejaron ver las dinámicas existentes entre hombres y mujeres alrededor de la alimentación, así como la vitalidad de este trabajo. Para realizar cualquier actividad, las personas primero tenían que comer, así, tras cada labor de organización, de demolición, de limpieza o de reconstrucción, se encontraba el trabajo que las mujeres realizaban desde esos espacios.

Alimentar no sólo implica el preparar la comida, es decir, el “hacer” concreto. También requiere planear qué materias primas se necesitan, gestionar los recursos para comprarlas, saber dónde conseguir los productos, comparar precios, y una larga lista de actividades más. Para que las cocinas funcionaran era necesario un conjunto de saberes y conocimientos, ese trabajo intelectual que las mujeres hacen pero que no se nombra, así como una gran cantidad de tiempo, trabajo mental y esfuerzo físico. Por ello, a continuación, propongo el “ciclo del

trabajo alimenticio” y analizo las siete principales labores que lo forman y que se requirieron para mantener en marcha las cocinas comunitarias.

### **3.1 Coordinación de tareas**

Para poder preparar la comida, primero era necesario el trabajo de coordinación enfocado a dividir y repartir las labores. Las responsables de las cocinas, todas mujeres, eran las principales encargadas de organizar y distribuir los múltiples quehaceres que se precisaban antes y después de cocinar. Ellas planeaban y lideraban el trabajo que se realizaba en estos espacios.

Nosotras sabíamos qué se necesitaba para hacer la comida, por eso nos hacían caso. Como es el trabajo que siempre hemos hecho lo conocíamos mejor que nadie, sabíamos qué llevaba cada comida, cuánto tomate, cuánta agua y sal, cuanto aceite...también cuánto servirle a cada quien para que alcanzara, o cómo hacerle para que rindiera más. Entonces, cuando decíamos qué iba a hacer cada quién nos hacían caso (...). Y entre nosotras nos acomodábamos, ya sabíamos quién pica qué, quién lava qué, quién hacía arroz o los frijoles (Na Asunción, D.C. 2 de octubre de 2018; Guie´biaani´, Entrevista, 29 de octubre de 2018).

Respaldadas por su experiencia al preparar grandes cantidades de comida para la familia o en fiestas, las mujeres se desempeñaban con gran destreza. Su trabajo buscaba generar el bien común y promovían la participación de todas las personas involucradas. Como explica Na Asunción: “cada quién tenía que ayudar como pudiera, hasta los niños tenían responsabilidad, cuando nos urgía algo, ellos iban a los mandados” (Entrevista, 2 de octubre de 2018). Por lo tanto, el trabajo para preparar la comida y repartirla, así como la limpieza y el cuidado posterior de todas las herramientas y los espacios utilizados, sólo por mencionar algunos, eran distribuidos tomando en cuenta diferentes características de las personas, como el sexo y la edad, por ejemplo.

Nosotras, las señoras de mediana edad, nos encargábamos de la comida. En las tardes (...) las mayores, por ejemplo, se ponían a pelar las papas, hacían cosas que podían. Los niños hacían mandaditos, lo que faltaba lo iban a comprar. Y los señores hacían guardia, cuidaban (Na Asunción, Entrevista, 2 de octubre de 2018).

Sin embargo, cabe destacar que la distribución del trabajo no siempre fue explícita. Existía una dinámica peculiar en las cocinas, tal y como explica Guie´biaani´, “no siempre era

necesario que te dijeran qué hacer, veías qué hacía falta o dónde se necesitaban manos y lo hacías. Era como si nos organizáramos nada más de ver” (D.C. 6 de noviembre de 2018). El hecho de que las mujeres supieran coordinarse con tal pericia no es fortuito, tiene que ver con el entrenamiento que han tenido en la cocina a lo largo de los años. Si se observa con atención, se puede percibir que esta dinámica no está presente entre los hombres cuando están en ese espacio, entonces hay que dar indicaciones como “rebana la cebolla”, “trae los platos” o “limpia la mesa”, y, por mínimas que parezcan, requieren conocimientos, atención y energía mental.

Así, una gran cantidad de tiempo, trabajo y recursos eran necesarios para que las cocinas comunitarias funcionaran, y la coordinación de las tareas permitía optimizar todos estos elementos. Por ejemplo “para cocinar nos turnábamos, un día hacían tres y otro día otras tres, y otras se ponían a repartir porque era mucho, nada más de arroz hacíamos de siete a diez kilos” (Na Asunción, Entrevista, 2 de octubre de 2018). Si las mismas personas se encargaban siempre de los mismos trabajos, o si se intentaba que todas participaran en todo, la energía se hubiera desgastado, las labores entorpecido y el alcance hubiera sido menor.

### **3.2 Gestión de víveres**

Preparar grandes cantidades de comida implicaba contar con suficientes víveres, y las y los integrantes de las cocinas tenían que gestionarlos. Según los tipos de cocina que ya mencioné, existían dos modalidades de gestión primordiales:

Primero, la gestión orientada a la búsqueda de víveres. En las cocinas que se sostenían con el apoyo de acopios y recursos provenientes de la sociedad civil, las personas estaban pendientes de cuándo y dónde llegarían los alimentos para asistir a pedirlos, es decir, tenían que buscar continuamente. Hacían largas filas para recibir las despensas y, en cuanto las recibían, las juntaban con las de todos los vecinos y vecinas. Sin embargo, el apoyo recibido no era regular, por lo que, cuando no todas las personas alcanzaban víveres la comida que se hacía era menos.

Segundo, la gestión orientada a procedimientos. En aquellas cocinas en las que el apoyo era continuo, como en el caso de la cocina en la que Na Asunción era responsable, la gestión de víveres era más simple en cuanto a su obtención, pero no con relación al tiempo invertido. Las mujeres no tenían que investigar y buscar continuamente los apoyos, debido a que ya había un lugar establecido para ir por ellos, pero sí dedicar un periodo establecido para este trabajo.

Para que nos entregaran las cosas tenía que ir a las reuniones y al acopio, estar todo un día esperando a que dieran las despensas. Las recogíamos aquí a la vuelta, a dos cuadras, ahí llegaban las verduras y toda la comida. Cuando iban a llegar avisaban, teníamos un grupo de WhatsApp donde decían “mañana va a haber abasto”. Y tempranito teníamos que ir, conforme íbamos llegando nos anotábamos, y ya nos decían a qué hora llegaba el abasto. Era tardado porque eran muchas cosas las que nos daban y como eran más de 50 cocinas tardaban en repartir (Na Asunción, Entrevista, 8 de abril de 2019).

Así se conseguían las verduras, el arroz, el atún, el frijol y todos los alimentos necesarios para preparar la comida y, cuando algún producto faltaba, cooperaban entre todas las personas para poder comprarlo. En este punto, cabe destacar que uno de los elementos prioritarios era la tortilla y, tomando en cuenta que los comixcales se habían roto y dada la cantidad requerida, era casi imposible hacerlas a mano. Entonces las personas tuvieron que hacer uso de otros medios y recursos.

Había Secciones y colonias en las que las máquinas para hacer tortillas seguían funcionando y las mujeres podían comprar ahí. Pero, en aquellos lugares en los que esas máquinas no funcionaban, debido a que se descompusieron o porque las y los encargados cerraron los tanques de gas por precaución, las personas compraban tortillas Milparreal o pan Bimbo, “o lo que sea para pasar el día” según explica Heidi (Entrevista, 30 de septiembre de 2018). Así, cualquier alternativa que eligieran, su objetivo principal era satisfacer el hambre.

### **3.3 Planeación de la comida**

“Aquí todo es trabajo (...). Y para nosotras todo es más trabajo, porque todo el tiempo estamos pensando qué vamos a hacer. Yo me levanto y lo primero que hago es tocar el agua. Toco el agua para lavar los trastes que quedaron de la noche anterior y mientras lavo estoy pensando qué vamos a desayunar. Preparo el desayuno y en lo que desayunamos ya hay que pensar qué necesitamos para comer, y cuando comemos ya hay que pensar qué se va a cenar. Todo el tiempo estamos pensando qué vamos a hacer después, en qué vamos a trabajar, qué necesitamos y qué necesita la familia. Y aquí me dicen –tú todo el tiempo estás pensando qué vamos a comer, siempre estás pensando en algo–. Y yo les digo –pues sí, porque cuando les de hambre si no hay comida qué van a comer–” (Na Rosa, D.C. 8 de septiembre de 2018).

El trabajo de planeación de la comida forma parte de las actividades invisibles y minimizadas que las mujeres como Na Rosa, Heidi o Na Lucila, realizan. Las personas pueden percibir que ellas “todo el tiempo están pensando”, pero no alcanzan a ver las implicaciones que este continuo pensar tiene a la hora de reproducir la vida en su sentido más básico. Al respecto, Marcela Lagarde sostiene que las mujeres viven un “sobre uso del tiempo”, pues lo ocupan no sólo para realizar actividades concretas, también lo extienden para planear y visualizar a futuro lo que harán. “Así, un año de vida de una mujer es mucho más que un año de vida de los hombres de su entorno” (2012: 71) porque, aunque aparentemente dediquen la misma cantidad de tiempo en alguna acción, la energía y el esfuerzo vital utilizado es distinto.

Después del terremoto, las mujeres que estaban en la cocina comunitaria ocupaban gran parte de su tiempo planeando cómo distribuir los productos, cómo hacerlos rendir mejor y cómo mezclarlos entre sí para obtener diferentes platillos. Na Asunción señala: “hacíamos una lista de lo que necesitábamos para los otros días, a veces inventábamos comida con lo que teníamos, no podíamos darnos el lujo de exigir, era comer lo que había” (Entrevista, 2 de octubre de 2018).

Planear significaba desplegar un conjunto de saberes y prácticas que las mujeres poseían y que habían entrenado durante años. En el contexto de desastre, ellas hacían lo mejor que podían con lo que tenían, “inventaban” comida y buscaban que alcanzara para la mayor cantidad de personas posible. Así, una interminable lista mental estaba presente.

Para hacer la comida había que pensar qué hacer. Por ejemplo, si ayer comimos carne o pescado con salsa, hoy vamos a comer pollo ¿y con qué lo vamos a acompañar? Bueno, con un arroz, con un frijol, con lo que hubiera. Así pues. Se piensa mucho. Se piensa (...) para que no sea lo mismo, se piensa en qué es lo que van a comer, y qué es lo que les gusta comer (...). Todo eso debe uno de pensar, porque hay personas que no comen picante, hay personas que no comen tomate y no les vaya a hacer daño (Heidi, Entrevista, 30 de septiembre de 2018).

Las mujeres, como Heidi, no sólo tomaban en cuenta los elementos materiales con los que contaban, también consideraban qué alimentos eran del agrado o no de las personas, así como aquellos que podían causarles molestias. En las cocinas comunitarias no era posible tener siempre presentes las particularidades de cómo y qué comía cada quién, pero trataban de

generar placer y brindar cariño a través de la comida. De esta manera, el trabajo de planeación implicaba, además, el cuidado hacia las personas que se alimentaban.

### **3.4 Elaboración de comida**

La elaboración de la comida es la labor más visible de todo el ciclo del trabajo alimenticio porque es cuando se puede percibir, de manera concreta, que ellas “están haciendo la comida”. Sin embargo, no puede llevarse a cabo si previamente no se han realizado las tareas de coordinación, gestión y planeación. Para cocinar, la fuerza de trabajo, la energía y el tiempo de por lo menos tres o cuatro mujeres mantenía la vida de decenas, e incluso cientos, de personas.

Quienes preparábamos la comida éramos tres, tres mujeres. Estaba la señora Irene, estaba yo y la señora de enfrente, Rosita se llama (...). Entre todas ahí nos la pasábamos y en la noche a hacer el café, el arroz con leche, a repartir el pan (...). Diario cocinábamos como para unas 80 personas. Desayuno, comida y cena. En el desayuno era un poco menos, es que variaba, dependía mucho de lo que nos dieran, a veces era para 100, 80 o hasta 50 personas, mínimo (Na Asunción, Entrevista, 2 de octubre de 2018).

Para preparar la comida en grandes cantidades es necesario tener conocimientos de las proporciones exactas de cada alimento a utilizar, por ejemplo, saber la cantidad de agua con relación a los kilos de arroz, o cuánto tomate, cebolla y huevos se utilizarán para hacer una salsa de huevo. Todos estos saberes no se adquieren de la noche a la mañana, sino que, tal y como sostiene Silvia Federici, se “requiere al menos veinte años de socialización y entrenamiento día a día, dirigido por una madre no remunerada, preparar a una mujer para este rol” (2013b: 37). En Juchitán, este entrenamiento no está a cargo sólo de las madres, sino de la red de mujeres que rodean a las niñas: tías, abuelas, hermanas o amigas. Incluso, entre las mismas niñas se enseñan, se dan consejos y se “corrigen” a la hora de cocinar.

En momentos de desastre, las mujeres hicieron uso de todos los conocimientos adquiridos a través de años de experiencia, mismos que, generalmente, no poseían los hombres. Ellas sabían qué especias ocupar para darle mejor sabor, identificaban el punto de cocción de cada alimento y conocían diferentes técnicas de preparación. También se las ingeniaban para preparar comida diferente cada día, aunque llevara los mismos ingredientes, y

analizaban cómo distribuir las cantidades de cada comida para que alcanzara para todas las personas.

Apenitas acabamos de repartir el desayuno y ya teníamos que preparar la comida, y así nos la pasábamos. Hacíamos chiles rellenos de atún, porque atún era lo que más regalaron acá, teníamos tanto que pensamos “¿cómo lo haremos?” y dijimos “sí, chiles rellenos de atún”, los preparamos como si fuera carne, le quitamos toda el agua y lo freímos normal. Nada más los del campamento sabíamos qué era. Rellenamos cebollas y la capeamos y con salsa, a la gente le gustó pero no sabían qué era, decían “como que sabe raro, pero sabe rico”. No sabían qué era todo lo que estaban comiendo y se nos ocurrió nada más porque ya no sabíamos cómo preparar. Cómo era mucha gente, teníamos que buscar la forma. Hacíamos tortitas con la sardina, tortitas de papa, ejotes, guisados de calabacita, como era bastantita la picábamos en cuadritos y la hacíamos como en caldillo y ahí lo poníamos y sabía bien. Todo eso hacíamos en la cocina (Na Asunción, Entrevista, 2 de octubre de 2018).

Las mujeres no podían pedir los víveres que quisieran, pero hacían uso de los productos que tenían. Por eso, desplegaban toda su creatividad y su imaginación para poder crear e inventar nuevos platillos que, además, tuvieran buen sabor. “No se trataba sólo de cocinar, sino de que la comida estuviera rica” apunta Heidi (Entrevista, 30 de septiembre de 2018). Ante el ambiente rodeado de casas derrumbadas y trabajos de limpieza, mientras las personas vivían en las calles o en los patios, bajo lonas y con incertidumbre, recibir un plato de comida con buen sabor podía cambiar el ánimo, y motivar la convivencia y el diálogo al compartir alimentos.

### **3.5 Repartición de alimentos**

Una vez preparados los alimentos había que repartirlos. Para realizar este trabajo se siguieron dos alternativas logísticas: 1) salir de las cocinas comunitarias y repartir la comida en las calles y en espacios vecinales o comunitarios, o, 2) llamar a las personas a asistir a las cocinas y ahí darles la comida. La primera opción implicaba más trabajo, tiempo y energía, pero fue la que se realizó durante el inicio de las cocinas, luego, se optó por la segunda alternativa.

Cuando iniciamos hicimos la comida y los hombres a veces ayudaban yendo a repartir. Poníamos las ollas de comida en un triciclo y repartíamos de casa en casa (...). La gente se alegró de que les lleváramos un poco de comida, pero se nos hizo pesado porque

después de trabajar, de preparar la comida y repartirla... pues como que no. Por eso después se nos prendió el foco y anunciábamos en el altavoz para no andar dando vueltas, porque nos cansábamos (...). Les dábamos aviso, les decíamos que “a tal hora” ya íbamos a tener la comida, que trajeran sus recipientes y que llegaran (Na Asunción, Entrevista, 2 de octubre de 2018 y 8 de abril de 2019).

De esta forma se distribuía la comida. Las cocinas comunitarias requerían una gran cantidad de fuerza de trabajo, y poco a poco las personas generaron estrategias para reducir, lo máximo posible, el tiempo y la energía puestas en las múltiples tareas, como en el caso de la repartición de los alimentos. Era impresionante ver cómo las personas ideaban alternativas para ahorrar recursos, tiempo y trabajo en estos espacios.

### **3.6 Limpieza del material y de la cocina**

Después de planear, preparar y repartir la comida, quedaban pendientes otros trabajos como lavar los trastes utilizados y limpiar el espacio que se ocupó. Sin utensilios limpios no se podía cocinar de nuevo. A pesar de que en varias cocinas existían indicaciones o medidas para regular la limpieza y, así, equilibrar el trabajo, éstas no siempre se cumplían. Na Mari, por ejemplo, narra lo que observó en las cocinas: “—cada quién lava su plato— decíamos al entregar la comida. Pero después de comer, los hombres que iban acompañados de sus mujeres se levantaban y dejaban el plato sucio, hasta que ellas o alguien más lo lavaba” (D.C. 29 de agosto de 2018).

Como puede observarse, la división sexual del trabajo estuvo presente todo el tiempo. Las mujeres y los hombres asumían la existencia de trabajos que “les tocan” y otros que no, y su comportamiento se basaba en esas premisas. Generalmente, la limpieza del material y de la cocina estaba a cargo, también, de las mujeres. Ante esta situación, en varias cocinas ellas optaron por pedir que cada persona llevara su plato y su vaso para comer.

Nos regalaron platos y vasos de plástico para que utilizáramos, no usábamos nada desechable. Pero, luego, pedíamos que la gente que viniera por comida trajera su traste y así lo anunciaban: “en la cocina comunitaria tal se les va a dar comida, traigan su plato y su vaso”. Así nosotras también teníamos menos trabajo al lavar, ya solamente quedaban los trastes grandotes, porque sí era una chinga (Na Asunción, Entrevista, 2 de octubre de 2018).

De nuevo, la creatividad se hizo presente para idear opciones que disminuyeran la cantidad de trabajo realizado. Aparentemente, el ciclo del trabajo alimenticio termina con la labor de limpieza, pero en realidad no es así, cuando las mujeres lavaban los trastes ya estaban planeando la siguiente comida. Cada uno de los trabajos necesarios para alimentar no son aislados, sino que forman parte de un círculo interminable de labores que se mezclan entre sí y son interdependientes.

Alimentar es un trabajo constante, latente y basado en la sabiduría, en el bagaje intelectual y práctico, así como en el tiempo, la energía y el cuerpo de las mujeres. En ese sentido, como argumenta Gladys Tzul, “el trabajo de las mujeres se encuentra a la vista y es determinante en la organización de la vida cotidiana” (2016: 58). Por medio del trabajo de alimentación, las mujeres también realizaban trabajo comunitario, pues sus acciones generaban beneficios directos, no sólo para las familias, sino también para la comunidad. Así, también creaban la “confianza colectiva” de la que habla Tuñón cuando sostiene que, en las cocinas populares, al cocinar las mujeres también construyen lazos solidarios (1991: 96).

### **3.7 El trabajo que los hombres realizaban**

Según datos del INEGI (2015), semanalmente los hombres dedican sólo 1 hora 38 minutos a preparar y servir alimentos, mientras que las mujeres hacen uso de 9 horas 9 minutos de su vida. Por ello, no es de sorprenderse que, a lo largo de todos los apartados anteriores puede observarse que el ciclo del trabajo alimenticio se basa, esencialmente, en las labores que las mujeres realizaban. Los hombres participaban poco en estas labores, si acaso en la repartición de víveres, al principio, pero no planeaban ni cocinaban. “Las mujeres hacíamos la comida y los hombres pues... ¿qué podían hacer ellos si no saben? Estaban sentados, se aburrían, pero no había trabajo, les decíamos que fueran a buscar leña” dice Na Elsa (Entrevista, 18 de octubre de 2018).

Las mujeres asumían que el trabajo de cocinas les correspondía. Naturalizaban esto porque, por una parte, la mayor parte de su vida se han hecho cargo de este trabajo y, por otra, porque eran ellas quienes poseían los conocimientos necesarios para realizarlo. En ese sentido, el trabajo de los hombres no se reflejaba directamente en la comida, pero sí en el abastecimiento de leña y en la construcción material de las cocinas.

Los hombres estaban viendo que faltaba, poniendo las lonas, porque cuando llovió se nos vino todo encima. Y pues ya, creo que esa era la tarea de los hombres, que no

faltara nada en la estructura que se hizo, y si faltaba algo había que ir a traerlo (...), pero no se metían a la cocina. Ahí vi que a las mujeres siempre nos toca la comida, satisfacer esa necesidad (Guie'biaani', Entrevista, 29 de octubre de 2018).

El trabajo de los hombres también estaba orientado a la protección de las personas que se encontraban en esos espacios, así como de los bienes que aún resguardaban ahí, pues, debido a que la mayoría de las cocinas comunitarias estaban instaladas en espacios abiertos y despejados, era fácil que algunas personas hurtaran algo. “No faltaba quien quisiera aprovecharse. Los señores se quedaban toda la noche haciendo guardia, no solamente en la cocina sino por todos lados, las mujeres dormíamos y los hombres hacían guardia cuidando las cosas” menciona Na Asunción (Entrevista, 2 de octubre de 2018).

Así, aunque el trabajo que los hombres llevaban a cabo figuraba en menor medida en el ciclo del trabajo alimenticio, fue fundamental para garantizar las condiciones necesarias, así como el bienestar de las personas y del material que se encontraba en las cocinas comunitarias.

#### **4. El ambiente alrededor de la comida**

Las cocinas “son espacios íntimos [y comunitarios] y están llenas de emociones y significados profundos (...), son mucho más que un lugar de trabajo para satisfacer (...) el hambre; es, entre otras cosas, un lugar importante de reunión, de relaciones sociales y (...) de afecto” dice Maria Elisa Christie (2002: 27, 32). En Juchitán, las cocinas fueron espacios de convivencia para las personas, espacios revitalizantes y de cuidado. En palabras de Na Asunción, funcionaron “como terapia”.

Las cocinas fueron lugares y momentos de encuentro, de desahogo, de compartir palabras y emociones respecto a lo sucedido. Como la mayoría de las personas se centraban en solucionar los problemas, la hora de la comida, y todo lo que implicaba, era esencial para acompañarse. “Estábamos todos ahí, los niños, los abuelitos, y platicábamos. Era una forma de curarnos, porque como a cada rato temblaba, vivíamos con el miedo, feo pues. Eso nos ayudó en todos los aspectos” explica Na Asunción (Entrevista, 8 de abril de 2019).

De esta manera, las cocinas comunitarias facilitaron el diálogo y revitalizaron los vínculos entre las personas, es decir, se reforzaron los lazos vecinales y la trama comunitaria. En ese sentido, cabe recordar que la construcción de lo común se basa en las relaciones sociales de cooperación y de reciprocidad que emergen a partir del trabajo concreto, y que

buscan garantizar la reproducción y el disfrute de bienes tangibles e intangibles, primordiales para conservar y posibilitar la vida (Gutiérrez, Navarro y Linsalata, 2016).

Aunque en las cocinas no siempre coincidían las mismas personas durante el almuerzo, la comida o la cena, ocupaban ese tiempo para conversar, escucharse y compartir, para distraerse mientras comían. En esos momentos, las condiciones materiales en las que se encontraban marcaban, en gran medida, las pautas de convivencia que se tuvieran y las dinámicas alrededor de la comida. Na Elsa explica:

Los primeros días no comíamos en las mesas, sino que ahí poníamos las cacerolas o las ollas de comida, porque en el suelo había agua, había lodo. Cada quien se sentaba con su plato y comía agarrándolo, nada de manteles y esas cosas. Y cuando había un espacio desocupado o sobraban mesas, ahí si se podía uno sentar a comer en la mesa, ya nada más jalabas tu silla y listo (Na Elsa, D.C. 6 de octubre de 2018).

En otras cocinas había condiciones estructurales diferentes, como en la que estaba Na Lugarda, quien señala: “había dos mesas y nos servíamos por turnos, por ejemplo, –ya se desocupó aquí, ya hay mesa, tú también tienes tu mesa, pues ven para que te sirvas, aquí está todo– y ya comíamos” (Entrevista, 5 de octubre de 2018). De igual manera, en la cocina de Na Asunción las personas podían sentarse a comer, pero las pautas eran distintas:

Comíamos juntos, cada quién con su familia, cada quién ya sabía que tenía una parte de la mesa y se sentaba, pero todos a la misma hora porque cuando la comida ya estaba lista se servía toda de una vez y las cocineras también se sentaban (...). También a la gente que iba pasando se les ofrecía, las personas se sentaban en sillas o en bancos, formaban pequeños grupos y hablaban de cómo les había ido (Na Asunción, Entrevista, 8 de abril de 2019).

Por otro lado, las personas que asistían a las cocinas en busca de alimentos seguían ciertas dinámicas: llegaban con sus propios recipientes, es decir, con sus platos, vasos o tupper, y había quienes se quedaban a comer ahí y en cuanto terminaban se iban, pero también quienes pedían la comida para llevar.

Había gente que se llevaba la comida para comer con su familia. También en ese tiempo llegó mucha gente de fuera buscando trabajo por las reconstrucciones y muchos se acercaban a preguntar sobre la comida, si vendíamos o así. Les decíamos

que no, que era una cocina comunitaria y les ofrecíamos un poco. También a la gente que pasaba o a la que venía a ver el problema que tuvimos, nosotros no discriminábamos, dábamos de comer parejo, hasta donde alcanzara (Na Asunción, Entrevista, 8 de abril de 2019).

En cualquier caso, la actitud de las personas al recibir la comida era de agradecimiento. Ya fuera porque perdieron su casa, porque no tenían dinero, porque buscaban trabajo o en cualquier otra situación, la comida siempre era necesaria para las personas. “Cuando les dábamos agradecían. Que te regalaron un plato de comida en ese momento era lo máximo ¿quién no lo necesitaba?” sostiene Na Asunción (Entrevista, 8 de abril de 2019).

## **5. La toma de decisiones**

Existían múltiples decisiones alrededor del ciclo de trabajo alimenticio y de los recursos que existían en las cocinas comunitarias. Quién iba a hacer qué tarea, qué comida se prepararía y la forma de elaborarla, eran sólo algunas de las elecciones que se realizaban. Dadas las circunstancias en las que se encontraban, la producción de decisión sobre la gestión, uso y regulación de lo que se compartía colectivamente (Tzul, 2016: 15) era constante y todo el proceso se realizaba en el momento, sobre la marcha.

Aparte del tiempo que las mujeres dedicaban al trabajo concreto, establecer un periodo específico para decidir en asamblea o reuniones implicaba prolongar la toma de acuerdos y esto no era lo más viable. Así, ellas se enfocaron en solucionar sobre la emergencia. No obstante, esto no quiere decir que las decisiones se basaran en la palabra y las ideas de una sola persona, a pesar de la rapidez con la que efectuaban el proceso, en la mayoría de los casos, éste era colectivo.

Dependiendo de lo que tuviéramos en la cocina decidíamos. Por ejemplo, como nos traían carne una vez a la semana, si era lomo decidíamos hacer empanadas porque es lo que iba a rendir, y como nos regalaban también harina para tortilla con eso hacíamos la masa. Pero la decisión la tomábamos entre todas, lo que nos pareciera mejor. Y si alguien proponía algo de “vamos a hacer esto” y no teníamos todo el material, teníamos que dar, cooperar (Na Asunción, Entrevista, 8 de abril de 2019).

En cocinas como en la que estaba Na Asunción, las decisiones sobre qué y cómo preparar de comer eran grupales. Sin embargo, ya que contaban con una representante porque

había que justificar el uso de recursos, ésta se encontraba en una posición de poder que posibilitaba que su voz tuviera más peso y, en consecuencia, su opinión contaba en gran medida para gestionar, regular y administrar con mayor cuidado el uso de los víveres.

Como nos daban varias cosas, en algunas cocinas las personas se aprovechaban de eso. Yo les decía que ahí se iban a quedar todas las cosas y se iban a repartir hasta el último día en que se iba a levantar (la cocina), aquí nadie iba a agarrar nada. Pero en otros lugares las que estaban de encargadas o las que lo tenían en su casa se aprovechaban (Na Asunción, Entrevista, 8 de abril de 2019).

Por otro lado, cuando las decisiones estaban encaminadas al bienestar de las personas como colectivo, y esto se entendía con claridad, se respetaban con más facilidad, porque, tal y como sostiene Tzul, “la decisión sólo logra tener fuerza si se encuentra ligada a las maneras de cómo las tramas familiares comunales regulan y defienden la riqueza concreta que se produce desde el trabajo comunal” (2016: 47). Cuando esto se conseguía y se buscaba mantener, otra alternativa era tomar acuerdos grupales a través de compartir, brevemente, las opiniones de cada quien y luego analizar cuál era la mejor opción.

Todas decíamos rapidito por qué sí o por qué no hacer algo, entre todas dijimos algunas reglas para convivir mejor, para que todo fuera parejo. Pero era “chiflando y aplaudiendo”, o sea, hablando y moviendo las manos porque no teníamos mucho tiempo y había cosas que se tenían que decidir luego luego (Na Asunción, Entrevista, 8 de abril de 2019).

Sin embargo, también había situaciones en las que la decisión se producía de manera distinta, como en el caso de algunas cocinas vecinales que no dependían de ayuda externa regular y que no tenían una organización clara. Ahí, el uso de los alimentos era espontáneo y podían existir algunas anomalías en su regulación, “como no había a quién rendirle cuentas, cualquier persona podía agarrar, a veces más los de la casa” (Heidi, Entrevista, 30 de septiembre de 2018).<sup>26</sup>

Así, existieron claros momentos de tensión alrededor de la toma de decisiones, no sólo con relación al uso colectivo de los víveres, sino también a la entrega de recursos de manera individual. Na Asunción relata esta situación:

---

<sup>26</sup> El siguiente apartado muestra las tensiones y los conflictos que surgieron al hacer o distribuir la comida.

La parte más difícil que me tocó fue cuando llamaron a las representantes de las cocinas y nos dijeron “pues todas ustedes tienen el derecho, se les va a dar un colchón, pero no va a ser para ustedes, van a elegir a alguien que realmente lo necesite para que se lo den”. Pero ¿quién no lo necesitaba en ese momento? Eso me dolió mucho, porque decía yo “qué voy a hacer con un colchón, si todavía mi gente está en la calle y no tiene dónde dormir...creo que no lo voy a agarrar, porque para dárselo a uno, pues no”. Entonces llamé a las señoras de la cocina y les dije “bueno, nos van a dar un colchón, quieren que yo se los dé a quién más lo necesite”. Y como fue. Me dijeron “¿sabes quién es la que más lo necesita? ese día fui a comprar tortillas en casa de la vecina y ella con su hija se duermen en unas conchitas de esas “Acapulco” y suben su pie en un bloque, vamos a dárselo a ellas”. Ellas decidieron. La verdad eso me caló mucho porque cuando uno tiene algo en las manos y hay tanta gente necesitada quisiera dárselo a todo mundo... la comida se hace y se reparte entre todos, pero ese colchón no (Na Asunción, Entrevista, 2 de octubre de 2018).

En ese sentido, puede observarse que el apoyo externo podía influir, pero no determinar, en las elecciones y las acciones que se realizaban. La mayoría de las decisiones, al menos en la cocina en la que Na Asunción formaba parte, se consultaban antes de ejecutarse. Así, la voz de quienes integraban esos espacios era escuchada y a partir de ahí se construía la decisión.

## **6. ¿Por qué desaparecieron las cocinas? Dificultades y conflictos posteriores**

El tiempo que duraron las cocinas comunitarias fue variado, pero la mayoría existieron, al menos, de septiembre a diciembre de 2017. Éstas tuvieron un papel central al nutrir la vida en las primeras semanas y meses después del terremoto, y pudieron sostenerse con base en tres ejes claves: 1) la cantidad de víveres y apoyos que les suministraban; 2) los mecanismos regulatorios de los recursos que existían; y 3) la fuerza de trabajo y la disposición de tiempo de las mujeres.

Y estos mismos ejes generaron después dificultades y conflictos, e influyeron en la desaparición de las cocinas comunitarias. Como señala Óscar, “hicimos cocinas y solucionamos el problema de la alimentación, pero surgieron otros problemas” (Entrevista, 23 de noviembre de 2018). A continuación, desarrollo cada uno de ellos.

## 6.1 Los límites de depender de la ayuda externa

El pilar material que sostenía las cocinas comunitarias, fundamentalmente, era el apoyo externo proveniente de la sociedad civil, de ONG o de instituciones gubernamentales. Es decir, ante la escasez de alimentos en Juchitán, los víveres y recursos que las y los habitantes recibían eran los elementos que posibilitaban la preparación de comida y así, la satisfacción del hambre. Sin embargo, este hecho generó cierta dependencia a esas ayudas externas y cuando éstas disminuyeron, las cocinas comunitarias se vieron afectadas.

En los primeros días y semanas posteriores al terremoto, los apoyos llegaron en gran cantidad a Juchitán, pero, pasadas algunas semanas o meses, las ayudas enviadas eran menos cada vez. En esta situación influyó el hecho de que el 19 de septiembre de 2017 otro terremoto sucediera en el país,<sup>27</sup> como menciona Manu:

Al principio llegó demasiada ayuda, pero no se visualizó a futuro. Soltaron todo lo que se tenía y ahorita hay gente que todavía necesita (...). Luego, el temblor del 19 que pegó más fuerte en México también nos pegó acá. Toda la ayuda se fue para allá, les pusieron más atención y ahí se quedaron (Manu, Entrevista, 12 de octubre de 2018).

Las cocinas cuyo mantenimiento era más complicado, fueron aquellas que dependían de víveres provenientes de la sociedad civil, pero cuya llegada no era regular. Ante la disminución de la ayuda, sostenerlas fue más difícil.

No se podían seguir manteniendo las cocinas, porque te decían “te voy a traer esta semana” y no, ya no había (...). Es lógico, cuando llegan y te están prometiendo cosas pero al final no recibes nada no sabes qué onda, entonces buscas la forma de cómo salir, aunque ya no puedas ayudar a tus vecinos. Nos pegó duro, primero el terremoto, después la lluvia y luego el hambre, estaba cabrón. Y fue de un momento a otro (Manu, Entrevista, 12 de octubre de 2018).

Cuando la carencia de medios y recursos comenzó, algunas personas se organizaron para generar mecanismos que posibilitaran la permanencia de las cocinas. Así, buscaban opciones para gestionar los víveres, cooperaban para comprar lo que faltaba, o compartían lo que aún tenían o producían en sus casas o terrenos. Sin embargo, la organización y las acciones

---

<sup>27</sup> El terremoto de este día tuvo una intensidad de 7.1 grados en escala Richter, con epicentro entre los límites de los estados Puebla y Morelos, afectando en mayor medida al Estado y la Ciudad de México. Para profundizar a detalle puede consultarse el Reporte Especial del Servicio Sismológico Nacional (2017).

colectivas no fueron suficientes para sostener estos espacios. Como apunta Óscar: “en total funcionaron como dos o tres meses, hasta lo que nos alcanzó, porque después eran insostenibles. Hasta nos tocó poner de lo que teníamos, el recurso, el combustible para transportar cosas, y ya no nos dio” (Entrevista, 23 de noviembre de 2018).

Por otra parte, las cocinas que se basaban en el apoyo continuo de personas de la sociedad civil, como en el caso de Na Asunción, o de ONG, recibieron víveres y recursos de manera regular y con menos dificultades, pero, por lo mismo, generaron una mayor dependencia externa. “Si no hubiera llegado el apoyo del maestro Toledo a lo mucho [las cocinas] hubieran durado un mes o menos, porque no teníamos dinero para mantenerla, nadie tenía dinero para tantos gastos. Tiempo había, pero dinero no” reconoce Na Asunción (Entrevista, 8 de abril de 2019).

Así, éstas cocinas comenzaron a desintegrarse debido a dos causas principales. Por un lado, las personas que habían ofrecido bienes materiales para construirla los pidieron de vuelta, pues comenzaron a utilizarlos para satisfacer sus propias necesidades. Por ejemplo, como señala Na Asunción, “el señor que nos prestó el stand para la estructura nos lo pidió después, en diciembre nos lo quitó porque él de eso vive, y la gente empezó a hacer sus fiestas, pues lo necesitaba” (Entrevista, 8 de abril de 2019).

Y, por otro lado, debido a que el abastecimiento continuo de víveres por parte de las personas o de las ONG llegó a su fin,<sup>28</sup> las cocinas también lo hicieron. Esto sucedió en el mes de enero, y las mujeres aprovecharon los últimos víveres y recursos recibidos para preparar la comida tradicional de esas fechas, es decir, para reproducir las celebraciones colectivas y así, revitalizar los vínculos familiares, vecinales y comunitarios.<sup>29</sup>

Todavía en diciembre nos dieron dulces para los niños, para que se hiciera una posada, nos dieron frutas y uno que otro dulcito, aunque no eran caros. Cooperamos y compramos dos piñatas, preparamos botanitas e invitamos a los vecinos, anunciamos igual que vinieran los niños para que estuvieran un rato ahí en la posada (...). El 24 de diciembre aquí se acostumbra comer pescado baldado, torrijas... entonces nos dijeron que nos iban a dar pescado, pan y huevo para que preparáramos. Fue muy bonito, hicimos mucho, era una bandejota de pescado (...), hicimos una ensalada, también nos

---

<sup>28</sup> Para leer más información al respecto puede consultarse Chaca (2018).

<sup>29</sup> Christie (2002) realiza un análisis de las cocinas mexicanas como espacios de reproducción cultural y enfatiza el papel que tienen en el mantenimiento comunitario.

repartimos lo que sobró. La cocina terminó en enero (Na Asunción, Entrevista, 2 de octubre de 2018).

Los primeros días después de que el abastecimiento externo de víveres terminara, las personas que formaban parte de las cocinas continuaron reuniéndose, sin embargo, dadas las circunstancias concretas, no podían continuar haciéndolo porque tenían que realizar otras labores y trabajar para conseguir ingresos. Así, “cada quien retomó su actividad, se puede decir que su rutina” (Na Asunción, Entrevista, 8 de abril de 2019).

## **6.2 Falta de mecanismos regulatorios de los víveres y los recursos materiales**

En un principio se buscaba que todas las personas en las cocinas comunitarias resultaran beneficiadas de igual manera, que obtuvieran un plato de la comida. Esa era la idea inicial, que nadie pasara hambre. Sin embargo, con el paso de los días y la llegada de más víveres, se hizo clara la carencia de “mecanismos regulatorios” (Gutiérrez, 2017) que controlaran que no se desvirtuaran los recursos. En consecuencia, surgieron una serie de anomalías con relación a quién, cómo y para qué usaban los víveres.

Para empezar, la administración de las materias primas no fue igual en todas las cocinas. Existieron algunas en las que las personas se organizaron y se coordinaron con el fin de optimizar el uso de los víveres y tratando de no solicitar recursos extras. Sin embargo, hubo cocinas en las que esta situación no era así y la administración no siempre fue clara.

A una señora le comenté que hicimos cebollas rellenas de atún y me preguntó cómo las preparamos, le comenté cómo y me dijo que le iba a decir a su cocina. Y después me contó que sí lo hicieron pero que la señora encargada les dijo que cada quien llevara una cebolla. Pero quién sabe quién se quedaba con las cebollas porque si nos mandaban bastantes, por costales (Na Asunción, Entrevista, 8 de abril de 2019).

Por otro lado, en ocasiones la distribución de los alimentos, antes y después de prepararlos, fue desigual. Se suponía que se esperaba que la comida alcanzara para la mayor cantidad de personas posible, pero, en algunas cocinas en las que cada quien se encargaba de servir sus platos, la repartición fue inequitativa porque se priorizaba el bienestar propio o familiar. Heidi relata cómo observó estas situaciones:

Hubo una vecina allá y veíamos que siempre le bajaban verdura, tortilla, sacos de azúcar. No sé cómo se inscribió o cómo es que le dieron, pero elegía a las personas a

las que les daba. No les daba a todos. Todos los vecinos veíamos que se bajaba todo eso en su casa (...), pero yo veía que todo era para su familia... el aceite, el arroz, el azúcar, todo lo mandaba para su familia. Y mucha gente se aprovechó de esa forma, agarraban nada más para su familia, para las conocidas o los conocidos de esas personas. Hubo pleito porque algunos eran puros vecinos y se turnaban quién hacía la comida, quién hacía el desayuno, quién hacía la cena...pero algunos agarraban más. Por eso se salieron peleando. Se desbarataba la cocina comunitaria (Entrevista, 30 de septiembre de 2018).

Finalmente, a veces no sólo las personas que se encontraban al frente de la organización de las cocinas se aprovechaban, también lo hacían quienes iban a solicitar comida. “Como nos han metido esta cultura del individualismo nos dificulta trabajar en equipo. Había gente que se llevaba más caldo, quienes no trabajaban y nada más iba a traer comida” relata Óscar (Entrevista, 23 de noviembre de 2018). En consecuencia, la comida no alcanzaba para cubrir la alimentación de todas las personas.

Es visible la existencia de irregularidades en la administración de los víveres y en la distribución de la comida, que se reforzaban por la carencia e imprecisión de las medidas regulatorias de los recursos con los que contaba la cocina. Todo esto promovió que surgieran tensiones entre las unidades de reproducción y que la organización colectiva se resquebrajara.

### **6.3 La fuerza de trabajo y la disposición de tiempo de las mujeres**

Ante el desastre se desplegaron solidaridades y ayudas diversas para y desde las cocinas comunitarias, sin embargo, esto también implicaba que cada persona invirtiera demasiado de sí para el bien común. Como señalé en el apartado de 3 de este capítulo, una gran cantidad de tiempo, de energía y de fuerza de trabajo, principalmente de las mujeres, era necesaria para sostener estos espacios.

Aunque durante algunos meses las cocinas comunitarias fueron vitales para posibilitar el bienestar colectivo, siguieron la lógica de la mayoría de los programas que se basan en la “cooperación”, en donde “las mujeres son consideradas reproductoras (...) y utilizadas para transferir ayudas (...). Y, aunque algunas de estas iniciativas sin duda generan bienestar para sus familias, en general obtienen como resultado el refuerzo del rol de mujeres trabajadoras en el ámbito familiar” (Gabe, 2001: 13).

Mujeres como Na Asunción o Na Lucila dedicaban sus días a coordinar, gestionar, planear y preparar las comidas, y lo hacían de manera continua e, incluso, simultánea. Este trabajo, para muchas de ellas, significó una sobrecarga de trabajo, pues duplicaba o triplicaba sus jornadas laborales. Na Lucila, por ejemplo, colaboraba en una cocina comunitaria que se instaló en su patio y, por lo tanto, era quién más cerca estuvo de todo el proceso organizativo y de ejecución de la misma. En algunas ocasiones, ella tuvo que ceder su tiempo al trabajo comunitario por encima de los otros que realizaba.

A veces no salía a vender pues venía uno y me decía “Na Lucila, vas a preparar un poquito de café” y ya lo hacía. Preparaba frijol, arroz, lo que sea. Y de ahí lo dejaba para el desayuno, la comida. Cuando venía gente de otro lado, ahí estaba, con mis hijas, para hacer la comida...estábamos dando común. Dar común, yo con mis hijas estábamos ahí (Na Lucila, Entrevista, 24 de septiembre de 2018).

Así, el trabajo en la cocina llegaba a interferir con los otros trabajos para generar ingresos que realizaban las mujeres. Por estar en las cocinas, ellas se veían obligadas a limitar las acciones que requerían estar fuera, por ejemplo, salir a vender. Y si salían y realizaban otras actividades, a la par, aumentaba la carga de trabajo que tenían. Ellas percibían con claridad esta situación. Na Rosa, por ejemplo, explica que “no es sólo hacer las cosas por hacerlas, todo eso [preparar la comida] necesita de planear y organizar, nosotras no tenemos todo el tiempo ni el dinero para hacerlo” (D.C. 13 de septiembre de 2018).

La consciencia de lo que implicaba trabajar en las cocinas comunitarias también se refleja en lo que Na Asunción apunta: “no hubiera podido dedicarme a eso si tuviera hijos chiquitos o viejitos a quien cuidar. Cuando no hay nadie a tu cargo es más fácil” (Entrevista, 2 de octubre de 2018). De esta manera, las características particulares en las que cada mujer vivía definían el tiempo y la energía que podían dedicar al trabajo en las cocinas comunitarias.

Con el paso del tiempo y conforme fueron disminuyendo los apoyos y el trabajo para generar ingresos se fue haciendo cada vez más necesario para sostener a la familia, las mujeres optaron por regresar a las labores que realizaban antes del terremoto, pues sabían que no podían estar en la cocina todo el tiempo, no podían trabajar solamente ahí. Como dice Na Elsa, “aunque nos ayudaron y lo agradecemos, con las cocinas las mujeres teníamos más trabajo y menos tiempo” (D.C. 10 de noviembre de 2018).

## **Conclusiones**

En este capítulo analicé cómo, ante la necesidad y la urgencia de alimentar a las y los habitantes de Juchitán, las cocinas comunitarias fueron un reflejo de la colectividad y la búsqueda del bien común. En un principio, las personas se organizaron y crearon dichos espacios haciendo uso de materiales, recursos y bienes con los que contaban de manera inmediata. Posteriormente, la llegada de los víveres a la comunidad dio soporte material a las cocinas y, por lo tanto, facilitó su mantenimiento.

El potencial de estos espacios fue notable, pues permitieron satisfacer el hambre y optimizar el uso de los recursos que las personas tenían. Además, fueron lugares de encuentro y acompañamiento que producían común y revitalizaban los vínculos. Por otro lado, cabe destacar que las cocinas comunitarias funcionaron, principalmente, gracias al tiempo, la energía, los saberes y las habilidades de las mujeres.

Ahí, ellas se encargaban de la mayor parte del “ciclo del trabajo alimenticio” y a través de éste generaban el bienestar colectivo, a pesar de que les provocara cansancio físico y mental. En ese sentido, el hecho de producir el bien común tenía costos significativos para sus vidas ya que se desprendían de gran parte de su tiempo y su energía, sobre todo porque las labores no se distribuían equitativamente entre hombres y mujeres, por el contrario, se reforzaban los roles femeninos tradicionales. Por otro lado, también fue posible dar cuenta de cómo, en situaciones de desastre, la ayuda externa es fundamental pero, al crear cierta dependencia, cuando ésta cesa la organización y el trabajo no pueden sostenerse con facilidad.

### CAPÍTULO 3. LOS TRABAJOS QUE LAS MUJERES REALIZAN PARA REPRODUCIR LA VIDA DESPUÉS DEL TERREMOTO



Fotografía 4. “Trabajos hilados”. Mujer juchiteca bordando huipil para vender.

“Lo que mantiene el mundo en movimiento es la inmensa cantidad de trabajo (...) que las mujeres realizan” Silvia Federici (2013b: 18).

La reproducción de la vida comprende las múltiples y variadas actividades, relaciones y estados mentales “gracias a las cuales nuestra vida y nuestra capacidad laboral se reconstruyen a diario” (Federici, 2013b: 21). Es lo que asegura que, cada día, la energía vital y física de las personas se recree y se reponga. A lo largo de la historia, las mujeres siempre han sido actoras primordiales en este proceso, sin embargo, los trabajos que ellas realizan permanecen invisibles e inencontrables a pesar de su vitalidad. Pero ¿qué pasa cuando lo que se ha mantenido oculto se ve y se nombra?

El objetivo de este capítulo es analizar la organización, las estrategias y los trabajos, tangibles e intangibles, que las mujeres han desplegado para reproducir la vida y generar el bienestar físico y emocional de las personas después del terremoto. Por ello, no busco

comparar un antes y un después, sino dar cuenta de las acciones y caminos que ellas siguieron en dicho contexto.

Las diversas labores que las mujeres realizan a diario para posibilitar la vida serán consideradas y abordadas desde la categoría de “trabajo”, porque considero que son actividades que: 1) implican tiempo y dedicación; 2) requieren esfuerzo físico y energía emocional; 3) producen valor; y, 4) generan cansancio y desgaste corporal, mental y afectivo. Así, el hecho de “nombrar trabajo al trabajo” permite ir más allá de los criterios tradicionales que lo vinculan con un salario, y cuestionar y replantear las consideraciones políticas, económicas y sociales que subyacen en dicha concepción.

Con fines analíticos, he clasificado los trabajos de las mujeres en seis tipos diferentes, aunque evidentemente estos se encuentran en estrecha relación y en la vida real muchas veces es difícil diferenciarlos. Sin embargo, esta separación me ayuda a dar claridad a mi análisis y a organizar los apartados del capítulo:

1. El trabajo doméstico
2. El trabajo de cuidados
3. El trabajo de contención emocional
4. El trabajo para generar ingresos
5. El “trabajo para el goce”<sup>30</sup>
6. El trabajo para mantenerse con vida y protegerse de la violencia<sup>31</sup>

### **1. El trabajo doméstico en momentos de desastre**

Mientras terminaba de limpiar la mesa y cargaba a su bebé en la espalda sujetado con un rebozo, Berenice decía: “nosotras siempre hacemos de todo aunque no recibamos instrucción. Somos como unas todólogas: cocinamos, lavamos, hacemos plomería si no hay quien lo haga o no hay dinero, somos enfermeras de tiempo completo, amas de casa, niñeras y curanderas” (Entrevista, 4 de octubre de 2018). Luego, llevó los trastes al lavadero, se sentó en una hamaca tejida con hilos de varios colores que colgaba debajo de los árboles y abrazó a su hijo para darle de comer. Ahí comenzamos a hablar del trabajo doméstico después del terremoto.

---

<sup>30</sup> Nombrar “trabajo para el goce” es una propuesta retomada de Jaime Martínez Luna (2010).

<sup>31</sup> El trabajo para mantenerse con vida y protegerse de la violencia es uno de los principales hallazgos durante mi trabajo de campo y, debido a su amplitud, le dedico el siguiente capítulo.

El trabajo doméstico, según el sentido común de la mayoría de personas, es aquel que las mujeres realizan como parte de su “rol natural” de “amas de casa”. Sin embargo, esta concepción es engañosa ya que “da la idea equívoca de dominio (ama), cuando en realidad se trata de un trabajo realizado en condiciones serviles” (Lagarde, 2005: 119). Además, la jornada no tiene límites formales, ni temporales ni espaciales. De hecho, es una actividad que se realiza dentro y fuera del hogar los 365 días del año, durante todo el ciclo de vida, como sostienen Cristina Carrasco (2001) y Teresa Torns (2008), aunque la carga laboral varía en función de la etapa del ciclo de vida y la clase social en que se encuentre quien lo ejecuta.

Según autoras como Cristina Carrasco (1992), Mercedes Pedrero (2004), Teresa Torns (2008) y Silvia Federici (2013b), este trabajo tiene por objetivo producir bienestar familiar, por lo tanto, involucra labores como la alimentación, la limpieza, el vestido y una infinidad de actividades más.<sup>32</sup> Así, el trabajo doméstico crea las condiciones necesarias para vivir y, siguiendo las palabras de Silvia Federici, produce y reproduce a las personas (2013b: 164). En ese sentido, uno de los pilares que ha sostenido la vida familiar y comunitaria después del terremoto ha sido el trabajo doméstico que las mujeres realizan cada día.<sup>33</sup>

Después del temblor ¿quién iba a aportar en la casa? Nada más la ama de casa, la mamá. Porque ¿qué pasa con el ama de casa? Se va a poner a moler, a vender, a costurar, a hacer el aseo. Se hace en mil pedazos ¿para qué? Para que saque a toda la familia adelante (...). Entonces, si muevo mis manos rápido mi familia está bien, si no, no lo va a estar (...). Y, en verdad, si los hombres se dieran cuenta ¿quién nos pagaría por lavar la ropa, los trastes, hacer la comida y cuidar a los hijos? Nadie, nosotras lo hacemos porque son nuestros hijos y son nuestra familia (Yumi<sup>34</sup>, Entrevista, 10 de octubre de 2018).

La narración de Yumi muestra la claridad sobre el bienestar que el trabajo doméstico genera en la unidad de reproducción. En Juchitán, ante la destrucción material, el que las personas estuvieran bien dependía, fundamentalmente, de: 1) satisfacer la alimentación, 2) tener un techo para cubrirse y poder descansar, 3) el aseo del medio en el que vivían y 4) la

---

<sup>32</sup> Debido a los fines de este capítulo, no desarrollaré a profundidad las características de éste trabajo, pero puede revisarse la literatura previamente citada. También: Carrasquer, Torns, Tejero y Romero (1998) y Lagarde (2005).

<sup>33</sup> Según el INEGI, la mayor parte del trabajo doméstico en el país es realizado por las mujeres. Del tiempo total dedicado a esas labores en los hogares, ellas cubren el 76.7% (2017).

<sup>34</sup> Yumi es un pseudónimo que utilizaré para referirme a esta mujer, pues decidió que su nombre verdadero no se revelara.

administración del dinero y la organización del trabajo. Sin estos elementos la vida no hubiera sido posible.

En los capítulos precedentes analicé las estrategias que las personas desplegaron para satisfacer la necesidad de alimentarse y de tener un techo, así como el trabajo de alimentación que se llevaba a cabo en las cocinas comunitarias. Ahora, mostraré el trabajo realizado para las tareas de aseo y de administración y organización.

### **1.1 El trabajo de aseo**

En tiempos normales, según el INEGI (2015), mientras las mujeres ocupan 7 horas 47 minutos semanales a limpiar la casa, lavar o planchar la ropa, los hombres solo dedican 1 hora 37 minutos. En Juchitán, durante los meses posteriores al terremoto, las dinámicas alrededor del trabajo de limpieza eran determinadas en gran medida por las características físicas del espacio, ya que todo estaba destruido, pero también por las particularidades climáticas: un día hacía calor, otro día llovía muy fuerte y al día siguiente soplaba el viento. Las mujeres tuvieron que hacer uso de su creatividad y de su ingenio para adecuarse a ese contexto.

“Por el aire que hace aquí hay mucho polvo. Eso era lo que teníamos que cuidar, barríamos y echábamos agua porque estábamos en los patios y la comida y la gente se empolvaba” relata Na Martha (D.C. 20 de septiembre de 2018). Como la mayoría de las casas estaban dañadas, las personas se ubicaban en espacios colectivos, como las cocinas o los campamentos, que organizaron para facilitar la satisfacción de necesidades básicas. Ahí la prioridad era tener las condiciones de higiene adecuadas para evitar enfermedades y posibilitar un ambiente para el bienestar de todas las personas.

“Si las mujeres no hubieran estado aquí quién sabe cómo habría resultado. Hubiera sido un marranero”, dice Na Elsa mientras sonríe, y luego continúa, “un día barríamos, otro día lavábamos, otro día hacíamos otra cosa, pero (...) siempre había qué hacer...todo el día, todo el tiempo” (Entrevista, 18 de octubre de 2018). Como ella, varias mujeres entrevistadas sabían que sin el trabajo de limpieza la vida hubiera sido caótica.

El desorden iba a estar, la gente no iba a saber ni por dónde empezar a hacer las cosas si nosotras no estábamos (...). Como no todos teníamos casa (...) ocupamos los lavaderos que estaban en los patios, ahí lavábamos los trastes y la ropa, porque nos seguíamos vistiendo y ni modo de andar sucios (Na Martha, D.C. 20 de septiembre de 2018).

Como puede observarse en el relato de Na Martha, las mujeres hacían uso colectivo de los recursos materiales con los que contaban. Pese a que compartían estos elementos, los trabajos de aseo aumentaron debido al número de personas que formaban parte de las dinámicas grupales, además, aunque el trabajo aumentó no fue redistribuido: seguía siendo responsabilidad casi exclusiva de las mujeres.

Como estábamos en grupo se juntaban más trastes porque cada quien ocupaba vaso, plato, cuchara, además de las cacerolas o las ollas en las que hacíamos la comida. Todos comían ahí, pero no todos lavaban su traste. Si bien nos iba los hombres llevaban su plato al fregadero, pero a veces así no más se levantaban y se iban, sus mujeres terminaban recogiendo su traste. Luego, en el lavadero había una pila de trastes, nosotras los lavábamos todos. Para no pelear, nos organizamos para que las que cocinaron no lavaran, y las que lavaran no recogieran todo...que fuera repartido el trabajo (Na Ceci, D.C. 13 de septiembre de 2018).

Las mujeres generaron estrategias para disminuir y distribuir las labores de limpieza, pues comprendían el tiempo, la energía y el cansancio que implicaban. En esos momentos, nadie cuestionaba el hecho de por qué las mujeres se hacían cargo del trabajo doméstico. Aquí, recordar a Federici cuando apunta que “desde que el término mujer se ha convertido en sinónimo de ama de casa, cargamos, vayamos a donde vayamos, con esta identidad y con las “habilidades domésticas” que se nos otorgan al nacer mujer” (2013b: 60), nos da luz a por qué, aún ante el desastre, el trabajo doméstico era considerado una labor “de” las mujeres.

## **1.2 Administrar el dinero y organizar el trabajo**

Otra de las actividades que no se reconoce como trabajo, pero que implica esfuerzo y tiempo por parte de las mujeres, además de que requiere conocimientos, habilidades y experiencia, es la administración del dinero y la organización del propio trabajo doméstico. Por un lado, las mujeres distribuyen el dinero para cubrir los gastos “de la casa”, y, por otro, se encargan de organizar “quién hace qué”, es decir, planean, gestionan, delegan y asignan las labores necesarias para lograr el bienestar colectivo.

Administrar el dinero no suele parecer trabajo dentro de la unidad de reproducción, pero es una labor que las mujeres perfeccionan. “Hay que disponer un tanto para cada cosa, saber calcularle para que alcance hasta donde sea lo posible, y no quedarte sin dinero. Es la magia que hacen las mujeres con el gasto de la casa” explicaba Berenice (Entrevista, 4 de

octubre de 2018). Luego del terremoto, los precios de los productos básicos y de todas las cosas subieron considerablemente. Según Jair Ávalos, corresponsal del portal Eje Central, antes del sismo un cono de huevos costaba de 35 a 40 pesos, sin embargo, después llegó a cotizarse hasta en 100 pesos. De igual manera, el precio de un garrafón de agua se elevó de 30 a 80 pesos (2017).

En esas circunstancias ¿cómo lograban las mujeres que el dinero alcanzara para cubrir todos los gastos que la familia tenía? Ellas sabían cómo organizar su presupuesto, sabían qué, dónde y cómo comprar para que gastaran menos. Los saberes y experiencias acumuladas durante años, a través del entrenamiento y práctica constante, fueron primordiales para poder “estirar el dinero”, como dice Yumi:

Como no hubo trabajo pronto, aguantamos unos días y mi esposo estuvo buscando. Empezó a ir de chalán a una obra en una tienda grande. De ahí me daba \$2,000 mensuales, pero yo tenía que apartar \$500 para Elektra y \$250 para un teléfono que era de él, porque, aunque estuviéramos en el desastre, teníamos que seguir pagando. A las tiendas no les va a importar si tienes o no, te van a cobrar. Fíjate, me quedaban \$1,250 para el mes ¿cómo le hacía yo? Pues tenía que estirar el dinero, si no, no alcanzaba. Y como me quedé sin comixcal porque se rompió, en ese tiempo no hacía totopo, entonces tuve que pedir prestado este bastidor, aquí me puse a costurar y ya salía más dinero para mis hijas (Yumi, D.C. 1 de octubre de 2018).

Para que el dinero alcanzara, Yumi, como Heidi, Na Elsa o Na Lucila, buscó alternativas para generar ingresos. Pero también existían otras necesidades y alguien tenía que encargarse del trabajo “de la casa”, en esas condiciones, la organización del trabajo fue primordial. Ellas se encargaban de gestionar “quién hacía qué” en la unidad de reproducción. “A mis hijos tenía que decirles qué hacer, porque, aunque vieran que había pendientes no los hacían, aunque vieran el lavadero lleno de trastes no los lavaban” menciona Na Lucila (D.C. 13 de octubre de 2018).

Aquí hay un punto nodal, pues el hecho de organizar el trabajo doméstico no quería decir que hombres y mujeres se responsabilizarían de manera equitativa de las distintas labores existentes, sino que estas labores eran repartidas, principalmente, entre mujeres y niñas de diferentes edades y unidades de reproducción. Por ejemplo, mientras una mujer preparaba el fogón colocando piedras alrededor para poder sostener las ollas, otra barría el patio y recogía la

basura, y si había niñas o niños pequeños, otra se encargaba de sus cuidados, abrazándolos, hablando con ellos o viendo qué hacían. Así, creaban redes de trabajo doméstico.

### **1.3 El trabajo de las niñas**

El papel de las niñas en el trabajo doméstico fue central. Abi tiene 8 años, va en tercer grado de primaria y dice que se dedica a “estudiar y trabajar”. Y luego, me cuenta: “mi trabajo es ayudar a mi mamá, lavar los trastes y cuidar a mis hermanas (de 2 años, y 1 mes, respectivamente). Yo las abrazo y les doy de comer porque mi mamá costura. Ese es mi trabajo”. Abi sonríe y habla más bajito para decirme que le gusta que haya gente en su casa, “porque así abrazan a mis hermanitas y entonces yo puedo divertirme, así puedo jugar” (D.C. 19 de septiembre de 2018).

Para realizar el trabajo doméstico se necesitan manos, cuerpos adiestrados para hacer la comida, para lavar los trastes o la ropa. Y las niñas como Abi están ahí, llenas de conciencia. A ellas se les responsabiliza de gran parte de este trabajo, desde muy temprana edad se les entrena para encargarse del “quehacer de la casa”. Marcela Lagarde sostiene que, desde la infancia, a las mujeres se les entrena para ser “madresposas”, pues “son preparadas social y culturalmente para la maternidad como eje de su condición genérica” (2005: 398).

Las niñas tienen un papel activo en la reproducción de la vida. En Oaxaca, Christian Jiménez realizó un reportaje sobre el trabajo doméstico infantil y concluyó que, según datos del INEGI (2017), de las 518, 370 niñas de 5 a 17 años que viven en Oaxaca, 393,137 realizan labores domésticas, es decir, el 74.8% (Jiménez, 2019). Y, en Juchitán, si la mirada está atenta esto se puede observar con facilidad un día cualquiera.

En una ocasión, por ejemplo, estaba en el patio de Na Manuela, debajo de un almendro muy grande, cuya sombra cubría la mesa de madera en la que Manuela y su hermana preparaban la comida. A un costado de la mesa, estaba un hombre joven componiendo la llanta ponchada de una bicicleta y cuatro niños que jugaban trompos. De vez en cuando, él volteaba para darles consejos sobre cómo lanzar el juguete para que girara por más tiempo y con mayor estabilidad. Los niños escuchaban con atención y, con cuidado, enrollaban la cuerda para lograr su objetivo. En el mismo patio y al mismo tiempo, dos niñas, de la misma edad que los niños, estaban cerca. Una de ellas, sentada junto a la mesa de madera con una bandeja de plástico en las piernas, limpiaba algunas zanahorias mientras observaba cómo ellos jugaban; la otra, lavaba los trastes en el lavadero (D.C. 21 de septiembre de 2018).

El trabajo de las niñas estaba ahí, visible y materializado, haciendo posible la vida de aquellos niños que jugaban mientras cada una trabajaba. Como ambas escenas anteriores hay una infinidad más. Lo importante aquí es destacar cómo tener una hija que “ayude”, sobre todo en condiciones de desastre, disminuye la carga laboral de las mujeres adultas, lo cual no pasa si lo que se tiene es un hijo.

Imagínate, cuando ya salíamos a vender todavía teníamos que llegar a limpiar. Pero ya estábamos cansadas, eso es lo que menos queríamos cuando regresábamos a la casa. A veces ya ni lo pensábamos, ya ni regañábamos a quien se quedaba en la casa todo el día, pero no hacía nada, por ejemplo, si tienes hijos no van a ayudar. Bonito es cuando tienes hija porque ahí si te acomodas, ella limpiaba en la casa y tú salías a vender. Pero cuando no, regresábamos y no más lo hacíamos (el trabajo doméstico), como por inercia, creo que así es siempre, porque sabemos que si no limpiamos nosotras así se va a quedar (Na Rosa, D.C. 29 de septiembre de 2018).

Cuando a las niñas se les dice que “ayudan” y no que “trabajan” se refuerza el imaginario de que lo que hacen no es trabajo, se va desdibujando la claridad que ellas pueden tener y, con el paso del tiempo, éste llega a hacerse casi “por inercia”, como señala Na Rosa. Después de tanto limpiar y cuidar a las y los hermanitos, germina la idea de que esto es una “expresión de amor natural (...) hacia sus familias” (Durin, 2017: 56) y que eso las hace ser “buenas niñas”. De esta forma se va naturalizando el trabajo doméstico como un “atributo femenino”, hasta el grado de considerarlo una “tarea” que todas las mujeres deben realizar (Federici, 2013b: 39), todas, incluso las más pequeñas.

Ahí está la normalización, pero también, justo ahí está la potencia política del reconocer y nombrar su labor, de decirles y repetirles que lo que hacen es trabajo. Porque la niñez es reflexiva, y las palabras de Abi cuando dice “este es mi trabajo” son un reflejo de la conciencia que hay en la infancia, del reconocimiento de que ese trabajo les cuesta el disfrute, la diversión y la libertad. ¿Qué más les cuesta? ¿de qué más se les priva? ¿qué más de sí mismas les es despojado?

#### 1.4 ¿Cuál era el papel de los hombres en el trabajo doméstico?

Al respecto del trabajo doméstico después del terremoto, algunas personas se preguntarán ¿y los hombres?<sup>35</sup> ¿qué hacían? ¿dónde estaban? Lo mismo me preguntaba yo. Y al escuchar a las mujeres la cuestión poco a poco me quedó clara. Na Lucila, por ejemplo, me explicó la dinámica en su casa los meses posteriores al desastre. Durante este periodo, para generar ingresos, ella tuvo que salir a vender pescado y sus hijos eran quienes se quedaban en la casa.

¿Para qué me enojaba? Mis hijos no trabajaban pero no me quería enojar, mejor lo hacía yo. Más rápido me muevo, me muevo y lo hago en lugar de estar gritando... si de todas formas no lo hacían. Aunque veían que yo todo el día estaba vuelta y vuelta, vendiendo o limpiando, si yo no recogía nada la casa se quedaba igual, y luego afuera estaban las cosas, nadie las movía. Hasta que las amontone en un cuarto nada más, por lo menos para que no se siguieran mojando si llovía (Na Lucila, D.C. 20 de septiembre de 2018).

Como puede observarse, a pesar de que el trabajo doméstico aumentó, los hombres de su familia se mantenían al margen. Y aunque estuviera cansada o tuviera otros pendientes, Na Lucila, como otras de las entrevistadas, prefería hacerlo en lugar de gastar tiempo y energía “pidiendo ayuda” o exigiendo a sus hijos que, por ejemplo, lavaran los trastes en los que comieron.<sup>36</sup> En ese sentido, “más me canso de pedir que lo hagan” era una expresión constante, porque ser la que administra el trabajo o la que “les recuerda lo que tienen que hacer”, como dice Yumi, es cansado y requiere de una carga mental continua.

También en los espacios compartidos, como las cocinas comunitarias o los campamentos, era visible que los hombres no se responsabilizaban activamente del trabajo doméstico, aunque estuvieran desocupados. De hecho, como narra Na Elsa, podían mantenerse sentados mientras las mujeres iban y venían de las mesas al lavadero, y “ayudaban” sólo cuando se trataba de trabajos considerados “pesados” (D.C. 23 de octubre de 2018).

En la expresión de Na Elsa hay dos puntos nodales: primero, cuando se considera que lo que los hombres hacen es “ayudar” en el trabajo doméstico, el riesgo latente es construir la

---

<sup>35</sup> Mercedes D’Alessandro realiza un estudio desde la economía feminista con relación al trabajo doméstico y sostiene que, “mientras las mujeres entraron masivamente al mercado laboral, la participación de los hombres en las tareas del hogar no se movió al mismo ritmo” (2017).

<sup>36</sup> Además, así Na Lucila también evitaba entrar en conflictos y mantenía la “armonía” del hogar, un trabajo más en el que no profundizaré aquí.

creencia, e incluso convicción, de que dicha ayuda es “un favor” y no se ve como una labor que les corresponde por ser parte de la misma unidad de reproducción, por lo tanto, se perpetúa este trabajo como responsabilidad de las mujeres. Y segundo, cuando se valora el trabajo en función de lo “pesado” que puede llegar a ser, es decir, con relación a la cantidad de fuerza física que requiere, se menosprecia la gran cantidad de tiempo, energía, atención, cuidado y desgaste corporal que el trabajo doméstico, y otros trabajos, implica.

Por otro lado, para comprender el papel de los hombres es necesario prestar atención a las dinámicas masculinas que existían. Al respecto, Heidi narra que, cuando estaban las cocinas y los albergues, si los hombres veían a otro lavando los trastes, por ejemplo, decían entre ellos “es que tiene el complejo de chacha, luego se pone a hacer el quehacer”. Pero no decían eso cuando la que lavaba los trastes o limpiaba era una mujer (D.C. 29 de septiembre de 2018). Entonces, los hombres se denigraban entre ellos cuando hacían “el trabajo de las mujeres”, se castigaban verbalmente, a través del insulto o la burla, por transgredir el orden social y faltar a la masculinidad (Lagarde, 2005: 130).

En ese contexto ¿podemos imaginar un grupo de hombres lavando los trastes de toda la unidad de reproducción? ¿lavando a mano la ropa de toda la familia? Y todo esto sin burlas de por medio ¿parece posible? Ante la pregunta “¿y ellos qué hacían?” pueden surgir varias respuestas vinculadas a trabajos para generar ingresos o hacer reparaciones materiales, pero, en definitiva, su presencia en el trabajo doméstico era mínima.

## **2. El trabajo de cuidados**

El terremoto dejó repercusiones físicas, no sólo en el espacio y las construcciones, también en las y los habitantes. En circunstancias de desastre, era necesario atender y sanar los cuerpos, por ello, el trabajo de cuidados<sup>37</sup> fue otro pilar central para posibilitar la sobrevivencia. Este trabajo es necesario para restablecer el equilibrio físico (Federici, 2013b: 255) y genera bienestar y salud corporal. Además, se trata de una necesidad universal, es decir, todas las personas los necesitamos y dependemos de ellos (Gil, 2011: 311; Carrasco, Borderías y Torns, 2011: 72).

Semanalmente, las mujeres dedican 28 horas al cuidado de niñas y niños menores de 6 años, mientras que los hombres 6 horas; para cuidar a personas mayores de 60 años, ellas

---

<sup>37</sup> Para revisar los debates e investigaciones que, históricamente, han existido en torno al trabajo de cuidados puede revisarse Carrasco, Borderías y Torns (2011) y Carrasquer (2013).

ocupan 16 horas y ellos 6; y para el cuidado de personas enfermas ellas emplean 18 horas y ellos 7 (INEGI, 2015). Como puede observarse, ellas han sido las principales responsables de este trabajo, de tal forma que “cargan el cuerpo de los otros desde su formación, hasta su muerte”, como sostiene Lagarde, (2005: 383), pues, de una u otra manera, siempre hay alguien a su cargo, alguien a quien alimentar, bañar o vestir.

Así, las mujeres han llegado a especializarse en él haciendo uso de los bienes y las condiciones materiales existentes, pero también de su propio cuerpo, de su subjetividad y de su tiempo. Cuidar implica desgaste físico, emocional e intelectual, a costa de la regeneración de las otras personas, es decir, para realizar todas las actividades cotidianas, las mujeres no solo aplican su fuerza de trabajo sino también su “fuerza vital” (Lagarde, 2005: 124). Sin embargo, pese a que cuidar es una labor invaluable y que “no se puede tecnologizar”, como argumenta Silvia Federici (2018, 21), pues “¿cómo podemos mecanizar el bañar, mimar, consolar, vestir y alimentar a un niño, (...) o asistir a personas enfermas o ancianas que no pueden valerse por sí solas?” (Federici, 2018: 101), no suele reconocerse como trabajo.<sup>38</sup>

Luego del terremoto, la necesidad de cuidados aumentó de manera inmediata, sobre todo ante: 1) las y los niños, 2) las y los ancianos, y 3) las personas enfermas. A continuación, analizaré estos tres tipos de cuidado, que, como podrá observarse, no están estrictamente separados y hay cruces constantes entre ellos, por ejemplo, cuando al mismo tiempo un niño o un anciano está enfermo.

## **2.1 El cuidado de las y los niños**

Durante los tres o cuatro meses posteriores al terremoto, las clases se suspendieron porque las escuelas se derrumbaron o no se encontraban en condiciones adecuadas y, ante las réplicas, se temía por la seguridad de las y los alumnos. Entonces, el cuidado de las y los niños aumentó pues, con la suspensión escolar, pasaban casi todo el día con la familia o jugando con vecinas o vecinos, y las mujeres eran quienes “les echaban el ojo” (Na Mirna, Entrevista, 5 de noviembre de 2018).

En el día ellas se las arreglaban para atender a las y los niños mientras continuaban con sus otras labores, aunque eso implicara alargar o sobreponer, lo cual no es raro, sus jornadas de trabajo. Al respecto, Na Martha explica: “es difícil criar y trabajar, porque a veces ya puse

---

<sup>38</sup> El trabajo de cuidados que las mujeres realizan no suele considerarse como tal debido a que, como argumenta Pilar Carrasquer, “la orientación hacia los cuidados es aparentemente innata” (2013: 96). Al considerarse algo innato, el bagaje intelectual, práctico y afectivo que se requiere para realizarlos se vuelve invisible.

totopo y a cada rato me llamaban. Se complicaba más todavía, a veces terminaba hasta las 11 o 12 de la noche” (Entrevista, 17 de noviembre de 2018).

Por otro lado, el cuidado de las y los niños también aumentó a causa de la migración,<sup>39</sup> pues, debido a que muchas personas perdieron sus empleos, esta fue una alternativa para la búsqueda de ingresos. Así, las mujeres que se quedaban, generalmente las abuelas, se hacían cargo de las hijas e hijos de quienes se iban. Los cuidados se transferían de unas a otras. Esa es la situación que vive Na Elsa, ya que la tienda donde trabajaba Ana, su hija, quedó destruida y ella perdió su empleo. Después de buscar trabajo en Juchitán y no encontrarlo, Ana decidió migrar a Oaxaca y dejó a Jesús, su hijo, bajo la tutela de Na Elsa.

Antes de que Ana migrara, Na Elsa sólo se hacía cargo de las necesidades de ella y de su esposo, sin embargo, con el cuidado de Jesús su trabajo aumentó y su rutina se transformó. Hasta el día de hoy, ella se encarga de prepararle el desayuno, lo lleva a la escuela, le ayuda en la tarea y lava su ropa, le enseña a asearse, lo cuida y le explica por qué no está su mamá con él. Además, con el terremoto, la casa de sus papás quedó destruida y ahora ella también se encarga, en gran medida, del cuidado de ambos.

## **2.2 El cuidado de las y los ancianos**

Na Amelia y Ta Juan son los papás de Na Elsa, tienen 82 y 84 años, respectivamente, y viven a pocas cuerdas de distancia. Después del terremoto, ellos habitaron una casa de lona azul desmontable, donada “por los chinos”, aproximadamente por 5 meses. Pero no era un lugar cómodo para ellos y facilitaba que se enfermaran, como narra Na Elsa: “ahí fue que se enfermó mi mamá (...). Dice el doctor que ella respiró la tierra que estaba adentro de la casita, las venas del corazón se le taparon y fue la vez que se internó” (Entrevista, 18 de octubre de 2018).

En ese periodo, Na Elsa preparaba el desayuno y la comida para sus papás, esperaba que comieran y luego lavaba sus trastes. Cuando se enfermaban los llevaba al doctor, se encargaba de lavar la ropa de ambos y de estar al pendiente por si necesitaban algo. Así, puede observarse que el tiempo que las mujeres dedican a cuidar, “más que tiempo medido y pagado, es tiempo vivido, donado y generado, con un componente difícilmente traducible en dinero” (Carrasco, Borderías y Torns, 2011: 64).

---

<sup>39</sup> Analizo este tema en el apartado 4 de este capítulo.

En ese sentido, Na Amelia expresa: “estamos viviendo todavía porque nos daba de comer (Na Elsa), porque si no había comida qué íbamos a hacer, a dónde vamos a sacar, menos nosotras que ya no trabajamos” (Entrevista, 7 de noviembre de 2018). La claridad de que los cuidados de su hija posibilitaron su sobrevivencia está presente. Además, ella percibía de manera diferenciada los cuidados que sus hijas e hijos le daban.

I: ¿Cómo la cuidan sus hijas y sus hijos?

NA: Elsa, mi hija, tiene poco dinero, a veces nada. Pero ella siempre me da y me trae comida, me trae el desayuno, siempre viene y cuando me pasa algo ella siempre me lleva al doctor. Mi otra hija cuando sabe que estamos enfermos ya viene, me cuida, también me da dinero, me da todo pues, así es que estamos viviendo ahorita.

I: ¿Y sus hijos? Sus hijos hombres ¿también vienen a cuidarla?

NA: No, nada más vienen a vernos, porque también, pobres, tienen su trabajo. Tienen su familia más bien, tienen obligación (...). También mi hija Isabel, ella me da desayuno, solamente si yo no quiero comer o no quiero desayunar, pues ya no agarro. Y mi hija Margarita, ella me da cuando no tengo dinero, para mi gasto.

I: O sea que es diferente el cuidado que le dan las mujeres al que los hombres...

NA: ¡Sí, ay sí manita! Las mujeres... los hombres pues no, ni te hacen caso a veces, porque ellos van a su trabajo, llegan y ya están cansados, se van a dormir y ya. Pero a veces es de noche y está mi hija aquí, ya ni salen porque me están cuidando, me dan de cenar, tempranito ya me trae un poco de atole, de avena o de maíz, aunque no como, pero ya están ahí (Na Amelia, Entrevista, 7 de noviembre de 2018).

La diferencia en cómo se brindan los cuidados y la cantidad de tiempo, energía y dedicación que se utilizan varía en función de características como el sexo, la edad y el número de personas a las que se cuida. Ante el desastre, los cuidados hacia las y los ancianos incrementaron notablemente. Así, mujeres como Na Elsa dedicaban gran parte de su tiempo a cuidar a personas mayores, y todavía lo hacen, aunque en menor medida. “Eso sí, ahora, cuando ya no puedo tengo que pedir ayuda a mis hermanas, que le entren al quite, que vengan a verlos tantito porque es mucho trabajo para mí solita” dice Na Elsa (Entrevista, 18 de octubre de 2018).

### **2.3 El cuidado de personas enfermas**

El cuidado de las y los enfermos también fue y es prioridad. Después del sismo, muchas personas resultaron heridas y había que sanarlas y cuidarlas. Esta necesidad no sólo fue

inmediata, se prolongó a lo largo del tiempo debido a que las enfermedades o los daños en el cuerpo incapacitaron, temporal o permanentemente, a las personas. Las responsables de este cuidado también han sido las mujeres, principalmente cuando tienen algún vínculo familiar.

Na Florida es una mujer de 75 años que cuida a su esposo. Al intentar salir de su casa, cuando sucedía el terremoto, una viga le cayó en la pierna y ahora él no puede caminar. Mientras trenza su cabellera blanca, Na Florida dice: “la enfermedad es mucho trabajo, tengo que estar pendiente de él todo el tiempo. Le doy de comer, lo ayudo a bañarse, le doy sus medicinas y limpio donde él está, eso es mucho trabajo” (D.C. 31 de agosto de 2018). Luego, ella tiende la ropa que acababa de lavar. Muchas camisetas y shorts cuelgan del tendedero. Na Florida me explica que viste a su esposo con esa ropa para que sea más fácil moverlo y, además, así se ahorra trabajo, y agotamiento, porque lavar pantalones de mezclilla es más cansado.

Cuidar los cuerpos de las personas es fatigante. Cuidar a las personas que están enfermas o que tienen alguna complicación física, en este caso como consecuencia del terremoto, es un trabajo que implica esfuerzo y desgaste físico, que absorbe la energía vital. ¿Qué pasa con el dolor de espalda por estar cargando a alguien? ¿Y las manos adoloridas por sobar una pierna? La realización de este trabajo muchas veces es motivada por los vínculos afectivos o familiares existentes, pero el cansancio o los daños físicos no llegan a verse como “heridas” o “accidentes” laborales, y siguen relegados a lo innumerable.

Otro caso es el de Na Petrona, que cuida a Ta Ricardo. Durante el terremoto, él se tropezó, se cayó y se golpeó la cadera con una piedra, desde entonces no puede caminar solo y se apoya de la andadera o de un triciclo para poder transportarse de un lugar a otro. En consecuencia, ella tiene que brindarle más cuidados y atención, lo ayuda a levantarse y le lleva lo que necesita hasta donde él esté para que se mueva lo menos posible. “Lo bueno es que ahora no estoy haciendo totopo”, dice Na Petrona, “si no ¡imagínate! ¿a qué hora pues? Como este hombre no puede levantarse rápido, no ayuda ahorita. Yo tendría que trabajar de noche” (D.C. 22 de septiembre de 2018). La tensión latente entre el cuidado de las o los enfermos y los otros trabajos se revela en la narración de Na Petrona. Pero dejar de cuidar es una opción lejana. En su lugar se considera la opción de “trabajar de noche”, es decir, poner al servicio de los demás más tiempo y energía vital.

## **2.4 Mujeres cuidando mujeres**

Las mujeres cuidan a sus parejas, a las y los hijos, a familiares o amistades. Pero ¿qué pasa si la situación es al contrario? Si las tienen que cuidarlas a ellas ¿quién lo hace y cómo? Solo para ejemplificar, mencionaré el caso de Na Petrona. Ella se enfermó. Una mañana “no quiso”, o más bien no pudo, levantarse. Ta Ricardo la dejó descansar, pero al medio día, cuando ella seguía sin levantarse, fue por Rosario, su hija. Ella llegó, revisó a Na Petrona y la llevó al doctor, quien le dijo que tenía una infección estomacal muy fuerte, por eso no quería comer, vomitaba y estaba deshidratada.

Na Petrona tenía que descansar y Rosario se la llevó a su casa, decía que así la cuidaba mejor porque estaba cerca, podía saber qué necesitaba y si se enfermaba de nuevo la atendería de manera inmediata. Ahí estuvo Na Petrona más de una semana. Mientras tanto, Ta Ricardo estaba preocupado y esperaba que ella se mejorara. En las mañanas y tardes, él iba a ver cómo estaba su esposa, al mismo tiempo que desayunaba y comía en casa de Rosario. Cuando Na Petrona se recuperó, volvió a su casa y a su rutina cotidiana.

Quien cuidó de Na Petrona fue su hija, no sus hijos ni su esposo. Cuando una mujer se enferma es otra quien la cuida, puede ser la hija, la madre, la abuela o cualquier otra sin lazos familiares. Incluso, si llegan a pagar por los cuidados son mujeres quienes desempeñan el trabajo, como en el caso de las enfermeras o de las nanas, cuya labor es “una extensión de la labor de amas de casa”, como sostiene Federici (2013b:42).

Como puede observarse a lo largo de todo el apartado, las mujeres tuvieron que adecuar las labores que realizaban y sus rutinas a los horarios y espacios que tenían quienes estaban a su cuidado, y para cumplir con el trabajo ellas se apoyaban en otras mujeres. Al respecto, Na Bettina señala: “es mejor cuando está la mamá, la abuela, así se ayudan entre ellas, cuidan a los hijos por ejemplo” (Entrevista, 29 de noviembre de 2018). La vida de muchas personas depende de las mujeres, y entre todas tejen y refuerzan redes que sostienen la vida por medio de los cuidados.

## **3. El trabajo de contención emocional**

Luego del terremoto, el bienestar emocional fue una emergencia urgente de cubrir. Las personas generaron diferentes emociones como miedo, tristeza, enojo o frustración, y era

necesario expresar lo que sentían, desahogarse y ser escuchadas para sanar.<sup>40</sup> En ese sentido, el trabajo de contención emocional que las mujeres realizaban fue, al igual que el trabajo de cuidados y las redes que crean, un reflejo nítido de la dimensión relacional necesaria para la reproducción de la vida.

El trabajo de contención emocional se encarga de revitalizar las subjetividades de las y los otros y busca el bienestar emocional. Realizarlo implica poner en juego elementos afectivos, intelectuales y corporales con el fin de acompañar, escuchar, conversar, consolar y cuidar, por lo tanto, se trata de un trabajo intangible<sup>41</sup> que se da “en el sitio de los cariños” (Valadez, 2014: 146). Además, se trata de un “estado mental”, (Carrasco, Borderías y Torns, 2011: 65) porque implica dedicar tiempo continuo para estar dispuesta a escuchar, atenta a los sentires de las y los demás, y disponible para dialogar o acompañar.

Quienes se sentían tristes o tenían algún pesar buscaban expresar sus emociones para disminuir sus preocupaciones o temores, y, generalmente, acudían a mujeres con las que pudieran conversar y les dieran consuelo. Así, las madres, las hermanas o las hijas, las parejas o las amigas, eran el principal sostén emocional de las personas. Eran ellas quienes, con su escucha, sus palabras y cariños, lograban que las personas cercanas estuvieran bien y no “enfermaran de tristeza”, como solía decir Heidi o Na Lugarda.

Las mujeres trabajaban conteniendo, generaban esperanza o daban fuerza a las y los otros. Ellas ponían su tiempo, su energía y su cuerpo para prestar atención, explicar, consolar y acompañar. Todas estas acciones de contención emocional son consideradas características “femeninas” aunque en realidad son, como sostiene Federici (2013b: 25), “funciones laborales” porque se trata de un conjunto de actividades que se vuelve parte de su rutina de trabajo.

### **3.1 Con las y los niños**

Las mujeres somos protectoras de la vida y tenemos un lado más comprensivo (...). Un papel importante de la mujer ha sido ese: construir el tejido familiar (...). Y ahí estaban las madres consolando siempre, las mujeres consolando, como “yo también estoy sufriendo, pero ven, te apapacho y te consuelo” No todo el mundo hace eso y,

---

<sup>40</sup> Ana Valadez sostiene que “sanar es un asunto de servicio, sagrado en tanto es útil para la vida cotidiana” (2014: 147). El terremoto dejó impactos emocionales que son necesarios sanar o, de lo contrario, la vida completa se vería afectada.

<sup>41</sup> Es intangible porque, aunque implica el cuerpo, los productos que genera son, por ejemplo, “una sensación de libertad, bienestar, satisfacción, excitación, pasión, e incluso la sensación de estar conectados o en comunidad” (Gil, 2011: 291). Y todos éstos son inmateriales.

lamentablemente, muy pocas veces se encuentra ese apapacho de parte de un hombre, de tu papá, por ejemplo, no es igual al que te da la mamá (Guie´biaani´, Entrevista, 29 de octubre de 2018).

El producto del trabajo de contención emocional es intangible, el resultado de realizarlo no es material pero implica elementos afectivos que contribuyen al bienestar y la sobrevivencia de las personas, pues, a través de la escucha, el dialogo y el contacto físico, repone la energía vital. De esta manera, es innegable que todas las personas necesitan contención emocional, es una necesidad universal. No obstante, socialmente este trabajo no es considerado como tal debido a que, como sostiene Marcela Lagarde, las mujeres lo hacen “en y por mediación de su cuerpo” a tal grado que llega a considerarse como parte de su ser y no “como una actividad social creativa” (2005: 116).

A pesar de ello, las mujeres reconocen la vitalidad de la contención emocional para todas las personas, especialmente para las y los niños. “Ellos necesitan el amor de alguien que les diga: ¿qué es lo que te está pasando? ¿qué es lo que tienes? no es nada más que estén y ya” asegura Na Mirna (Entrevista, 5 de noviembre de 2018). Durante la infancia es cuando más preguntas tiene una persona y puede ser más difícil comprender una situación que rompe con lo habitual, como un terremoto. En ese sentido, mujeres como Na Mirna, Guie´biaani´, Na Martha o Na asunción, estaban dispuestas a comprender, dialogar, explicar y consolar.

Para tranquilizar a los niños platicábamos con ellos. Les decíamos que no iba a pasar nada, que nosotros no vivíamos en ciudades grandes con edificios (...), que nosotros nos íbamos a refugiar en lugares donde no hubiera casas ni cables, que si se caía la casa se iba a caer pero no encima de nosotros. “Así que cuando vean que está temblando, váyanse a un lugar donde no haya casas ni cables, no se espanten”. Les explicábamos cosas así para que se calmaran (Na Asunción, Entrevista, 2 de octubre de 2018).

Y no es que las mujeres estuvieran exentas del miedo, también lo sentían y sabían que las réplicas del terremoto continuarían. Pero, como expresa Na Mirna, “a veces nada más las mujeres eran las que hablaban con los hijos de cómo estaban, porque los maridos llegaban y se iban a tomar, o no llegaban, por eso somos madre y padre a la vez” (Entrevista, 5 de noviembre de 2018).

### 3.2 Con personas adultas y entre ellas

Desde la infancia se prepara a las mujeres para contener, para restaurar a las personas cuando no se sienten bien, se les enseña a escuchar y a desarrollar la capacidad de empatía para reconocer las emociones de las y los otros, y dialogar para disminuir malestares. Por lo tanto, ellas “constituyen el grupo social especializado en el soporte emocional de los otros” (Lagarde, 2005: 124). En esta línea, Na Asunción relata cómo fue su experiencia:

Ellos (sus vecinas y vecinos) lloraban mucho, por cualquier cosa empezaban a llorar y me desesperaban, no sé porque ellos son así. No sé de dónde saqué valor, pero no lloraba, mejor platicaba con ellos y los oía. Soy bien miedosa, pero en esos momentos no sé cómo le hice, pero no me dio miedo (Entrevista, 2 de octubre de 2018).

Ante el sismo, la contención emocional generaba el bienestar individual, familiar y comunitario. No obstante, para realizar este trabajo, las mujeres no sólo se desprendían de su tiempo, sino también de su energía emocional. Ellas cuidaban emocionalmente de las demás personas, pero también tenían que encontrar alternativas para cuidarse entre sí. Era necesario “dedicar horas de trabajo para reproducir su propia fuerza de trabajo”, como sostiene Silvia Federici (2013b: 56).

En ese sentido, quizá lo ideal esperado era que las mujeres tuvieran un tiempo y espacio específico para su autocuidado, pero, dado el contexto, la idea parecía lejana. Su tiempo estaba en función de las necesidades existentes, necesidades no sólo propias sino ajenas. “El tiempo tradicional de las mujeres forma parte de tiempos comunitarios y de género cíclicos (...). Un tiempo asignado a las mujeres como cuerpos-para-otros, seres-para-otros” dice Lagarde (2012: 68). Cuando la vida se ubica en condiciones frágiles e inesperadas, como las que dejó el terremoto, las mujeres se concentraban en solucionar los problemas y en disminuir las dificultades con los recursos que tenían a la mano. El autocuidado podía llegar a ser un privilegio al que no todas accedían.

Sin embargo, a pesar de dedicar gran parte de sus días en buscar el bienestar colectivo, también crearon un tiempo para ellas, un tiempo desde el “nosotras”. De esta manera, para regenerar sus energías, aprovecharon los lugares y momentos en común, y la cocina y los patios fueron los espacios principales de encuentro y acompañamiento. Ahí dialogaban, se escuchaban, compartían sus sentires y reforzaban los vínculos existentes, al mismo tiempo que generaban intimidad y seguridad.

Parece nada, pero mientras hacíamos la comida platicábamos de cómo nos sentíamos, no nada más a consecuencia de perder la casa sino en la vida en general. Como pasábamos mucho tiempo ahí nos contamos varias historias, desde cómo fue cuando tuvimos a nuestros hijos, cómo fuimos años antes...y las más jóvenes nos preguntaban, reíamos mucho. Era una forma de distraernos también. Y a partir de ahí hubo más confianza (Na Lugarda, D.C. 27 de septiembre de 2018).

A través del diálogo, de la escucha y de las continuas expresiones de afecto, las mujeres reavivaban las energías vitales propias y ajenas. ¿Quién no necesitaba un abrazo luego de ver su casa destruida? Cada día, el cariño y las palabras estaban presentes y acompañaban entre los escombros. La fortaleza, seguridad y esperanza que las mujeres producían posibilitó la vida en los meses siguientes al desastre.

#### **4. El trabajo para generar ingresos: el comercio en Juchitán**

Juchitán es prospero, Juchitán no se quedó sin comer porque su principal fuente es el comercio entre la misma gente (...). Y es trabajo de la mujer. La mujer es quien se encarga de transformar y vender las materias primas. Difícilmente vas a ver a un hombre que esté vendiendo, eso lo hacen las mujeres, ellas saben vender (Óscar, Entrevista, 23 de noviembre de 2018).

La principal fuente de ingresos en Juchitán es el comercio (Miano, 2002; Acosta, 2007; Dalton, 2010). Y son las mujeres las que se dedican a transformar y vender los productos y las mercancías. Históricamente, la división sexual de trabajo en Juchitán se ha construido asignando a las mujeres las labores relacionadas con el comercio de bienes y mercancías, mientras que los hombres se encargan de la producción, es decir, de actividades en el campo, en el mar o en la industria (Miano, 2002: 80).

Durante la semana, ellas ofrecen productos como tamalitos de elote, elote cocido, repostería, pescado, camarón, comida, totopo, preparados dulces de fruta o bordados, y el comercio marca el ritmo de su vida en gran medida. “Aquí no hay ninguna que no dependa del comercio”, asegura Berenice, y añade que cuando compran o venden “el gasto se queda entre ellas, es un intercambio entre dinero y producto o producto y producto. Aquí es totalmente comercio y dedican su tiempo a eso” (Entrevista, 4 de octubre de 2018).

Luego del terremoto, ante la pérdida de los medios de producción, las mujeres reactivaron estrategias para generar ingresos, a partir de los trabajos que forman parte de “su especialización”, como apunta Lagarde, “por la realización de hechos que sólo ellas pueden hacer” (2005: 155), es decir, vender.

#### **4.1 Una herencia femenina vital: saber vender**

La gente Juchiteca obliga más a las hijas a trabajar para ayudar más en los gastos de la casa (...), desde chiquitas. Por ejemplo, en el mercado la mamá compra una caja de jitomate, le llena un canasto y le dice “ve a venderlo por todo el mercado y si no lo acabas ve a venderlo por el pueblo”. Y la niña trae el dinero (...). La creencia nuestra es “vende para que tengas para comprarte unos aretes de oro y esos aretes de oro te van a servir después, cuando lo necesites, para que puedas comer” (Na Lugarda, Entrevista, 5 de octubre de 2018).

Las mujeres mayores enseñan a las más pequeñas a vender, les dan consejos para facilitar sus labores y lograr que su desempeño sea cada vez mejor. A simple vista, pareciera que vender es sencillo, un trabajo fácil en el cual se ofrecen productos, las personas compran y se obtienen ingresos, pero no es así. Vender implica tener habilidades sociales, saber hacer uso de la palabra, hacer reír y escuchar, negociar y estar atentas a las reacciones de las y los otros. Es un trabajo que requiere destrezas, tal y como relata Yumi:

Para vender necesitas que no te dé vergüenza (...). La abuela desde niña me decía “si eres amable con la gente te van a comprar, pláticale de lo que les gusta, hazlas reír, porque si vas con tu cara de amargada no te van a comprar”. Y es cierto. Cuando tú platicas y cotorreas con la gente te van a comprar, pero cuando vas con la cara de trompuda “¿vas a querer?” dices, y si dicen que no y te sales, no te van a comprar, porque no tienes gracia de vender. Cuando yo voy a vender, así como ves, ando de cotorra y ya me dicen “dame una bolsa, dame otra bolsa”, así, cuando me doy cuenta ya acabé 5 bolsas en una casa...Esa es mi técnica (Yumi, Entrevista, 10 de octubre de 2018).

Las mujeres heredan trabajos, heredan saberes y destrezas que pueden ser utilizados casi a cualquier edad y en cualquier momento. Na angelina, la abuelita de Heidi, tiene 81 años y vende quesos. Ella explica que “vender es lo que puedes hacer cuando ya estás grande” y añade “de esto me mantengo, no me gusta que mis hijas se preocupen y así no doy guerra, si vendo

tengo mi ganancia” (D.C. 26 de octubre de 2018). Saber vender es la herencia inmediata que las mujeres de la familia comparten entre ellas, no sólo para obtener ingresos sino para tener cierta independencia y saber qué hacer ante una emergencia. Y esta herencia fue la que sostuvo gran parte de la vida después del terremoto.

En los meses posteriores, era difícil que las personas que se quedaron sin empleo encontraran uno con rapidez. Los hombres, por ejemplo, pausaron sus labores un tiempo y luego comenzaron a trabajar de albañiles o “chalanes”, y quienes se dedicaban a la pesca o a la siembra reanudaron sus actividades, pero alguien tenía que encargarse de ofrecer sus productos. Si ellos conseguían camarón o elote, la familia ya tenía alimentos, pero para obtener ingresos era necesario vender. Los trabajos de producción y comercialización son complementarios uno con otro y esto facilita la subsistencia y la obtención de ingresos.

Aquí las mujeres son las que venden (...), juegan un papel muy importante, porque son las que saben que hay necesidad en la casa, que se tiene que mover el dinero, que se tiene que mover el producto que está almacenado, lo que hace falta. Yo creo que ellas por instinto, por naturaleza, solitas fueron saliendo adelante (Mario, Entrevista, 9 de noviembre de 2018).

Mario reconoce que las mujeres son quienes identifican las necesidades de la unidad de reproducción, pero también menciona que salieron adelante “por instinto”. Ese “instinto” es en realidad un bagaje de conocimientos y prácticas, obtenido a lo largo de años de experiencia, que desplegaron para generar el bienestar de quienes las rodean. Así, vender permitió a las mujeres obtener el ingreso monetario necesario para cubrir los gastos, pues en muchas ocasiones, el dinero que el hombre conseguía por medio de su trabajo no era suficiente. Aquí cabe destacar que, aunque las mujeres se encargan de la mayor parte del trabajo en el mundo, cuando ellas obtienen ingresos no los disponen para sí mismas, sino que los distribuyen entre otras personas (Gabe, 2001: 32). Ante las circunstancias de desastre, en Juchitán esta situación se hizo visible con total claridad.

Después del temblor todo subió. Y luego, que se acaba el gas, que llega el recibo de luz, que la escuela de los niños cuando ya regresaron, que debemos pagar esto, lo que vas a ocupar cuando lavas ropa (...). El hombre entrega una cantidad de dinero a la semana, tú ves si te alcanza, tú ves cómo estirar el dinero (...). Por eso vender es más el pensar

de las mujeres, siempre tenemos que hacer otra cosa, porque si uno no hace nada a media semana ya no hay (Na Mirna, Entrevista, 5 de noviembre de 2018).

Las mujeres vendían en puestos establecidos en el mercado o afuera de sus casas, ahí, sobre mesas de madera o de plástico, colocaban sus mercancías. Por otro lado, quienes no tenían puestos fijos salían a vender. A diferentes horas de día, con charolas o canastas en la cabeza que contenían sus productos, ellas caminaban por las calles de Juchitán buscando clientela. Iban, principalmente, a las Secciones cercanas al centro o a las menos dañadas, pues sabían que ahí encontrarían más personas dispuestas a comprar. Así, vender generaba bienestar colectivo, pues ayudaba a la unidad de reproducción que ofrecía pero también a aquella que recibía, y se creaban redes circulares de unidades que se sostienen ente sí. Finalmente, hay otro punto que es necesario tener en cuenta. Na Ceci lo explica con claridad:

La diferencia, es que las mujeres que venden algo preparan sus productos, por ejemplo, si venden totopo o queso, ellas se organizan para que les dé tiempo y tengan listo todo, pero deciden a qué hora hacerlo, deciden qué tanto hacer. Pueden disponer de su tiempo, si un día no pueden trabajar por emergencia, pues no lo hacen. En cambio, si se tiene un trabajo formal cambia todo, porque entonces hay un horario y no disponen de su tiempo, no pueden estar con sus hijos, ayudar en fiestas, ni ir a las juntas o a eso de los censos (Na Ceci, D.C. 13 de septiembre de 2018).

Vender fue necesario para restablecer el equilibrio de la vida y, dadas las circunstancias de desastre, este trabajo les permitió a las mujeres reactivar la economía al mismo tiempo que realizaban otros trabajos como cuidar a las y los hijos, satisfacer necesidades familiares o cumplir con requerimientos comunitarios e institucionales, al participar en proyectos de reconstrucción o dar seguimiento a procesos burocráticos.

#### **4.2 Reactivación del mercado**

En Juchitán el mercado “Benito Juárez”<sup>42</sup> es un lugar emblemático para cualquier habitante. A diferencia de otros lugares en que las compras se hacen en supermercados<sup>43</sup>, ahí la mayoría de las personas van al mercado a comprar fruta o carne fresca. Y no sólo los pobladores asisten a comprar en ese espacio, también las personas de las agencias municipales,

---

<sup>42</sup> En este apartado haré referencia a este mercado por ser el principal en Juchitán. Pero no es el único, hay otros que se encuentran ubicados en diferentes zonas. Están, por ejemplo, el mercado de mariscos y el mercado que ahora se encuentra en el parque “Heliodoro Charis Castro”, frente a la escuela Juchitán.

<sup>43</sup> Después del terremoto, los supermercados como Bodega Aurrera o Soriana quedaron destruidos y su reconstrucción tardó tres o cuatro meses.

e incluso de otros municipios, por lo que es el principal pilar económico de la comunidad. De ahí la importancia que este espacio tiene en la vida comunitaria juchiteca.

Al respecto, Jaime Martínez explica que el mercado es un espacio para intercambiar productos que no siempre son obtenidos con el propio sudor, pero que implican el trabajo de personas de la misma comunidad. Así “no se produce para la venta desvinculada, sino para la sobrevivencia y el intercambio (2010: 33). Esta idea se aplica parcialmente en Juchitán, pues al ser uno de los principales centros económicos de la región del Istmo de Tehuantepec, alrededor del comercio se conforma lo que Acosta denomina “una “estructura dual” constituida por dos economías con orientaciones distintas: una encaminada a la subsistencia y otra, a la acumulación de capital” (2007: 21). En ese sentido, en el mercado ambas economías se vieron afectadas luego del terremoto.

La construcción en que se encontraba el mercado, el famoso edificio de los 30 arcos, sufrió grandes daños, más de la mitad del edificio se derrumbó, las paredes y las columnas que quedaron de pie estaban cuarteadas y el techo estaba destrozado. Era imposible usarlo en esas condiciones y esto impactó a toda la población. “Cuando se cae estalló una bomba” dice Na Lugarda, “porque todo mundo pensaba ¿de qué voy a vivir?” (Entrevista, 5 de octubre de 2018).

La limpieza de los escombros comenzó al día siguiente. Varias personas manipulaban máquinas como retroexcavadoras y grúas para quitar los escombros con más facilidad, pero las personas comprendían que la reconstrucción llevaría tiempo, así que quienes tenían puestos ahí comenzaron a buscar alternativas para reactivar su trabajo. Al respecto, Mario señala:

La economía se reactivó por la misma necesidad. Lo que tenías guardado para 15 días se acabó y tenías que comprar más. La gente que se dedica al comercio tenía guardada su mercancía y tenía que ver que no se echara a perder. Y solitos empezaron de nuevo...si a la señora que vendía carne en el mercado se le destruyó el puesto, lo ponía afuera de su casa, o llevaba su mesa al parque, ponía sus productos y ya ibas a comprar (Entrevista, 9 de noviembre de 2018).

Reestructurar el mercado fue un trabajo que surgió de las personas afectadas y que implicó una red organizativa de recursos y trabajo, así como actividades de gestión y planeación. Las mujeres eran las principales interesadas en lograrlo, pues éste era un espacio para economizar y colectivizar el trabajo reproductivo, y lo hicieron un par de días después del

terremoto. “Ellas decidieron tomar los parques porque el municipio no hizo nada” dice Guie´biaani´ (Entrevista, 29 de octubre de 2018). Tomaron el parque central “Benito Juárez”, ubicado frente a lo que era el mercado, porque era el único espacio donde podían estar, no había otro lugar amplio ni con las condiciones de seguridad adecuadas.

Como no había solución por parte de nadie, un día decidimos colocarnos aquí. Los hombres trajeron las tablas para hacer los puestos, colocamos las mesas y pusimos extensiones de luz. Los hombres nos ayudaron al principio y luego se fueron a sus trabajos también. A la semana del terremoto ya estábamos instaladas, aunque no vendíamos nada, la gente no venía, les daba miedo. No todas vendíamos igual, pero intentábamos (Na Rita, D.C. 26 de septiembre de 2018).

El parque en que se acomodaron no tenía la infraestructura necesaria, pero, debido a la urgencia, las personas arreglaron el espacio con rapidez, según sus necesidades. “Teníamos que buscarle, el dinero es importante, aunque digan que no. Pues claro, ni modo que comamos aire, de eso no se vive” afirma Yumi (D.C. 27 de octubre de 2018). Luego de la emergencia, poco a poco, los puestos quedaron fijos y materialmente mejor establecidos. A pesar de ello, reactivar el intercambio monetario ha sido un gran reto.

Con el terremoto las ventas disminuyeron en gran medida, hubo semanas que no vendieron nada porque las y los habitantes no tenían dinero para gastar y nadie quería visitar Juchitán porque las réplicas continuaban. Durante las visitas realizadas a Na Irma en su puesto de ropa, observé que mucha gente pasaba frente a nosotras, iban y venían con bolsas y morrales, y parecía que compraban algo. Sin embargo, ella me explicó:

Mira, siempre son las mismas personas las que pasan, cuando estás diario acá te das cuenta. Ahorita siguen comprando cosas para comer nada más, los demás puestos no se han logrado levantar, solo los de comida porque es la necesidad que quieren cubrir para su familia, entre menos gastes es mejor ahora. Antes venían extranjeros y esos eran los que compraban ropa, huaraches, joyería...hacían pedidos, les gustaba porque llamaba la atención, pero ahorita no, ya no vienen (Na Irma, D.C. 8 de octubre de 2018).

Las mujeres se enfrentaron a diferentes dificultades y, para tener ventas, tuvieron que emplear estrategias adaptativas como bajar al máximo sus precios, aunque las ganancias fueran mínimas y les costara más esfuerzo y tiempo recuperar su inversión. Pero, aún con todas las

dificultades, con el paso del tiempo las ventas han aumentado y esto ha influido positivamente en los ingresos de las familias y la comunidad.

Ahora, el mercado ocupa el parque y las calles aledañas. Entrar ahí es ingresar a una especie de espiral, algo así como un laberinto circular lleno de angostos pasillos que, por la similitud de la estructura de los puestos, impiden ubicarse espacialmente, es decir, una vez dentro del mercado es difícil distinguir de qué lado queda el palacio municipal, la iglesia de San Vicente Ferrer o cuál es la dirección hacia Cheguigo.<sup>44</sup> Las personas se ubican una vez afuera.

Por eso, en el mercado se percibe cierto desorden. Como señala Dani “ahora es un revoltijo, pero es como quedó también Juchitán después del terremoto, como un caos” (D.C. 1 de octubre de 2018). Ruth Falcó sugiere que el espacio es un elemento básico para ordenar y construir la realidad (2003: 204-205), por lo tanto, cuando éste se transforma o se desorganiza, la vida completa se mueve. El terremoto no sólo impactó la estructura física del mercado, o de las casas, sino también la organización y las dinámicas de las mujeres, no sólo al comprar o vender, sino en sus rutinas completa. En consecuencia, su tiempo de trabajo se ve afectado porque ellas tardan más al realizar sus labores.

Antes por lo menos estaban organizados: arriba los huaraches, los zapatos y la ropa típica; y abajo la comida, el pollo. Ya tenía un orden. Pero con el terremoto...el pollo por acá, la comida por allá, un poco por acá y un poco por allá. Aquel día que fui al mercado ya no sabía por dónde ir, me hice bolas ahí y ya no sabía por dónde salir. Está todo revuelto a pesar de que ya pasó. No se puede uno acomodar, no se puede uno organizar (Heidi, Entrevista, 30 de septiembre de 2018).

### **4.3 El mercado como espacio femenino**

“Se observa algo muy particular en el mercado: que casi no hay hombres vendiendo. Aquí son las mujeres las que venden, las que atienden el negocio. Es raro un carnicero, es raro, casi todas son carniceras” explica Na Lugarda (Entrevista, 5 de octubre de 2018). En Juchitán, el mercado es el espacio público que habitan las mujeres, de hecho, “el 99% de los puestos son

---

<sup>44</sup> Tomando como punto central el parque central de Juchitán “Benito Juárez”, la iglesia de San Vicente Ferrer, un referente espacial significativo debido a que es la iglesia principal, se encuentra hacia el sur, mientras que Cheguigo se ubica hacia el oeste.

ocupados por mujeres” (Chaca, 2017).<sup>45</sup> Desde la infancia se les enseña que éste forma parte de su vida y se convierte “en su lugar”, ahí pasan horas y horas de su vida.

Las mujeres venden de todo en ese espacio, desde comida hasta calzado y joyería, “agarra ña, agarra” dicen mientras extienden sus manos sosteniendo sus productos. Durante la jornada, algunas de ellas ríen y bromean mientras otras se mantienen serias, pero también se ayudan. Cuando alguna no tiene un producto explica en qué puesto se puede conseguir y con quién. Si no tienen cambio, le piden a la mujer del puesto de al lado. De esta forma, ellas generan ingresos al mismo tiempo que establecen redes de apoyo y acompañamiento.

A lo largo del día hay distintos ritmos de trabajo según el producto que se venda, pero, lo que es claramente visible es que a la una y media de la tarde, aproximadamente, el mercado comienza a llenarse más de mujeres. Por una parte, las niñas y adolescentes que van a la escuela en la mañana llegan a esa hora a trabajar en los puestos. Por otro lado, las mujeres van a comprar en ese momento para tener todo fresco para la comida. Así, el mercado es el principal “centro de comunicación, interacción y comercio” (Dalton, 2010: 111) para las mujeres.

Además, mientras ellas venden también cuidan a las y los niños, los abrazan o los cargan con un rebozo, los amamantan o les dan fruta para comer, y, cuando se duermen, los acuestan sobre alguna colchoneta o cobija colocada en una esquina del puesto. De esta manera, las mujeres priorizaron el orden del espacio en función de sus actividades y roles, de tal forma que les permitiera continuar trabajando y al mismo tiempo brindando afectos, como argumenta Ruth Falcó (2003: 205).

El mercado, entonces, es un claro ejemplo de que “lograr un segundo empleo nunca nos ha liberado del primero”, como argumenta Federici (2013b: 56). Así, para los ojos atentos, ese espacio llega a parecer un “mostrador laboral”, pues en él se tejen los múltiples trabajos que realizan las mujeres: el trabajo para generar ingresos, el trabajo de crianza y de cuidados, el trabajo doméstico y el trabajo comunitario. Todos realizados en el mismo lugar, en un mismo día, por un mismo cuerpo. Todos sosteniendo la vida y reforzando los entramados comunitarios.

---

<sup>45</sup> Varias autoras y autores han hecho referencia a que “es un hecho que sólo las mujeres atienden el mercado” (Covarrubias, 1946: 338. En Miano, 2002: 74); el mercado es “sin duda alguna es el lugar público de las mujeres” (Bennholdt-Thomsen, 1997: 68); “las mujeres son las reinas indiscutibles del lugar” (Miano, 2002: 75). Sin embargo, como veremos más adelante, estas visiones muestran sólo una parte de la realidad que viven las mujeres y, al exaltar su imagen y su cuerpo, contribuyen a sostener el imaginario que hay alrededor del matriarcado.

Quizá es por todo este escenario, lleno de colores, mujeres y trabajo, que se ha llegado a creer en la existencia del matriarcado en Juchitán. Es un espacio deslumbrante, sin embargo, la mayoría femenina no se observa así en otros lugares. De hecho, al caminar unas cuantas cuadras alejadas del mercado, la presencia de las mujeres en las calles es casi nula, a menos que tengan algún puesto y vendan algo.

Las mujeres nada más están en el mercado. Ahí no más es el trabajo, ahí llegan a vender. No como los hombres que tienen terreno, tienen que trabajar, hacer. Pero la mujer no, ahí nada más en el mercado o en su casa es que trabaja. Los hombres sí, van a pescar, van a vender, van a su terreno, así... van a ir a trabajar, a hacer milpa ¿no? Van a sembrar maíz, a sembrar sorgo o ajonjolí, a sembrar... a ver cualquier cosa. Más tiene el hombre lugar para trabajar, para estar (Na Lucila, Entrevista, 24 de septiembre de 2018).

El espacio público, como las calles, las canchas o los parques, por ejemplo, suelen ser ocupados por los hombres. El mercado es el único lugar comunitario en que se encuentran más mujeres, algunas de ellas vendiendo y otras realizando parte del trabajo doméstico: comprar alimentos para preparar la comida. Así, a pesar del imaginario que existe, el mercado llega a ser parte del espacio doméstico, pues en él se ejecutan actividades y labores que forman parte del trabajo doméstico para la satisfacción de necesidades primarias de la familia. Pero, al mismo tiempo, es el principal espacio colectivo femenino a través del cual las mujeres sostienen la economía de la vida comunitaria y los lazos de solidaridad.

#### **4.4 “Se hace para vender”. Principales trabajos de producción**

Antes hacía tortillas, haciendo tortillas compraba calabaza, ponía mi horno, lo llenaba, y preparaba dulce de calabaza mientras se cocía mi tortilla. Cuando terminaba de hacer el dulce, ya sacaba la tortilla y cuidaba que no se quemara. Cuando los dos estaban listos salía a vender. Terminando de vender me venía a hacer mi comida y a hacer mi bordado. En realidad, tenía dos trabajos, porque bordaba y hacía totopo... y el de ama de casa pues ese ya, ya es trabajo de uno, pues no se paga. No se paga y no muchos lo valoran (...). Así era antes. Pero ahora mi trabajo es bordar (...). Ahorita ya no tengo mi horno, pero ya empecé a bordar. Eso es lo bueno de saber hacer varias cosas (Heidi, Entrevista, 30 de septiembre de 2018).

En Juchitán, las mujeres como Heidi, Yumi, Na Lucila o Na Martha, “hacen para vender”, como dice Na Elsa, “por ejemplo, compran pescado, lo preparan y salen a venderlo. Las mujeres buscan qué vender (...), así no va a faltar comida” (Entrevista, 18 de octubre de 2018). Años de experiencia les han bastado para especializarse en producir lo que venden, y estas labores forman parte del legado femenino que las mujeres heredan.

Aquí puede observarse lo que Martínez explica como “un permanente intercambio: una alumna-maestra<sup>46</sup> que cotidianamente ha de reproducir nuestras facultades intelectuales y materiales, no separadas, sino entendidas en su unidad” (2015: 107). Al realizar los trabajos de producción, las mujeres no sólo reproducen lo aprendido, también comprenden el sentido profundo que tienen. Al mismo tiempo, éstos tienen tres objetivos: 1) el autoconsumo, 2) obtener ingresos a través de la venta, y 3) la posibilidad de estar en casa para realizar otros trabajos al mismo tiempo.

Ante el terremoto, los principales trabajos de producción, pero no los únicos, que realizaron y que les permitieron sobrevivir fueron: 1) elaborar totopos y tortillas; 2) bordar trajes o huipiles y; 3) preparar comida.

### **Totopos**

En Juchitán, uno de los alimentos básicos en la alimentación son los totopos. Las personas los consumen no sólo en la hora de la comida, sino como botana o colación. Por eso, saber hacer totopos es vital y es un trabajo, casi exclusivo, de las mujeres. Desde la infancia se les enseña a las niñas cómo usar el comixcal, la temperatura exacta que éste debe tener y la textura adecuada de la masa para que pueda cocerse bien. Yumi narra “mi abuela me enseñó (...), yo tenía 11 años pero ya me ponía a hacerlo. Me decía que la gente de acá es gente que muele, que haciendo totopos iba a vender bonito y ganar dinero” (Entrevista, 10 de octubre de 2018).

La venta de totopos juega un papel importante en la economía de muchas unidades de reproducción, pues, a diferencia de otros trabajos, el ingreso que las juchitecas generan vendiéndolos es constante. “Me gusta hacer la tortilla porque me ayuda a comprar mis cosas, eso es al día, tienes dinero todos los días, todos los días trabajas y ganas tu dinero, no tienes que esperar más tiempo” menciona Heidi (Entrevista, 30 de septiembre de 2018).

---

<sup>46</sup> Originalmente, la cita apunta “alumno-maestro”, yo decidí utilizar el femenino.

Sin embargo, a consecuencia del movimiento telúrico, los comixcales, que son de barro y por lo tanto muy frágiles, se rompieron, quedaron destruidos. Las mujeres que se dedicaban a hacer totopos, como Yumi, Heidi o Na Martha, perdieron sus medios de producción y esto fue un hecho que, en definitiva, marcó la diferencia en la forma de vida que ellas tenían, en sus tiempos y en sus ritmos y formas de trabajo.

Con el terremoto la vida cambió mucho (...). Dejé de hacer totopo un tiempo porque se rompió mi comixcal y no pude conseguir uno luego (...), pero a mi vecina no se le cayó su horno, y (como no había maíz) me decía “aunque sea con ese de Maseca se pueden hacer las tortillas”. Entonces cuando terminaba (...) ella me decía “ya terminé, ahora puedes echar tu tortilla”. Yo ponía Maseca y hacía para dos o tres días. Después fue que agarré un tambo de fierro, lo acomodé y ahí los hago ahora, ahí estoy cociendo, aunque da más lata porque no cuece igual (Na Martha, Entrevista, 17 de noviembre de 2018).

A pesar de la importancia que el comixcal tiene para la vida en Juchitán, pocos se instalaron de manera inmediata. Las réplicas no permitían que se mantuvieran en buenas condiciones, con el movimiento constante el barro se cuarteaba, pero, aun así, las mujeres seguían cociendo. Como Na Martha, muchas mujeres encontraron alternativas para hacer uso de los medios y recursos con los que contaban, como ollas o tambos de fierro que convirtieron en hornos. El bagaje intelectual y práctico que ellas poseen les permitió encontrar soluciones con mayor facilidad y rapidez, no podían esperar a encontrarse en condiciones “adecuadas” para reactivar los diferentes trabajos que realizaban.

### **Bordados**

Pensar en Juchitán es también pensar en aquellas coloridas y grandes flores bordadas a mano en los trajes regionales o las guayaberas. Los bordados son parte de la identidad, de las tradiciones y los simbolismos comunitarios. Y son creaciones, principalmente, elaboradas por mujeres. Para aprender este trabajo se requiere tiempo, dedicación y una gran cantidad de paciencia, pues es una de las labores que más atención y cuidado requiere “para que la puntada quede parejita y delicada” como dice Na Asunción.

“Mi mamá borda, fue la que vi que hacía eso (...) y poco a poco me senté a ayudarle. Mi hermana y mi tía también se sentaban a bordar, las tres juntas en el bastidor, después las cuatro” narraba Heidi. Y también explicaba que la mayoría de las mujeres saben bordar porque

“todo lleva bordado, y como lo hacen se lo ponen, por eso lo usan mucho (...). Y también se vende” (Heidi, Entrevista, 30 de septiembre de 2018).

Sea cual sea el fin de bordar, el bastidor es un espacio de encuentro femenino. Los bordados reúnen la fuerza y el trabajo de varias mujeres y, al usarlos para vestirse, las personas portan en el cuerpo elementos simbólicos de Juchitán, que son creados por manos femeninas. Na Asunción detalla este punto:

La ropa tiene el trabajo de muchas mujeres, de muchas manos. Por ejemplo un huipil, desde la que vende la tela, la que lo forra, la que lo pinta y la que lo borda. Y estos bordados van con la identidad de la mujer juchiteca, eso nos caracteriza en todo el mundo. Yo siempre digo que estos lienzos no sólo son puntadas, no sólo son colores, son pedacitos de vida que va dejando una en cada puntada, aquí está plasmado el pedacito de vida de una, aunque no mucha gente lo valora (Na Asunción, Entrevista, 2 de octubre de 2018).

Luego del terremoto, debido a que los comixcales estaban destruidos, los bastidores, como medios de producción, tomaron un lugar importante. Los bordados fueron una de las alternativas más viables para reactivar y reforzar el trabajo para generar ingresos que las mujeres realizaban. Na Mirna, por ejemplo, se dedicaba a hacer pescado al horno, pero después regresó a bordar, a hacer los huipiles, “de ahí nos ayudamos otro poquito, porque si no ¿de dónde íbamos a sostener a nuestra familia? Teníamos que buscar, nada de esperanzarnos de que el hombre trajera el dinero” explica ella (Entrevista, 5 de noviembre de 2018). Las mujeres tomaron sus hilos y agujas, colocaron sus lienzos con trazos sobre el bastidor y comenzaron a crear. Así, ellas obtuvieron recursos para posibilitar las condiciones materiales concretas para vivir en momentos de crisis.

### **Venta de comida**

Las mujeres venden empanadas, tamales de elote, garnachas, caldo de iguana, pollo garnachero o cualquier otra comida. Desde pequeñas, ellas aprenden a cocinar cuando ven a su mamá hacerlo y trabajan juntas. Producir la comida les permite tener solvencia económica, como explica Na Mirna, “a eso es a lo que nos dedicamos y eso mismo vamos enseñando a nuestras hijas para que no se pierda la costumbre, porque si ya no hay economía para que sigan estudiando pues ya sepan trabajar” (Entrevista, 5 de noviembre de 2018).

Para reactivar la economía, semanas después del sismo, las mujeres prepararon alimentos y los comercializaron en diferentes espacios, en las calles, en el mercado o en sus patios. Ese fue el caso de Na Petronila, una mujer de 72 años que perdió su comixcal y comenzó a vender comida en una calle céntrica donde tres construcciones de tiendas “grandes” estaban en proceso. Ella organizaba su día en función de su trabajo, pero cuidaba no “descuidar” a Ta Gabriel, su esposo. Se levantaba a las 5 de la mañana y preparaba el desayuno y el lunch que él se llevaría al trabajo. Luego, preparaba lo que vendería en el día y, en cuanto tenía todo listo, salía a la calle con sus ollas y cacerolas para instalarse en su puesto. Los albañiles, arquitectos y demás empleados que trabajaban en las construcciones, hombres todos, le compraban a la hora de la comida. En la tarde, en cuanto ella terminaba, volvía a su casa y se encargaba de comprar y tener listas las materias primas que utilizaría para la comida del siguiente día.

Para producir los alimentos las mujeres hacían uso de los elementos que tenían al alcance de las manos y, así, reducían sus costos de producción. Por ejemplo, en Juchitán hay muchos almendros, grandes y frondosos árboles cargados de la fruta llamada con el mismo nombre, las mujeres se encargaban de recolectar los frutos y prepararlos en dulce, con chamoy o en curados. Hacían lo mismo con las milpas, y utilizaban el maíz para preparar tamalitos, pan o atole. Se las ingeniaban para preparar diferentes alimentos.

Mi trabajo es vender pescado, tengo que ir a venderlo, crudo o al horno. Y si no hay pescado pues tengo que hacer mi totopo. Cuando no estoy haciendo totopo y hay elote, pues hago tamales y los vendo. Tomo cualquier trabajo que encuentro, a veces hago empanadas o quesadillas para vender. Así, para el gasto de mis hijos o para comprar algo que se necesita acá en la casa (Na Lucila, Entrevista, 24 de septiembre de 2018).

Como Na Lucila, Na Mirna y Na Elsa también vendían todo lo que sabían cocinar. En ese sentido, los saberes culinarios que poseían fueron básicos, no sólo para satisfacer el hambre de la familia, sino como una estrategia clave ante la necesidad de cubrir los gastos que la vida cotidiana requería.

#### **4.5 La migración cuando ya no hay otra salida**

Para quienes tenían empleos “formales”, es decir, que existía un contrato y una remuneración de por medio, la situación después del terremoto fue experimentada de manera

distinta. Cuando las construcciones se derrumbaron, las mujeres perdieron sus empleos porque no había lugares adecuados para continuar laborando ni dinero para pagar sueldos. La mayoría de ellas eran jóvenes, algunas de las cuales ya no aprendieron a “hacer para vender” o no tenían sus propios medios de producción.

Ante la pérdida de su empleo, las mujeres buscaban nuevos lugares de trabajo y esto no era tarea menor: las condiciones físicas y económicas de Juchitán no facilitaban este proceso. En muchas ocasiones, ellas tuvieron que optar por migrar y se mudaron a municipios cercanos o la Ciudad de Oaxaca con el fin de encontrar trabajo. Al respecto, Pérez, Paiewonsky y García sostienen que en los últimos años ha aumentado la cantidad de mujeres que “migran de forma independiente en búsqueda de empleo”, y no lo hacen sólo como parte de la migración familiar o como dependientes de alguien más (2008: 36). Por otro lado, Elaine Acosta refiere que una de las motivaciones principales por las que las mujeres migran es la necesidad económica que surge de manera urgente (2013: 4). Ese es el caso de Rosa y Ana.

Rosa tiene dos hijos, Pedrito y Diego, de 5 y 9 años, respectivamente. Na Petronila es su suegra y es quien me cuenta la historia: sus nietos viven con ella ahora porque “la ingrata de su mamá los dejó”. Rosa perdió su trabajo después del terremoto porque la tienda donde era empleada se derrumbó, por eso tuvo que mudarse a Oaxaca para buscar trabajo. No podía llevarse a sus hijos porque no tenía quién la ayudara a cuidarlos, así que decidió dejarlos con su abuela. Ahora Na Petronila tiene que hacerse cargo de ellos, los lleva a la escuela, les prepara de comer y los cuida. Ella dice que “eso es muy difícil cuando ya no está una acostumbrada a tener niños chiquitos, ya no tengo la misma paciencia ni las mismas ganas de cuidarlos...aunque son mis nietos, no reniego de ellos pero me canso y era algo que ya no me tocaba” (D.C. 23 de agosto de 2018).

El hecho de que Rosa migrara para buscar empleo en otro lugar implicó que dejara a sus hijos con la abuela, por lo que surgieron cambios en las dinámicas de la unidad de reproducción, aumentando la carga laboral de Na Petronila. Una situación similar es la que vive Na Elsa, la madre de Ana, una mujer de 30 años que trabajaba en una tienda de ropa cuyo local se derrumbó y su reconstrucción llevaría tiempo.

Aunque Ana buscó empleo no lo encontró. Si esperaba ser contratada por alguien le llevaría mucho tiempo y la familia necesitaba ingresos, las ganancias de las ventas de Na Elsa no eran suficientes ya que sólo cubrían los gastos del día a día, pero se requería más dinero

para, por ejemplo, solventar los costos de medicamentos, materiales de la escuela o artículos para la casa. El trabajo de las mujeres migrantes es indispensable para sostener los ingresos monetarios de la unidad de reproducción. Por ello, pasado un mes, Ana decidió que lo mejor era viajar a Oaxaca para trabajar. Así lo hizo y dejó a Jesús, su hijo, con su abuela. Esta reestructuración familiar también cambió la rutina y las responsabilidades de Na Elsa.

En ese momento mi esposo no tenía trabajo, por eso dejé que ella se fuera. Pero me arrepiento porque se quedó el niño, y aunque estemos amolados ahorita mi marido está trabajando, yo me encargo de los viejitos (sus papás) y medio pasamos el día. Yo quisiera que Ana estuviera con su hijo, porque a veces mi mamá o mi papá están enfermos y tengo que llevarlos al doctor, luego no está mi marido y no hay con quién se quede o quién lo lleve a la escuela. Pues parece nada, pero me hago fuerte, me quiebro también, porque es mucho trabajo para mí. Por eso le digo, si ella estuviera aquí, en la noche o en la tarde por lo menos ya viera a su hijo y yo descansara (Na Elsa, Entrevista, 18 de octubre de 2018).

Como puede observarse, la migración fue otro de los caminos que decidieron andar las mujeres que se quedaron sin empleo.<sup>47</sup> Ellas salían con la promesa de encontrar empleo, la paradoja está en que, la mayoría de veces, dejaban más trabajo doméstico y de cuidados para las mujeres que se quedaban. De esta manera se formaban y reproducían las “cadenas globales de cuidados” (Gil, 2011; Pérez y Gil, 2011), pues cuando las y los niños se quedaban con las abuelas, tías o mujeres cercanas, había más ropa que lavar, más comida que hacer y más atención que dar. Sin embargo, también el proceso de migración es complicado para las mujeres que lo llevan a cabo. Abandonar el lugar donde vivían, separarse de sus hijas e hijos y ser tachadas como “malas madres” no es sencillo.

## **5. El retorno al “trabajo para el goce”**

“En Juchitán de lunes a domingo hay fiesta, no esperas a que sea domingo para que haya fiesta” narra Heidi (Entrevista, 30 de septiembre de 2018). El trabajo para el goce implica la construcción, el mantenimiento y el fortalecimiento de los vínculos, pues “da sentido de comunidad y crean relaciones de interdependencia” (Acosta, 2007: 34). Por ello, genera

---

<sup>47</sup> Para analizar los debates y propuestas actuales en torno a la migración y las cadenas globales de cuidado revisar Pérez (2010) y Acosta (2013).

bienestar para la comunidad y la reproduce ideológica, simbólica y afectivamente. Festejar es trascendental,<sup>48</sup> sin embargo, con la irrupción del terremoto la vida festiva cambió.

Martín Beristain propone que, ante las catástrofes, “es importante tener en cuenta los efectos sociales (...) porque muchas pérdidas humanas, materiales o simbólicas, significan un empeoramiento de las condiciones de vida (...), pero también por el significado simbólico que tienen muchas pérdidas asociadas a la identidad” (2000: 13). En Juchitán, una de las pérdidas de suma relevancia que tuvo fuertes consecuencias fue la fiesta.

Ya que “el goce o la fiesta responde también a los tiempos de la naturaleza”, como afirma Martínez (2010: 162), debido a los daños materiales que generó el terremoto, al impacto que tuvo en la economía, además de que muchas personas murieron esa noche y la comunidad estaba de luto, las fiestas se suspendieron. La decisión de suspender las fiestas no fue sencilla, y partió de la reflexión de por qué se realizarían o no las Velas que se avvicinaban. Las personas que formaban parte de las diferentes Sociedades se reunieron para debatir sobre la situación y llegar a un acuerdo. Por un lado, no podían realizarlas debido a que no todas las personas tenían los recursos necesarios, pues habían perdido sus casas y sus bienes; también, era una cuestión “de respeto” hacia las personas fallecidas, tenían que guardar luto. Además, creían que estando en momentos de desastre, no iba ser lo más adecuado si esperaban apoyo externo. Pero, por otro lado, sabían que las Velas eran necesarias para la vida comunitaria en Juchitán, porque a través de éstas se preservan las tradiciones y costumbres, los significados de la vida comunitaria, al mismo tiempo que el dinero se moviliza y facilita la reactivación económica. Al final, decidieron no hacerlas y esperar un año.

La suspensión de las fiestas impactó la vida juchiteca en gran medida. Como explica Na Lugarda: “Juchitán no se podía levantar emocionalmente, era muy difícil porque todo el pueblo aceptó que no se hicieran fiestas. Y las fiestas son parte de nuestras costumbres, de nuestras tradiciones...y no se llevaron a cabo. Entonces hubo más tristeza” (Entrevista, 5 de octubre de 2018). Por ello, era urgente retornar a las celebraciones.

Con la adecuación a las condiciones físicas y la reorganización de los trabajos para generar ingresos, poco a poco, las fiestas se llevaron a cabo de nuevo, aunque no de la forma en que acostumbraban hacerse, pues eran más pequeñas de lo común. Así, a finales del mes de

---

<sup>48</sup> Para conocer a profundidad la importancia que tienen las fiestas en la vida juchiteca y cómo se realizan, se pueden revisar los trabajos de Aurélia Michel (2006) y Eliana Acosta (2007).

diciembre del mismo año comenzaron celebraciones pequeñas como cumpleaños; a partir del mes de enero de 2018 volvieron a hacer las bodas, XV años o las fiestas de tres o cinco años de las y los niños; y las Velas<sup>49</sup> se reanudaron en noviembre del 2018, es decir, más de un año después del terremoto. Las fiestas en Juchitán son parte del ciclo vital e impactan, al menos, en dos sentidos profundos: 1) al redistribuir los recursos, y 2) en la vida afectiva, porque fortalecen los lazos sociales.

### **5.1 Redistribución de recursos**

Las fiestas revitalizan la economía de la comunidad porque al realizarlas el trabajo de muchas personas en la comunidad se activa y los recursos se redistribuyen. Al hablar de recursos no me refiero sólo al papel moneda, sino también a todos aquellos bienes intangibles, como la reciprocidad y los vínculos que se movilizan para generar un “sistema de dones”, en palabras de Marcel Mauss (1979), que funcionan de forma circular, en un ir y venir constante, y que sostienen a la comunidad, incluso en tiempos difíciles.

Para empezar, debido a que al menos una tercera parte de las personas en Juchitán viven de actividades que derivan de las fiestas (Michel, 2006: 67), al rehacer las fiestas los recursos monetarios se movilizaron con más fluidez. Cuando hay festejos, “la mayordoma compra su traje, todo lo que usa (...). Las señoras que son las que sirven las botanitas, son las que preparan y ganan. Luego un conjunto... los músicos también dependen mucho de la fiesta” expresa Na Asunción (Entrevista, 2 de octubre de 2018).

Además de pagar por los bienes y servicios adquiridos, contribuyendo a la economía en Juchitán, las mujeres activan otra forma de intercambio y de “dones” en las fiestas: la limosna. La limosna es “un dinero que nunca sale de la comunidad, un dinero de las mujeres. Es el dinero de las cooperaciones que se dan en las fiestas. Da vueltas entre ellas pero siempre se queda ahí” (Mari, D.C. 13 de septiembre de 2018).

Al llegar a una fiesta, las mujeres invitadas entregan “su limosna”, envuelta en una servilleta o un pedazo de papel, a la anfitriona y así aportan a la celebración. Es decir, dan a la anfitriona cierta cantidad de dinero, que puede ir de 50 a 200 pesos, en lugar de algún regalo. Así, ella puede comprar lo que necesite o gastar en lo que quiera. Por eso, para algunas mujeres como Na Angelina, “ir a fiestas es como ahorrar, vas a fiestas y llevas limosna, y cuando haces

---

<sup>49</sup> Las Velas de Juchitán son celebraciones que se realizan con el fin de honrar a diferentes Santos y personajes religiosos, y está distribuidas a lo largo de todo el año, principalmente en mayo.

fiesta te la regresan, es cooperar para que después te devuelvan todo junto. Es –tú me das y yo te doy–” (D.C. 29 de octubre de 2018).

Así, la limosna crea una economía circular entre mujeres, es una forma de reciprocidad, de hacer común entre ellas. Pero no es la única forma de activar esta economía. Las redes de apoyo y de comadrazgo también la posibilitan, de esta manera, el trabajo de las mujeres refuerza y reproduce las relaciones sociales en la comunidad. Heidi expone esta dinámica:

Si te llega una invitación tú sabes que ella (quien invita) va a necesitar de tu ayuda, claro que va a necesitar de tu ayuda. Tempranito te bañas, ya sabes el compromiso que tienes... no tienen que pedírtelo (...). Ella no te va a decir directamente que vayas a ayudarla, ahí con la invitación te está diciendo que sabe que necesita de tu ayuda, y vas a ayudarla en lo que tú puedas. No es necesario que sepas hacer botana, puedes ayudarla en lavar los trastes, puedes ayudarla en barrer su casa, en limpiar, así es... en muchas cosas se puede ayudar (Entrevista, 30 de septiembre de 2018).

En Juchitán se revela una “economía de la fiesta (...) que es estructurante para la comunidad” (Michel, 2006: 65) y que es posible gracias al trabajo de todas las mujeres que se encargan de labores específicas para realizarlas. Como puede observarse, todos los recursos materiales e inmateriales necesarios se movilizan antes y después de la celebración. Muchos de ellos se adquieren en compra, renta o intercambio, es decir, mano vuelta. De esta manera, al rehacer las fiestas después del terremoto se activaron las dinámicas monetarias, pero también las relaciones de comadrazgo y el don.

## **5.2 El goce y la vida afectiva**

El goce en Juchitán es primordial y en las fiestas se presenta en la comida, la bebida y el baile, en el disfrute, el movimiento y las risas, en el convivir, en el hacer común. “Las fiestas ayudan a avivar las ganas de estar aquí” dice Na Asunción (Entrevista, 2 de octubre de 2018). Y Mario explica: “aquí la fiesta se hace por amor al convivir. Por eso nos ayudamos, lo aprendemos desde chiquitos y luego lo hacemos toda la vida” (D.C. 28 de octubre de 2018). Para comprender el trabajo para el goce, uso la definición de Martínez:

El goce es el resultado integral logrado de la labor ejercitada por la comunidad en su relación con su naturaleza, éste es la demostración de la diversidad de posibilidades que ofrece su territorio, la capacidad intelectual de los habitantes, y el resultado de la creatividad ejercitada en el día, el mes, el año, el tiempo y el espacio que le ha tocado

vivir. Ello fundamenta una filosofía de la satisfacción compartida, de todos los elementos partícipes de su proceso de vida, material e intelectual (2015: 102).

Las fiestas en Juchitán refuerzan vínculos y afectos, en ellas se comparten saberes y se genera el bien común. Na Asunción explica que hay una gran diferencia en cómo hacen las fiestas ahí y en otros lugares. En Juchitán, la mayoría de veces las fiestas se hacen en la calle,<sup>50</sup> es decir, en un lugar común, y las y los invitados conviven, ríen, platican. “Esto no ocurre en todos lados, eso es lo que nos caracteriza, es como nos mantenemos unidos también” (Na Asunción, D.C. 16 de octubre de 2018).

Las fiestas y las Velas de Juchitán son parte de la identidad colectiva, del sentido y del trabajo comunitario, pues, como apunta Martínez, “es el reflejo del espíritu de todos (...), se usa para el goce de todos” (2010: 91). Pero esto no sería posible sin el trabajo de las mujeres. Cuando ellas organizan, gestionan y ejecutan las labores necesarias para la fiesta, también refuerzan el entramado comunitario y producen lazo social.

En ese sentido, siguiendo a Gutiérrez, Navarro y Linsalata (2016), cabe recordar que las fiestas no pueden comprenderse separadas de las relaciones sociales interdependientes y la reciprocidad que las posibilitan y las producen como “comunes”. Las mujeres generan y refuerzan los vínculos familiares y comunitarios a través de su “trabajo para el goce”, por medio de la ayuda mutua y la mano vuelta.

Por otro lado, en las fiestas las mujeres portan en el cuerpo las tradiciones y las costumbres de Juchitán. Por ejemplo, desde niñas ellas visten el “traje regional”, sus madres, tías o abuelas, les enseñan a usar el huipil y a colocar el olán, las peinan y les colocan flores en el cabello.<sup>51</sup> Los niños, en cambio, no tienen que cubrir esos requerimientos de vestimenta, por lo que asisten a las celebraciones con pantalones, camisas o playeras casuales.

Mari explica que “cuando se hace una fiesta es a ellas a quienes arreglan, a quienes preparan (...). Las velas y las fiestas giran en torno a las mujeres” D.C. 30 de agosto de 2018). Así, las mujeres, desde pequeñas, incorporan elementos simbólicos y afectivos de la comunidad

---

<sup>50</sup> En Juchitán las fiestas que se realizan en salones son menores en comparación con las que se llevan a cabo en el espacio público, esto es debido a que, por un lado, el gasto parece innecesario ante la opción de usar la calle y, por otro lado, no todas las personas pueden pagarlos. En ese sentido, aunque no es tema aquí, es necesario aclarar que “el ámbito festivo no deja de ser un espacio en el cual se reproducen las diferencias” (Acosta, 2007: 34).

<sup>51</sup> Margarita Dalton (2010) analiza a profundidad cómo las celebraciones forman parte del ciclo vital de las mujeres y cómo influyen en la construcción de la identidad y del “amor propio”.

que son creados por otras mujeres. Puede decirse que ellas encarnan la comunidad y sus simbolismos, que ellas llevan el territorio en el propio cuerpo.

### **5.3 En tiempos de fiesta**

El ritmo de los días cambia con las fiestas y toman un tinte colectivo, comunitario. El tiempo rutinario se rompe para ingresar a un tiempo festivo que empieza varios días antes de la celebración, cuando las mujeres inician actividades concretas como invitar a las personas, organizar el lugar y los elementos que se necesitarán, planear la compra de los alimentos y las bebidas, y visitar a las comadres y compadres que les ayudarán.

En la casa donde se realizará el festejo, ellas se reúnen con anterioridad para hacer los adornos con papel china, y un día antes de la celebración, o en la madrugada, ellas comienzan a matar los pollos, a picar verdura, a cocer pescado o huevos de tortuga, y a capear el camarón. Luego, preparan todas las botanas que se darán. Por su parte, el mismo día, los hombres colocan las lonas o el stand y ponen las sillas. Todo este trabajo se hace para que en la tarde no quede nada pendiente y las condiciones sean adecuadas.

Las mujeres invitadas llegan con la limosna y cacerolas o tazones de botana, que entregan a la anfitriona de la fiesta. Los hombres llegan con un cartón de cerveza, que entregan al anfitrión. Así, “todas y todos hacen la fiesta” a través de sus contribuciones y sus ayudas. El ambiente es alegre, la música acompaña las conversaciones, las risas y el baile. Cuando la celebración termina, las personas se despiden y se les da botana para llevar, como agradecimiento a su asistencia. Y, al día siguiente, se realiza “la lavada de olla”<sup>52</sup>, que implica más de festejo y compartir.

En suma, para que sea posible realizar las fiestas, las mujeres colectivizan el trabajo y, al mismo tiempo, potencian las relaciones comunitarias. Tal y como señalan Na Irma y Heidi, “las mujeres nos debemos ayudar entre todas para poder hacer la fiesta, nosotras somos las que nos ayudamos, aunque nos lucimos y todo, pero también nos levantamos tempranito para ir a preparar la botana, a organizar” (Na Mirna, Entrevista, 5 de noviembre de 2018; Heidi, D.C. 13 de noviembre de 2018). Así, se hace visible el argumento de Gladys Tzul: “lo comunal no podría ser posible sin el trabajo, el afecto y las fuerzas de las mujeres” (2016: 38).

---

<sup>52</sup> Se le llama “lavada de olla” al festejo que se realiza al día siguiente de la celebración. Las personas comparten alimentos, bebidas y baile de nuevo, pero también ayudan a limpiar, y es una oportunidad para que las personas que no pudieron asistir lleguen y sean parte de la fiesta también.

## Conclusiones

A lo largo del capítulo analicé los cinco tipos de trabajos que las mujeres realizaron para reproducir la vida en el contexto del desastre: 1) doméstico; 2) de cuidados; 3) de contención emocional; 4) para generar ingresos; y 5) para el goce. Todos ellos forman parte de las herencias y enseñanzas femeninas que son transmitidas desde la infancia y conjugan saberes, prácticas, afectos, estados mentales y experiencias que, en circunstancias inesperadas, permitieron sostener la vida y generar bienestar, tanto familiar como comunitario.

En ese sentido, propongo la “triada vital” como primordial soporte del corazón de la existencia pues es gracias a ella que la vida se hace cuerpo a diario. Ésta triada está formada por el trabajo doméstico, el trabajo de cuidados y el trabajo de contención emocional que realizan las mujeres, mismos que aumentaron ante el desastre. Se trata de trabajos que suelen pasar desapercibidos e, incluso, invisibles; generan bienestar físico y subjetivo; son universales, es decir, son necesarios para todas las personas y favorecen a toda la comunidad; y, sin ellos difícilmente podrían hacerse otras actividades.

Además de estos trabajos, revisé las estrategias que las mujeres desplegaron para generar ingresos, principalmente por medio del comercio de diferentes productos que, la mayoría de veces, conseguían y producían. Ante el terremoto, el saber vender y el saber hacer fueron centrales para cubrir las necesidades de las personas que constituían las unidades de reproducción y, cuando esto no era suficiente, la migración se presentó como posibilidad, pero, al mismo tiempo, dejaba más trabajo para aquellas mujeres que se quedaban.

Finalmente, analicé el trabajo para el goce que es sumamente necesario para la vida en Juchitán. Ahí, las fiestas tienen papel central en la economía, los afectos y las relaciones, sin embargo, se suspendieron después del terremoto. Por ello, al reactivarlas, el trabajo que las mujeres desplegaron al reproducir el lazo social movilizó circuitos de dones, revitalizó las tramas comunitarias y generó el bien común.

## CAPÍTULO 4. LAS MUJERES REPRODUCEN LA VIDA MIENTRAS LUCHAN POR LA SUYA



Fotografía 5. “Sobrevivir”. Interior de una casa derrumbada después del terremoto.

Uno de los principales y más sorprendentes hallazgos durante mi trabajo de campo fue percibir, acompañar y sentir los altos grados de violencia a los que se enfrentan las mujeres cada día mientras se esfuerzan por reproducir la vida. Según datos del Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública (SESNSP, 2019), Juchitán ocupa el noveno lugar de los municipios con más violencia del país. El ambiente de creciente violencia está ligado, principalmente, al crimen organizado y al narcotráfico en la zona, pero también al gran potencial económico del territorio.

“En México, el terror ha sido desplegado de forma sumamente sofisticada (...). Las masacres, la exhibición de cuerpos, las desapariciones masivas, así como la ocupación militar y paramilitar han sido tácticas usadas con frecuencia” sostiene Dawn Paley (2016: 192). Y en Juchitán todas estas tácticas han estado presentes y han sido encarnadas en las mujeres. Sin embargo, la violencia no sólo se encuentra en el espacio público, también permea espacios como la casa. Las amenazas, gritos, humillaciones, golpes y violaciones, sólo por mencionar algunas de sus expresiones, están presentes en el día a día de las juchitecas.

En ese sentido, el objetivo de este capítulo es analizar el contexto violento que las mujeres viven cotidianamente, así como las estrategias de cuidado que despliegan y comparten para escapar de ella y sobrevivir. En Juchitán se cruza el desastre y la violencia brutal, por lo que las mujeres, para reproducir la vida, además de realizar 1) el trabajo doméstico; 2) el trabajo de cuidados; 3) el trabajo de contención emocional; 4) el trabajo para generar ingresos; y 5) el trabajo para el goce; también se encargan de otra labor: 6) el trabajo para mantenerse con vida y protegerse de la violencia.

Mi argumento es que en un contexto extremadamente violento donde las mujeres pueden morir en cualquier momento, ya que viven con el riesgo de ser asesinadas, desaparecidas o golpeadas, ellas luchan por su vida y despliegan una serie de actividades para salvaguardar su integridad y sobrevivir, tanto dentro como fuera de la casa. Así, cuidarse y cuidar a las otras mujeres se convierte en un trabajo extra para ellas porque implica dedicar tiempo, energía y desgaste mental y corporal para luchar por escapar de la violencia.

### **1. Del peligro y la muerte en Juchitán**

Cada mañana en Juchitán, varios hombres recorren las calles de la comunidad en triciclos amarillos, cargados de periódicos, pregonando y repartiendo las noticias. Con ayuda de un par de bocinas, colocadas en algún extremo del triciclo, pueden escucharse públicamente los encabezados y alguna breve descripción de los acontecimientos. Así se anuncian peleas, balaceras, ejecuciones, asaltos o robos:

Miércoles 22 de agosto: “Ejecutan a dos sujetos en Juchitán”

Jueves 13 de septiembre: “Por resistirse a asalto dan muerte a sujeto en Juchitán”

Sábado 29 de septiembre: “Durante las últimas 48 horas 10 personas fueron asesinadas en la zona del Istmo de Tehuantepec en Oaxaca”

Martes 23 de octubre: “Ejecutan a taxista y pasajero en Juchitán”

Miércoles 07 de noviembre: “En dos días cinco muertes violentas en Juchitán”

Miércoles 14 de noviembre: “Van dos asaltos en lo que va de día, pese al operativo Juchitán Seguro” (Diario Cortamortaja,<sup>53</sup> 2018).

Estas son algunas de las noticias cotidianas. Y mientras los triciclos avanzan por las calles, las personas, en sus casas o en el lugar en que se encuentren, se enteran de lo sucedido el día anterior. A pesar de la clara violencia ya casi nadie se asombra, ya no les parece extraño. Las y los habitantes de Juchitán escuchan las noticias y no hacen comentarios, o suelen decir “en algo debían estar metidos, por eso los mataron”, mientras continúan con sus labores. Estas respuestas no son casuales, tienen que ver con la normalización de la violencia ante un aumento significativo de la misma.

La época de violencia dura empezó hace como dos años, (...) se empezaron a ver cosas muy fuertes, como asesinatos...y empezaron a aparecer cabezas. Al comandante de la policía de esa época le cortaron la cabeza y lo pusieron en un monumento en el crucero. Era un caos porque la gente nunca había escuchado que te quitaran la cabeza... y la habían puesto en el monumento con una pancarta, un cartel de aviso (Mario, Entrevista, 9 de noviembre de 2018).

Mario, al igual que otras personas entrevistadas como Manu y Guie'biaani', señala que la violencia aumentó a partir del año 2016, aproximadamente. Y según “Semáforo Delictivo”, un proyecto que documenta y clasifica los delitos existentes en el país,<sup>54</sup> en Juchitán 20 homicidios se registraron durante 2015, 56 en 2016, 41 en 2017 y 58 en 2018 (Semáforo Delictivo, 2019). Como puede observarse, a comparación del año anterior, en el 2016 el número de homicidios casi se triplica y, tomando en cuenta que el incremento de violencia está relacionado “con el potencial económico de las zonas geográficas en donde ocurre” (Paley, 2018: 150), no es casual que esto haya sucedido el mismo año en que se realizó el anuncio de las Zonas Económicas Especiales en el Istmo de Tehuantepec.

A partir de dicho anuncio los intereses capitalistas en la región por parte de diversos actores incrementaron o se hicieron más visibles. La importancia de controlar el corredor

---

<sup>53</sup> “Cortamortaja” es el periódico físico y digital del Istmo de Tehuantepec y tiene un gran alcance local y regional. En Juchitán, suele ser el medio informativo que más utilizan las personas para enterarse de las noticias. Sin embargo, es un diario amarillista, los títulos de sus notas son sangrientos y parecen ser una especie de avisos o advertencias, que, al mismo tiempo, influyen en la generación de miedo y en normalizar la violencia. Para leer las notas completas puede revisarse el sitio [cortamortaja.com.mx](http://cortamortaja.com.mx)

<sup>54</sup> Las estadísticas detalladas están disponibles en Semáforo Delictivo (2019).

Istmeño para facilitar el flujo de mercancías y personas, así como para tener ventaja sobre la inversión en la región, generó que múltiples grupos estatales o para-estatales armados comenzaron a tener mayor presencia. Así, actualmente la violencia se vive como algo cotidiano y sigue elevándose.

Y de repente, hace poco, te enteras que ya mataron a alguien de la familia tal,<sup>55</sup> y dices “ya no hay que salir porque de seguro ya van a empezar a matar”, y como fue. Ahorita están matando gente, están desapareciendo. No hemos llegado a la etapa de los secuestros de niños, de venta de órganos, de trata de mujeres, todavía no hemos llegado y espero que no llegemos (Mario, Entrevista, 9 de noviembre de 2018).

Así, las personas, sin importar la edad, el sexo o la clase social, se han habituado a vivir con las brutales expresiones de violencia como las que narra Mario. Al respecto, Guie´biaani´ señala: “ahora vemos que todo lo que pasaba en el norte está aquí. Mi abuelo decía –todo lo que pasa en Chihuahua, en el norte, nunca va a llegar aquí–. Pero ahorita vemos que ya está, no tardó tanto” (Entrevista, 29 de octubre de 2018). Cabe destacar que Ciudad Juárez, Chihuahua, “es un lugar emblemático del sufrimiento de las mujeres. Allí, más que en cualquier otro lugar, se vuelve real el lema «cuerpo de mujer: peligro de muerte». (...) Es también, un lugar emblemático de la globalización económica y del neoliberalismo” apunta Segato (2016: 33). Como puede observarse, ambos lugares tienen varios elementos en común.<sup>56</sup>

Algunas de las y los entrevistados señalan que Juchitán “está en una situación de descomposición social” (Óscar, Entrevista, 23 de noviembre de 2018) o que “ya es como un campo de guerra” (Guie´biaani´, Entrevista, 29 de octubre de 2018). Y, en más de una ocasión, las personas en Juchitán me hablaban del peligro existente. Mario, por ejemplo, me explicaba: “aquí te pueden matar donde sea: en la calle, en la tienda, en el bar o la iglesia, ya da igual”. Y Guie´biaani´ añadía: “matan, secuestran, desaparecen y violan hasta en el día. Antes era solo en algunas zonas y de noche, pero ahora es parejo y a cualquier hora. Los balazos ahora son el pan de cada día, en todos lados disparan. Ya hay mucho peligro, te puede pasar algo, te puedes morir” (Mario y Guie´biaani´, D.C. 27 de octubre de 2018). La violencia tiene un lugar central

---

<sup>55</sup> El asesinato al que se hace referencia es el de Pamela Terán, hija de Juan Terán, uno de los narcotraficantes que más influencia y poder tiene en Juchitán, “el más buscado por cientos de policías federales, estatales y municipales, incluyendo a las fuerzas armadas (...). Y que “ha convertido al Istmo de Tehuantepec en el escenario más sangriento del estado, después de la cuenca del Papaloapan” (Martínez, 2016).

<sup>56</sup> Como se verá en el siguiente capítulo, en Juchitán están puestos intereses transnacionales, principalmente de extractivismo de bienes naturales, y se busca despojar a las personas de su territorio, por lo que existen múltiples guerras en defensa del mismo.

en Juchitán. “Vas en la calle y te disparan, si los ves y les dices algo ahí te matan, sacan su arma y te matan. Es muy peligroso ahora”, apunta Na Martha (Entrevista, 17 de noviembre de 2018).

Luego del terremoto, a la inseguridad y la violencia se le sumaron el miedo y la incertidumbre causados por la pérdida de las casas y los espacios comunitarios. Actualmente, las y los juchitecos, viven rodeados de escombros y no salen a la calle con confianza, menos si ya es tarde. Pareciera que la noche llega junto con un aviso de “cuidado” y las calles de Juchitán se van vaciando. A partir de las 07:00 p.m. las tiendas y locales comerciales comienzan a cerrar sus puertas, las y los trabajadores de puestos ambulantes levantan y guardan la mercancía. Poco a poco, las personas se van a sus hogares y no salen a menos que tengan una emergencia o algo muy importante que hacer. Es como si existiera un toque de queda no nombrado.

De hecho, en 2016 a causa del alza de homicidios, el Presidente municipal Saúl Vicente Vásquez señaló que “aunque no fue decretado ningún toque de queda, esta prohibición (...) ha sido adoptada por la población, como alternativa para salvaguardar su integridad, si salen por la noche, pero se les solicita que sea con precaución” (Ricárdez, 2016). Y ahora, más de dos años después:

A las ocho ya nadie está afuera de su casa, ya no ves niños jugando, ya no ves personas saludándote. Y tal vez son pequeñas cosas, pero significan mucho (...). Y ahorita que han estado matando a mucha gente, han asaltado a muchas personas. Es como todo: “siempre que hay algo nuevo en Juchitán”. Ya no es novedad (Mario, Entrevista, 9 de noviembre de 2018).

Las peleas, los robos, los asaltos, los asesinatos, las desapariciones y las violaciones forman parte de ese “algo nuevo” que menciona Mario. Las múltiples expresiones de violencia que existen se nombran, pero también se normalizan como parte de la cotidianidad. De hecho, cuando las personas escuchan disparos es común que “jueguen” a adivinar cuál es el calibre de las balas utilizadas, basándose en el sonido emitido, y dónde surgieron los balazos, es decir, si fueron debajo del agua, cerca del río, o al aire en alguna calle cercana. Es en este contexto que las mujeres juchitecas reproducen la vida actualmente, no sólo se encuentran en circunstancias de desastre sino también de muerte.

## 2. De las violencias contra las mujeres

Oaxaca es el noveno estado con mayor número de feminicidios en el país (SESNSP, 2019) y el Istmo de Tehuantepec es la segunda región más peligrosa para las mujeres (Consortio Oaxaca, 2019). En Juchitán, ni las calles ni las casas son espacios totalmente seguros para las mujeres, ellas se enfrentan a la violencia a diario, a cualquier hora y dónde sea que estén, y ésta se expresa de múltiples y variadas formas. Rita Segato sostiene que, en los contextos actuales “la violencia de las mujeres ha dejado de ser un efecto colateral de la guerra y se ha transformado en un objetivo estratégico” (Segato, 2014: 15). Se trata de un sistema disciplinador no sólo para las mujeres, sino para la comunidad completa que observa con atención las advertencias.

Las violencias en el espacio público son brutales y extremas y, en consecuencia, son más fáciles de observar y señalar. Y aunque aquellas que se ejercen en la casa, el espacio “privado” por excelencia, son igual de inhumanas muchas veces quedan silenciadas e invisibles a ojos externos, por lo que suele ser más complicado verlas de manera explícita.<sup>57</sup> Pero, “como si se trataran de violentas radiografías, los desastres naturales tienden a poner de manifiesto males que la vida cotidiana vuelve (...) transparentes”, tal y como argumenta Rivera (2011: 79). En el caso de Juchitán, el terremoto abrió grietas en el silencio y en la ceguera. Las dinámicas y relaciones existentes de violencia, tanto en las calles como en las casas, se hicieron más evidentes y fueron nombradas.

### 2.1 En el espacio público

En las calles “a un hombre lo peor que le pueden hacer es que lo asalten y lo maten, a nosotras nos asaltan, nos violan y nos matan, o nos desaparecen” dice Yumi (D.C. 15 de octubre de 2018). Para las mujeres, los riesgos y las amenazas son constantes en el espacio público. Existe una continuidad en la violencia, que es ejercida casi por cualquiera que posea más poder que ellas, pues, como señala Lagarde, “es un supuesto de la relación genérica patriarcal previa a las relaciones que establecen los particulares” (2005: 259). Por eso, ésta toma diferentes formas que van desde el acoso hasta los feminicidios. Al respecto, Guie’biaani’ señala: “las mujeres a diario estamos luchando contra el acoso. Es como nuestro pan de cada

---

<sup>57</sup> A pesar de que en este apartado separo las violencias según el espacio, esto no quiere decir que sean aisladas. Comparto la idea de que “la violencia aparentemente más «privada» contra las mujeres (...) se combina con la violencia de la guerra «anti/terrorista» para dibujar una nueva forma de coerción con un fuerte componente de género”, como sostiene Jules Falquet (2011: 76).

día, aunque sea una palabrita pero la tenemos que escuchar (...). Eso los hombres no lo sufren, nunca lo viven” (Entrevista, 29 de octubre 2018).

Na Rosa, por ejemplo, relata que a consecuencia del terremoto la barda que rodeaba su casa se cayó y ahora hay un hombre que en las noches entra a su patio y las observa (a ella y a su hija) mientras duermen. Cuando ella despierta en la madrugada, puede ver el rostro de ese hombre en la ventana de su habitación, mirándolas. De inmediato, ella se levanta y enciende la luz, con la intención de pedir ayuda a sus vecinos, pero el hombre se va. Na Rosa dice “me da más miedo salir de noche, nada más hago eso como finta, pero sé que es más peligroso salir”

Esta escena se repitió más de un par de semanas. Na Rosa pidió ayuda a la policía pero no tuvo respuesta. Ante esto, a ella le pareció urgente cercar su terreno para evitar el paso de aquel hombre. Entonces compró malla de alambre y mandó a cortar palos de madera para sostenerla, sin embargo, no tenía el dinero suficiente para pagar la mano de obra y la cerca quedó pendiente. Aquí pueden observarse dos puntos centrales: por un lado, cierta indefensión creada al caer la casa, pues no existe estructura física que la “proteja”; y, por otro lado, la pregunta ¿el encierro o el aislamiento se crea como una forma de aparente seguridad que permite que las mujeres estén seguras y puedan mantenerse vivas? Si esto es así ¿qué implicaciones tiene para la vida en común?

Si de día el peligro es latente, en la noche se incrementa. Las mujeres tratan de no salir solas cuando ha oscurecido, y para quienes su jornada laboral termina a las siete u ocho de la noche, es importante llegar lo más pronto posible a sus casas. Para las 08:30 p.m. ya casi no hay mujeres en las calles porque, según dice Na Rosa, “si una mujer sale sola de noche, es pensar en ser violada o desaparecida, o que te maten. Son los caminos acá, desde hace un tiempo” (Na Rosa, D.C. 6 de octubre de 2018).

Esos caminos, de los que habla Na Rosa, son transitados con frecuencia. De hecho, sólo de enero a agosto de 2019 en Juchitán se han registrado 23 casos de violencia feminicida (Consortio Oaxaca, 2019), es decir, hay casi tres mujeres asesinadas cada mes. Como menciona Na Asunción, “ha habido muchos casos de feminicidios, matan a la mujer. Y últimamente también desaparecieron muchas mujeres, jovencitas” (D.C. 16 de octubre de 2018).

Uno de los casos más notables, debido a las condiciones en que sucedió, es el de Biiany Rosado, una mujer de 22 años que era estudiante del Instituto Tecnológico del Istmo. La tarde del 28 de junio de 2018, su cuerpo mutilado fue hallado dentro de una maleta que se localizaba

en el tramo carretero Juchitán-El Espinal (Briseño, 2018). Estas acciones forman parte de lo que Rita Segato denomina “violencia expresiva”, pues son actos que transmiten e inscriben un mensaje de dominio, poder y apropiación, principalmente sobre el cuerpo de las mujeres, que funciona como lienzo o bastidor de la guerra (Segato, 2014: 22, 56, 2016: 22, 39).

Los feminicidios, el asesinato de las 2 chavas fue una prueba más de que esto (la violencia) se está viendo normal, como el pan de cada día. Recién apareció un cuerpo cerca del río, es el cuerpo de una mujer. Quien diga que aquí no hay feminicidios es que no sabe nombrarlos o de plano se ha vuelto insensible (Guie´biaani´, D.C. 4 de septiembre de 2018, Entrevista 29 de octubre de 2018).

Para Jules Falquet, el feminicidio “se trata en realidad de un conjunto de violencias masculinas asesinas contra las mujeres” (2014: 2). El mensaje que busca darse a través de los feminicidios tienen un alcance colectivo y genera terror a la comunidad completa, pues “muestran que hay un caldo de cultivo del cual emana una amenaza clara para toda la sociedad; son señales disimuladamente emitidas a voz en cuello para anunciar que un peligro se cierne sobre el orden y previsibilidad de la existencia” (Segato, 2014: 57).

Además, se genera un sentimiento de dolor compartido, como expresa Na Lugarda: “cuando matan a muchachas duele mucho. Que maten a otra mujer lastima mucho a una” (Entrevista, 5 de octubre de 2018). Y es que los feminicidios son avisos públicos, principalmente para las mujeres, advertencias visibles y constantes que las ponen en alerta y que implican que dediquen tiempo y energía a cuidarse y cuidar a otras, pues la conciencia de que pueden ser asesinadas está presente.

“El terror abona el terreno para sembrar nuevas formas de control social. También afecta la movilidad” dice Dawn Paley (2018: 15). En Juchitán, las calles se vuelven espacios mortales para las mujeres, espacios donde tienen que cuidarse en extremo y ver quién viene detrás suyo mientras caminan a prisa, rodeando los escombros y sin distraerse, evitando pasar por construcciones vacías y oscuras. De esta manera, la violencia limita su andar, pero eso no implica que ellas dejen de reproducir la vida.

Una como mujer corre riegos, aunque no tengas nada que ver en el asunto. Imagínate, ahorita no puedes andar mucho de noche, y en el día también te asaltan o te suben a camionetas (...). Pero ni modos, aquí vivimos y la vida sigue, no podemos dejar de

hacer nuestra labor, los hijos tienen que comer y si una no se hace valiente ¿quién lo va a hacer? (Na Mirna, Entrevista, 5 de noviembre de 2018).

La vida se ancla en el cuerpo y cuando es atacado todo lo que éste genera también se daña. Al respecto, Rita Segato apunta que “la rapiña que se desata sobre lo femenino se manifiesta tanto en formas de destrucción corporal sin precedentes como en las formas de trata y comercialización de lo que estos cuerpos puedan ofrecer, hasta el último límite” (2014: 17, 2016: 58). Y, si la reproducción antecede a la producción social, de tal forma que se si se toca a las mujeres se toca la base de la vida, tal y como sostiene Linebaugh (2008: 251), entonces, el hecho de que ataquen a las mujeres en Juchitán también implica el ataque a la vida misma, especialmente a los entramados comunitarios y a la construcción de lo común, pues gran parte de éstos son posibles gracias al trabajo de ellas.

Cuando se busca aislar y replegar a las mujeres a lugares “seguros” con el fin de preservar su vida, en realidad se están coartando los vínculos que pueden establecer y, por lo tanto, los lazos sociales y las formas de vida en colectivo. Pero esto no es casual, para intereses neoliberales y capitalistas hay ganancias de por medio pues, al hacerlo, la vida se transforma y cuesta más sostenerla, en términos laborales, monetarios y sociales.

## **2.2 Dentro de la casa**

“Al entrar a la casa y cerrar la puerta, nadie sabe qué les pasa adentro a las mujeres” (Yumi, D.C. 26 de noviembre de 2018).

Dentro de la casa la vida de las mujeres también corre peligro sólo que, por ser un espacio que se considera “privado”, ahí “el peligro no se nota tanto”. En Juchitán, hasta antes del terremoto, las paredes solían ocultar lo que existía dentro de la casa, pero cuándo los límites físicos se derrumbaron, las mujeres se dieron cuenta de que la violencia es una experiencia compartida por muchas de ellas. Na Elsa, por ejemplo, explica que mientras estaba en el campamento se dio cuenta de cómo su vecina era violentada. “El hombre le pegaba o la miraba con enojo cuando ya le quería hacer algo. Yo pensé que eso ya no pasaba, pero sí, aunque no nos damos cuenta porque están en su casa” (Na Elsa, D.C. 13 de noviembre de 2018). Dentro del hogar, las mujeres de cualquier edad viven con gritos, insultos, golpes o abusos cotidianos.

Aquí hay mucha violencia por parte de los esposos, de las parejas. Groserías... “perra, puta, hija de tu chingada madre, pinche pendeja, hija de puta”. Y luego las jalan de los pelos, eso es de lo más horrible que un hombre le pueda hacer a una mujer, porque todos te ven (...). Y no poder hacer nada porque le tienes que dar de comer a tus hijos ¿pero te imaginas? Se siente horrible. Y son las personas que te quieren, con la que te casaste o estás juntada, es quien dice que te ama pero al mismo tiempo te da miedo (...). Muchas mujeres hemos sufrido de violencia (...). Eso es lo que pasa en Juchitán (Na Mari Tere, Entrevista, 14 de noviembre de 2018).

El relato de Na Mari Tere muestra varios elementos fundamentales para comprender cómo las mujeres son violentadas por personas cercanas a ellas, por ejemplo, por sus parejas o novios,<sup>58</sup> y lo que eso implica en su vida. De la amplia gama de violencias que se ejercen dentro del espacio “privado”, la psicológica y la física son las más comunes, pero no las únicas. También es común la violencia sexual<sup>59</sup> y es necesario nombrarla, pero, dadas las decisiones de las mujeres que me compartieron sus experiencias, no profundizaré en ella.

### **Violencia psicológica**

La violencia psicológica es habitual y tiene múltiples caras, basta con observar algunas dinámicas familiares para darse cuenta de las formas que toma, pues puede expresarse mediante acciones muy “sutiles”. Por ejemplo, es común escuchar que los hombres se refieran a las mujeres nombrándolas “amor” y al mismo tiempo las violenten. “Ay amor” dicen mientras el tono es hostil y hacen énfasis en que la mujer es “tontita”, como ellos mismos dicen. También levantan la voz, gritan y luego dicen “mi amor”, o sonrén. El pronunciar “amor” y al mismo tiempo minimizar a la mujer y violentarla es continuo. Es como si con esa palabra crearan una especie de colchón para que ellas aguanten todo lo que pasa.

Otras de las expresiones de violencia continua son los celos. Una tarde, después de comer Angélica me platicaba que Juan, su pareja, la cela constantemente y poco a poco busca alejarla de las y los demás. A él no le gusta que conviva con más personas, incluso con su familia, no le gusta que vea o que platique con hombres y “los aleja” diciendo que ella es su esposa y no tienen por qué acercársele, o inventa cualquier excusa para que se vayan. “Ya ves

---

<sup>58</sup> Sin embargo, esto no quiere decir que “las mujeres son (necesariamente, y todas) vulnerables y que los hombres son (todos, sin que se sepa por qué) depredadores sexuales y asesinos potenciales” (Falquet, 2014: 6).

<sup>59</sup> Al respecto, Lagarde sostiene que “la violencia erótica es la síntesis política de la opresión de las mujeres, porque implica la violencia, el erotismo, la apropiación y el daño” (2005: 259-260).

que cuando un hombre quiere estar contigo quiere que tú mires alrededor de él, que ya no salgas, que no te diviertas, y eso es lo que quiere él” me explica Angélica, y luego añade “y yo no estaba acostumbrada a eso, pero ahora estoy con él. Aunque a mí me gusta ir a las fiestas cuando me invitan ya casi no voy” (D.C. 29 de septiembre de 2018).

Las mujeres llegan a limitar sus gustos, sus deseos y sus elecciones a causa de los celos de sus parejas. Al respecto, Esther sostiene que algo particular sucede en las fiestas en Juchitán. Ahí las mujeres se sientan en las primeras filas, están en el centro, ellas son quienes bailan. Y los hombres (en su mayoría) están sentados hasta atrás, en las últimas filas. Pero esto no es casual, no es sólo la “tradicción” que se realiza desde hace años. “Es que así ellos nos ven, pueden ver con quién bailamos, si nos paramos o nos reímos con otro hombre. Así nos cuidan, pero nada más las esposas lo sabemos. Es como saber que tenemos que portarnos bien” (Esther, D.C. 22 de octubre de 2018). Aquí, la idea del “cuidado” está vinculada al sentido de propiedad y de esta manera las mujeres son vigiladas, observadas y limitadas.

La vigilancia está presente en la vida de las mujeres. Y, aunque aparentemente pueden salir a trabajar libremente, ellas saben que tienen que cumplir con la “obligación de la casa” primero. La juchiteca “cumple con su casa, y luego está el negocio. La mujer se ve y se siente responsable y proveedora”, como señala Dalton (2010: 288). Su andar está limitado, también, al “servir” en la casa mediante el trabajo doméstico que llevan a cabo.

Hay hombres que cuando llegan (a la casa) tienen hambre y si su mujer no está empieza el pleito. Si llega él y no hay comida, le va a gritar o a pegar porque ¿por qué salió si sabe que va a llegar él y tiene que darle de comer? Y aunque haya comida, si no estás tú para que le sirvas se enojan (...). Por eso hay mujeres que no salen porque no ha llegado el marido, y hasta que llegue y le dé de comer puede salir. Es su obligación (Na Elsa, Entrevista, 18 de octubre de 2018).

Como describe Na Elsa, las mujeres pueden enmarcar su andar dependiendo de las “obligaciones” que tengan, pues si no se hacen cargo de éstas las consecuencias pueden no quedarse en amenazas o gritos y llegar a los golpes. Lamentablemente, si los golpes en el cuerpo se toman como principal referente de violencia las demás expresiones de ésta se minimizan, como es el caso de la violencia psicológica, pero no por eso dejan de estar presentes.

Gracias a Dios a mí no me pasó nada, ese hombre cuando ya está borracho viene a gritar. Pero ¿qué voy a hacer? ya me casé con él. ¿A dónde lo voy a tirar? Aunque él toma, aunque él me grite ¿qué voy a hacer? Ya cuando se calmó ya pasó todo. Lo que sí es que hay muchas mujeres que pelean con su esposo, les gritan... Él no, aunque está borracho, aunque esté gritando, aunque está mentando la madre, no le digo nada. Mejor salgo y ya cuando se calmó, ya se acostó (Na Amelia, Entrevista, 7 de noviembre de 2018).

A sus 82 años, Na Amelia narra con total lucidez la realidad que viven muchas mujeres en Juchitán: no sentirse bien con quien están pero, dadas las condiciones reales y concretas, tener que “aguantar”. Ellas aguantan insultos, gritos y golpes de todo tipo, y miran con miedo o con rabia a quienes las violentan, pero las condiciones reales limitan las acciones concretas que pueden hacer para defenderse. La carga mental que sostienen las mujeres, al pensar constantemente en “portarse bien” o en si la pareja se enojará o no, y los cuidados que hay que tener para evitar consecuencias es agotador. Ellas tienen que cuidarse continuamente. Cuidar lo que hacen y cómo lo hacen, con quién hablan, a qué hora salen y a dónde, para evitar molestias de sus parejas y, así, escapar de los castigos.

### **Violencia física**

Una tarde de septiembre Na Martha preparaba el dulce de almendras que le tocó llevar a la primaria de uno de sus hijos. De pronto llegó Na Rosa y comenzó a platicar el caso de Citlalli, una mujer de 19 años y madre de un niño de un año y medio, que había sido golpeada por su ex pareja. “Ya no había visto algo así, quién sabe cómo pegan ahora porque no se nota. A lo mejor les pegan en otro lado donde no se ve, hasta tienen cuidado. Quién sabe. Pero ella tiene morado todo el cuerpo” dijo Na Rosa. Y mientras revolvía las almendras con el chamoy, Na Martha me explicaba “es que aquí se golpea mucho a la mujer. Hay mucho maltrato. A veces es porque el hombre toma, viene embriagado y el alcohol le da motivos para pegarle a la mujer, el alcohol o cualquier cosa” (Na Rosa y Na Martha, D.C. 14 de septiembre de 2018).

Esa misma tarde visité a Citlalli. Ella vive con su mamá y su papá, pues hace seis meses se separó de José, su ex pareja. Estuvieron casados poco más de un año, y durante ese tiempo él la golpeaba constantemente. Luego se divorciaron pero él aún la busca. Un par de días atrás José llegó para llevarse a su hijo y, como ella no lo permitió, comenzó a jalarla de los brazos, luego la golpeó en el abdomen y la ahorcó. Mientras Citlalli contaba lo que pasó, me mostraba

los moretones que tenía en la espalda, en el cuello y los brazos. En ese momento, ella estaba embarazada, tenía cinco meses de gestación pero a causa de los golpes tuvo un aborto. “No se conformó con el daño que me hace, ahora sí me terminó, perdí a mi bebé. Esta vez no nada más me golpeó, casi nos mata” dice Citlalli (D.C. 14 de septiembre de 2018). Como ella, muchas mujeres están en peligro cada día. Sus cuerpos son golpeados, con los puños o con diferentes armas, con brutalidad hasta el grado de poner en riesgo su vida.

Yo he visto cómo mi tío le pega a mi tía (...). Antes llegaba nada más a hacer ruido, pero es muy violento, le pega mucho (...). También hay una muchacha acá al lado, es joven (...) y vieras cómo la maltrata el hombre (...). Aquel día la vi con un moretón grandote en su ojo. Le pega feo (...). Ya tienen tiempo viviendo aquí, pero siempre ha sido así. Luego agarra el hombre el machete y ya está sonando que le va a pegar. Es una vida horrible (Heidi, Entrevista, 30 de septiembre de 2018).

La violencia física es un “mal compartido” por muchas mujeres en Juchitán. Yumi, por ejemplo, es una mujer de 21 años, madre de dos niñas de seis y cuatro años, respectivamente. Vive con Jesús, su esposo, y sus hijas, pero su casa comparte el solar con la casa de sus suegros. Ella se casó cuando tenía 15 años y, desde entonces, él la ha golpeado “de vez en cuando”. Un día, mientras estaba sentada bordando frente a su bastidor, con la cabeza agachada y poniendo atención en lo que hacía, Yumi dijo “anoche me ahorcó”. Luego, miró a la ventana como queriendo asegurarse de que nadie más la escuchaba. Hubo un silencio breve y, hablando bajito, repitió “anoche me ahorcó”.

La noche anterior, sus hijas ya estaban dormidas cuando Jesús llegó borracho. Yumi se levantó a abrirle y después se fue a acostar. Él entró al cuarto y comenzó a gritarle “eres una puta, eres una perra”. Ella le preguntó por qué le decía eso y él respondió “quién sabe con quién te andas metiendo, quién sabe qué cosas andas haciendo” al mismo tiempo que la ahorcaba. Ella gritaba e intentaba zafarse, pero era inútil. “Seguí gritando, muy muy fuerte, hasta que sentí que ya no podía respirar, ya no podía más. Lo bueno fue que entró su mamá, si no quién sabe si la estuviera contando” dice Yumi (D.C. 1 de octubre de 2018). El riesgo de morir en manos de las parejas es latente. Y mientras las mujeres luchan por sobrevivir, al mismo tiempo, hacen posible que otras personas vivan, incluyendo sus agresores.

Una señora fue muy maltratada. El señor cuando venía borracho la corría, agarraba cualquier cosa y la aventaba. (...) Nunca tuvo la señora una silla buena o un traste bien

porque todo lo rompía su marido, nunca tuvo la señora una estufa porque todo lo tiraba el marido. Ahora él está enfermo, tiene azúcar y le cortaron los dedos, ya no trabaja...Y ella lo cuida, aunque le pegó, aunque la maltrató, pero ahí está la pobre señora. Ella es la que lo ve, lo limpia, lo cuida (Heidi, Entrevista, 30 de septiembre de 2018).

Aún ante la violencia que ejercen sobre ellas, las mujeres continúan reproduciendo la vida de las y los demás. Libran una doble batalla, tanto en las calles como en sus casas. No hay espacios totalmente seguros. La amenaza a la vida de las mujeres es constante en Juchitán: “si en la calle no te matan en un asalto, tu esposo de un madrazo en la cara sí” señala Na Mari Tere (Entrevista, 5 de noviembre de 2018).

### **3. Estrategias de cuidado para defender la propia vida**

La violencia “se presenta como caos, como obscuridad, como negación y asfixia de cualquier posibilidad de solución colectiva y autónoma de las necesidades más apremiantes que brotan desde las tramas asociativas y comunitarias” (Gago y Gutiérrez, 2014. En Segato, 2014: 10). Salir a la calle representa un peligro latente para las mujeres, pero estar en la casa no siempre les brinda seguridad. Aun así, ellas tienen que trabajar, cuidan a las y los niños, van al mercado o salen a comprar o vender sus productos, asisten a juntas y a fiestas. En suma, a pesar del riesgo que corren cada día, las mujeres tienen que moverse y reproducir la vida. El contexto de muerte, sumado a las circunstancias de desastre, no las confina a un solo espacio ni a una sola actividad.

Cada mañana, para las mujeres comienza una nueva lucha por defender su vida y sobrevivir en el ambiente violento en que se encuentran. Protegerse y proteger a las mujeres cercanas se ha vuelto un trabajo extra para ellas. Y este trabajo las mantiene vivas. Las juchitecas se cuidan unas a otras porque saben que son asesinales. Las madres dan recomendaciones a las hijas al salir, las hijas avisan al llegar a donde vayan. Las amigas se preguntan cómo están y qué problemas tienen, sobre todo cuando existe un vínculo cercano entre ambas. Esto es un trabajo mental continuo. Saber que en cualquier momento pueden morir o ser violentadas es agotador, e implica dedicar tiempo y energía a pensar alternativas y estrategias para salvaguardar su vida y la de las demás.

### 3.1 Cuidados en red en el espacio público

Las mujeres que son cercanas entre sí despliegan una serie de cuidados colectivos, tanto verbales como prácticos, que buscan disminuir los riesgos en el espacio público. Por un lado, están las recomendaciones que se dan entre ellas, principalmente a las niñas, y que las acompañan en su andar cotidiano. Así, se crea una red de cuidados que se sostiene en verbalizaciones y sugerencias, con el fin de que tengan mayor precaución en las calles.

La mamá siempre les dice a las niñas o a las muchachitas “cuidado”, “cuidado con lo que les den en la calle, cuidado con los muchachos, cuidado con las drogas también”. Son recomendaciones que se les dan. “Cuando camines en la calle fíjate que no haya nadie del lado del que vas, si caminas donde hay un carro no te subas a la banqueta, mejor bájate a la calle” (Na Irma, Entrevista, 2 de octubre de 2018).

Prestar atención a esas recomendaciones puede significar la diferencia entre estar vivas o no, pues ponen alerta a las mujeres del peligro que existe en todo Juchitán. Heidi, por ejemplo, cada que me veía me aconsejaba “vete con cuidado, voltea a cada rato para que veas si alguien viene detrás de ti, no te vayan a hacer algo. Fíjate, camina rápido, voltea a los lados porque te pueden hacer algo, cuídate mucho” (Heidi, D.C. 18 de septiembre, 30 de septiembre, 15 de octubre, 3 de noviembre, 27 de noviembre de 2018). Sus consejos son una forma de cuidar, pero es fatigante tenerlos siempre en el pensamiento y pueden llegar a paralizar.

Xunaxi apunta: “yo siempre le digo a mi hija que no vaya a salir sola, a veces sólo al mandado, pero tiene que andar a las vivas porque ahorita como sea te suben a la camioneta y ya nadie sabe de ti” (Xunaxi, D.C. 23 de octubre de 2018). Al reconocer los peligros en la calle, otra de las estrategias de cuidado es limitar el andar, tal y como relata Na Lucila:

Las mujeres casi no van a pescar. No es porque no sepan, sí saben (...). Aquí nosotros no damos lugar a que el papá lleve a la hija, no las dejamos ir solas con un hombre. Como yo, no dejo a mis hijas con su papá. Nadie deja a las hijas con su papá. Si va a ir a trabajar (el papá) a pescar al mar y ya está grandecita...no, no la va a llevar. Porque aquí pensamos que algún día el papá fácil le va a hacer burla<sup>60</sup> a nuestras hijas. Es peligroso. Porque ya han hecho así, por eso pensamos así (...). No las dejamos ir, así las cuidamos pues (Na Lucila, Entrevista, 24 de septiembre de 2018).

---

<sup>60</sup> Na Lucila, como otras personas en Juchitán, hace uso de la palabra “burla” como sinónimo de violación sexual. Así, cuando ella menciona que el papá “le va a hacer burla” a la hija, quiere decir que la violará.

Al restringir el libre tránsito y el quehacer de las niñas en espacios públicos, las mujeres mayores buscan el bienestar de las niñas y de las jóvenes, el fin último es que no les pase algo “malo”, que no las violen, que no las asalten o que no las “desaparezcan”. Por otro lado, existen otras estrategias de cuidado que se utilizan para que las niñas, a pesar de todo, salgan de la casa y realicen actividades como jugar o conocer determinados espacios y dinámicas. Ante la necesidad de que ellas anden por Juchitán y sus alrededores, el “disfraz” aparece como opción. Se viste a las niñas de tal forma que parezcan niños, “que se vean lo menos femeninas posible”.<sup>61</sup>

Por ejemplo, cuando las niñas quieren ir al mar, ya sea porque quieren conocerlo o porque desean acompañar a sus papás a pescar, “las tienen que disfrazar, tienen que parecer niño, porque si se ven como niña les pueden hacer algo. Por eso casi no acompañan a pescar, porque hay más riesgo. Hay hombres malos que pueden violarlas”, expresa Heidi. Y cuando, a pesar del riesgo, los papás o las mamás deciden que las niñas pueden salir, ellas tienen que vestirse con pantaloncitos flojos y playeras grandes, llevar sombrero o gorras y el cabello amarrado. Tienen que vestir ropa lo menos ajustada que se pueda, “que de lejos cueste trabajo distinguir qué es. Y, lo más importante de todo, que nunca se alejen del papá, nunca irse con nadie más” (Heidi, D.C. 26 de octubre de 2018).

El disfraz es una estrategia de defensa ante el ataque, ante la violencia continua que pueden vivir. En el contexto voraz de Juchitán, el hecho de que las niñas y las mujeres salgan a la calle, no siempre por gusto sino también por necesidad, es un acto de valentía que requiere coraje. Como señala Yumi, “lo bueno es que nos damos valor, aunque andemos solas. Porque si esperamos a que alguien nos acompañe siempre, si no nos damos valor, no hacemos nada, ya luego ni salimos” (Yumi, D.C. 1 de octubre de 2018).

Así, cuando las mujeres salen y se les hace tarde y ya ha oscurecido, ellas se cuidan al estar al pendiente de que la otra llegue bien a su destino, piden que avisen cuando lleguen o, si se tienen los medios, las van a dejar a sus casas. Eso no suele pasar con los hombres. “No te vayas sola, mejor espera a alguien más para caminar” o “mejor ahorita te vamos a dejar”, son algunas de las expresiones que se escuchan al caer la noche. Y luego, se añade “es peligroso, te pueden hacer algo. No es tan tarde, apenas son las ocho, pero aquí la gente ya no anda en la

---

<sup>61</sup> Cabe destacar que la concepción del disfraz parte de la idea de que hay “formas” de ser y parecer niña o niño, y se forja a partir de los estereotipos existentes con relación a lo masculino y lo femenino. Dados los objetivos de este capítulo, no profundizaré en el análisis del tema, pero uso los mismos conceptos que las mujeres verbalizan.

calle a esta hora, ya ves lo que está pasando” (Heidi, D.C. 13 de noviembre de 2018). Como puede observarse, para las mujeres cuidarse y cuidar a otras implica más trabajo, pero su vida depende de eso.

### **3.2 Cuidados en el espacio “privado”**

Las estrategias de cuidado que utilizan las mujeres dentro de la casa son, en mayor medida, de corte individual y van desde el silencio hasta el uso del propio cuerpo para asegurar su sobrevivencia. Na Mirna, por ejemplo, me explicaba cómo “aprendió a callarse”. Ella decía que después de un tiempo de casada, aprendió a distinguir cuando su esposo estaba enojado, cuando llegaría borracho o cuando quería tener relaciones sexuales. En esos momentos, “mejor usaba el “calladita te ves más bonita” dice Na Mirna. Ella guardaba silencio y obedecía para no enojarlo más y que después “fuera peor”. Y añade: “no me gustaba eso. A veces la gente piensa que si aguantas y te callas, es que eso es lo que quieres. Pero no, no es lo que quieres pero sabes que si no lo haces te pegan...o peor” (Na Mirna, D.C. 6 de noviembre de 2018).

Para mujeres como Na Mirna, ante la conciencia de que su vida está en riesgo y de que el contexto es inseguro, muchas veces con nulo apoyo de parte de otras personas o de las autoridades, el silencio se presenta como una alternativa de cuidado propio. Después de algunas experiencias ellas aprenden que cuando callan y no responde a sus agresores, cuando permanecen quietas, están evitando que las expresiones de violencia aumenten. Así, por ejemplo, con su silencio impiden pasar de gritos a golpes o abusos.

Por otro lado, cuando el silencio no es suficiente e inevitablemente la violencia aumenta hasta tomar formas crueles e inhumanas, como en el caso de la violación sexual,<sup>62</sup> las mujeres generan otras estrategias: aprenden a usar el propio cuerpo como principal mecanismo de cuidado. El cuerpo que recibe los golpes y que encarna la violencia es, al mismo tiempo, la unidad vital de protección, la defensa que se encarna y que puede tomar distintas formas.

“Pensaba que debía apartarme y dejé de arreglarme, dejé de cuidarme, hasta engordé. Quería no gustarle para que me dejara, para que él solito se fuera porque si yo lo hacía no sabía qué me iba a pasar” expresa Carmen (Entrevista, 8 de noviembre de 2018). Como ella, varias mujeres permiten que su cuerpo se transforme en aquello que consideran “poco atractivo” con

---

<sup>62</sup> Entendiendo violación siguiendo el sentido que le da Rita Segato, como “el uso y abuso del cuerpo del otro, sin que éste participe con intención o voluntad comparables” (2003: 22).

el fin de gustar menos a sus parejas o a sus agresores. De esta manera buscan alejarse y crear distancia. Pero muchas veces esto no es suficiente y, por el contrario, genera que la violencia psicológica aumente y hay más humillaciones, más gritos y ofensas. Entonces, tienen que hacer uso de otras características fisiológicas y ciclos de su cuerpo, como es el caso de la menstruación.

Yo rogaba porque mi periodo durara más, es que a él le daba asco la sangre, y si yo estaba en mi periodo él no me tocaba. A veces, hasta me inventaba más días, le decía que todavía tenía la regla y como él no se aseguraba de eso me dejaba en paz esos días. Son cosas que una va aprendiendo para cuidarse (Carmen, Entrevista, 8 de noviembre de 2018).

El periodo menstrual de las mujeres se presenta como un elemento de protección y de cuidado para no tener relaciones sexuales cuando no se quiere, pero, debido a que no siempre está presente, no puede usarse como mecanismo de defensa permanente. Como Carmen, otras mujeres saben que si se niegan a tener relaciones sexuales con sus parejas sin un motivo que las justifique, el enojo de ellos se desata y pueden violentarlas de múltiples maneras, la mayoría de veces más brutales y crueles, incluso hasta el punto de asesinarlas.

En ese momento, cuando hay conciencia de que sus parejas o familiares son potenciales feminicidas que “pueden asesinarlas en cualquier momento si se salen de sus casillas” (Na Mari Tere, D.C. 25 de noviembre de 2018), las mujeres continúan buscando, ahora con más urgencia, alternativas para mantenerse vivas. En estos casos, muchas de ellas consideran que irse es la mejor opción. Cambiarse de casa o marcharse de Juchitán, puede ser una de las decisiones más sensatas.

Por eso me salí de mi casa, porque si me quedaba él me iba a seguir pegando y luego...quién sabe (...). La gente me pregunta “¿por qué te saliste de tu casa? Si tú estabas bien, si tú le ayudas a tu mamá, si tú limpias la casa” (...) Y solamente yo sé que tenía que escapar (Heidi, Entrevista, 30 de septiembre de 2018).

Sin embargo, dadas las condiciones económicas, familiares, sociales e incluso espaciales, particulares, no todas las mujeres pueden alejarse. Para ojos externos que observan experiencias de violencia puede parecer fácil irse, pedir ayuda y mantenerse a salvo, pero esto no es así. No siempre es fácil poner la distancia necesaria para sobrevivir.

Ese es el problema que tuve ayer en la noche. Me ahorcó. En verdad ayer dije “me quiero ir”, pero luego pienso ¿a dónde? Mis papás me dijeron que ya no me iban a apoyar, que desde el primer momento que me vine sin permiso y que hice lo que yo quería ya no los tomara en cuenta. La abuela y la tía... ¿cómo? La abuela ya está anciana y la tía es discapacitada. No tengo a dónde ir, tengo miedo de que nos haga algo más si me salgo de acá. No sabes lo que se siente querer irse, querer escapar y abandonar este lugar, pero no tener a dónde. Todavía me acuerdo de lo que me decían mis papás “aunque te haga lo que sea, tienes que seguir con él porque es tu marido” (Yumi, D.C. 1 de octubre de 2018).

La experiencia de Yumi retrata fielmente las condiciones que existen y que no dependen de ella, pero que limitan su andar y su hacer. Ese es el caso de varias mujeres en Juchitán, no sólo de aquellas cuya voz se encuentra aquí. Por otro lado, aunque para Heidi, Carmen o Guie´biaani´, marcharse del lugar que habitaban fue una necesidad si querían sobrevivir, esto se trata de un despojo indirecto porque, aunque ellas no querían irse, las circunstancias las orillaron y sabían que tenían que hacerlo si querían evitar la muerte y vivir en mejores condiciones, vivir sin una guerra dentro de la casa.

En el contexto de muerte que se ha instaurado en Juchitán, las mujeres responden de variadas formas, pero en todas ellas el cuidado es primordial. El trabajo mental que implica crear alternativas para cuidarse es agotador e invisible, se trata de una carga que se porta todo el tiempo y los motivos son explícitos. Heidi, Guie´biaani´, Yumi y Na Asunción siempre los recordaban: nos pueden violar, nos pueden desaparecer o asesinar.

Las mujeres, al despedirse, lo primero que se dicen la una a la otra es “cuídate, cuídate mucho”. No es sólo una sugerencia, sino una advertencia. El cuidado de la propia vida y de las otras constituye uno de los principales trabajos de las mujeres. Sobrevivir es su primera lucha, y es constante. Como señala Guie´biaani´, “cuidarse una misma tal vez suena exagerado. Pero es que sí, yo entiendo que no tendríamos por qué cuidarnos, pero el mundo está así, es una jungla. Entonces, hay que intentar cuidarnos lo más que podamos” (Guie´biaani´, D.C. 8 de noviembre de 2018).

#### 4. “Que de algo sirva mi experiencia”. La vitalidad de compartir y nombrar la violencia

Las violencias a las que mujeres juchitecas sobreviven suelen mantenerse ocultas, principalmente dentro del espacio íntimo. Es como si fueran parte de un secreto a voces que todas conocen pero no todas nombran. Compartir la experiencia no es sencillo. Existe toda una estructura social diseñada para evitar que las mujeres construyan puentes que les permitan acompañarse, escucharse y nombrar juntas. Así, en muchas ocasiones el silencio prevalece. “A veces uno ve lo que está pasando y se queda callado (...), porque aquí dicen –es lo que quisiste, aguántate, te lo dije desde el principio y ahora aguántate–. Y entre todas nos decimos eso” expresa Na Mirna (Entrevista, 5 de noviembre de 2018).

Sin embargo, cuando las mujeres deciden contar las experiencias de violencia que han vivido, a pesar de lo difícil que puede ser, reconocen la vitalidad que tiene el compartir las demás. “Nuestros cuerpos son el lugar donde las relaciones de poder van a querer marcarnos de por vida, pero también son el lugar de la libertad y no de la represión” sostiene Julieta Paredes (2010: 93). Cuando las mujeres expresan lo que les ha pasado en el cuerpo, saben que ésta puede ser una forma de salvar a las otras, de sacarlas del precipicio en el que se encuentran y dar luz para notar que lo que viven no es una situación aislada. Y, al mismo tiempo, valida su sentir en un contexto en el que se les enseña a aguantar, a callar, a no ver y a no oír. Tal y como Guie´biaani´ explica:

Aquí hay violencia de todo tipo, el problema es que no se habla. Al menos en mi experiencia, viví 3 años siendo violentada hasta el punto de los golpes. Es algo que nunca dije, me lo guardaba por miedo, por amenazas, por ese temor a que nadie me fuera a ayudar o a creer. Y yo veo mi experiencia en muchísimas mujeres, como te digo, no he conocido a ninguna mujer que me diga que no ha sufrido algún tipo de violencia. Y nos hace falta mucho platicar con alguien o conocer toda su vida para saber si en las cosas que nos cuentan ha pasado algo, a lo mejor si lo hiciéramos nos salvaríamos entre nosotras (Entrevista a Guie´biaani´, 29 de octubre de 2018).

Compartir es una forma de mantener alerta y de acompañar, una manera de que la experiencia no se quede inerte, que cree memoria y, con ésta, una serie de saberes y conocimientos que ayuden a defender la propia vida. En ese sentido, Carmen sostiene la importancia de “escucharnos y saber que no sólo a nosotras nos pasan ciertas cosas, que hay historias dentro de las casas, en las familias, que no se cuentan...incluso con las mujeres

cercanas. No se habla y se pretende hacer que no sucedió” (Carmen, D.C. 21 de noviembre de 2018).

Al respeto, Guie´biaani´ expresa contundentemente: “hay que hacer que nuestras experiencias sirvan para algo, que lo que nos pasó ayude en algo a las demás” (Guie´biaani´, D.C. 8 de noviembre de 2018). Compartir es recordar que “lo personal es político”, es una forma de construir un relato común sobre las vivencias más íntimas, es una postura y una acción política que las mujeres realizan, en distintos espacios y haciendo uso de los recursos que tienen, como en el caso de Na Mari Tere:

Yo, por ejemplo, todo lo que me pasaba se lo transmitía a mis alumnas, advirtiéndolas. Yo tenía el puesto de trabajo social en el área de una secundaria, ahí yo les decía “¡ey no! tengan cuidado, tu vida puede estar en peligro”. Yo pensaba ¿qué es lo que me gustaría que me hubieran ducho a mí? Y se los decía, porque esto no sólo es para mí, no se trata de guardar el secreto para mí, no. Para que no pasen por eso y para que sientan de otra manera hay que compartir lo que nos ha pasado (Na Mari Tere, Entrevista, 14 de noviembre de 2018).

Nombrar y comunicar implica romper el silencio, hablar para sobrevivir y para que las otras sobrevivan. Aunque, muchas veces, no callar sea considerado negativo. Como explica Yumi: “mi mamá dice que soy el mismísimo demonio, y cuando le pregunto ¿por qué? Me contesta –por la boca que te cargas, que no se calla–” (D.C. 1 de octubre de 2018). Compartir es peligroso, decir y nombrar lo sucedido puede ayudar a tener otra mirada. Por eso, Na Bettina sostiene que “ya no se puede, ya no podemos guardar silencio. Y si nos conocen por la boca, ni modo que ahora nos quedemos calladas” (D.C. 8 de octubre de 2018). Cada mujer libra múltiples batallas que implican una gran energía interna y es necesario hacerlas visibles. A pesar de toda la violencia en Juchitán, las mujeres siguen generando la vida al mismo tiempo que defienden la suya.

### **Conclusiones**

En este capítulo analicé el contexto y las múltiples violencias que se ejercen sobre el cuerpo y la subjetividad de las mujeres, tanto en el espacio público como el “privado”. En las calles y en las casas de Juchitán el acoso, las humillaciones, los gritos, los golpes y el feminicidio las rodean y las hacen conscientes de que la muerte permea su vida y se presenta como una posibilidad latente. Jules Falquet, sostiene que “la violencia masculina y sistémica

asesina contra las mujeres” (2014: 15) puede ejercerse con mínimas complicaciones debido a que se cuentan con variados medios para realizarla y “no suscita sino una débil reprobación pública”. Al mismo tiempo, su objetivo es “asegurar la coerción necesaria para imponer la globalización a la mano de obra indispensable para el funcionamiento del sistema (en las casas, en los campos y en las fábricas): las mujeres” (Falquet, 2011: 79-80).

Tomando en cuenta que en Juchitán existen múltiples luchas en defensa del territorio, en contra del extractivismo y de variados intereses capitalistas, en las cuales las juchitecas juegan un papel central, no es casual que, como en muchos otros lugares del país, la guerra tenga como objetivo resquebrajar el tejido social e inscribirse en el cuerpo de las mujeres (Segato, 2014: 22, 30). Destruir a las mujeres es destruir los lazos y entramados comunitarios, los recursos, los saberes y las formas de organización y resistencia que ellas generan. Atacar la vida femenina es reforzar lógicas individuales y neoliberales.

Sin embargo, ellas generan estrategias para proteger su vida y la de las demás. Existen cuidados en red que se despliegan al compartir experiencias, como recomendaciones, sugerencias y advertencias, pero también cuidados que se encarnan en el propio cuerpo y que permiten, si no evitar, por lo menos minimizar las agresiones que viven. Aún ante el sismo, una de las batallas centrales para las mujeres es sobrevivir. El trabajo para protegerse de la violencia es una carga mental constante que desgasta y cansa, pero no sólo implica mantenerse con vida, sino conservar y defender todo lo que generan.

# CAPÍTULO 5. “SABES QUE ES EL ENEMIGO, PERO DE PRONTO ÉL TE DA DE COMER”: ACCIONES ESTATALES Y CONDICIONES ACTUALES



Fotografía 6. “Escombros de una vida”. Fachada de una casa a casi dos años después del terremoto.

Desde hace décadas, las comunidades del Istmo de Tehuantepec han protestado en contra de las grandes corporaciones eólicas y mineras, como Eólica del Sur, Alstom, General Electric, EcoWind y Eolectric, sólo por mencionar algunas, que buscan despojarlas de su tierra y sus recursos naturales. Los proyectos extractivos quieren expropiar a las personas de sus capacidades y medios concretos para reproducir la vida y tomar decisiones en colectivo, y han logrado fragmentar a la comunidad.

Ante la emergencia generada por el desastre, las divisiones entre las y los habitantes de Juchitán se desdibujaron, por lo menos temporalmente, y las respuestas inmediatas siguieron una lógica colectiva que priorizaba el bienestar comunitario, tal y como mostré en los capítulos 1 y 2. Días después del terremoto, dos tipos de ayudas externas llegaron a Juchitán: primero, aquellos víveres para satisfacer las necesidades urgentes, como la alimentación; y, después, recursos monetarios para la reconstrucción de las viviendas.

En este capítulo el objetivo es analizar las acciones desplegadas por el Estado después del terremoto y las consecuencias que éstas tuvieron, así como retratar las circunstancias actuales en que las y los habitantes de Juchitán viven. Argumento que, si bien el apoyo externo facilitó la resolución coyuntural de necesidades, la actuación gubernamental a corto y mediano plazo siguió lógicas clientelares y corruptas, al mismo tiempo que facilitó la entrada del ejército al territorio juchiteco, lo cual no había sido posible desde hace años.

### **1. La entrada del ejército como respuesta inmediata**

“Sabes que es el enemigo, que te quiere quitar tu territorio, pero de pronto él te da de comer: ni modo que le digas que no, le dices gracias” (Manu, Entrevista, 12 de octubre de 2018).

El interés por ingresar, reforzar o ampliar los proyectos extractivos y de despojo en Juchitán ha estado presente y ha sido constante y violento desde hace décadas. Con el desastre, uno de los principales beneficiados fue el gobierno que, con el pretexto de la ayuda humanitaria, logró en un día lo que no había logrado en mucho tiempo: la entrada y permanencia del ejército. El 1 de octubre de 2017, en el Periódico el Imparcial fue publicada una nota que señalaba: “el Istmo de Tehuantepec está militarizado, 5 mil 635 elementos de la Secretaría de la Defensa Nacional recorren las calles de 41 municipios todos los días, pero esta vez no hay voces de oposición y crítica, sino de agradecimiento y solidaridad” (Pérez, 2017). Como explica Heidi, “los militares (...) empezaron a venir y se quedaron” (Entrevista, 30 de septiembre de 2018).

Federici señala que “la intervención militar también está adoptando nuevas formas, ocultándose bajo la guisa de benévolas iniciativas como “ayuda alimentaria” y “ayuda humanitaria” o, como sucede en América Latina, como cooperación en la lucha contra las

drogas” (2013b: 129). Al respecto, Dawn Paley apunta que “la guerra contra las drogas”<sup>63</sup> es una estrategia bélica basada en el despojo y el terror, que más que disminuir el narcotráfico, facilita el acceso de empresas y corporaciones transnacionales a territorios de difícil acceso (2018: 12).

Por otra parte, Naomi Klein señala que en contextos de desastre en diferentes lugares del mundo “los procesos engañosamente llamados “de reconstrucción” se limitaron a terminar la labor de desastre original, tirando abajo los restos de las obras, comunidades y edificios públicos que aún quedaban en pie”, con el fin de reemplazarlos y facilitar la entrada empresarial, “todo antes de que las víctimas del conflicto o del desastre natural fueran capaces de reagruparse y reclamar lo que les pertenecía” (Klein, 2007: 30). En Juchitán, la “guerra contra las drogas” que ha estado presente, la necesidad de “ayuda humanitaria” y la promoción de la “reconstrucción” es lo que justifica la presencia de militares en la zona.

Días después del terremoto, muchos policías estatales y federales, así como militares llegaron a territorio juchiteco con el objetivo de “ayudar a levantar escombros y rescatar personas”. La “militarización de la ayuda”, como sostiene Martín Beristain (2000: 85), es una respuesta gubernamental común ante los desastres y las catástrofes. Este autor menciona, por ejemplo, el caso de la guerra en Somalia, donde Estados Unidos inició una intervención militar con el pretexto de brindar ayuda humanitaria y esto generó duras consecuencias para la población, como el incremento de la violencia y el despojo de sus tierras.

Tras su llegada a Juchitán, la milicia se encargaba de las labores de rescate con deficiencia y se basaba, principalmente, en el trabajo previo que los grupos de la comunidad habían hecho. Tal y como relata Bacaanda.<sup>64</sup>

En la Octava Sección se colocó un consultorio de una brigada de doctores, fueron de las primeras personas que se organizaron para ayudar. A tres casas de donde se instaló el consultorio, los vecinos rescataron a un niño que se quedó atrapado, llegó a que lo atendieran, lo revisaron y lo curaron. Mi compañero Wil era el encargado de los medios de comunicación y subía todo a internet, gravó lo que pasó con el niño y subió el video

---

<sup>63</sup> Según Dawn Paley, existen tres características presentes en las diferentes guerras “antidrogas”: 1) las personas de bajos recursos, la población obrera y los migrantes son quienes se ven más afectados por la militarización y paramilitarización; 2) a violencia genera “la restricción de la movilidad” de las personas; y 3) la libertad de expresión es atacada constantemente (2018: 35).

<sup>64</sup> Bacaanda es una palabra de raíz zapoteca y significa “sueño”. Es un pseudónimo que utilizaré para cuidar y referirme a esta persona, cuyo nombre verdadero no será revelado.

a Facebook. No pasó ni una hora del video y llegaron varias camionetas de militares y medios, luego se fueron con el niño a preguntarle...y los medios transmitiendo a los militares “rescatando”. Eso pasó en muchos lugares, casi siempre cerca del centro porque no se movían a la periferia (Bacaanda, D.C. 15 de diciembre de 2018).

Los militares no respondían homogéneamente a la necesidad de rescatar personas, se basaban en gran medida en lo que veían en las redes sociales para saber a dónde ir, y era mejor si se trataba de zonas céntricas. La mayoría de veces llegaban acompañados de medios de comunicación “propios” para publicitar las acciones que realizaban. Lo anterior no sólo les permitía justificar el quehacer de “la máquina de guerra”, como la nombra Mbembe (2011), sino también retratar a las personas como “seres indefensos incapaces de cuidarse por sí mismos”, tal y como sugiere Federici (2013b: 137). Ante ojos externos, los militares eran de gran ayuda, pero la realidad vivida por las y los juchitecos era otra.

La actuación de la “máquina de guerra” no quedó ahí. En cuanto comenzó a llegar la ayuda humanitaria de la sociedad civil, el gobierno Federal y Estatal encargó a los militares la organización y distribución de los víveres que arribaban al lugar (Paredes, 2017). “Peña dijo que los militares eran los únicos que podían hacer eso (repartir las ayudas), por eso creen que tienen derecho (a transitar con armas en las calles y administrar las ayudas), –acá ya es nuestro territorio– dijo uno de ellos” apunta Manu (Entrevista, 12 de octubre de 2018).

En las calles podían observarse patrullas o grandes camionetas de redilas verdes con militares conduciendo, y otros más en la batea rodeados de bolsas de plástico que contenían diferentes víveres y materiales. Mientras las camionetas avanzaban, los militares que iban parados y recargados en las redilas apuntaban al frente con sus armas. Al preguntar por qué sucedía eso, algunas personas me explicaron que era porque no querían que la gente de la comunidad detuviera la camioneta y bajaran los víveres. Sin embargo, en otros casos comentaron:

Es estratégico, es para dar miedo. A Peña le sirvió mucho lo del terremoto, por una parte para quedar bien, pero también porque desde hace años no habían podido entrar al Istmo, pero a raíz del terremoto ya entraron los soldados. Y se van a quedar, ya no se van a salir. Así le servirá como medio para controlar, ahora aprovechan el terremoto porque no podemos decirles que no, hay necesidad y la gente no tiene ganas de luchar, fue un bajón muy feo. No tenemos casas, perdimos todo, no podemos defendernos.

Llegaron cuando no hay ánimos, es estratégico, nos agarraron debilitados (Manu, Entrevista, 12 de octubre de 2018).

De esta forma, algunas personas como Bacaanda percibieron la entrada de la milicia como “un golpe contra las formas organizadas que ya existían de lucha frente a lo gubernamental y las empresas” (Bacaanda, D.C. 15 de diciembre de 2018). Los militares vestidos con el uniforme verde transitaban a lo largo y ancho de Juchitán, haciendo rondines y observando con atención. Las reacciones que generaba su presencia eran múltiples, pero los cuestionamientos constantes eran “si se supone que vienen a ayudar ¿por qué traen armas? ¿por qué traen metralletas y bazucas sobre las camionetas? ¿por qué no traen cascos y ayudan a quitar escombros en lugar de rondar apuntando a la gente?” (Manu, Entrevista, 12 de octubre de 2018). Cuando las y los habitantes intentaban evidenciar este escenario, así como las acciones que realizaban, era clara la negación de los militares a que los grabaran o tomaran fotos: “te decían no puedes, no te daban explicaciones pero no te dejaban documentar” (Bacaanda, D.C. 15 de diciembre de 2018).

El gobierno, justificado con motivo de la ayuda humanitaria, actuó con rapidez ingresando al ejército, no con el fin de llevar víveres y medicamentos, sino con el objetivo de mantener el control desde dentro y debilitar el tejido comunitario. Aún hoy es posible ver elementos del ejército rondando las calles y callejones y vigilando a las personas. Así, reproducir la vida se vuelve cada vez más complejo, principalmente para las mujeres, sobre todo porque con la militarización aumenta la violencia y sus expresiones son cada vez más terroríficas.

Al respecto, Dawn Paley muestra dos ejemplos sucedidos en México: Primero, en marzo de 2008, como parte de una brigada contra el narco enviada por parte del gobierno, miles de soldados y policías federales arribaron a Ciudad Juárez. Como consecuencia, los homicidios, la violencia y los secuestros se multiplicaron considerablemente (2018: 137). Posteriormente, en 2012, luego de que ingresara tropas federales a Guerrero el incremento de la violencia se reflejó en que “Acapulco reemplazó a Juárez como la ciudad más peligrosa de México (...). En octubre de 2013, una investigación condujo al arresto de 18 miembros de una banda de secuestradores, y 13 de ellos eran policías federales” (2018: 142).

El despliegue militar no brinda apoyo ni garantiza la seguridad de las y los habitantes, por el contrario, se trata de la expresión de “la política como un trabajo de muerte (Mbembe,

2011: 21), cuyo fin es atacar las condiciones locales de vida al mismo tiempo que beneficia los intereses transnacionales, pues funciona como “una garantía para los inversionistas que buscan asegurarse de que sus instalaciones estarán protegidas de la resistencia comunitaria” (Paley, 2018: 157). En este contexto, los entramados comunitarios se ven debilitados y la resistencia a la presencia militar no es la misma, sobre todo cuando éstos distribuyen los alimentos luego de un desastre. “Querían que dijéramos ¿cómo vas a morder la mano de quien te da de comer? Buscaban que creyéramos eso para justificar que estuvieran aquí” dice Bacaanda (D.C. 15 de diciembre de 2018).

## **2. La deficiente distribución de los víveres y su desvío**

Como mostré en los capítulos 1 y 2, después del terremoto, las personas desplegaron estrategias colectivas para realizar labores de rescate y satisfacer las necesidades de techo y alimentación. En un principio, la solidaridad surgió de la misma comunidad. Pasados los primeros días, además, llegaron víveres enviados principalmente por personas oriundas de Juchitán que residían en otros lugares, o por personas ajenas a la región que se solidarizaron. Al respecto, Mario comenta:

Al principio estábamos de moda, Juchitán es conocido por sus tradiciones, por su cultura, entonces tiene un alcance nacional e internacional muy fuerte (...). Con “las velas” es un lugar muy conocido, y es en donde sucedió una de las contingencias naturales más fuertes... pues obviamente fuimos tendencia en redes sociales, en ayuda humanitaria y toda esa situación, y entonces fuimos el centro de atención de muchas personas, mucha ayuda, se recibió mucha despensa, mucha agua, mucha solidaridad de gente de otras partes (Mario, Entrevista, 9 de noviembre de 2018).

Debido a la organización que se desplegó, llegaron a Juchitán grandes cantidades de comida, principalmente arroz, frijol, sopa, atún y otros enlatados. Sin embargo, el apoyo no fue distribuido de manera equitativa y mediante procedimientos transparentes. Lo que provocó tensiones entre las y los afectados, pues en ese momento “el acceso a recursos dejó de tener algún tipo de garantía colectiva y quedó en manos privadas” (Pérez, 2014: 141). Como señala Óscar, un entrevistado, “cuando empezaron a dar víveres de manera individual, pues ya cada quien se ocupaba de sus espacios y su gente, difícilmente la gente se seguía organizando” (Entrevista, 23 de noviembre de 2018).

Las despensas y los víveres que llegaron fueron repartidos en las calles principales de Juchitán o en lugares estratégicos, como los parques o los atrios de las iglesias, pero no en los callejones, que eran los espacios donde muchas personas se encontraban resguardadas en grandes patios. Quienes querían recibir víveres, se aglutinaban a esperar durante un largo rato, pero eso no les garantizaba que recibieran apoyo debido a que la cantidad de víveres no era suficiente para todas las personas.

Las personas de acá se amontonaban para recibir algo. Yo veía y sentía tristeza, nunca lo esperaba ver...que la gente se amontonara, que la gente se peleara. Era la desesperación de la gente por dar algo a su familia, a sus hijos. Se empezaban a pelear, empezaban a discutir por una despensa, por el agua (Heidi, Entrevista, 30 de septiembre de 2018).

Obtener víveres no era un trabajo sencillo. Las disputas por los alimentos eran constantes y surgió una “lucha por sobrevivir”. Como menciona Berenice, “casi fue como una película del fin del mundo, todos querían sobrevivir, todos tenían necesidades que cubrir y los apoyos que llegaban eran limitados. Era una lucha de supervivencia, todos se iban contra esos carros donde venía el apoyo” (Entrevista, 4 de octubre de 2018).

Así, a pesar de que la llegada de los víveres fue sumamente necesaria, marcó un quiebre en la organización colectiva que se había desplegado hasta ese momento en la comunidad, y que en el fondo era sumamente frágil. Éstos no se repartieron de manera adecuada, de hecho, la Auditoría Superior de la Federación (ASF) señaló que la distribución de los víveres fue deficiente y sostuvo que “el gobierno de Enrique Peña Nieto fue el principal obstáculo para que la ayuda nacional e internacional llegara a los miles de damnificados de los sismos del 7 y el 19 de septiembre de 2017” (Yangail, 2019: 2). Por otra parte, en un estudio realizado un año después del terremoto, la UNICEF apunta que la entrega de la ayuda fue irregular en temporalidad y cantidad:

Se evidenció un gran nivel de informalidad en cuanto al suministro de información sobre dónde se estaban otorgando alimentos para la población afectada (...) y no contó con criterios claros que garantizaran que dicha ayuda se distribuyera de forma equitativa, eficiente y priorizando a los más afectados (2018: 2-3).

Cabe destacar que, desde antes del terremoto, Juchitán estaba segmentado en grupos con diferentes intereses y posturas políticas, por lo que el reparto desigual de los víveres no

surgió solamente de “fuera”, por parte de actores externos que los entregaban, sino que se articuló con las dinámicas que de por sí existían “adentro”, creando vínculos y alianzas con las redes clientelares o los grupos ya existentes en Juchitán. Según Auyero (2001), el clientelismo está relacionado con el intercambio de cosas o favores a cambio de apoyo político y, al mismo tiempo, sostiene una “red de resolución de problemas urgentes”, es decir, en momentos de desastre, las redes clientelares podían ayudar a satisfacer, con mayor facilidad, necesidades de supervivencia, como en el caso de proveer víveres para satisfacer el hambre en Juchitán.

Este proceso se reforzó porque las personas de la sociedad civil que enviaban o llevaban los víveres no se podían encargar de repartirlos entre las y los necesitados debido al tiempo, la energía y los medios físicos y materiales que se requerían, y decidieron apoyarse en las autoridades municipales o en algunos grupos que las gestionaban. Sin embargo, esto no garantizó que las ayudas llegaran a manos de quienes las necesitaban o que su distribución fuera equitativa.

Cuando vino un carro a repartir lonas se las dio al líder del mercado y él las repartió con su gente, le dio a quién quiso y a nosotros no nos dio nada, nosotros las necesitábamos porque no teníamos y al principio estaba el aguacero. Varios tuvimos que comprar dos lonas que costaron \$250 cada una, aunque antes costaban \$100. Y cuando pasan cosas así, ya sabes que los ricos son más ricos y los jodidos más jodidos. Pero a ti nadie te da nada si no tienes contactos, solamente la propia gente te regala un poco de comida (Na Irma, Entrevista, 2 de octubre de 2018).

En ese sentido, obtener ayudas era más fácil si se tenían “contactos”, como señala Na Irma. Y estos “contactos” normalmente eran, al mismo tiempo, quienes recibían los víveres en grandes cantidades y se quedaban con parte de éstos. A estos “contactos”, Auyero (2001) los denomina “mediadores”, pues se encuentran presentes en el intercambio entre “políticos” y “clientes”. Las personas percibían cómo algunas de las o los mediadores que recibían víveres en gran cantidad se quedaban con ellos y los utilizaban para sus propios fines. “Se quedaban con todo, no lo daban a las personas y lo guardaban para ellos, o se lo daban a sus familiares nada más, no daban todas las cosas que les llegaban” apunta Heidi (Entrevista, 30 de septiembre de 2018). Esto sucedió, también, con las autoridades en Juchitán.

### 3. El papel de las autoridades en las redes clientelares

Según el Informe de resultados de la fiscalización superior de la Cuenta Pública 2018, no existe un “registro confiable” que muestre con claridad la cantidad de los recursos nacionales y extranjeros donados y cómo se distribuyeron<sup>65</sup> (Yangail, 2019: 2), pero es claro que la movilización de redes clientelares tuvo un lugar central en la repartición. Las ayudas llegaban por vía terrestre o aérea, y los militares se encargaban de separarlas y clasificarlas, las agrupaban según el tipo de alimentos. Por ejemplo, por un lado colocaban montones de latas de atún o frijol, por otro lado bolsas de arroz, pasta, sal o azúcar. Luego, en bolsas de plástico “armaban despensas” que contenían diferentes productos y las cargaban en las camionetas para distribuirlos.

Cabe destacar que, el hecho de que los militares formaran las despensas no quería decir que todos los apoyos vinieran del gobierno. La mayoría de recursos eran enviados por personas y organizaciones de la sociedad civil (Paredes, 2017), pero autoridades como Gloria Sánchez, la presidenta municipal que formaba parte de la colisión PAN-PRD, los recibían y salían a repartirlos. Repartir los víveres era un trabajo que las autoridades valoraban porque tenía un sentido utilitarista.

[El gobierno local y estatal] anduvieron repartiendo un boleto para una despensa y ahí andaba ella (Gloria Sánchez, la presidenta municipal) sólo para tomarse la foto, para que la gente se formara y ella estuviera dando las despensas. Y para subir la foto diciendo que ella era la salvadora de la gente (...), pero en realidad aquí la autoridad no hizo ni hace nada (Na Asunción, Entrevista, 2 de octubre de 2018).

Al encargarse de distribuir los apoyos, las personas que formaban parte del gobierno local o estatal justificaban públicamente el hecho de “hacer algo” y responder ante la emergencia y, al mismo tiempo, que la ayuda externa estaba siendo entregada “adecuadamente”. Por otro lado, ya que “la mediación política es una forma de lazo social”, como sostiene Auyero (2003: 221), al distribuir los víveres, las autoridades se basaban en lazos de amistad, de parentesco o de compromisos y acuerdos políticos establecidos previamente.

---

<sup>65</sup> Según la ASF, luego de los terremotos de septiembre, nivel nacional se desconoce “si las 12 mil 267 unidades, 197.8 toneladas y 31 mil 467.5 kilogramos de donativos en especie; las 525 personas pertenecientes a grupos de búsqueda y rescate, estructuralistas, atención de emergencias y médicos, así como de 20 unidades caninas, y los 3 millones 234 mil 169.5 dólares americanos, 48 mil 494 euros, 20 millones 161 mil 550 pesos mexicanos y los 600 mil dólares canadienses de los que la dependencia [SHCP] tuvo información fueron la totalidad de donativos que ingresaron al país” y tampoco puede comprobarse la cantidad de recursos entregados a la población afectada (Yangail, 2019: 2).

Por ejemplo, los boletos de los que habla Na Asunción fueron una especie de “vales” que las personas obtenían “al mostrar su credencial de elector de militancia en el Partido de la Revolución Democrática (PRD)” (Rodríguez, 2017).

“Llegó una pequeña ayuda, pero únicamente para conocidos de la presidenta o quienes formaban parte del mismo partido, también les dieron a dueños de tiendas grandes, y eran quienes menos necesitaban. A los demás nada, no nos alcanzaba para sobrevivir” menciona Manu (Entrevista, 12 de octubre de 2018). Al respecto, la Misión de Observación de Ayuda Humanitaria (MOAH), conformada por siete organizaciones civiles que exploraron el Istmo de Tehuantepec después del terremoto con el fin de observar cómo se regulaba y se distribuían las ayudas, en su informe señala:

Se observa una falta de coordinación gubernamental en la distribución de la ayuda (...) precandidatos y funcionarios públicos han caído en el oportunismo al condicionar la ayuda humanitaria, que solo era entregada tras ciertos condicionamientos a las personas cercanas al gobierno o a militantes de ciertos partidos políticos (MOAH, 2017. En Bessi y Navarro, 2017: 2).

El clientelismo político se hizo visible con claridad, pero cabe destacar que esta situación no es particular del caso. Existen autores que han mostrado cómo “ante los desastres “naturales” (...) las respuestas gubernamentales, con frecuencia, están permeadas por escasa ayuda, corrupción y favoritismo, que afectan más a sectores sociales marginados” (Martín Beristain, 2000: 10). De hecho, esta situación no fue exclusiva de Juchitán, también sucedió en otros municipios del Istmo de Tehuantepec como San Mateo del Mar, Unión Hidalgo, Asunción Ixtaltepec e Ixtepec, donde los víveres se quedaban “en manos del gobierno” (Paredes, 2017).

La desigual repartición generó tensiones debido al desacuerdo en que se encontraban las personas, pues no les parecía justo que las ayudas enviadas para toda la población se quedaran en manos de unos cuantos solamente, principalmente de las y los intermediarios, de las autoridades o de quienes tenían alianzas partidistas o monetarias. Sin embargo, el sentir de las personas era que no había mucho qué hacer, ya que, a pesar de las exigencias por una distribución más igualitaria, las autoridades se mantuvieron sordas y continuaron haciendo un uso político de la repartición de los víveres.

Ganaron los políticos y las autoridades, porque los apoyos que muchas personas mandaron se lo quedaron ellos y no lo dieron a la gente que realmente lo necesitaba. Había escuchado que otros países mandaron dinero para ayudar a toda la gente, dicen que llegó, pero no sé si a manos de Peña Nieto o a manos de Murat, pero nunca llegó aquí (Na Irma, Entrevista, 2 de octubre de 2018).

Al mismo tiempo que sectorizaban o parcializaban la ayuda, también la resguardaban para posteriormente hacer uso de ella con fines políticos. Óscar, por ejemplo, expresa que “las autoridades, a quienes se supone que les corresponde reaccionar lo más rápido, funcionaron con la rapiña de los productos que eran para su propia gente, decidieron resguardarlos, robarlos para después usarlos en sus campañas” (Entrevista, 23 de noviembre de 2018).

Al respecto, surgieron diferentes denuncias públicas por parte de la población juchiteca donde señalaban irregularidades en la entrega de víveres y recursos por parte de funcionarios. El 14 de septiembre, por ejemplo, una camioneta con víveres ingresó en la vivienda del secretario municipal del ayuntamiento, Oscar Cruz López, y ahí se ocultó una gran cantidad de despensas (Rodríguez, 2017). El mismo día, el secretario de Salud de Oaxaca, Celestino Álvarez, también era denunciado por intentar hurtar víveres donados (Manzo, 2017). Por su parte, Heidi comenta:

En el rancho de la presidenta (Gloria Sánchez) encontraron que había un chingo de despensa que no repartió, porque una bolsa de despensa fue lo que dio. Y a lo mejor le mandaban, le mandaban y ella lo estuvo acumulando, porque después de encontrar su rancho donde tenía ella las despensas guardadas, volvieron a agarrar otro lugar igual en el que tenía despensas. Las juntó, quién sabe para qué lo hizo si la gente lo necesitaba (Entrevista a Heidi, 30 de septiembre de 2018).

Como puede observarse, éste no sólo fue el caso de Gloria Sánchez sino también de las diferentes autoridades de Juchitán, quienes resguardaban los víveres para su propio beneficio y el de personas cercanas al mismo tiempo que perseguían fines partidistas. De hecho, luego del 20 de octubre de 2017, la prensa comunicaba que la presidenta municipal admitía haber repartido no sólo víveres, sino más de un millón de pesos “destinado para la contingencia”, sin embargo, repartió el dinero sólo a los regidores de su mismo partido (Rasgado, 2017). Por ello, un entrevistado señala que “los partidos políticos acapararon algunos recursos para soltar en la

campana” (Manu, Entrevista, 12 de octubre de 2018). Así, en el contexto de desastre, se vio “la corrupción como expresión del poder público”, tal y como señala Martínez (2010: 67).

Por otro lado, el hacer uso de los víveres con fines partidistas y buscando ganancias trajo otras consecuencias como el desperdicio de la ayuda. Manu expresa que, cuando la distribución estaba a cargo del gobierno Municipal, “veían que la gente necesitaba, que no tenía y aun así no lo daban, las cosas hasta se echaban a perder porque no las ocupaban, o simplemente las amontonaban y cuando descombraban no les encontraban uso y las tiraban” (Entrevista, 12 de octubre de 2018).

Mucha de la ayuda se desperdició de esa manera, sin ser aprovechada por nadie. De hecho, a un año del terremoto, en algunos espacios (como los Centros de Salud o el DIF) pude observar cajas con insumos como medicamentos o jabón con la leyenda “donación” escrito con plumón indeleble. Y, si se revisa la fecha de caducidad, muchos de esos medicamentos ya están caducados y nunca fueron entregados, su destino será la basura y no habrán beneficiado a nadie.

En esas condiciones, y tomando en cuenta que durante los meses posteriores al terremoto no había trabajo ni los medios de producción necesarios para que las personas pudieran, por sí mismas, reproducir su vida, comenzaron a surgir acciones desesperadas para obtener alimentos y otros víveres. Berenice señala que “en las noticias apareció que hubo actos vandálicos, que asaltaron a tráileres que traían suministros, apoyo, despensas” (Entrevista, 4 de octubre de 2018).

Como Berenice, varias personas narran que quienes no recibieron víveres de manera inmediata se organizaron para cerrar las avenidas principales y detener los camiones que los transportaban antes de que llegaran a las bodegas donde eran recaudados, esto como un acto de justicia por propia mano. Luego, comenzaban a bajar paquetes de botellas de agua, bolsas de arroz o de frijol, latas de atún o de verduras, papel higiénico y jabón, que se repartían entre quienes se encontraban cerca. Y, aunque a primera vista parecía que esos actos eran “vandálicos”, al menos aseguraban que los recursos fueran repartidos y no se quedaran en bodegas o en casas de unas pocas personas. De esta manera, las personas accionaban siguiendo lógicas colectivas y resquebrajaban la organización que las redes clientelares tenían.

#### 4. La evaluación de los daños materiales: el censo

Después de eso (los víveres) llega el recurso. Los únicos beneficiados son las grandes empresas de materiales y el censo solo dividió a la gente, porque decían “a mí deberían de darme más, a él no, ¿por qué a ti sí y a mí no?” (Óscar, Entrevista, 23 de noviembre de 2018).

En Juchitán, como parte del Protocolo de Respuesta a Emergencias, el gobierno Estatal y Federal, a través de la Secretaría de Desarrollo Agrario, Territorial y Urbano (SEDATU), realizó dos censos<sup>66</sup> con el fin de valorar los daños causados en las viviendas. En este apartado me centraré sólo en el primer censo, dado que fue el que más impacto tuvo en la ruptura comunitaria porque de ésta evaluación dependía el recurso monetario que las y los habitantes recibirían por parte del Fondo de Desastres Naturales (Fonden) como “apoyo para la reconstrucción” (Yangil, 2019: 7).

Un par de días después del terremoto comenzó a realizarse el primer censo. “El censo es un trabajo que el gobierno realizó empleando a jóvenes de aquí de la región para ir censando por sectores. Fueron contratando gente, dándoles empleos temporales a personas, a chavos, para ir encuestando” explica Mario (Entrevista, 9 de noviembre de 2018). Con la justificación de brindar empleos a las personas de la comunidad, la SEDATU y el gobierno Estatal y Federal se deslindaron de la responsabilidad de evaluar las viviendas a profundidad.

Varias de las personas entrevistadas compartían esta percepción, Guie´biaani, por ejemplo, señala que “los de la SEDATU llegaron un día a reclutar gente para estar encuestando y viendo, así nada más, obviamente te pagaban una lana, pero ¿de que sirvió eso? No evaluaron bien pero se justificaban de estar apoyando” (Entrevista, 29 de octubre de 2018). Quienes censaban no tenían los conocimientos teóricos ni técnicos necesarios, la SEDATU no envió personas especializadas ni se preocupó en capacitar a las personas que se hicieron cargo del proceso.

El problema se agudizó cuando empezaron a foliar,<sup>67</sup> fue una porquería también. Realmente no venían ingenieros o gente especializada, sino gente que trabajaba en el palacio, gente de la misma cuadra venía a ver tu casa, y uno se quedaba pensando que

---

<sup>66</sup> El primero motivado por el terremoto del siete de septiembre y el segundo por el del 23 de septiembre, pero también como respuesta a las exigencias de las y los habitantes, quienes sostenían que el primer censo fue deficiente y desigual.

<sup>67</sup> La palabra “foliar” hace referencia a numerar o registrar.

no sabían de eso, pero es que los mandaron a foliar, y eran los que pasaban y revisaban (...). Entonces era una tontería (Manu, Entrevista, 12 de octubre de 2018).

El reclutamiento de las y los evaluadores inició cuando personal de la SEDATU y del municipio anunciaron que quienes desearan laborar realizando el censo asistieran a una reunión para evaluar su aptitud para el trabajo, o se comunicaron con personas específicas, familiares o amigos, para darles el puesto. Aunque, en realidad, nunca se realizaron evaluaciones ni verdaderas capacitaciones a las personas. En ese momento lo único que consideraron fue “verlos fuertes, que aguantaran caminar, por eso agarraban más a jóvenes, aunque no supieran nada” (Manu, Entrevista, 12 de octubre de 2018). El reclutamiento de las personas que censarían fue de un día para otro, les dieron chalecos, cascos y un gafete como sus principales herramientas, e iniciaron, y terminaron, su trabajo sin orientación o acompañamiento. Claramente, esto se vio reflejado en las evaluaciones realizadas.

Evaluaban por sentido común, como decir “bueno se te cayó todo: pérdida total, si se te cayó un pedacito: pérdida parcial”, o “a ver, esto si está fracturado por fuera, pero por dentro no, entonces no”. No hubo evaluaciones buenas. Luego, dependiendo de la magnitud del desastre en tu hogar fue el monto o tipo de apoyo que te iban a dar: si era pérdida total te daban \$120,000 y si era pérdida parcial como \$15,000... pero no fue un estudio realizado por expertos, arquitectos o ingenieros civiles (Mario, Entrevista, 9 de noviembre de 2018).

Las y los trabajadores pasaban a las casas a evaluar: si la construcción se había derrumbado, “obviamente” era pérdida total; pero si la casa estaba de pie pedían entrar, revisaban las paredes y los techos y si había cuarteaduras significativas o huecos, asignaban la pérdida parcial. Sin embargo, en algunos casos las cuarteaduras no eran visibles de ambos lados de la pared o los techos estaban “hundidos” pero no se cuartearon, en esos casos la asignación dependía de lo que la o el evaluador considerara, a veces asignaba pérdida parcial y otras veces no. En cuanto terminaban de censar, anotaban en la pared o en algún lugar visible el número de folio correspondiente, luego, continuaban con la siguiente casa.

Además del desconocimiento con el que las y los evaluadores llevaban a cabo su trabajo, también se hicieron presentes múltiples irregularidades. “Hay casas, o familias, que no tenían muchos daños y si les dieron pérdida total porque eran sus conocidos, o amigos de gente pesada” sostiene Manu (Entrevista, 12 de octubre de 2018). Asimismo, Na Irma expresa

que quienes evaluaban “eligieron a sus parientes y les dieron pérdida total aunque no les haya pasado nada a su casa, a los que se les cayó su casa no les dieron nada o solo pérdida parcial. No censaron bien” (Entrevista, 2 de octubre de 2018).

Debido a lo anterior y a que las pautas de valoración de viviendas no eran claras ni estandarizadas, durante el censo surgieron reacciones de inconformidad y comenzaron los conflictos porque, si la evaluación no era equitativa, la distribución de recursos tampoco lo sería. El proceso fue largo y tedioso, repleto de inconsistencias, y, a esas alturas, cada quien velaba por sus propios intereses y busca que se le asignara la pérdida correspondiente, con el fin de conseguir el apoyo para reconstruir las casas y no estar bajo lonas o en los patios.

Finalmente, si bien la metodología del censo fue inconsistente y no sirvió para valorar de manera adecuada, sí funcionó para realizar dos tareas sumamente importantes: 1) el mapeo de la comunidad y 2) obtener información. Juchitán es un lugar lleno de angostos y largos callejones que cruzan las Secciones y son como “atajos” que, si se conocen bien, sirven para ahorrar tiempo al transportarse. Sin embargo, para personas ajenas a la comunidad puede ser difícil comprender la organización de las calles y los callejones, por lo que moverse de un espacio a otro llega a ser confuso.

En esas condiciones, “mapear la ciudad resulta muy útil porque facilita la movilidad de los militares. Una de las tareas de ellos era eso también, reconocer el lugar para poder controlarlo mejor” sostiene Bacaanda (D.C., 15 de diciembre de 2018). Al respecto, Mbembe señala que “hacerse del control físico y geográfico” ayuda a las máquinas de guerra para “inscribir (...) un nuevo conjunto de relaciones sociales y espaciales” (2011: 43).

Al mismo tiempo, el censo fue la oportunidad precisa para obtener información que no se tenía de la población, como Bacaanda explica:

El censo fue absurdo pero no fue de a gratis. Todo el levantamiento de información para evaluar las casas estaba mal hecho, pero ¿qué tiene? Tiene nombres, direcciones, número de integrantes de las familias. El censo ayudó a obtener datos y eso ayuda a hacer más fácil la militarización también, y a controlar a la gente. Tal vez ni siquiera los trabajadores sabían para quién estaban reuniendo la información ni el uso posterior que se le daría, es algo perverso (Bacaanda, D.C. 15 de diciembre de 2018).

Todo esto motiva preguntarse ¿a quién beneficia el mapeo y la información recabada? ¿para qué fines sirve? Mientras las personas en Juchitán buscaban alternativas para obtener recursos y reconstruir sus casas, una estrategia más amplia se desarrollaba en la zona: el objetivo era conocer la región a profundidad, no sólo en términos espaciales sino demográficos. Así, se desplegaban iniciativas gubernamentales públicas que no se desapegaban de los intereses económicos transnacionales y gubernamentales que están puestos sobre el territorio.

### **5. Los recursos monetarios otorgados a través de las tarjetas**

Una vez que el censo terminó, comenzó la distribución de los recursos monetarios entre las personas que resultaron beneficiadas y, una vez más, no existió claridad en cómo el gobierno decidió distribuir el apoyo. Esto provocó la confusión y el desconocimiento entre las y los habitantes, como se observa en la narración de Na Elsa:

De SEDATU vinieron unos señores a ver y dijeron que si se había caído la casa nos iban a dar un apoyo, pero a mí nunca me tocó. A algunos les dieron \$3,000 o más. Mis vecinas agarraron pero a mí no me tocó, ni a la señora de enfrente, ni a muchos de acá. Quién sabe cómo los escogieron, si fue por suerte o quién sabe (Na Elsa, Entrevista, 10 de octubre de 2018).

El 2 de octubre del 2017, el Presidente Enrique Peña Nieto, anunció que se brindarían \$15,000 a quienes tuvieron pérdida parcial y \$120,000 a aquellas personas con pérdida total. El dinero asignado para la reconstrucción se entregó por medio de tarjetas de débito del Banco del Ahorro Nacional y Servicios Financieros (BANSEFI). Con la entrega de éstas comenzaron nuevas tensiones. Por un lado, las cantidades entregadas fueron irregulares, siendo en muchos casos, menores a la cantidad prevista, lo que dejó ver la existencia de fraudes y robos, y, por otro lado, como el recurso era limitado no alcanzaba para reconstruir las viviendas. A continuación, desarrollaré ambos puntos.

Las tarjetas llegaron directamente del gobierno Federal, ellos las repartieron. Pero, hay gente a la que le dieron tarjeta, pero no salió su ayuda o le hicieron fraude. Por ejemplo, a mi vecina le tocó daño total, iba a ser una tarjeta con \$30,000 en efectivo en dos etapas: \$15,000 primero y después otros \$15,000. Y luego \$90,000 en materiales, pero cuando fue a sacar la primera parte, nada más había \$10,000, faltaban \$5,000 y ella decía “¿cómo? si la tarjeta estaba ahí, nueva, la acabo de sacar del sobre”. Pues a ver

cómo fue eso. Y así como ella había muchísima gente que ni un peso tenía su tarjeta, a mucha gente le pasó eso (Na Asunción, Entrevista, 2 de octubre de 2018).

En la entrega de tarjetas las personas percibieron la corrupción que acompañaba el proceso. Al respecto, en enero de 2018 el Periódico Proceso señalaba que Bansefi hizo “3 mil 079 plásticos de más” y que la Comisión Nacional Bancaria y de Valores “encontró que Bansefi “dispersó recursos en efectivo” que ascienden a 68.8 millones de pesos”. Hasta el día de hoy, la investigación del desvío de fondos sigue en proceso y no se han revelado avances significativos.

Como en el caso que narra Na Asunción, las cantidades de dinero que eran entregadas variaban y se parcializaban, algunas tarjetas poseían menos recurso del que se suponía que debían tener. A nivel nacional, tanto en Juchitán como en otros municipios del estado de Morelos y la Ciudad y el estado de México, “3 mil 999 casos carecieron de montos asignados sin que se señalaran los motivos” sostiene Yangil (2019: 8) en un estudio realizado sobre las inconsistencias del apoyo gubernamental. Y, ya que ese dato corresponde sólo a las y los afectados que tuvieron el tiempo y la paciencia de denunciar las discrepancias, si se toman en cuenta los casos no documentados el número incrementaría considerablemente.

Además, debido a que el recurso monetario se obtenía por medio de las tarjetas, las personas no tenían control sobre el dinero si no retiraban todo, y de un momento a otro podían dejar de tener acceso a éste porque “la tarjeta se congelaba”.

Mi tía recibió pérdida total, pero solamente pudo ocupar como \$30,000 en pagar la maquinaria, levantar los escombros... y de repente le congelaron la tarjeta. Fue a preguntar por qué y según investigaron, pero no le dieron solución. Así como el caso de mi tía también hay más, quienes pensaban que su dinero iba a estar en la tarjeta y de la noche a la mañana ya no estaba. Hubo mucho robo, mucha corrupción, la ayuda no ayudaba en nada, al contrario, ponía a pelear a las personas (Mario, Entrevista, 9 de noviembre de 2018).

Cabe destacar que el fraude no fue sólo por parte del gobierno y de Bansefi, también las tiendas de material y las constructoras se aprovecharon de la situación. El desastre fue

rentable para algunas personas como Felipe Valdivieso Rasgado y Felipe Valdivieso Vega,<sup>68</sup> dueños de la constructora Fevara, quienes “de forma irregular obtuvieron hasta 4.4 millones de pesos a través de tarjetas de apoyo a damnificados” (Pérez, 2018). También Federico Irán Cabrera, quien dirige la constructora Hiram Habif, es responsable de un fraude de 3.6 millones de pesos, aproximadamente (Pérez, 2018 y Reza y Rodríguez, 2018).

Al respecto, Na Irma expone que “hay muchos ancianos que recibieron las tarjetas y como no sabían leer o escribir, les robaban su dinero cuando iban a comprar, o les hacían firmar de algo que no recibieron” (Entrevista, 2 de octubre de 2018). Los robos en las tiendas iban dirigidos, principalmente, a quienes no podían leer, como señala Guie’biaani’, “les hicieron tranza (...) y se quedaron así, sin nada (...). Un señor me decía –me quitaron dinero de mi tarjeta porque no sé leer, yo les di y que ellos hicieran, pero se aprovecharon y me robaron–” (Entrevista, 29 de octubre de 2018).

Así, las tensiones y los fraudes continuaron. Aún quienes fueron acreedoras al recurso monetario, o parte de éste, se enfrentaron a otras dificultades, como la inconsistencia y la inestabilidad de recibirlo. Como relata Manu:

Se ve cómo las tarjetas se desvían y no llegan, y al final de cuentas llegan y no traen fondos. A un primo le entregaron la tarjeta de \$15,000 y supuestamente era para comprar los materiales, y después le iban a dar la otra mitad para el albañil. Pero fue a comprar el material y le quedaron como \$20. Y luego le dijeron que ya no le iban a mandar para el albañil, quién sabe por qué. Ni modos, va a trabajar él para pagar el albañil. Mucha gente se quedó así, compró el material, pero no tenía para mano de obra, y son gente que de por sí no tenía recursos... ¿cómo le hacen para liquidar esa parte de la mano de obra? Y además ahorita está escasa y están cobrando lo doble, lo triple (Manu, Entrevista, 12 de octubre de 2018).

La insuficiencia del recurso brindado provocó que la mayoría de personas encontraran problemas para llevar a cabo la reconstrucción. Debido al alza de precios de material y de mano de obra las personas tenían dificultades para cubrir ambos costos y tenían que decidir con precaución en qué gastar el dinero, “o era una cosa o era la otra” dice Na Florida. A ella le dieron una tarjeta de parte de la SEDATU, con la cantidad de \$30,000, para comprar material y

---

<sup>68</sup> Ya antes se había denunciado a estas personas por fraude en Juchitán al desviar los recursos que serían destinados a la obra de una planta de tratamiento de basura. Para más información puede revisarse Nivon (2017).

hacer su casa. El dinero de esa tarjeta no le alcanzó para construir, a pesar de que en un principio le dijeron que la casa tendría que estar con todas las reparaciones terminadas. “Y ahora pienso ¿cómo le voy a hacer? Ahorita nos seguimos quedando en un cuartito, pero cuando empiecen las lluvias fuertes eso no va a aguantar. Esas son mis preocupaciones y no sé cómo hacerle” dice Na Florida (D.C. 31 de agosto de 2018).

La preocupación por cómo terminar (o iniciar) de reparar o levantar las casas es constante en las y los habitantes de Juchitán. Varias de las personas, como Na Irma, consideran que “el apoyo que le dieron a la gente fue un pedacito, no alcanza ni para hacer un cuartito” (Na Irma, Entrevista, 2 de octubre de 2018). Y, aunque el recurso no era suficiente, las personas comenzaron con ese apoyo la reconstrucción básica y sumaron su propio trabajo.

Mis hijos empezaron a hacer mi casa cuando llegó un pedazo de ayuda (...). La ayuda llegó en tarjetas (...). Y fue que ya se empezó a construir esta casita, aunque no alcanzó porque estaba caro el material, subió. Y el albañil era caro también, mis hijos tuvieron que trabajar para hacerla (Na Amelia, Entrevista, 7 de noviembre de 2018).

Las personas no podían depender de las acciones y las decisiones del gobierno o de sus instituciones. Entonces, las unidades de reproducción que contaban con alguien que supiera albañilería, plomería o electricidad, comenzaron a “dar mano” para poder reconstruir las casas. También se apoyaban de manera material, como apunta Mario, “ya no esperaban que el gobierno hiciera algo, entre la familia nos echamos la mano, decimos –yo te puedo dar esto, aquí tienes y cuando tengas me lo pagas– y sabemos que es algo solidario para nuestra propia familia” (Entrevista, 9 de noviembre de 2018). Sin embargo, ese apoyo familiar y vecinal no resultó suficiente dadas las condiciones concretas en que se encontraban la mayoría de las unidades de reproducción.

## **6. Condiciones actuales en Juchitán**

Caminar en Juchitán es ver las calles llenas de escombros y de tierra, con montones de arena o grava en las orillas, es cruzar de un lado a otro para no pisar el agua sucia que sale del drenaje. Caminar en Juchitán es ver construcciones inacabadas y vacías, y paredes marcadas con números y letras que representan el folio asignado pero que no tienen mayor alcance. La reconstrucción es otro proceso sumamente complicado dadas las condiciones en que se encuentran las personas.

“Hubo un tiempo en el que no caíamos en cuenta de la situación, pasaban los meses y la gente no creía lo que pasó, no se ubicaban en dónde estaban, veían al alrededor y no había nada, no hay nada” explica Óscar (Entrevista, 23 de noviembre de 2018). Sin embargo, conforme han pasado los meses, las y los juchitecos se habitúan poco a poco a ese contexto y las cosas que en un principio parecían particulares o extrañas se van haciendo cotidianas, “ya nos acostumbramos” dicen. Y es que “tienen que hacerlo”, porque a pesar del desastre la vida continúa.

Las personas perciben que el terremoto no duró sólo unos minutos, su impacto continúa. Como menciona Na Irma, “fue muy triste y devastador todo lo que vivimos y seguimos viviendo porque después de un año del terremoto sigue temblando y casi todo sigue igual, no hay para cuando” (Entrevista, 2 de octubre de 2018). Al andar por las calles de Juchitán puede observarse cómo el palacio municipal, las iglesias y la casa de la cultura, siguen destruidos.

No sé si le toca al gobierno Federal o al gobierno Estatal, pero no agilizan la reconstrucción. Las escuelas... lentamente, el hospital... ¡imagínate! al año no está terminado, y eso que es con dinero público. Quién sabe cuánto falte para que podamos estar otra vez al cien por ciento (Mario, Entrevista, 9 de noviembre de 2018).

El único espacio comunitario que se encuentra más avanzado en su reconstrucción es el mercado principal, proceso que se ha agilizado, según dice Guie´biaani’, “gracias a la presión que ejercieron las mujeres. Gracias a ellas se está reconstruyendo de una manera aparentemente más adecuada, porque lo que querían hacer era poner maderas para taparlo, maquillarlo. ¡Imagínate! con otro terremoto o un temblorcito se cae” (Entrevista, 29 de octubre de 2018). No obstante, aunque el mercado ya se encuentra en reconstrucción, las decisiones que se han tomado para hacerlo no parecen las mejores.

La reconstrucción del mercado es lenta y sólo están componiendo las paredes, están dejando la estructura, las columnas...solo resanan las fisuras. Hay muros que están en mal estado y esos mismos están utilizando. Yo lo veo mal porque el muro que está arriba pesa muchísimo y con la mercancía de la gente se puede desplomar. Y si se desploma se pueden morir. Es peligroso, solamente lo están remodelando. No hay una reparación responsable por parte de las autoridades. Cualquiera en su sano juicio, que está viendo cómo reconstruyen, no va a entrar al mercado. Imagínate, con tanto peso

dentro, viene otro temblorcito y eso, ahora sí, se cae (Heidi, D.C. 11 de octubre de 2018).

El día 11 de abril de 2019, Alejandro Murat inauguró el mercado “5 de septiembre” (Manzo, 2019) a pesar de que la “reconstrucción” presenta irregularidades que ponen en riesgo la vida de las personas, no sólo en el momento actual, sino también a futuro. Además, aunque se realizó la inauguración la obra no está lista y siguen trabajando en ella, por lo que hasta el día de hoy el espacio sigue inhabilitado.

En el caso de la Iglesia de San Vicente Ferrer y la casa de la cultura, se ha cercado el espacio con láminas y cinta amarilla que dice “peligro”, y en su interior sólo se han colocado vigas como soporte pero no se han determinado acciones sobre cómo se reconstruirán. A principios de julio de 2019 algunos albañiles comenzaron a derribar algunas partes dañadas, pero no se han establecido fechas concretas para comenzar la reconstrucción (Orozco, 2019).

Esta es la situación actual de los espacios comunitarios, pero también hay condiciones físicas y materiales específicas que aún no se superan en todo Juchitán. Por ejemplo, como señalé en el capítulo 1, las calles están llenas de escombros, pero nadie lo levanta, algunas personas dicen que “ya no saben dónde meterlo. Todo está hecho un desastre. Todo fue ocupado por la gente. En las calles, no se puede pasar, en primer lugar, está invadido por vendedores, en segundo lugar, hay escombros” (Na Lugarda, Entrevista, 5 de octubre de 2018). Eso afecta el tránsito vehicular, que ahora no tiene orden: las personas manejan en cualquier dirección, respetan poco los semáforos y, en consecuencia, se genera un caos, sobre todo en las horas más concurridas. Al respecto, los policías de tránsito dicen que “no se siguen las reglas de circulación porque estamos en desastre”.

Además, otro de los principales problemas actuales en Juchitán es el sistema de drenaje que se encuentra colapsado. Desde antes del terremoto, este sistema estaba en malas condiciones, pero con el movimiento telúrico las anomalías existentes se agravaron.

Desde hace un año ¿cómo puede vivir así la gente? Con ese apeste de esa agua, desayunando, comiendo, durmiendo con ese apeste... yo creo que no se puede. Mero en las calles está eso. En toda la Séptima ya empieza a salir esa agua de drenaje, la gente está inundada de aguas negras y el gobierno no se preocupa por solucionarlo. A veces mandan a gentes a que hagan el hoyo, pero así queda, ya no tapan el hoyo que hacen. Para pasar es un problema, hay una calle, que hasta lama verde tiene de toda el agua fea

que hay. Imagínate, ya un año, ya está muy escabroso así (Heidi, Entrevista, 30 de septiembre de 2018).

Respecto a la situación, además de Heidi, varias entrevistadas como Na Asunción o Guie'biaani' apuntan que “aquí las autoridades no ayudan, no se ocupan mucho de esas cosas, parece que no les importa (...). Dicen que va a venir alguien, pero así se la pasan...y así hasta que terminen su gestión y le dejen el paquete al que venga” (Na Asunción, Entrevista, 2 de octubre de 2018; Guie'biaani', D.C. 12 de noviembre de 2018).

Al respecto, Gloria Sánchez, en su Informe en el aniversario del terremoto, sostiene que “según estimaciones de la Comisión Nacional del Agua, para resolver el problema del drenaje y el tratamiento de las aguas negras en Juchitán, se requieren alrededor de \$600,000,000” (Gloria Sánchez, 5 de septiembre de 2018). La cifra estimada no es cualquier cosa, pero eso no justifica la nula actuación del gobierno Estatal y Federal para solucionar la situación. La reconstrucción también implica arreglar los servicios que se encuentran dañados, algo que no se ha hecho.

Finalmente, es necesario destacar que, a simple vista, al caminar en las calles céntricas se puede observar cómo están reparando, y construyendo, grandes tiendas como OXXO'S, Farmacias del Ahorro, Coppel, Elektra y diferentes negocios López Lena. Los albañiles comienzan a trabajar desde las 7:00 a.m. en esas obras, van y vienen con materiales y construyen con rapidez. La mayoría de las grandes tiendas y negocios ya están de pie, están activas y tienen venta. Na Asunción distingue que “como son empresarios, es gente que tiene dinero, que tiene la solvencia suficiente, en el centro reconstruyeron todo, ya están las tiendas grandes otra vez, pero las colonias siguen igual” (Entrevista, 2 de octubre de 2018).

La situación que se percibe en el centro no es igual que en las periferias. La reconstrucción es un privilegio en estos momentos. Aquellas personas que poseen los recursos económicos y materiales necesarios pueden hacerlo y quienes no los tienen siguen viviendo en condiciones difíciles, e incluso precarias. Si se camina sólo un par de calles más lejos, se distingue que las casas siguen dañadas y las personas continúan levantando escombros y buscando dónde colocarlo.

## **7. Levantar escombros no es reconstrucción: obstáculos para reparar las casas**

En la pared una palabra pintada con aerosol: peligro. La casa era de adobe y estaba cuarteada por todos lados, había bloques destrozados en la parte superior de las paredes, solo quedaban algunas tejas en su lugar y los vidrios de una ventana estaban rotos. De pronto, comenzaron a derrumbarla. Varios hombres, la mayoría jóvenes, golpeaban la pared con marro y cincel al mismo tiempo que colocaban un andamio para alcanzar las partes más altas. Adentro se observaban otras paredes que dividían los cuartos. Las habitaciones en las que se habían colocado sueños, planes y metas, ahora eran derribadas. A más de un año del terremoto, es común ver estas demoliciones.

El hecho de que la reconstrucción en el centro esté avanzada no quiere decir que en todas las Secciones y colonias existentes suceda lo mismo. Las y los habitantes de Juchitán afirman que el desastre no ha terminado y que “si ni los espacios públicos están reconstruidos, menos las casas” (Guie´biaani’, Entrevista, 29 de octubre de 2018). Todavía hoy hay quienes aún no tienen un techo seguro donde vivir y continúan refugiándose en sus corredores o en casas de campaña que colocan en los patios.

Hay mucha gente que tuvo pérdida total, la casa la tuvieron que desbaratar por completo. Unos viven en otras casas, y otros ponen su casa de campaña. Pero hay un detalle, aquí no ayuda el aire, ha estado muy fuerte. Las casas de campaña las desbarata el aire, rompe las lonas y ya no sirven. Aquí así es: si vas a parar algo páralo bien, porque si no el aire se lo lleva. Todavía hay mucha gente que vive en la calle (Manu, Entrevista, 12 de octubre de 2018).

Reconstruir las casas es complicado dadas sus particularidades. Por un lado, las casas estaban pensadas para unidades de reproducción formadas por varias personas, pues “la gente dice –va a vivir mi hija con su familia, con su esposo– y así, si tienen 5 hijos, tienen 5 familias dentro de una casa. Por eso las casas eran muy grandes” (Mario, Entrevista, 9 de noviembre de 2018). De esta manera, eran construcciones que contenían el trabajo de personas de diferentes generaciones.

¿De dónde va a sacar dinero la gente en ese momento para levantar su casa? ¿Te imaginas? Las casas que se cayeron son heredadas, de generaciones, de 70 o hasta 100 años, son trabajos que se han ido realizando poco a poco (...). Y de repente se cae y quieres levantarla en unos días... pues está cabrón. Entonces la reconstrucción no es

reconstrucción como tal, más bien es limpiar los espacios...no es reconstrucción en esos momentos, es más bien adaptarse a la situación y ver qué se puede rescatar (Óscar, Entrevista, 23 de noviembre de 2018).

Ojos externos pueden preguntarse ¿por qué no se apuran a reconstruir? pero ¿cómo pueden hacerlo? Se necesita dinero y no todas las personas lo tienen, no todas pueden pagar los costos de la mano de obra, del material y su transporte. La diferencia entre quienes pueden reconstruir y quienes se enfocan en limpiar y descombrar es visible. De ahí que la afirmación de que “los desastres dañan a todas las personas por igual” sea falsa, los desastres sí impactan diferencialmente y generan discriminación debido a las condiciones distintas en que cada sector vive y a la atención que se les brinda.

A estas alturas, cada unidad de reproducción intenta buscar alternativas y atender sus propios intereses. “Cada quién se rasca como puede”, apunta Na Irma, y continúa, “eso sí, los albañiles aumentaron mucho el precio” (Entrevista, 2 de octubre de 2018). Otra de las dificultades para la reconstrucción es el aumento en los costos de mano de obra.

Antes cobraban \$250 y ahora \$500 al día, como trabajan de lunes a sábado, la semana les sale en 2700 o 3000. Eso es del albañil, más el peón... Al principio mucha gente se gastó su dinero por avanzar en su casita, muchos sí contrataron a esas personas y no tuvo avance, la mayoría quedaron a medias y otros definitivamente quedó abajo su obra, ya no alcanzó el dinero, no alcanzó el material, no alcanzó (Heidi, Entrevista, 30 de septiembre de 2018).

Las personas tienen que decidir entre alimentarse y satisfacer necesidades básicas o levantar su casa, o al menos una habitación, para poder vivir. Las condiciones reales del contexto limitan las acciones. Por un lado, “los albañiles prefieren trabajar en grandes construcciones para ganar más en menos tiempo” (Na Manuela, D.C. 27 de agosto de 2018), y, por otro lado, quienes sí tenían los recursos para cubrir el pago de la mano de obra se enfrentaron a la escasez de la misma.

Todos se pusieron a trabajar, los contrataron en lugares grandes y se fueron para allá, no había trabajadores, había que esperar. Y luego las tiendas que vendían los materiales, igual, ibas a pedir un mes antes y te llegaban a dos meses los materiales, se llenaron. Muchísimo tiempo. Se saturó igual, requería mucho trabajo... Ya no había quién construyera, no había nadie (Heidi, Entrevista, 30 de septiembre de 2018).

Al mismo tiempo, la escasez del material de construcción se hizo presente. Al principio, las tiendas vendieron rápidamente la mercancía con la que contaban, pero durante un tiempo las grandes empresas distribuidoras no llegaban a surtir debido a las condiciones físicas de Juchitán. “Tenían miedo de venir y que temblara, por eso mejor dejaron de abastecer” dice Na Irma (Entrevista, 2 de octubre de 2018). En consecuencia, los lugares en donde se compraba el material tenían, y aún tienen, largas listas de espera y podían tardar meses en proveer lo requerido. Incluso, las tiendas cambiaron el proceso de abasto. Como explica Manu: “antes los materiales los venían a dejar a tu casa, ahorita tienes que ir por ellos y tienes que esperar a ver si tienen” (Entrevista, 12 de octubre de 2018). Por otro lado, también los costos del material se han elevado considerablemente, hasta un 50% o más (López, 2017).

Los precios se dispararon. Una tapa de tubo (de PVC) que valía 7 pesos ahora está en 25 o 30. Se aprovechan de la necesidad de la gente y lo van a seguir haciendo. Los precios seguirán aumentando. Vivir aquí es cada vez más caro (Ta Ricardo, D.C. 13 de septiembre de 2018).

En ese sentido, quienes se han beneficiado con la necesidad y la urgencia de componer o construir lugares habitables han sido las casas comerciales. Na Lugarda señala que “las casas comerciales en vez de darle la mano al pueblo, les aprietan la mano a todos. Aumentaron el precio del cemento, de la varilla. Todo subió. Ellos empezaron a tener fiesta, “a tener su agosto”, se aprovecharon” (Entrevista, 5 de octubre de 2018).

Es por todas las condiciones y circunstancias mencionadas que la reconstrucción es sumamente complicada. “Esto no va a tardar en levantarse ni uno o dos años, va a tardar mucho. Sigue igual, la mayoría está devastado, todo destruido” (Na Elsa, Entrevista, 18 de octubre de 2018). La consciencia de que el proceso es largo y se va a demorar algunos años está presente en la mayoría de las personas.

El Juchitán de ayer se fue... se fue. Ojalá que la nueva generación que viene pueda construir un Juchitán bonito como antes, porque es muy difícil que se levante un Juchitán en cinco años, por decirlo... no, va a tardar. Claro que un periodista vino y me dice: “¿Usted cree que se va a levantar Juchitán?”. Por dentro decía yo “¿dónde?”. Pero, “claro que se va a levantar” le dije, “los juchitecos son trabajadores, Juchitán se va a levantar con la ayuda de Dios y la ayuda de los juchitecos se va a levantar”. Va a

tardar años, va a tardar años, pero se va a levantar. Por eso hay un lema ahorita que dice: Juchitán está de pie Juchitán vive (Na Lugarda, Entrevista, 5 de octubre de 2018).

Y, a pesar del contexto y de las dificultades para la reconstrucción, las y los habitantes de Juchitán continúan trabajando para poder satisfacer sus necesidades y reproducir la vida, siguen limpiando los espacios y despejando las calles, se han adaptado a vivir en las condiciones en que se encuentran y han transformado sus dinámicas familiares y laborales. Poco a poco, recuperan sus medios de producción y adecuan el lugar en que viven para que les sea más agradable, porque, a pesar de todo, continuarán ahí.

Somos necios porque aquí estamos. Aquí están enterradas nuestras familias, nuestros muertos. No es tan fácil irse. La querencia es muy fuerte para nosotros que no nos queremos ir. Hay gente que se ha ido, pero ha regresado, a la mera hora se regresan, se fueron y a los tres o cuatro meses ya estaban de regreso. Por eso te digo, la querencia por el suelo es bastante. Quién sabe cómo va a terminar todo esto (Manu, Entrevista, 12 de octubre de 2018).

### **Conclusiones**

El Estado tiene la responsabilidad de atender las necesidades de las personas y las emergencias en situaciones de desastre, pero es necesario que su actuación se base en el respeto por las formas de vida y las prácticas comunitarias que existen en los espacios afectados, tratando así, de generar los menores conflictos posibles. Sin embargo, tras el terremoto en Juchitán, fue posible observar la incapacidad y la ineficacia de respuesta estatal.

La distribución de las ayudas por parte de las autoridades, el censo y la entrega de tarjetas fueron acciones irregulares, carentes de claridad y encaminadas principalmente por lógicas clientelares. Pero esto no es un conjunto aislado que surge ante el desastre, sino parte de un proceso de despojo a largo plazo que se apoya en la militarización y que busca arrancar a las personas su territorio y sus formas de organización y acción colectiva. A dos años del terremoto, es preciso preguntarse ¿qué implicaciones ha tenido la militarización y a quiénes ha beneficiado? Estos cuestionamientos estarán latentes y son reveladores, sobre todo cuando hoy en día el gobierno Federal implementa el Plan Nacional de Paz y Seguridad y “la GN [Guardia Nacional] despliega 6 mil 750 elementos en todo el Estado de Oaxaca, 450 en cada uno de los 15 municipios donde contarán con un cuartel, entre estos, Juchitán” (Orozco, 2019).

Actualmente las consecuencias del terremoto continúan y son visibles, la existencia de las personas se ha transformado en gran medida. Reproducir la vida y reconstruir los espacios, tanto familiares como comunitarios, resulta sumamente difícil. En Juchitán hoy se libra una guerra que, como sostiene Dawn Paley, ataca, masacra y desaparece a quienes viven siguiendo lógicas comunitario-populares, se les intenta despojar de su capacidad de reproducir la vida y lo común, al mismo tiempo que se busca reducir sus medios y caminos para resistir (Paley, 2016: 181). Aun así, las y los habitantes siguen de pie, trabajando, compartiendo y luchando cada día por sobrevivir. Lo sucedido aquí es un reflejo de lo que ocurre en muchos lugares del país, la destrucción física es el “plus” que, sumando a la violencia existente, hace que el viento transporte el polvo y el miedo, y que la muerte permee con naturalidad la comunidad que, a pesar de todo, defiende la vida.

## REFLEXIONES FINALES



Fotografía 7. “Territorio encarnado”. Bordado en bastidor de Yumi.

Esta investigación es un esfuerzo por analizar las múltiples estrategias, trabajos y relaciones que las mujeres han desplegado para reproducir la vida después del terremoto de 2017 en Juchitán, en un contexto marcado por el desastre y, al mismo tiempo, donde la violencia aumenta y se expresa de manera alarmante cada día. En la tesis muestro cómo, dada la gravedad del desastre, las acciones individuales o familiares fueron insuficientes para sostener la vida. Tampoco bastaron las escasas medidas e iniciativas que el Estado y sus instituciones emprendieron, las cuales siguieron lógicas individualistas y clientelares. Lo que posibilitó la reproducción de la vida material, simbólica y afectiva, tanto familiar como comunitaria, fueron las estrategias y el trabajo colectivo que las personas, principalmente las mujeres, desplegaron de manera inmediata y a largo plazo.

Así, la tesis pone el foco de análisis en el trabajo de las mujeres, pues éste constituye la principal fuerza para posibilitar la vida en un contexto de desastre. Me pareció sumamente importante enfocar todas las acciones que ellas realizan desde la categoría de “trabajo” para mostrar que se trata de un esfuerzo humano aplicado a la producción de riqueza para la vida. Con fines analíticos, clasifiqué estos trabajos en seis diferentes tipos: 1) el trabajo doméstico, 2) el trabajo de cuidados, 3) el trabajo de contención emocional, 4) el trabajo para generar

ingresos, 5) el trabajo para el goce colectivo y 6) el trabajo para mantenerse con vida y protegerse de la violencia.

Cabe señalar que numerosos estudios e investigaciones sobre desastres retratan a las mujeres como “víctimas vulnerables” (López, 1999; Enarson y Morrow, 2000; Bradshaw y Arenas, 2004; Castro y Reyes, 2006; Valdés, 2010; PMSD-OMS, 2011; Cásares, 2013; Ministerio de la Mujer y Equidad de Género de Chile, 2014; Cotarelo, 2015), de tal manera que el alcance y la fuerza de su trabajo, así como sus acciones y relaciones, no son nombradas ni visibles y se ciega el potencial político que tienen. En esta investigación seguí un camino distinto y aposté por analizar el papel que las mujeres tienen en contextos de desastre con otra mirada, la de la reproducción de la vida, los entramados comunitarios y la violencia.

Reproducir la vida después de un desastre natural no es fácil, menos aún en un contexto marcado por la violencia. Juchitán ha sido ubicado como el noveno municipio más violento a nivel nacional (SESNP, 2019), la violencia hacia las mujeres es latente y brutal. Tanto en las calles como dentro de las casas, los golpes, los gritos y las humillaciones están presentes, pero también el acoso, la violación sexual y los feminicidios son constantes. Por ello, cuidar la propia vida se ha vuelto una labor extra para ellas, pues tienen que luchar por defender su integridad física al mismo tiempo que se encargan de reproducir la vida de las y los demás. Por eso me pareció fundamental llamar “trabajo” a todas las acciones y esfuerzos que las mujeres llevan a cabo para sobrevivir, y fue así que nombré “el trabajo para mantenerse con vida y protegerse de la violencia”.

En el capítulo 1 reconstruí y retraté las experiencias que las mujeres vivieron durante el terremoto, así como las estrategias colectivas y las “luchas por lo común” (Navarro, 2015) que las personas desarrollaron para cuidar y reproducir la vida las primeras semanas posteriores al desastre. En esos momentos, las principales necesidades que surgieron fueron: 1) rescatar a las personas y los cuerpos; 2) satisfacer el hambre; 3) tener un techo para cubrirse y resguardarse; 4) garantizar la seguridad de las personas y cuidarse mutuamente; y 5) levantar escombros y despejar las calles y las casas.

A pesar de que el Istmo de Tehuantepec y gran parte del estado de Oaxaca y de todo el país se cayó a pedazos, la solidaridad se hizo presente y se reactivó desde múltiples actores y lugares. De esta forma, los entramados comunitarios se desplegaron más allá de Juchitán, es decir, las y los juchitecos dentro y fuera de la comunidad reavivaron las redes de vínculos y

relaciones, y tuvieron una gran capacidad de respuesta ante la urgencia de satisfacer necesidades básicas y crear las condiciones mínimas requeridas para subsistir en el contexto de terremoto.

El desastre dejó ver que cuando la vida se pone en riesgo los entramados comunitarios pueden reavivarse. Basados en la memoria y en experiencias organizativas previas, éstos se hacen cuerpo colectivo para privilegiar el cuidado y desplegar diferentes prácticas que buscan el bien común. “Todos salvaban a todos” decía Guie’biaani’, y esa lógica fue la que permitió no sólo reproducir sino salvar vidas y rescatar los cuerpos. Sin embargo, a pesar de su potencia, éstas dinámicas fueron frágiles e inestables, por lo que a largo plazo no lograron sostenerse con la misma fuerza e intensidad con la que emergieron en las primeras semanas posteriores al terremoto. Pero esto no fue extraño e incluso puede considerarse “normal” en un contexto de despojo y violencia creciente donde reproducir la vida en “tiempos normales” constituye todo un reto.

En el capítulo 2 mostré cómo, ante la necesidad de satisfacer el hambre, las mujeres se organizaron vecinalmente para establecer cocinas comunitarias. Éstas se convirtieron en uno de los espacios más importantes para sostener la vida luego del terremoto, porque permitían aprovechar los pocos recursos de manera óptima y generar el bienestar de manera colectiva. Como muestro en el capítulo, emergieron tres diferentes tipos de cocinas según su capacidad organizativa y las redes de apoyo con las que contaban: 1) las que se sostuvieron con apoyo intermitente de la sociedad civil; 2) aquellas basadas en el apoyo continuo de la sociedad civil y ONG; y 3) las provenientes del apoyo gubernamental, que eran casi inexistentes.

Independientemente del tipo de cocinas, la organización colectiva que se desplegó en estos espacios era flexible y dinámica, pues era necesario que las mujeres hicieran uso de su creatividad e ingenio para cocinar con las materias primas con las que contaban, para optimizar el uso de los recursos y para disminuir el trabajo. Así, en estos lugares ellas producían común y buscaban beneficiar a la mayor cantidad de personas posible.

En ese sentido, todas las cocinas se basaban en el tiempo, los saberes y el trabajo de las mujeres, mismos que se veían plasmados en lo que llamo el “ciclo del trabajo alimenticio”. Este ciclo implica seis principales labores: 1) coordinar tareas; 2) gestionar materias primas; 3) planear la comida; 4) elaborar o preparar la comida; 5) servir y repartir los alimentos; y, 6) limpiar el material utilizado y el espacio. Todos estos trabajos requieren dedicación y esfuerzo

mental constante, que luego se pone en marcha y hace posible que las personas coman. Por ello, el trabajo alimenticio, como parte del trabajo doméstico, forma parte de la “triada vital” que desarrollo en el capítulo 3, pues es uno de los pilares de la vida concreta a través del cual se satisfacen necesidades básicas y se revitaliza y se nutre el cuerpo a diario.

Para cerrar el capítulo desarrollé las principales tensiones y dificultades que surgieron en las cocinas comunitarias y que influyeron en que éstas finalizaran. Por un lado, aunque la llegada de víveres y apoyos materiales fue central para posibilitar la existencia de las cocinas, después de unos meses se generó cierta dependencia a esta ayuda externa y cuando esta cesó la capacidad de sostenibilidad material se vio impactada. Por otro lado, la carencia o escasez de mecanismos regulatorios de los acopios y los recursos dificultó la organización colectiva y mermó la búsqueda de bien común a largo plazo, pues pasado cierto tiempo algunas personas buscaban satisfacer intereses propios o familiares. Finalmente, ya que en las cocinas la división sexual del trabajo estuvo presente todo el tiempo, éstas se sostenían en la fuerza, el cuerpo y la disposición del tiempo de las mujeres, lo que las agotó física y mentalmente y, a largo plazo, mantener las cocinas fue limitante para que ellas realizaran otras labores como salir a vender, hacer el trabajo doméstico o cuidar a las y los niños, y esto nos permite observar las tensiones que existen entre los múltiples trabajos que ellas realizan.

En el capítulo 3 examiné las estrategias y los trabajos, tangibles e intangibles, que las mujeres han desplegado a largo plazo para posibilitar la existencia y generar el bienestar físico y emocional de las personas. Para ello, analicé la reproducción de la vida en términos de “trabajo” y, como ya señalé, los clasifiqué en: 1) el trabajo doméstico; 2) el trabajo de cuidados; 3) el trabajo de contención emocional; 4) el trabajo para generar ingresos; y 5) el trabajo para el goce.

Esta clasificación me pareció pertinente para, por un lado, dar cuenta de las principales, pero no únicas, labores que las mujeres han realizado históricamente y que en el contexto de un desastre natural son indispensables, actividades que no suelen ser nombradas ni reconocidas, de tal manera que su alcance concreto y político se desdibuja. Y, por otro lado, sostener que son “trabajo” porque: 1) siempre producen valor; 2) implica que dediquen tiempo, esfuerzo físico y energía mental para planear y ejecutar las acciones; y, 3) produce cansancio corporal y desgaste afectivo y mental.

El trabajo de las mujeres está presente las 24 horas de cada día en todo el mundo. Ellas, a través de su cuerpo, sus saberes, y su energía emocional y física, sostienen la vida en su sentido más amplio. Y, en momentos en los que la tierra se sacude su quehacer incrementa debido al aumento y la urgencia de satisfacer necesidades. Entonces ellas despliegan estrategias colectivas creativas, eficaces e inmediatas, haciendo uso de sus saberes y sentires como “todólogas”, tal y como sostenía Yumi. De esta manera, revitalizan los cuerpos y los afectos, y reactivan las dinámicas económicas y comunitarias.

Sin embargo, a pesar de que todo el trabajo que realizan las mujeres juchitecas genera bienestar para las demás personas y fue necesario para que la comunidad se recuperara del terremoto, para ellas significa desgaste y cansancio físico, mental y emocional. Porque, tal y como sostiene Federici, “la producción de nuestra vida se transforma, inevitablemente, en la producción de muerte para otros” (2013: 254).

El capítulo 4 está dedicado a analizar uno de los hallazgos centrales de mi investigación: “el trabajo para mantenerse con vida y protegerse de la violencia”, ya que, además de los cinco trabajos reproductivos que desarrollé en el capítulo anterior, en el contexto actual de Juchitán las mujeres invierten una gran cantidad de tiempo y energía para esto. A lo largo del capítulo describí el contexto en el que las mujeres juchitecas viven y expuse las violencias cotidianas a las que se enfrentan en las calles, que van desde el acoso hasta el feminicidio, y aquellas que viven dentro de la casa, principalmente la violencia psicológica y la física.

Frente a la violencia brutal que se incrementa día con día, salir a la calle es un peligro para las mujeres, pero dentro de la casa tampoco hay seguridad. Ellas saben que pueden morir en cualquier momento, saben que son fácilmente asesinables. Por ello, libran una lucha continua por sobrevivir y generan y comparten estrategias para cuidarse y cuidar a aquellas que las rodean. Esto significa un trabajo más para su vida, porque implica dedicar mucho tiempo y energía física y mental para escapar de la violencia, y genera preocupación, desgaste y cansancio

También, sostuve que el ataque hacia las mujeres es, al mismo tiempo, un ataque a los entramados comunitarios y a lo común que ellas crean, reproducen, movilizan y sostienen. Es decir, asesinarlas significa la destrucción de los vínculos, del bagaje epistemológico y práctico, y de las formas organizativas que ellas despliegan en colectivo. Y, en Juchitán, esto conviene a los intereses capitalistas que están puestos en la región, pues al mismo tiempo que se genera un

ambiente donde el miedo, el terror y la inseguridad es latente, se refuerzan las lógicas individualistas y se buscan mermar las luchas comunitarias por defender la vida.

Cabe destacar que esta situación no es particular de Juchitán, pues es algo que las mujeres viven en Oaxaca, en el país y en el mundo. Sin embargo, analizarlo en Juchitán da la posibilidad de cuestionar la mirada con que se les ha investigado, pues tanto en la academia (Chiñas, 1973; Bennholdt-Thomsen, 1997) como en el arte (Iturbide, 1989; Boyé, 2013; Butta, 2014) se ha sostenido la existencia del “matriarcado”. Las palabras de las mujeres aquí, por el contrario, reflejan la violencia y la muerte que se ha ocultado y silenciado.

Finalmente, en el capítulo 5 analicé las respuestas que el Estado emprendió ante la emergencia y las acciones posteriores que desplegó a largo plazo. Para empezar, mostré que la entrada del ejército al territorio juchiteco fue la operación gubernamental inmediata y que esto se relaciona con el contexto de despojo que se ha instalado desde hace años, ya que múltiples intereses económicos y políticos transnacionales están puestos en el Istmo de Tehuantepec por ser una zona estratégica para el “desarrollo” del país.

Luego, analicé cómo el Estado gestiona los desastres haciendo uso de prácticas clientelares que promueve con fines políticos, mismas que estuvieron presentes después del terremoto durante procesos como 1) la llegada y la entrega de víveres, 2) el primer censo realizado y 3) la entrega de recursos monetarios a través de las tarjetas. Así, el interés por el bienestar de las personas de la comunidad pasó a segundo plano, aunque de hecho en ningún momento fue prioridad, y la corrupción y la búsqueda de beneficios con fines partidistas tomó centralidad. Sin embargo, esto no es excepcional, pues lo que sucedió en Juchitán forma parte de las prácticas que el Estado mexicano ha desplegado desde hace décadas, mismas que han resquebrajado y debilitado los entramados comunitarios.

Para terminar, retraté las dificultades con que las personas se han encontrado para “reconstruir” sus casas, mismas que se refuerzan por la mínima responsabilidad estatal y el manejo poco claro que el gobierno hizo de los recursos destinados a la reconstrucción después del terremoto. Además, mostré las circunstancias y las condiciones en las que las y los habitantes juchitecos viven actualmente. Las voces de las personas reflejan cómo, contrario a la “reconstrucción” que predica el gobierno estatal y nacional, en Juchitán se encuentran en un periodo de “limpieza”, descombro y adecuación de los espacios.

## **Nuevas líneas de investigación**

La reproducción de la vida es la línea de investigación central en este trabajo. Sin embargo, durante mi estancia en campo y el proceso de escritura de este texto, pude percibir la necesidad de profundizar en el análisis de algunos temas que están presentes en la tesis, pero que me gustaría explorar más, tales como: 1) los trabajos reproductivos que las niñas realizan; 2) los trabajos de reproducción como legado femenino que posibilita la vida de las y los demás, pero acaban con la salud física, afectiva y mental; 3) las luchas en defensa de la vida y contra el despojo sistemático en Juchitán; 4) la violencia patriarcal y la lucha por sobrevivir de las mujeres.

Para empezar, durante mi estancia en Juchitán pude observar que los trabajos de reproducción que las niñas llevan a cabo son vitales para el funcionamiento de las unidades de reproducción y de la comunidad. En cada uno de los seis trabajos que analicé a lo largo de la tesis ellas tienen un papel central, principalmente en “la triada vital”, es decir, en el trabajo doméstico, el de cuidados y el de contención emocional. De las niñas depende gran parte del bienestar, tanto físico como emocional, pues son parte de la red femenina en cuyos cuerpos se sostiene la vida. Sin embargo, su trabajo al lavar los trastes, preparar la comida o cuidar a sus hermanas o hermanos, sólo por mencionar algunas de sus labores, suele pasar desapercibido y se nombra como “ayuda” aun cuando les genera cansancio físico, preocupaciones o las deja sin tiempo para jugar y divertirse.

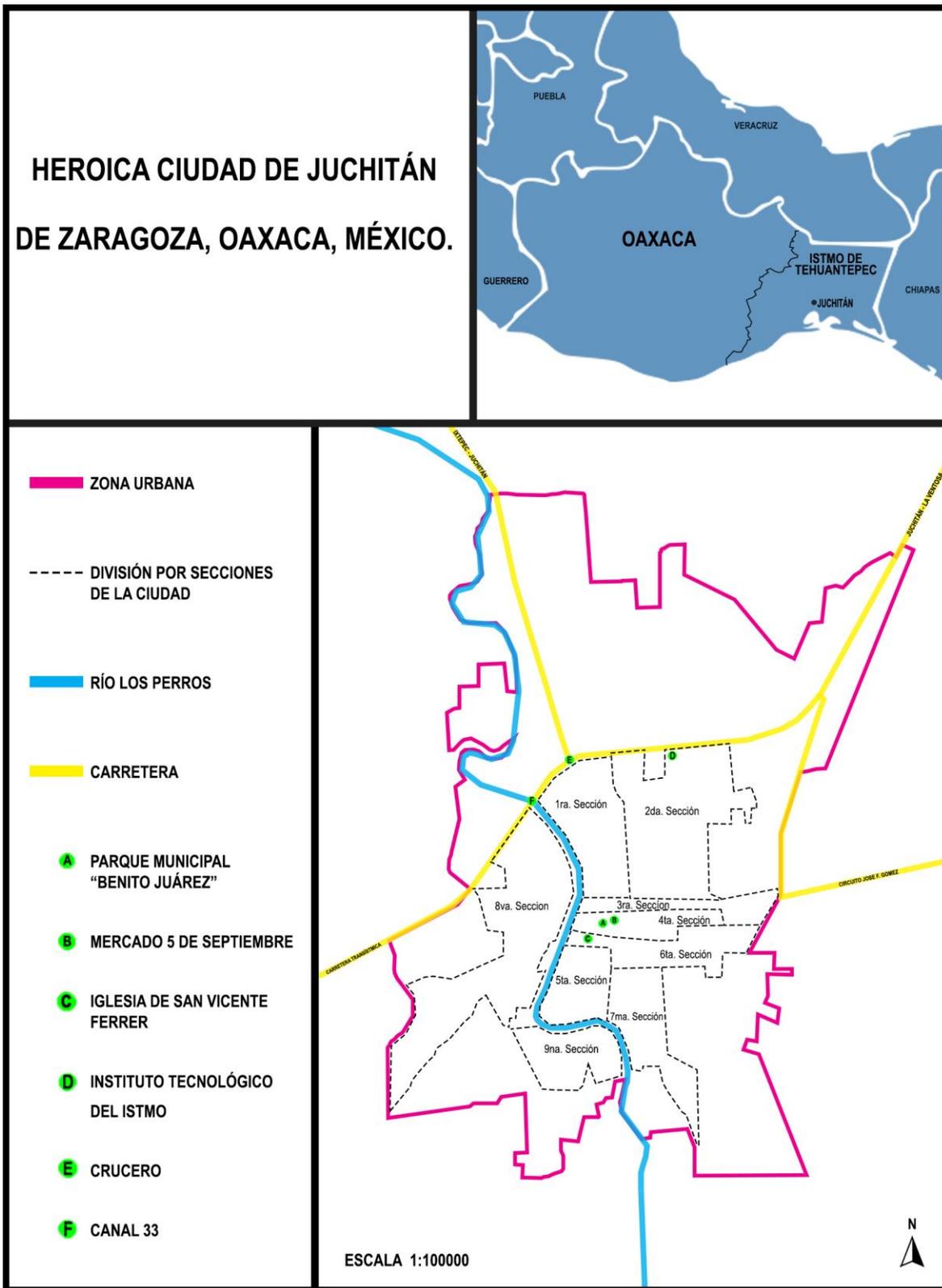
Por otra parte, considero que es fundamental profundizar en el proceso de enseñanza y aprendizaje de los trabajos reproductivos que se lleva a cabo entre las mujeres mayores y las menores, como un conjunto de saberes y prácticas que se transmiten y son capaces de sostener la vida en circunstancias imprevistas, pues da luz para observar a fondo las dinámicas y relaciones generacionales entre mujeres. Además, me parece necesario ahondar en el impacto y las consecuencias que estos trabajos generan en el propio cuerpo, en la salud y en la vida.

Ahora bien, en el capítulo 5 señalé la situación actual en Juchitán, la militarización y el proyecto estatal y privado que busca destruir los entramados comunitarios y despojar a las personas de su territorio, de sus recursos y de sus capacidades para reproducir su propia vida. Pero es necesario profundizar en que, hoy en día, diversos actores quieren implementar múltiples iniciativas con el fin de impulsar el “desarrollo” en la región, por ejemplo, el tren transístmico o las empresas eólicas que pretenden expandirse. En ese sentido, es fundamental acompañar y documentar las luchas que las y los juchitecos despliegan para proteger su

territorio y su vida del despojo sistemático aún después del desastre, cuando las condiciones físicas y materiales no son las mejores para defenderse. Además, me parece primordial dar cuenta del impacto y las consecuencias que la presencia militar tendrá en comunidad y, sobre todo, en la vida de las mujeres.

Finalmente, otro de los temas que desarrollo en la tesis pero que me parece vital analizar más a detalle es la lucha de las mujeres juchitecas por defender su vida y sobrevivir en un contexto bélico y de desastre, donde la violencia patriarcal es continua. Ahondar en cada una de las estrategias de cuidado que ellas aprenden desde la infancia, así como las enseñanzas que comparten cuando ya son mayores, puede expandir la comprensión de la fuerza vital y política de los vínculos femeninos, así como en cómo éstos se encuentran en el corazón de las tramas comunitarias y de la vida misma.

# ANEXO: MAPA DE JUCHITÁN Y SUS SECCIONES



## REFERENCIAS

- Acosta, Eliana. (2007). *Zapotecos del Istmo de Tehuantepec. Pueblos indígenas del México contemporáneo*. México: Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas.
- Acosta, Elaine. (2013). Mujeres migrantes cuidadoras en flujos migratorios sur-sur y sur-norte: expectativas, experiencias y valoraciones. *Polis. Revista Latinoamericana*, 1-20.
- Auyero, Javier. (2001). *La política de los pobres. Las prácticas políticas del peronismo*. Argentina: Cuadernos Argentinos.
- Baez, Susann. (2017). La contribución de la Antropología al Estudio de Crisis y Desastres en América Latina. *Iberoamericana-Nordic Journal of Latin American and Caribbean Studies*, 1-5. doi: <https://doi.org/10.16993/iberoamericana.102>
- Bennhold-Thomsen, Veronika. (1997). *Juchitán, la ciudad de las mujeres*. México: Instituto Oaxaqueño de las Culturas-Consejo Estatal para el Desarrollo de la Cultura y las Artes.
- Bradshaw, Sarah y Arenas, Ángeles. (2004). *Análisis de género en la evaluación de los efectos socioeconómicos de los desastres naturales*. Chile: División de Desarrollo Sostenible y Asentamientos Humanos Unidad Mujer y Desarrollo.
- Caffentzis, George, y Federici, Silvia. (2015). Comunes contra y más allá del capitalismo. *El Apantle. Revista de estudios comunitarios*. (1), 51-72.
- Carrasco, Cristina. (1992). El trabajo de las mujeres: producción y reproducción (algunas notas para su reconceptualización). *Cuadernos de Economía*, 20, 95-109.
- Carrasco, Cristina. (2001). La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres? *Mientras Tanto* (82), 43-70.
- Carrasco, Cristina, Borderías, Cristina, y Torns, Teresa. (2011). Introducción. El trabajo de cuidados: antecedentes históricos y debates actuales. En C. Carrasco, C. Borderías, y T. Torns, *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas* (13-95). Madrid: Los libros de la catarata.
- Carrasquer, Pilar. (2013). El redescubrimiento del trabajo de cuidados: algunas reflexiones desde la sociología. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 31(1), 91-113.
- Carrasquer, Pilar, Torns, Teresa, Tejero, Elisabet, y Romero, Alfonso. (1988). El trabajo reproductivo. *Papers*, 55, 95-114.
- Cásares, Raquel. (2013). *Mujeres y niñas en Contexto de Desastres. Tres Estudios de Caso sobre Vulnerabilidad y Capacidades en la República Dominicana*. República Dominicana: Plan Internacional. Oxfam.
- Castro, Cecilia. (2005). *La inequidad de género en la gestión integral del riesgo de desastre*. México: Revista de la Universidad Cristóbal Colón.

Castro, Cecilia., y Reyes, Luisa. E. (2006). *Desastres naturales y vulnerabilidad de las mujeres en México*. México: Instituto Nacional de las Mujeres (INMUJERES). Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). ISBN: 968-5552-84-3.

Chiñas, Beverly. (1973). *Las zapotecas del Istmo: roles de las mujeres en el contexto cultural*. Waveland Press, Prospect Heights, III.

Christie, María. (2002). Naturaleza y Sociedad Desde la Perspectiva de la Cocina Tradicional Mexicana: Género, Adaptación y Resistencia. *Revista de Geografía Latinoamericana*, 1(1), 17-42. Obtenido de [https://www.jstor.org/stable/25765026?seq=1#page\\_scan\\_tab\\_contents](https://www.jstor.org/stable/25765026?seq=1#page_scan_tab_contents)

Cotarelo, Laura. (2015). Vulnerabilidad de las mujeres frente a la violencia de género en contexto de desastres naturales en Latinoamérica y Caribe. *Trabajo Social Hoy*, 76, 7-34. Doi 10.12960/ TSH.2015.0013.

Cuevas, Alicia; Javier, Francisco; Miramón, Verduzco y Serratos, Elia. (2012). El enfoque de género en la etapa de reconstrucción de un desastre: análisis de programas sociales aplicados con equidad de género en Angangueo, Michoacán. *La Teoría*. No. 36.

D'Alessandro, Mercedes. (2017). *Trabajo doméstico, la base de la brecha de género*. Obtenido de <http://mercedesdalessandro.com/trabajo-domestico-la-base-de-la-brecha-de-genero/>

Dalla Costa, Mariarosa. (1972). *Las mujeres y la subversión de la comunidad*. México: Siglo XX.

Dalton, Margarita. (2010). *Mujeres: género e identidad en el Istmo de Tehuantepec, Oaxaca*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

de la Barra, Flora, y Silva, Hernán. (marzo de 2010). Desastres y salud mental. *Revista Chilena de Neuropsiquiatría*, 48(1), 7-10.

De Sousa, Deolinda. (1995). Sequía migración y vivienda: ¿Dónde queda la mujer invisible? En Desastres y sociedad. *Revista Semestral de La Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina*, 5(3), 125-137.

Durán, María de los Ángeles. (2012). *El trabajo no remunerado en la economía global*. Bilbao: Fundación BBVA.

Durin, Séverine. (2017). *Yo trabajo en casa. Trabajo del hogar de planta, género y etnicidad en Monterrey*. México: Centro de Investigaciones y Antropología Social.

Enarson, Elaine y Morrow, Betty. (2000). *¿Por qué 'género'? ¿Por qué 'mujeres'? Una introducción al tema de las mujeres y los desastres*. Miami: IHC. Laboratory for Social and Behavioral Research.

Falcó, Ruth. (2003). *La arqueología del género: Espacios de mujeres, mujeres con espacio*. España: Universidad de Alicante/ Centro de Estudios sobre la Mujer.

- Falquet, Jules. (2011). Mercado laboral y guerra. Hombres en armas y "mujeres en servicios". En J. Falquet, *Por las buenas o por las malas: las mujeres en la globalización* (págs. 57-82). Colombia: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas.
- Falquet, Jules. (2014). De los asesinatos de Ciudad Juárez al fenómeno de los feminicidios: ¿nuevas formas de violencia contra las mujeres? *Vientos Sur*.
- Federici, Silvia. (2013a). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. México: Traficantes de Sueños.
- Federici, Silvia. (2013b). *Revolución punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Federici, Silvia. (2018). *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Fothergill, Alice. (1996). Gender, risk and disaster. *International Journal of Mass Emergencies and Disasters*. Vol. 14, No. 1. 33-56.
- Gabe, Mugarik. (2001). *Las mujeres mueven el mundo*. España: Gobierno de Navarra/ Instituto de estudios sobre desarrollo y cooperación internacional-Universidad del país vasco.
- Gil, Silvia. (2011). *Nuevos feminismos. Sentidos comunes en la dispersión. Una historia de trayectoria y rupturas en el Estado español*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Guber, Rosana. (2001). *La etnografía: método, campo y reflexividad*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Gutiérrez, Raquel. (2008). *Los ritmos del Pachakuti. Movilización y levantamiento popular-indígena en Bolivia (2000-2005)*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Gutiérrez, Raquel (2013). Conocer las luchas y desde las luchas. Reflexiones sobre el despliegue polimorfo del antagonismo: entramados comunitarios y horizontes políticos. *Acta Sociológica*, (62), 11-30. Obtenido de <http://www.revistas.unam.mx/index.php/ras>
- Gutiérrez, Raquel. (2017). *Producir lo común: entramados comunitarios y formas de lo político*. México.
- Gutiérrez, Raquel, Navarro, Mina, y Linsalata, Lucía. (2016). Repensar lo político, pensar lo común. Claves para la discusión. En L. Linsalata, D. Inclán, y M. Millán, *Modernidades Alternativas y nuevo sentido común: ¿hacia una modernidad no capitalista?* (págs. 377-417). México: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM.
- Haraway, Donna. (1995). Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial. En D. Haraway, *Ciencia, ciborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza* (págs. 313-146). Madrid: Cátedra.
- Harding, Sandra. (1998). ¿Existe un método feminista? En E. Bartra, *Debates en torno a una metodología feminista* (págs. 9-34). México: Universidad Autónoma Metropolitana.

- Hardy, Clarisa. (1986). *Hambre + Dignidad = Ollas Comunes*. Chile: Programa de Economía del Trabajo.
- Hiner, Hillary. (2011). De la olla común a la acción colectiva. Las mujeres "Yela" en Talca, 1980-1995. *Polis. Revista Latinoamericana* (28).
- Iturbide, Graciela. (1989). *Juchitán de las mujeres. 1979>1989*. México: Amigos de Editorial Calamus A.C./ Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/ Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura.
- Juárez-Hernández, Sergio, y León, Gabriel. (2014). Energía eólica en el istmo de Tehuantepec: desarrollo, actores y oposición social. *Revista Problemas del Desarrollo*, 45(178), 139-162.
- Klein, Naomi. (2007). *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*.
- Lagarde, Marcela. (2005). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Lagarde, Marcela. (2012). *El Feminismo en mi vida. Hitos, claves y topías*. México: Gobierno de la Ciudad de México/ Instituto de las Mujeres del Distrito Federal.
- Linebaugh, Peter. (2013). *El manifiesto de la Carta Magna*. Madrid: Traficantes de sueños.
- López, Marisa. (1999). *La contribución de la Antropología al estudio de los desastres: el caso del Huracán Mitch en Honduras y Nicaragua*. Honduras: Instituto Hondureño de Antropología e Historia.
- Martín Beristain, Carlos. (2000). *Apoyo psicosocial en catástrofes colectivas: de la prevención a la reconstrucción*. Venezuela: Universidad Central de Venezuela y Asociación venezolana de Psicología Social (AVEPSO).
- Martínez, Beatriz. (2012). Género, participación social, percepción ambiental y remediación ante desastres naturales en una localidad indígena, Cuetzalan, Puebla. *Revista de Sociedad, Cultura y Desarrollo Sustentable*. México.
- Martínez Luna, Jaime. (2010). *Eso que llaman comunalidad*. México: Culturas Populares, CONACULTA/ Secretaría de la Cultura, Gobierno de Oaxaca/ Fundación Alfredo Harp Helú Oaxaca A.C.
- Martínez Luna, Jaime. (2015). Conocimiento y comunalidad. *Bajo el Volcán*, 15(23), 99-112. Obtenido de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28643473006>
- Mauss, Marcel. (1979). Ensayo sobre los dones. Motivo y forma del cambio en las sociedades primitivas. En M. Mauss, *Sociología y Antropología* (págs. 155-268). Madrid: Editorial Tecnos, S.A.
- Mbembe, Achille. (2006). *Necropolítica*. España: Editorial Melusina.

- Melo, Adélia. (1995). Organizadas para sobrevivir: el caso de un grupo de mujeres del Sertao de Araripe. En *Desastres y sociedad. Revista Semestral de La Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina*, 5(3), 138-148.
- Miano, Marinella. (2002). *Hombre, mujer y muxé' en el Istmo de Tehuantepec*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH)/ Plaza y Valdés.
- Michel, Aurélia. (2006). Treinta años de modernización en Juchitán. Velas, fiestas y cultura zapoteca en los procesos de transformación social. *TRACE* (50), 63-76.
- Ministerio de la Mujer y Equidad de Género de Chile. (2014). *Enfoque de género frente a desastres naturales*. Gobierno de Chile.
- Molina, Elisabet. (2013). *Género y resiliencia en la Gestión Integral del Riesgo de Desastres*. Facultad de Ciencias Sociales de Talavera de la Reina.
- Navarro, Mina. (2015). Hacer común contra la fragmentación en la ciudad: experiencias de autonomía para la reproducción de la vida. *El Apantle. Revista de estudios comunitarios* (1), 99-124.
- Paley, Dawn. (2016). La guerra en México: contrainsurgencia ampliada versus lo popular. *El Apantle. Revista de Estudios Comunitarios* (2), 179-198.
- Paley, Dawn. (2018). *Capitalismo antidrogas. Una guerra contra el pueblo*. México: Sociedad Comunitaria de Estudios Estratégicos/ Libertad bajo palabra.
- Paredes, Julieta. (2010). *Hilando fino. Desde el feminismo comunitario*. La Paz: Comunidad Mujeres Creando Comunidad.
- Pedrero, Mercedes. (2004). Género, trabajo doméstico y extradoméstico en México. Una estimación del valor económico del trabajo doméstico. *Estudios Demográficos y Urbanos* (56), 413-446. Obtenido de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=31205605>
- Pérez, Amaia. (2014). *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Pérez, Amaia, y Gil, Silvia. (2011). *Desigualdades a flor de piel. Cadenas globales de cuidados. Concreciones en el empleo de hogar y las políticas públicas*. Madrid: ONU Mujeres.
- Pérez, Amaia, Paiewonsky, Denise, y García, Mar. (2008). *Cruzando fronteras II: Migración y desarrollo desde una perspectiva de género*. Madrid: Instituto Internacional de Investigaciones y Capacitación de las Naciones Unidas para la Promoción de la Mujer (UN-INSTRAW).
- Programa Mujer, Salud y Desarrollo, OMS (PMSD-OMS). (2011). *Género y desastres naturales*. Revista Virtual REDESMA.
- Reguillo, Rossana. (2005). *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación*. México: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) y Universidad Iberoamericana A.C.

- Restrepo, Eduardo. (s/f). *La entrevista como técnica de investigación social: Notas para los jóvenes investigadores*. Colombia: Universidad ICESI/ Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.
- Rivera, Cristina. (2011). *Dolerse. Textos desde un país herido*. México: Surplus Ediciones.
- Rockwell, Elsie. (2019). *La experiencia etnográfica*. Barcelona: Paidós.
- Sánchez, Griselda. (2016). *Aire, no te vendas: La lucha por el territorio desde las ondas*. México: IWGIA.
- Segato, Rita Laura. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia*. Argentina: Universidad Nacional de Quilmes.
- Segato, Rita Laura. (2014). *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres*. México: Pez en el árbol.
- Segato, Rita Laura. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Tamayo, Sergio. (2006). Espacios de ciudadanía, espacios de conflicto. *Sociológica* (61), 11-40.
- Torns, Teresa. (2008). El trabajo y el cuidado: cuestiones teórico-metodológicas desde la perspectiva de género. *EMPIRIA. Revista de Metodología de las Ciencias Sociales* (15), 53-73. Obtenido de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=297124045003>
- Tuñón, Esperanza. (1991). De la sombra del fogón a la luz del actuar colectivo: la experiencia de las cocinas populares. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 36(145), 89-99.
- Tzul, Gladys. (2016). *Sistemas de Gobierno Comunal Indígena. Mujeres y tramas de parentesco en Chuimeq'ena'*. Guatemala: Maya Wuj.
- Valadez, Ana. (2014). Saberes femeninos en el ámbito comunitarios campesino. Contrahegemonía, defensa del territorio y lo cotidiano en la Lacandona. En M. Millán, *Más allá del feminismo: caminos para andar* (págs. 145-154). México: Red de Feminismos Descoloniales.
- Valdés, Teresa. (2010). *Conciencia de género en los desastres naturales*. Mujeres y terremoto: construyendo ciudadanías.
- Weismantel, Mary. (1994). Alimentación, género y pobreza en los Andes Ecuatorianos. Práctica: vida en la cocina. En G. Herrera, *Antología Género* (págs. 81-114). Ecuador: FLACSO-Ecuador.

### **Fuentes hemerográficas**

- Ávalos, Jair. (18 de septiembre de 2017). Juchitán, abuso en los precios. *Eje Central*. Obtenido de <http://www.ejecentral.com.mx/juchitan-abuso-en-los-precios/>

Bessi, Renata, y Navarro, Santiago. (11 de octubre de 2017). México: Se aplica la doctrina del shock tras terremoto en Oaxaca. *SubVersiones. Agencia Autónoma de Comunicación*, págs. 1-15.

Briseño, Patricia. (29 de junio de 2018). Femicidio en Oaxaca: encuentran cuerpo de Biiany Rosado en una maleta. *Excelsior*. Obtenido de <https://www.excelsior.com.mx/nacional/femicidio-en-oaxaca-encuentran-cuerpo-de-biiany-rosado-en-una-maleta/1248935>

Chaca, Roselia. (12 de julio de 2017). Juchitán, capital comercial del Istmo, Oaxaca. *NVI Noticias*. Obtenido de <https://www.nvinoticias.com/nota/64089/juchitan-capital-comercial-del-istmo-oaxaca>

Chaca, Roselia. (17 de enero de 2018). Concluyen cocinas comunitarias de Toledo después de 4 meses. *El Universal*. Obtenido de <https://oaxaca.eluniversal.com.mx/sociedad/17-01-2018/concluyen-cocinas-comunitarias-de-toledo-despues-de-4-meses>

Ferri, Pablo. (10 de septiembre de 2017). Juchitán, el epicentro del dolor de México. *El País*. Obtenido de [https://elpais.com/internacional/2017/09/09/mexico/1504964259\\_368937.html](https://elpais.com/internacional/2017/09/09/mexico/1504964259_368937.html)

Jiménez, Christian. (6 de marzo de 2019). En Oaxaca, 393 mil niñas realizan trabajo doméstico. *El Universal*. Obtenido de <https://oaxaca.eluniversal.com.mx/especiales/06-03-2019/en-oaxaca-393-mil-ninas-realizan-trabajo-domestico>

López, Alberto. (17 de septiembre de 2019). Sismo afectó gravemente economía de Juchitán: Canaco. *El Universal*. Obtenido de <https://www.eluniversal.com.mx/estados/sismo-afecto-gravemente-economia-de-juchitan-canaco>

Manzo, Diana. (14 de septiembre de 2017). Denuncian a secretario de Salud de Oaxaca por intentar arrebatar colecta de víveres. *Aristegui Noticias*. Obtenido de <https://aristeguinoticias.com/1409/mexico/denuncian-a-secretario-de-salud-de-oaxaca-por-intentar-arrebatar-colecta-de-viveres/>

Manzo, Diana. (11 de abril de 2019). Inauguran mercado rehabilitado en Juchitán; abrirá al público en un mes. *La Jornada*. Obtenido de <https://www.jornada.com.mx/ultimas/estados/2019/04/11/inauguran-mercado-rehabilitado-en-juchitan-abrira-al-publico-en-un-mes-8947.html>

Martínez, Tomás. (6 de agosto de 2018). Delincuencia imparable en el Istmo, Oaxaca. *NVI Noticias*. Obtenido de <https://www.nvinoticias.com/nota/98509/delincuencia-imparable-en-el-istmo-oaxaca>

Milenio. (11 de septiembre de 2017). En Oaxaca, sismo ha dejado 76 muertos y al menos 12 mil casas dañadas. *Milenio*. Obtenido de <https://www.milenio.com/estados/oaxaca-sismo-dejado-76-muertos-12-mil-casas-danadas>

Nivón, María de los Ángeles. (24 de abril de 2017). Se destapa cloaca de Felipe Valdivieso al defraudar a Juchitán de Zaragoza. *Primera Línea Oaxaca*. Obtenido de <http://primeralineamx.com/se-destapa-cloaca-de-felipe-valdivieso-al-defraudar-a-juchitan-de-zaragoza/>

Orozco, Amando. (18 de julio de 2019). Arriba la Guardia Nacional a Juchitán. *NVI Noticias*. Obtenido de <https://www.nvinoticias.com/nota/120986/arriba-la-guardia-nacional-juchitan>

Orozco, Amando. (2019 de julio de 2019). Avanza INAH obra en San Vicente Ferrer. *NVI Noticias*. Obtenido de <https://www.nvinoticias.com/nota/121067/avanza-inah-obra-en-san-vicente-ferrer>

Paredes, Heriberto. (13 de septiembre de 2017). Pasado el terremoto, comienza el desastre social en México. *Actualidad RT*. Obtenido de <https://actualidad.rt.com/actualidad/249914-desastre-social-terremoto-mexico>

Pérez, Alonso. (9 de septiembre de 2017). La falta de servicios médicos exhibe la crisis de Juchitán. *El Imparcial del Istmo*. Obtenido de <http://imparcialoaxaca.mx/istmo/55054/la-falta-de-servicios-medicos-exhibe-la-tesis-de-juchitan/>

Pérez, Alonso. (1 de octubre de 2017). Tiende el ejército la mano al Istmo, Oaxaca. *El Imparcial*. Obtenido de <http://imparcialoaxaca.mx/istmo/64246/tiende-el-ejercito-la-mano-al-istmo-oaxaca/>

Pérez, Alonso. (17 de agosto de 2018). Constructores se aprovecharon de la desgracia; defraudaron a damnificados. *El Imparcial*. Obtenido de <http://imparcialoaxaca.mx/istmo/206373/constructores-se-aprovecharon-de-la-desgracia-defraudaron-a-damnificados/>

Pérez, Alonso. (8 de septiembre de 2018). Denuncian por fraude a empresa Hiram Abif. *El Imparcial*. Obtenido de <http://imparcialoaxaca.mx/istmo/216001/denuncian-por-fraude-a-empresa-hiram-abif/>

Platas, Ignacio. (25 de septiembre de 2016). Juan Terán anduvo disfrazado de mujer en campaña de su hija. *Crónica de Oaxaca*. Obtenido de <https://cronicadeoaxaca.com/juan-teran-anduvo-disfrazado-mujer-en-campana-hija/>

Proceso. (15 de enero de 2018). Investigan a Bansefi por fraude millonario en tarjetas para damnificados. *Proceso*. Obtenido de <https://www.proceso.com.mx/518507/investigan-bansefi-por-fraude-millonario-en-tarjetas-para-damnificados-de-sismo>

Rasgado, Rusvel. (20 de octubre de 2017). Admite Gloria Sánchez haber repartido un millón de pesos a regidores. *El Imparcial*.

Razo, Victoria. (8 de septiembre de 2017). El terremoto más fuerte en 100 años en México deja decenas de muertos. *CNN México*. Obtenido de <https://cnnespanol.cnn.com/2017/09/08/sismo-de-magnitud-80-sacude-costa-sur-de>

mexico/#targetText=El%20terremoto%20m%C3%A1s%20fuerte%20en%20100%20a%C3%B1os%20en%20M%C3%A9xico%20deja%20decenas%20de%20muertos&targetText=(CNN%20Español)%20%E2%80%94%20Un

Reza, Abraham, y Rodríguez, Óscar. (4 de septiembre de 2018). Los defraudados de Juchitán. *Milenio*. Obtenido de <https://www.milenio.com/estados/los-defraudados-de-juchitan>

Ricárdez, Mónica. (15 de abril de 2015). Violencia en Juchitán obliga a "toque de queda". *ORO Noticias*. Obtenido de [http://www.ororadio.com.mx/2016/04/violencia-en-juchitan-obliga-a-toque-de-queda/?audiogallery\\_startitem\\_ag1=0](http://www.ororadio.com.mx/2016/04/violencia-en-juchitan-obliga-a-toque-de-queda/?audiogallery_startitem_ag1=0)

Rodríguez, Óscar. (14 de septiembre de 2018). Funcionarios de Juchitán ocultan despensas: denuncian habitantes. *Milenio*.

Rodríguez, Óscar. (7 de septiembre de 2017). Exhiben a presidenta de Juchitán entregado despensas a quienes llevan boletos. *Diario Marca*. Obtenido de <http://www.diariomarca.com.mx/2017/09/exhiben-a-presidenta-de-juchitan-entregado-despensas-a-quienes-llevan-boletos/>

SinEmbargo. (12 de septiembre de 2017). Pobladores de Juchitán, Oaxaca, improvisan mercado por daños que sufrió el original. *SinEmbargo. Periodismo digital con rigor*. Obtenido de <https://www.sinembargo.mx/12-09-2017/3306478>

Ureste, Manu. (19 de octubre de 2017). Lo que el #19s nos dejó: las víctimas, daños y damnificados en México. *Animal Político*. Obtenido de <https://www.animalpolitico.com/2017/10/cifras-oficiales-sismo-19s/>

Yangil, Marcial. (3 de julio de 2019). Confirma ASF que gobierno de Peña obstaculizó ayuda a damnificados de los sismos de 2017. *Contralinea*. Obtenido de <https://www.contralinea.com.mx/archivo-revista/2019/07/03/confirma-asf-que-gobierno-de-pena-obstaculizo-ayuda-a-damnificados-de-los-sismos-de-2017/>

## Informes y reportes

Servicio Sismológico Nacional de México. (20 de Julio de 2019). *Catálogo de Sismos*. Obtenido de <http://www2.ssn.unam.mx:8080/catalogo/>

Consortio Oaxaca. (30 de Agosto de 2019). *Plataforma de registros de violencia feminicida y feminicidio del 1 de diciembre de 2016 a la fecha*. Obtenido de <https://db.violenciafeminicida.consortiooaxaca.org.mx/categorias/feminicidio/agresiones?page=12>

Consortio Oaxaca. (19 de Agosto de 2019). *Pronunciamento de las mujeres de Oaxaca*. Obtenido de <http://consortiooaxaca.org.mx/pronunciamento-de-las-mujeres-de-oaxaca/>

INEGI. (2010). *Censo de Población y Vivienda*. México. Recuperado el 29 de Marzo de 2019, de <https://www.inegi.org.mx/>

INEGI. (2015). *Encuesta Intercensal*. México.

INEGI. (2017). *Cuenta satélite del trabajo no remunerado de los hogares de México*. México. Obtenido de <https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2018/StmaCntaNal/CSTNRH2017.pdf>

Oficina del Coordinador Residente de las Naciones Unidas. (2017). *México: Sismo 8.2 grados Richter. Reporte de Situación No. 01*. México: Sistema de las Naciones Unidas. Obtenido de [https://www.paho.org/disasters/index.php?option=com\\_docman&view=download&category\\_slug=mexico-earthquake-september-2017-1232&alias=2531-terremoto-mexico-informe-situacion-1-13-setiembre-2017-coordinador-residente-onu-531&Itemid=1179&lang=en](https://www.paho.org/disasters/index.php?option=com_docman&view=download&category_slug=mexico-earthquake-september-2017-1232&alias=2531-terremoto-mexico-informe-situacion-1-13-setiembre-2017-coordinador-residente-onu-531&Itemid=1179&lang=en)

Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública (SESNSP). (2019). *Informe delictivo de Julio*. México.

Servicio Sismológico Nacional (SSN). (2017). *Reporte Especial. Sismo del día 19 de Septiembre 2017, Puebla-Morelos (M 7.1)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Obtenido de [http://www.ssn.unam.mx/sismicidad/reportes-especiales/2017/SSNMX\\_rep\\_esp\\_20170919\\_Puebla-Morelos\\_M71.pdf](http://www.ssn.unam.mx/sismicidad/reportes-especiales/2017/SSNMX_rep_esp_20170919_Puebla-Morelos_M71.pdf)

UNICEF. (2018). *Informe sobre la situación humanitaria de la infancia y la adolescencia a un año de los terremotos en México*. México: Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF).

### **Sitios en internet**

Diario Cortamortaja. (30 de agosto de 2019). *Noticias del istmo y Juchitán*. Obtenido de <http://cortamortaja.com.mx/>

Real Academia Española (RAE). (10 de septiembre de 2019). *Diccionario de la Lengua Española*. Obtenido de <https://dle.rae.es/srv/search?m=30&w=matriarcado>

Semáforo Delictivo. (2019). *Incidencia delictiva en Heroica Ciudad de Juchitán de Zaragoza*. Obtenido de <http://oaxaca.semaforo.com.mx/Semaforo>

### **Videos**

Boyé, A. (Dirección). (2013). *Matriarchies (Matriarcados). Resumen documental Juchitán, México*. [Película]. Obtenido de <https://www.youtube.com/watch?v=uQmtmxkgFoQ>

Butta, C. (Dirección). (2014). *Las poderosas mujeres de Juchitán* [Película]. Obtenido de <https://www.cineenvioleta.org/las-poderosas-mujeres-de-juchitan/>

## **Entrevistas**

Akemi y Lupita, 18 de octubre de 2018, duración 00:55:27

Berenice, 4 de octubre de 2018, duración 01:07:01

Carmen, 8 de noviembre de 2018, duración 00:45:00 aprox.

Guie´biaani´, 29 de octubre de 2018, duración 01:21:46

Heidi, 30 de septiembre de 2018, duración 02:48:02

Manu, 12 de octubre de 2018, duración 01:15:00 aprox.

Mario, 9 de noviembre de 2018, duración 00:46:31

Na Amelia, 7 de noviembre de 2018, duración 00:46:36

Na Asunción (1), 2 de octubre de 2018, duración 01:12:34

Na Asunción (2), 8 de abril de 2019, duración 00:29:00

Na Bettina, 29 de noviembre de 2018, duración 01:20:14

Na Elsa, 18 de octubre de 2018, duración 01:14:12

Na Irma, 2 de octubre de 2018, duración 00:49:48

Na Lucila, 24 de septiembre de 2018, duración 01:23:20

Na Lugarda, 5 de octubre de 2018, duración 01:30:11

Na Mari Tere, 14 de noviembre de 2018, duración 01:20:00

Na Martha, 17 de noviembre de 2018, duración 00:35:17

Na Mirna, 5 de noviembre de 2018, duración 01:02:38

Óscar, 23 de noviembre de 2018, duración 01:04:04

Xunaxi, 6 de noviembre de 2018, duración 01:17:00

Yumi, 10 de octubre de 2018, duración 01:56:03